Almacén de antigüedades

CHARLES DICKENS



Lectulandia

El rasgo dominante de *Almacén de antigüedades* —escribe Edgar Allan Poe— es su pura, vigorosa y admirable imaginación. He aquí el todopoderoso encantamiento que bastaría para compensar muchísimos más errores de los que Mr. Dickens haya podido cometer.

Ciertamente, la historia de la pequeña Nelly ha conmovido a millones de lectores de todo el mundo desde que su creador la diera a conocer en 1841. Junto a ella, toda una galería de retratos humanos extraídos de la Inglaterra de la época jalonan y configuran una narración que logra mantener despierto el interés del lector desde sus primeras páginas. Una obra maestra, en suma, unos personajes que han entrado ya a formar parte de la literatura universal.

Charles Dickens

Almacen de antigüedades

ePub r1.0
Titivillus 04.01.2019

Título original: *The Old Curiosity Shop*
Charles Dickens, 1841
Ilustraciones: C. Green

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

PRIMERA PARTE

LA ODISEA DE NELLY



CAPÍTULO PRIMERO

NELLY Y SU ABUELO

Viejo como soy, tengo predilección por los paseos nocturnos, aunque (¡gracias a Dios!) adoro la luz y bendigo —como todas las criaturas— la saludable influencia que ejerce sobre la Tierra. En verano, cuando estoy en el campo, suelo salir tempranito por la mañana y vagar todo el día y, a veces, aun semanas enteras; pero cuando estoy en una ciudad, pocas veces salgo a pasear de día.

Dos factores han contribuido a hacerme caer en esta costumbre: mis achaques, que la oscuridad disimula, y mi afición a reflexionar sobre el carácter y profesión de los transeúntes. La brillantez y las ocupaciones del día claro se avienen mal con ese estudio: rostros que pasan como ráfagas ante la luz de un farol o un escaparate, se prestan mejor a mis reflexiones que vistos ante la luz del sol; y, si he de decir la verdad, la noche es más benévola que el día, que muy a menudo destruye sin compasión las más gratas ilusiones.

Ese incesante ir y venir, ese movimiento continuo de algunas calles en las cuales parece mentira que puedan vivir los enfermos, obligados a oír tantas pisadas, tantas voces, tanto ruido ensordecedor, me inducen a pensar en lo que sería estar inmóvil en un cementerio ruidoso, sin esperanza de descansar jamás.

Como mi propósito ahora no es detenerme a explicar mis paseos, de los cuales he hablado únicamente porque la historia que voy a narrar tuvo su origen en uno de ellos, pongo fin al preámbulo.

Una noche que vagaba sin rumbo fijo por la ciudad abstraído en mis meditaciones, fui detenido en ellas repentinamente al oír una pregunta proferida por una vocecita dulce y de simpático timbre, cuya significación no entendí, pero que parecía dirigida a mí. Me volví y hallé a una preciosa niña que me suplicaba le encaminara a una calle muy lejana del lugar donde nos hallábamos.

—Está muy lejos de aquí, hija mía —le dije.

—Ya lo sé, señor —respondió con timidez—, porque he venido desde allí antes, esta misma noche.

—¿Sola? —le pregunté sorprendido.

—Sí, señor: eso no me importa; pero ahora estoy algo asustada, porque me he extraviado.

—¿Y por qué te has dirigido a mí? Supongamos que te engañara…

—Tengo la seguridad de que usted no haría eso; es usted tan anciano y anda tan despacio… —añadió la pequeña.

No puedo describir la impresión que me produjo esta frase, dicha con tanta energía, que hizo brotar lágrimas de los ojos de la niña y temblar todo su cuerpecito.

—¡Ven! —le dije—. Voy a llevarte allá.

Me dio la mano con la misma confianza que si la hubiera conocido en la cuna y empezamos a andar. La pequeña ajustaba sus pasos a los míos, pareciendo que era ella la que me guiaba y protegía a mí, antes que yo a ella. De cuando en cuando me miraba furtivamente, como si quisiera asegurarse de que no la engañaba, y a cada mirada parecía aumentar su confianza.

En cuanto a mí, puedo decir que tenía tanto interés y curiosidad como la niña; porque era una niña ciertamente, aunque su apariencia infantil parecía efecto de su pequeñez y su delicada constitución. Aunque pobremente vestida, no revelaba miseria ni descuido, y su atavío respiraba limpieza y cierto gusto.

—¿Quién te ha enviado sola tan lejos?

—Una persona muy bondadosa para mí, señor.

—¿Y para qué?

—Eso no puedo revelarlo, señor —dijo la niña.

Había en el tono de esta respuesta algo que me hizo mirar sorprendido e involuntariamente a aquella criatura, pensando a qué obedecía aquella excursión y lo preparada que estaba para responder a mis preguntas. Sus penetrantes ojos parecían leer mis pensamientos, pues al mirarla yo, respondió inmediatamente que no había

mal alguno en lo que hacía; pero que era un secreto tan grande, que ni aun ella misma lo sabía.

Todo esto fue dicho franca y sencillamente, con esa ingenuidad propia de la verdad. Seguimos andando y me habló familiarmente todo el camino, pero sin decirme nada de su familia ni de su hogar, excepto que íbamos por un camino nuevo para ella, que suponía sería más corto.

Yo, entre tanto, formaba en mi mente mil planes para averiguar lo que aquello significaba; pero los rechazaba apenas concebidos, avergonzado de querer valerme de la inocencia o la gratitud de la niña para satisfacer mi curiosidad. Quiero a los niños y considero como un don de Dios obtener su afecto puro y desinteresado; su confianza me fije muy grata y procuré conservarla mereciéndola.

Todo esto, sin embargo, no era razón para que me abstuviera de conocer a aquella persona que tan desconsideradamente la había enviado sola y de noche a tan larga distancia; y como era fácil que apenas llegara a un sitio conocido de ella se despidiera de mí, privándome de la oportunidad que ansiaba, rehuí las calles frecuentadas y me interné por las menos conocidas; así es que la niña no supo dónde estábamos hasta llegar a la misma calle en que vivía. Batiendo palmas alegremente, y corriendo delante de mí, mi amiguita se paró junto a una puerta esperando a que yo llegara: después llamó.

La mitad de la puerta tenía cristales, sin que hubiera tablero alguno de madera o hierro que la protegiera, cosa que tardé en notar por la profunda oscuridad que reinaba en el interior. Después de llamar dos o tres veces, se sintió ruido como de alguien que se moviera dentro, percibiéndose al fin a través de los cristales una débil luz que oscilaba según iba acercándose el que la llevaba, y que caminaba despacio por entre los innumerables objetos esparcidos por la habitación, lo cual me permitió conocer a la persona y saber qué clase de tienda había tras aquella puerta.

Era un hombre anciano y pequeño, de cabello canoso, cuyas formas, aunque alteradas por la edad, ofrecían el aspecto delicado de las de la niña. Sus ojos azules eran iguales también; pero allí terminaba toda semejanza, porque su rostro estaba surcado de profundas arrugas y revelaba una gran ansiedad.

La habitación donde aquel hombre se movía era uno de esos recintos donde se amontonan sin orden ni cuidado infinidad de objetos antiguos que ocultan bajo una capa de polvo su inapreciable valor; situadas generalmente en sitios retirados de Londres, esas tiendas ofrecen el aspecto de prenderías, a fin de evitar robos y de no excitar envidias. Cotas de malla que parecían envolver el espíritu de algún guerrero, tallas fantásticas sacadas de antiguos claustros, oxidadas armas de diversas clases, figuras retorcidas de porcelana, marfil, hierro y madera, tapices y muebles raros cuyos dibujos parecían un sueño fantástico; todo se mezclaba en revuelta confusión en aquella miserable tenducha. El macilento aspecto del hombre que se adelantaba estaba en perfecta armonía con el de la tienda; parecía que él mismo había rebuscado las casas deshabitadas, las tumbas, las iglesias antiguas y había recogido con sus

propias manos los objetos que mejor le convenían. No había un solo objeto en aquella colección que desentonara del cuadro; ninguno más viejo que su dueño.

Al abrir la puerta me miró atónito; sorpresa que no disminuyó al fijarse en la niña. Una vez franqueada la entrada, la pequeña se dirigió a él llamándole abuelo y le contó la historia de nuestro encuentro.

—¡Cómo, hija mía! —exclamó el anciano acariciando sus cabellos—. ¿Perdiste el camino? ¿Qué hubiera sido de mí si llego a perderte, Nelly?

—No me hubiera perdido, abuelito; ya habría encontrado el camino —respondió la niña animosamente.



El viejo la besó, y después, volviéndose a mí, me suplicó que entrara y cerró cuidadosamente la puerta.

Una vez dentro de aquella tienda que había entrevisto desde la calle, entramos en una pequeña trastienda, en la cual se veía otro cuartito pequeño, que indudablemente era la alcoba de Nelly, porque había un lecho tan pequeño y lindo, que parecía ser de alguna hada. La niña tomó una bujía y entró en aquel recinto, dejándonos solos al viejo y a mí.

—Debe usted de estar cansado, señor —me dijo el anciano arrimando una silla al fuego e indicándome que tomara asiento—. No sé cómo darle las gracias.

—Basta con que tenga usted más cuidado con su nieta de aquí en adelante, buen amigo —le respondí.

—¡Más cuidado! —exclamó el viejo con penetrante voz—. ¿Más cuidado, cuando jamás ha habido quien ame a una niña más de lo que yo quiero a Nelly?

Dijo esto con tanta sorpresa, que no supe qué responderle; tanto más cuanto que una debilidad y vacilación en sus movimientos y una expresión de angustia en su semblante me demostraban que aquel hombre no era, como yo había creído antes, un imbécil o un viejo que chocheaba.

—Creo que usted no considera… —empecé a decir.

—¿Que no considero? —gritó el viejo interrumpiéndome—. ¿Que no la considero? ¡Qué poco sabe usted la verdad! ¡Nelly, Nelly!

Sería imposible que hombre alguno, en cualquier forma de lenguaje que usara, expresase más vehementemente su afecto que lo hizo el anticuario en aquellas cuatro palabras. Esperé a que siguiera hablando; pero cogiéndose la barba entre las manos y moviendo la cabeza, permaneció silencioso mirando al fuego.

Entre tanto, salió de nuevo la niña con el rostro excitado por la prisa que seguramente se dio para volver con nosotros. Llevaba sus hermosos cabellos castaños cayendo en bucles sobre el cuello y empezó a poner la mesa para cenar. Me sorprendió ver que era la niña la que lo hacía todo, pareciendo que no había más gente en aquella casa. Aproveché un momento en que estaba ausente e hice una indicación al viejo sobre ello, a lo cual me contestó diciendo que pocas personas eran más dignas de confianza y más cuidadosas que Nelly.

—Me da pena ver a los niños ocupando un lugar como personas mayores —respondí a aquel viejo egoísta—; eso les hace perder en sencillez y candor, dos de las mejores cualidades con que el cielo los ha dotado, y los obliga a participar de los dolores y necesidades de la vida antes que de sus alegrías.

—Los hijos de los pobres participan de pocas alegrías; hasta los placeres más sencillos cuestan dinero —respondió el viejo.

—Pero usted no es tan pobre como todo eso —añadí.

—No es mi hija, señor —replicó el viejo—. Su madre, que lo era, era pobre también. Yo no ahorro nada, ni siquiera unos cuartos, aunque vivo como usted ve; pero ella será un día rica y gran señora —añadió cogiéndome un brazo y hablándome casi al oído—. No piense usted mal de mí porque tiene que trabajar; lo hace con alegría y sufriría al pensar que yo quería que otra persona me cuidara. ¡Que no considero! —volvió a repetir—. ¡Bien sabe Dios que esa niña es el único objeto, el único cuidado de mi vida! ¡Y sin embargo, no me protege!

Al llegar aquí volvió Nelly, y el viejo, rogándome que me acercara a la mesa, no dijo más.

Apenas habíamos empezado a cenar, cuando sonó un aldabonazo en la puerta, y Nelly, riendo a carcajadas con esa risa ingenua de los niños, dijo que seguramente sería Kit.

—Esta locuela —añadió el abuelo— se ríe siempre del pobre muchacho.

La niña rió más aún y yo no pude menos de sonreírme, simpatizando con ella.

El viejo fue a abrir y a poco volvió con Kit, que era un muchacho feo y tosco, de boca enorme, mejillas encendidas, nariz respingona y una expresión eminentemente grotesca en el semblante. Al ver a un extraño, se detuvo en la puerta y empezó a dar vueltas entre las manos a su sombrero viejo, desprovisto de todo rastro de alas, sosteniéndose ya sobre una pierna, ya sobre otra, y mirando de soslayo a la trastienda.

Desde aquel momento obtuvo Kit mi simpatía, porque comprendí que era la única alegría de la vida de Nelly.

—Estaba lejos, ¿eh, Kit? —preguntó el viejo.

—En un maldito callejón extraviado y me costó no poco trabajo hallar la casa.

—¿Traerás hambre?

—¡No que no! ¡Ya lo creo!

Hablaba de un modo tan cómodo, que era natural excitase la hilaridad de cualquiera, y mucho más la de aquella niña que vivía entre elementos tan poco en armonía con ella. Kit, que sabía el efecto que causaba, procuró conservar la serenidad; pero no pudo más y concluyó por reír a carcajadas. El viejo volvió a su abstracción, sin preocuparse de lo que pasaba, y yo noté que la niña, al cesar en su risa, tenía los ojos impregnados de lágrimas, exteriorizando así la ansiedad que había dominado anteriormente en aquel sensible corazoncito. En cuanto a Kit, se aplicó a devorar un gran trozo de pan y carne, regados con un buen vaso de cerveza.

El viejo se volvió a mí de repente, y como si contestara a alguna pregunta que yo acabara de hacerle, me dijo con un suspiro:

—¡No sabía usted lo que decía cuando me dijo que no tengo consideración con ella!

—No debe usted preocuparse tanto por una frase fundada solamente en apariencias, amigo mío.

—¡No, no! —añadió el viejo—. Ven, Nelly.

La niña se acercó a su abuelo y le abrazó.

—¿Te quiero, Nelly? Responde, ¿sí o no?

La niña respondió sólo con caricias.

—¿Por qué sollozas? —prosiguió el viejo oprimiéndola más y más y mirándome—. ¿Es porque sabes que te quiero y te disgusta la duda que parece envolver mi pregunta? Bueno, bueno; quedamos en que te amo tiernamente.

—¡Sí, sí! —respondió apresuradamente la niña—. Kit está seguro de ello.

Éste, que engullía metiéndose en la boca tres cuartas partes del cuchillo con la habilidad de un prestidigitador, se detuvo al oír la alusión y gritó:

—Nadie será tan necio que lo niegue.

Después siguió comiendo a dos carrillos.

—Mi niña es pobre ahora —prosiguió el abuelo—, pero llegará un día en que será rica. Este día tarda, pero llegará seguramente, como ha llegado para otros que no

hacen más que derrochar. ¡Cuándo me tocará a mí disfrutar de la riqueza!

—Yo soy feliz así, abuelito —murmuró la niña.

—¡Bah! ¡Bah! ¿Qué sabes tú? Pero ¿cómo has de saberlo? —y siguió murmurando entre dientes—: ¡Ese día tiene que llegar, estoy seguro; tal vez es mejor que tarde!

Después, teniendo aún a la niña sentada sobre sus rodillas, cayó en su anterior estado de mutismo e insensibilidad a cuanto le rodeaba. Como era casi medianoche, me levanté para marcharme, y esto le sacó de su abstracción.

—Un momento, señor —me dijo, y volviéndose hacia Kit—: ¿Aún estás aquí, y son casi las doce? Vete ya y sé puntual por la mañana, porque hay que trabajar; pero antes da las gracias a este caballero, porque sin su cuidado, tal vez mi niña se hubiera perdido esta noche.

—Y la hubiera encontrado yo, señor, aunque hubiese estado bajo tierra.

Y abriendo la boca y cerrando los ojos otra vez, salió después de despedirse de todos.

Una vez solos, y mientras Nelly quitaba la mesa, el anciano me dijo:

—Parece que no he dado a usted las gracias por el inmenso favor que me ha hecho esta noche; pero debo manifestarle que se lo agradezco sincera y cordialmente, y lo mismo mi Nelly. No quiero que usted se marche creyendo que soy indiferente a su buen proceder; no, ciertamente.

—Estoy completamente seguro de que no es así, después de lo que he visto. ¿Me permitirá usted, sin embargo, que le haga una pregunta? —le dije.

—¿Cuál, señor? —respondió el viejo.

—Esta niña enfermiza, tan hermosa e inteligente, ¿no tiene quien la cuide sino usted? ¿No tiene amigas o compañeras?

—No —respondió el viejo con ansiedad—; ni tampoco las necesita.

—Tengo la seguridad de que usted obra según cree conveniente; pero ¿no teme equivocarse en sus cuidados respecto de una criatura tan tierna? Soy viejo también y comprendo que no podemos entender a la juventud.

—No puedo ofenderme por lo que usted me dice, señor. Es verdad que en muchas ocasiones yo parezco un niño, y ella, una persona madura; pero, dormido o despierto, noche y día, sano o enfermo, esa niña es el único objeto de mi vida. Si usted supiera el cuidado que me inspira, seguramente me miraría con distintos ojos. Esta vida es muy pesada para un viejo, pero al fin está la meta y hay que llegar a ella.

Viendo su excitación e impaciencia, tomé mi abrigo, resuelto a no añadir una palabra; pero me sorprendió ver que Nelly, tomando otro, esperaba con un sombrero y un bastón en la otra mano.

—No son míos, hijita —le dije.

—No; son de mi abuelo.

—Pero ¿va a salir ahora?

—Sí —dijo la niña sonriendo.

—¿Y qué haces tú, monina?

—¿Yo? Pues quedarme aquí, como de costumbre.

Atónito miré al anciano, que estaba poniéndose el gabán, y después, a la preciosa figurita de la niña. ¡Sola! ¡Sola toda la noche en aquel sombrío y retirado lugar! Ella no pareció notar mi sorpresa; ayudó a su abuelo a ponerse el gabán, y tomando una bujía, nos alumbró al salir. Cuando llegamos a la puerta de la calle, levantó su carita para que yo la besara, y después corrió a su abuelo, que la abrazó al despedirse de ella, diciéndole en voz baja:

—Duerme bien, Nelly; que los ángeles te guarden y no te olvides de rezar.

—No, abuelito; ¡las oraciones me gustan tanto!

—Ya lo sé; ya lo sé. ¡Dios te bendiga mil veces! Vendré temprano por la mañana.

—No tendrás que llamar dos veces, abuelo. El aldabón me despierta aunque duerma profundamente.

Con esto se separaron; la puerta quedó asegurada con un tablero que Kit había corrido antes y con los cerrojos que Nelly pasó por dentro. El viejo se detuvo unos momentos hasta que todo quedó en silencio. Una vez satisfecho, empezó a caminar despacio, y al llegar a la primera esquina se paró mirándome y diciendo que, como íbamos en opuesta dirección, debíamos despedirnos. Yo quise detenerle, pero él, con más ligereza de la que podía esperarse a sus años, echó a andar, volviendo dos o tres veces la cabeza, como para asegurarse de si le observaba o seguía a larga distancia. La oscuridad de la noche favoreció su deseo; poco después estaba fuera del alcance de mi vista.

Permanecí en el sitio donde nos habíamos despedido, sin querer marcharme y sin darme cuenta del porqué de este deseo. Al fin pasé varias veces por delante de la tienda; me paré, escuché: todo estaba en silencio. Aunque me detuve otra vez, no me resolvía a marcharme, pensando en todos los peligros que podían amenazar a la niña: incendio, robo y hasta asesinato; parecía como si presintiera que al dejarla había de ocurrirle algún mal. Sonó la una y, después de mil reflexiones, tomé el primer coche que pasó vacío y llegué a mi casa.

Sentado en una mecedora, volví a caer en mis meditaciones. Todo era agradable; un fuego animado y confortable, la lámpara con luz brillante, la habitación limpia y agradable a la vista; ¡qué contraste con todo aquello que había dejado momentos antes! ¡Y aquella niña, sola, sin más protección que la de los ángeles, obligada a pasar la noche en una miserable tenducha! No podía dejar de pensar en ella. Temiendo llegar demasiado lejos en mis reflexiones, resolví acostarme y olvidarlo todo; pero desperté una porción de veces, pensando siempre en lo mismo, viendo ante mis ojos aquella tienda sucia y destartalada, con sus cotas de malla y, dentro de ellas, los esqueletos de los que las usaron; sentía la polilla corroer y aserrar la tallada madera, y en medio de todos aquellos restos de tiempos lejanos, la hermosa niña durmiendo con sueño tranquilo y soñando alegremente.

CAPITULO II

FEDERICO Y RICARDO

Más de una semana estuve luchando con el deseo de hacer una segunda visita al sitio que abandoné, como anteriormente digo, y por último, determiné presentarme allí de día. Pasé dos o tres veces por delante de la casa y di varias vueltas por la calle con esa vacilación propia del que sabe que su visita es inesperada y que tal vez no sea muy agradable. Al fin, comprendiendo que estando la puerta cerrada los de dentro no podrían verme e invitarme a entrar, por mucho que pasara, me decidí de una vez y pronto me hallé en el interior de la tienda de antigüedades.

En la trastienda, el viejo y otra persona parecían discutir en alta voz; pero al sentir que alguien entraba, se callaron súbitamente: el anciano se levantó presuroso y, acercándose a mí, me dijo que se alegraba mucho de que hubiera ido.

—Nos ha interrumpido usted en un momento crítico —me dijo señalando al hombre que estaba con él—; ese perillán me asesinará un día de éstos: ya lo habría hecho si hubiera tenido valor para ello.

—¡Bah! —añadió el otro—. También usted me tragaría vivo si pudiera; eso lo sabemos todos.

—Creo que podría si lo intentara —dijo el anciano volviéndose débilmente hacia él—. Si pudiera deshacerme de ti con juramentos, plegarias o palabras, lo haría. ¡Qué tranquilidad tan grande el día que no te vea más!

—¡Ya lo sé; ya lo sé! —repuso el otro—. Pero a mí no me matan rezos ni palabrerías; así es que vivo, y pienso vivir mucho.

—¡Y su madre murió! —gritó el viejo apasionadamente—. ¡Esa es la justicia del cielo!

El otro le miraba, entre tanto, balanceándose burlonamente en su silla.

Era un joven de veintiún años o cosa así, hermoso y proporcionado, aunque la expresión de su rostro era muy desagradable, y tenía en su aire, y hasta en su modo de vestir, algo insolente, algo que repelía.

—Justicia o no justicia —dijo el joven—, aquí estoy y estaré hasta que me parezca conveniente irme; a menos que me saquen a la fuerza, lo cual estoy seguro de que no ocurrirá. ¡Quiero ver a mi hermana!

—¡Tu hermana! —murmuró dolorosamente el viejo.

—¡Claro! Usted no puede deshacer el parentesco; si pudiera, ya haría mucho tiempo que lo hubiera hecho. Quiero ver a mi hermana; usted la tiene encerrada amargando su vida con sus disimulados secretos, y pretendiendo quererla, la mata usted a fuerza de trabajo, ahorrándose así unos cuantos chelines cada semana y añadiéndolos al montón de dinero que tiene ya. Quiero verla, y la veré.

—¡Vaya un moralista para hablar de las amarguras de la vida, y un espíritu generoso que puede hablar contra el dinero! —dijo el viejo volviéndose hacia mí—. ¡Un pródigo que ha olvidado todos los lazos que le unían con los que tienen la desgracia de contarle en su familia, y hasta con la sociedad entera! Además —continuó, acercando sus labios a mi oído—, es un embustero, porque sabe cuánto quiero a su hermana, y, sin embargo, lo niega ante un extraño, sólo por mortificarme.

—A mí no me importan los extraños, abuelo —dijo el joven, cogiendo al vuelo las últimas palabras—, y creo que a ellos les importa un bledo de mí, y que lo mejor que pueden hacer es cuidarse de sus asuntos y dejarme a mí en paz con los míos. Tengo un amigo que me aguarda en la calle; y como parece que he de esperar largo rato, con permiso de ustedes, voy a llamarle. Se asombró, y llamó varias veces a alguien que parecía invisible y que necesitó mucha insistencia para decidirse a entrar.

—Ricardo Swiveller —dijo el joven empujándole dentro—. Siéntate, Dick.

—¿Está el viejo de buen talante? —preguntó Ricardo a media voz.

—¡Siéntate! —repuso su amigo.

El señor Swiveller obedeció, y sonriendo dijo algunas frases burlescas para suplicar que dispensáramos el descuido de su traje, añadiendo que no había estado bien de la vista, expresión con la cual dejara entender delicadamente que había estado borracho.

—Pero ¿qué importan esos detalles —prosiguió Ricardo—, cuando el fuego sagrado de la amistad vivifica los corazones? ¿Qué importa, cuando el espíritu se expande con los valores del opalino licor y ese momento es el más feliz de nuestra existencia?

—No tienes necesidad de pronunciar discursos aquí —dijo su amigo tocándole el brazo.

—Federico —gritó el señor Swiveller—, al sabio le basta una palabra: podemos ser felices y buenos sin riquezas. No añadas una palabra más. —Y después, al oído —: ¿Está el viejo en buena armonía?

—No te importa —replicó Federico.

—Eso es verdad. ¡Prudencia, amigo, prudencia!

Después, como reservándose un gran secreto, guiñó los ojos, cruzó los brazos, se recostó en su mecedora y miró al techo con suma gravedad.

No sería descabellado creer que aún no habían pasado los efectos de aquella afección a la vista a que había aludido Swiveller al oír sus desatinos y observar sus maneras.

Su traje se hallaba en el mismo estado que si se hubiera acostado sobre él. Consistía en un chaquetón pardo con muchos botones, un pañuelo de cuadros en el cuello, un chaleco listado y unos pantalones blancos muy sucios. Del sombrero no hablamos, porque había quedado reducido a la mínima expresión. Con este atavío heterogéneo se recostó en una butaca, como hemos dicho, y unas veces entonando

con chillona voz algunos compases de una canción insulsa, otras callando repentinamente, siguió mirando al techo.

El anciano también se sentó mirando a su nieto y al amigo con aire que parecía revelar ser impotente para tomar una resolución y que se había decidido a dejar que hicieran lo que tuvieran por conveniente. Federico, no lejos de su amigo, recostado sobre una mesa, parecía indiferente a todos, y yo, que comprendía la inutilidad de mi intervención, aunque el anciano había acudido a mí con palabras y gestos, procuré hacerme el distraído mirando los objetos que estaban puestos a la venta y prestando muy poca atención a los reunidos en la trastienda.

No duró mucho rato el silencio. Swiveller, después de favorecernos con varias melodías y con mil seguridades de que su corazón tendía a la montaña y de que sólo aguardaba su caballo árabe para llevar a cabo grandes actos de valor y lealtad, dejó de mirar al techo y la emprendió con el estilo prosaico, otra vez volviendo al tema anterior:

—Federico, ¿está el viejo en buena armonía?

—¿Te importa? —volvió a decir éste.

—No; pero ¿está? —repitió Dick.

—Sí; pero ¿qué importa que lo esté o no?

Con estas palabras el señor Swiveller se animó, y entrando en conversación general, procuró llamar nuestra atención hablando sobre diversos asuntos, y dando su opinión sobre cosas triviales y nimias, hasta que su amigo le mandó callar.

—No interrumpáis al orador —añadió Ricardo, y siguió perorando sobre las excelencias de la buena armonía en las familias, con grandes y exagerados ademanes, hasta que paró en seco y se puso en la boca el puño de bastón, como si quisiera evitar que una palabra más quitara el efecto a su discurso.

—¿Por qué me persigues así? —preguntó el anciano a su nieto—. ¿Por qué traes aquí esa clase de amigos? ¿No te he dicho muchas veces que mi vida es un tejido de abnegaciones y de angustias, y que soy pobre?

—¿No he dicho a usted mil veces también que no lo creo? —respondió el nieto.

—Has escogido tu camino: síguelo —murmuró el viejo—. Déjanos a Nelly y a mí seguir nuestra senda de afanes y trabajos.

—Nelly será pronto una mujer, y, educada por usted, olvidará a su hermano si no le ve con frecuencia —respondió Federico.

—Procura que no te olvide cuando quieras que se acuerde de ti, cuando tú vayas descalzo por el arroyo y ella pasee en magnífico carruaje.

—¿Quiere usted decir que heredará su dinero? ¡Qué propio es eso de un pobre!

—Y sin embargo —murmuró el viejo bajando la voz y hablando como el que piensa alto—, ¡qué pobres somos!; ¡que amarga es nuestra vida! Pero hay que tener paciencia y esperanza.

Estas palabras, dichas casi entre dientes, no llegaron a oídos de los jóvenes. Swiveller creyó que eran un comentario de su discurso, porque tocó con el bastón a

su amigo haciéndose observar. Después, descubriendo su error, mostró disgusto y manifestó deseo de marcharse inmediatamente, pero en aquel instante se abrió la puerta y apareció Nelly.

CAPÍTULO III

EL DINERO DEL ENANO

Detrás de la niña entró un hombre de cierta edad, de facciones duras y horrible aspecto; tan bajo de estatura, que podemos llamarle enano, aunque su cabeza y su semblante parecían propios del cuerpo de un gigante. Tenía los ojos inquietos y astutos, los bigotes y la barba parecían de crin, y su piel era de ese color terroso que jamás parece limpio ni sano. Lo que hacía más grotesca su expresión era la risa lúgubre que casi siempre vagaba en sus labios, dándole el aspecto de un perro jadeante. Su traje consistía en un sombrero alto de copa, un traje oscuro muy usado, un par de zapatones y un sucio pañuelo, que había sido blanco, tan arrugado y torcido, que dejaba al descubierto su descarnado cuello. Las manos, bastas y callosas, estaban muy sucias, y las uñas, largas y amarillas, parecían garfios.

Tuve tiempo de observar todo esto, porque no se fijó en mí y porque ni la niña ni el enano dijeron nada en los primeros momentos. Nelly se acercó con timidez a Federico y le dio la mano; el enano miró fijamente a todos los presentes, y el anticuario, que no esperaba en modo alguno aquella visita, pareció desconcertado.

—¡Hola, amigo!, ¿tiene usted aquí a su nieto? —dijo el enano después de observar atentamente al joven.

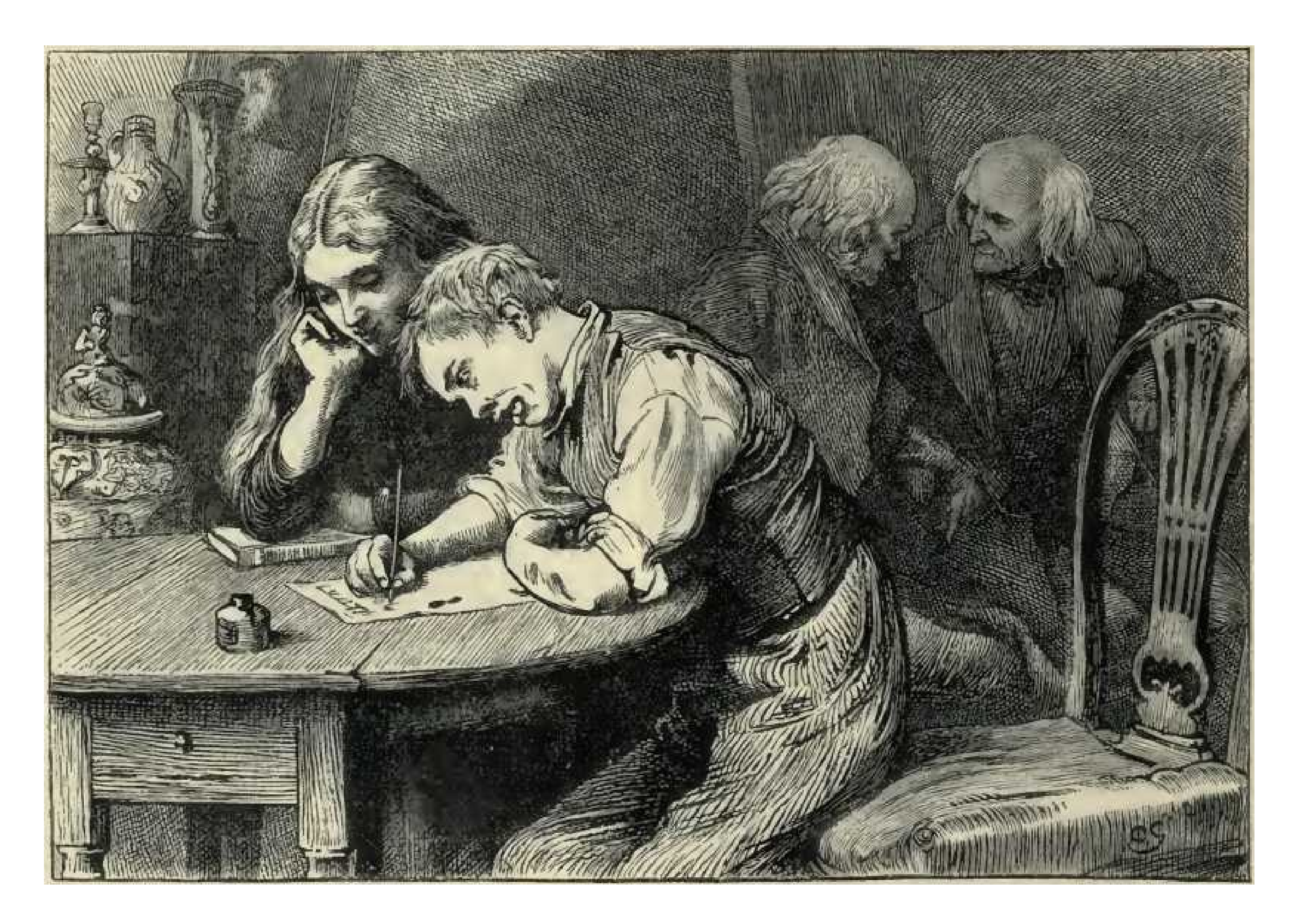
—Ciertamente que no lo tengo, pero está aquí —exclamó el anciano.

—¿Y ése? —prosiguió el enano, señalando a Swiveller.

—Es un amigo suyo.

—¿Y ése? —continuó, encarándose conmigo.

—Un caballero que fue lo bastante amable para traer a Nelly la otra noche, cuando se perdió al volver de casa de usted.



El hombre chiquitín se volvió hacia la niña como para reñirla o manifestar su asombro, pero como Nelly hablaba con su hermano, se calló e inclinó la cabeza para oír mejor.

—Nelly —decía el joven entre tanto—, te enseñan a odiarme, ¿eh?

—¡No, no! ¡Qué idea! —exclamó la niña.

—Entonces, ¿te enseñan a quererme?

—Ni lo uno ni lo otro. Nunca me hablan de ti; esa es la verdad.

—Debo agradecerlo —prosiguió Federico mirando al abuelo—. Lo agradezco, Nelly, y te creo.

—Pero, de todos modos, te quiero mucho, Federico —dijo la niña.

—Lo creo, Nelly; lo creo.

—Te quiero y te querré siempre —repetía la niña emocionada—, pero te agradecería mucho que no disgustaras al abuelito, que no le aborrecieras haciéndole desgraciado; entonces, te querría más aún.

—¡Bueno, bueno! —dijo el joven inclinándose para besar a la niña y retirándose después—. Anda, vete; has sabido la lección: no hace falta que lloriquees. Nos separaremos en paz y como buenos amigos, si eso es lo que quieres.

Federico permaneció callado, siguiendo con la vista a la niña hasta que entró en su cuarto y cerró tras sí la puerta; después, volviéndose al enano, exclamó de repente:

—El señor…

—¿Se refiere usted a mí? —preguntó el hombrecillo—. Me llamo Quilp. Puede usted recordarlo perfectamente, porque no es largo: Daniel Quilp.

—Perfectamente, señor Quilp. Entonces —prosiguió el joven—, ¿tiene usted influencia con mi abuelo?

—Alguna —respondió Quilp enfáticamente.

—¿Sabe usted alguno de sus secretos y misterios?

—Unos cuantos —prosiguió Quilp con sequedad.

—Entonces, haga usted el favor de encargarse de decirle de mi parte que vendré siempre que se me antoje en tanto que tenga a Nelly consigo; y que si quiere librarse de mí, tiene que dejar marchar a mi hermana primero. Le dirá que no tengo sentimientos, que no quiero a Nelly; pero deje usted que diga lo que quiera. Necesito que esa niña recuerde que existo y la veré cuando me plazca; ese es mi tema. Hoy he venido aquí para ponerlo en práctica y vendré cincuenta veces con el mismo objeto, y siempre con el mismo éxito. Dije que esperaría hasta lograr mi objeto: se ha cumplido y mi visita termina. Vamos, Dick.

—Espera —murmuró éste cuando su amigo se dirigía hacia la puerta—. ¡Señor…!

—Estoy a sus órdenes —exclamó Quilp, objeto de aquella exclamación.

—Antes de abandonar esta alegre y animada escena, estos iluminados salones —dijo Swiveller—, me permitiré, con su permiso, hacer una ligera observación. Vine en la inteligencia de que el viejo y mi amigo estaban en buena armonía.

—Continúe usted —exclamó Daniel, viendo que el orador interrumpía su peroración.

—¿Me permite usted decirle al oído media palabra, señor?

Y sin esperar permiso, Ricardo se inclinó hacia el enano y le dijo al oído, pero en voz que todos los presentes pudimos oír:

—El santo y seña de ese viejo es «¡horca!»

—¿Qué? —preguntó Quilp.

—¡Horca, señor, horca! Ya lo sabe usted —prosiguió Swiveller tecleando en los bolsillos de su chaleco.

El enano manifestó con un movimiento de cabeza que había comprendido. Swiveller le hizo una seña de inteligencia, y al llegar a la puerta tosió para llamar la atención del enano y recomendarle con gestos el más inviolable secreto. Después de esta pantomima, salió detrás de su amigo.

—¡Es un placer tener parientes! Afortunadamente, no tengo ninguno —murmuró el enano—. Y usted tampoco debía tenerlos —añadió dirigiéndose al anciano—, si no fuera tan débil como una caña y casi tan insensible.

—¿Qué quiere usted que haga? —murmuró el viejo algo desesperado—. Es muy fácil hablar y mofarse, pero no es tan fácil obrar.

—¿Sabe usted lo que yo haría si estuviera en su lugar? —dijo el enano.

—Sin duda, algo violento.

—Ha acertado usted —dijo el hombrecillo satisfecho con aquel cumplimiento y frotándose las manos—. Pregunte a mi señora, a la linda señora Quilp, la obediente, la tímida, la cariñosa señora Quilp. Pero ahora recuerdo que la dejé sola y estará con gran ansiedad hasta que vuelva. Aunque no lo dice, sé que no está en paz cuando no estoy en casa; para que lo diga, es preciso que la obligue a hablar claro diciéndole que no me enfadaré. ¡Está muy bien educada la señora Quilp!

¡Qué horrible estaba aquel hombre frotándose las manos con gran prosopopeya y dándose aires de importancia! Después, metiéndose la mano en el bolsillo, sacó algo, que entregó al anciano diciéndole:

—Lo he traído yo mismo, porque, siendo oro, era demasiado pesado para Nelly y podían robárselo; por más que debe acostumbrarse a todo para cuando usted falte.

—En eso estoy —respondió el anciano—; mas espero vivir mucho aún.

—Así lo espero —dijo el enano, como si fuera un eco, aproximándose a su oído —. Me gustaría saber en qué emplea usted su dinero, porque, como hombre astuto, sabe usted guardar muy bien su secreto.

—¡Mi secreto! —exclamó el anticuario—. Sí, tiene usted razón; lo guardo muy bien, perfectamente bien.

Y no dijo más, pero tomó el dinero y escondió la cabeza entre las manos como un hombre abatido. El hombrecillo le observó atentamente mientras entraba en su cuarto y ocultaba el dinero en un armario, y después se despidió diciendo que su esposa estaría ya con cuidado.

—Adiós, pues, amigo —dijo—: mis recuerdos a Nelly, y espero que no se extravíe otra vez, aunque ese extravío me haya proporcionado un inesperado honor —continuó, saludándome y saliendo inmediatamente.

Yo había tratado de marcharme también en varias ocasiones, pero el anciano me había detenido y, cediendo a sus instancias, permanecí en la tienda examinando unas preciosas miniaturas y algunas medallas que sacó para que las viera.

Poco después salió Nelly de su cuarto y, sentándose junto a la mesa, se puso a coser. Aquella habitación ganaba mucho vista a la luz del día; las flores que perfumaban el ambiente, un pajarillo que cantaba alegremente en su jaula y la corriente de juventud y frescura que parecía desprenderse de la niña e inundar la casa; todo contribuía a darle un aspecto simpático y alegre. Era curioso, aunque no agradable, mirar después a aquel anciano encorvado, seco y arrugado, y reflexionar sobre todo pensando en lo que podría ocurrirle a aquella niña débil y sola si su abuelo muriese; débil, viejo y achacoso como era, servía de protección a la niña.

El viejo, tomando una mano de Nelly y hablando en alta voz, pareció responder a mis reflexiones.

—Estaremos mejor, hijita; tenemos reservada una fortuna que yo ambiciono sólo para ti. Te ocurrirían tantas desgracias si quedaras en la pobreza, que comprendo que no puede ser así.

Nelly miró a su abuelo atentamente, pero sin responder palabra alguna.

—Cuando pienso en los muchos años, muchos para tu corta vida —prosiguió el anciano—, que has vivido sola conmigo, en esta monótona existencia, sin amigas, sin compañeras de tu edad, sin placeres infantiles, separada de todos los miembros de tu familia, excepto este pobre viejo, temo que no he obrado bien contigo, Nelly.

—¡Abuelo! —exclamó la niña con gran sorpresa.

—No intencionadamente; no, Nelly, ¡bien lo sabe Dios! Siempre he creído que iba a llegar muy pronto un tiempo en que pudieras contarte entre las niñas más hermosas, más animadas y sobrepujarlas a todas. Y aún lo espero, hija mía; aún lo espero. Pero si entretanto tuviera que dejarte, temo mucho que no te he preparado para las luchas del mundo; ni más ni menos que lo está ese pajarillo. Pero oigo a Kit: ve y recíbele, Nelly; ve.

La niña se levantó y echó a correr, pero volvió de pronto y abrazó a su abuelo. Después salió corriendo más aprisa aún para ocultar sus lágrimas.

—Una palabra, señor —me dijo el anciano al oído—: he hablado así porque la conversación que tuvimos hace unos días me ha hecho pensar mucho. ¡Ojalá que todo haya sido para bien y pueda triunfar aún! He sido muy pobre, y quisiera preservar a mi hijita de todos los sinsabores y amarguras de la pobreza, que llevaron a su madre a la tumba antes de tiempo. Esté usted seguro de que será rica y tendrá una fortuna. No puedo decir más ahora, porque Nelly vuelve.

Parecía tan seguro, había tanta fuerza de convicción en su acento, que no me era posible entender el misterio que allí se ocultaba: sólo me lo expliqué pensando que la avaricia era el móvil de su conducta. Más tarde pude observar que el anciano salía también aquella noche y que la niña quedaba sola una vez más dentro de las sombrías paredes de aquella casa.

Y ahora, lector, cesando en mi papel de introductor de personajes en esta novela, me despido de ti, dejando que hablen y obren por sí ellos mismos.

CAPITULO IV

UN TÉ EN CASA DE LA SEÑORA

Los esposos Quilp residían en Tower Hill, y allí lloraba la señora la ausencia del señor cuando éste salió para hacer el negocio de que hemos hablado anteriormente. El señor Quilp no tenía oficio ni carrera conocidos, aunque se ocupaba en una multitud de cosas; era administrador de varias casuchas, prestaba dinero a marineros y gente baja, tenía parte en algunos negocios no muy limpios y otra multitud de cosas por el estilo.

Su habitación en Tower Hill, pequeña y reducida, tenía solamente lo indispensable para ellos y una alcobita para su suegra, que, como es de suponer, estaba en perpetua guerra con Daniel Quilp, a quien no por eso dejaba de tener un miedo horrible. Todos los que vivían cerca de él le temían mucho, pero nadie sentía los efectos de su ira como la señora Quilp, una mujer bajita, pequeña y delicada, de ojos azules, que habiéndose unido al enano en uno de esos momentos de locura no escasos entre las mujeres, pagaba prácticamente todos los días la pena de su ligereza.

Hemos dicho anteriormente que la señora Quilp lloraba en su morada la ausencia de su marido, pero no lloraba por cierto sola, pues, además de su madre, había unas cinco o seis vecinas que por casualidad habían ido llegando a la hora del té; ocasión muy propicia para charlar en aquella habitación fresca, alta y resguardada del sol. No hemos de extrañar, pues, que se detuvieran, teniendo además el piscolabis un sabroso aditamento de manteca fresca, pan tierno, mariscos y berros.

Es natural que estando reunidas tantas señoras, la conversación recayera sobre la propensión del sexo fuerte a dominar y tiranizar al débil, y acerca del deber que tenía éste de resistir y volver por sus derechos y dignidad. Era natural, por cuatro razones: primera, porque siendo joven la señora Quilp y sufriendo las brutalidades de su marido, era de esperar que se rebelara; segunda, porque era conocida la inclinación de su madre a resistir la autoridad masculina; tercera, porque cada una de las concurrentes creía manifestar así la superioridad de su sexo y de ella misma entre las demás, y cuarta, porque, estando acostumbradas las allí reunidas a criticarse unas a otras, una vez reunidas en íntima amistad no podían hallar asunto mejor que atacar al enemigo común.

Movida por todas estas consideraciones, una señora gruesa dio margen a la conversación preguntando por el señor Quilp; a lo que respondió su suegra que estaba perfectamente bien, que nada le ocurría y que «yerba mala nunca muere». Todas las señoras suspiraron a coro, movieron la cabeza con dignidad y miraron a la señora Quilp como si fuera una mártir.

—¡Ah! —dijo la que primero habló—; usted debía aconsejarla, señora Jiniver, puesto que es su madre y conoce mejor que nadie lo que debemos a nuestro sexo.

—Cuando mi pobre esposo vivía —añadió la señora Jiniver—, si se hubiera atrevido a decirme una palabra más alta que otra, le habría…

La buena señora no terminó la frase, pero movió la cabeza con un aire tan significativo, que sustituyó perfectamente a las palabras que faltaban, y fue tan bien entendido por todas, que hubo quien agregó:

—¡Eso mismo hubiera hecho yo!

—Afortunadamente, ni usted ni yo tenemos necesidad de eso —dijo la suegra de Quilp.

—Ninguna mujer la tendría si fuera consecuente con su sexo —agregó la señora gruesa.

—¿Lo oyes, Isabel? ¿Cuántas veces no te he dicho lo mismo, pidiéndotelo casi de rodillas? —dijo la señora Jiniver a su hija.

La pobre Isabel se ruborizó, sonrió y movió la cabeza con aire de duda. Esto fue la señal para un clamoreo general, que, empezando en ligeros murmullos, fue creciendo y, hablando todas a un tiempo, se convirtió en un ruido semejante a un enjambre de cotorras. Animadas con la conversación, dieron un nuevo ataque al té, al pan, a la manteca y demás comestibles, aunque diciendo al mismo tiempo que su decepción era tal, que no podían probar otro bocado.

—Es muy fácil hablar —dijo la señora Quilp con sencillez—, pero tengo la seguridad de que si yo muriera mañana, Daniel hallaría en seguida quien quisiera casarse con él.

Una indignación general acogió estas palabras. ¡Casarse con él! ¡Que hiciera la prueba! Una viuda aseguraba que hasta le pegaría si se dirigía a ella.

—Perfectamente —añadió Isabel—: es muy fácil, como decía antes, hablar; pero Quilp tiene tal ángel cuando quiere, que la mujer más hermosa no podría resistirle si yo muriera; y siendo libre, se dirigiría a ella. Lo aseguro.

Ante esta seguridad, todas se ofendieron, como dándose por aludidas, y diciendo:

—¡Que pruebe y veremos! —Y, sin embargo, todas criticaron a la viuda que quería pegarle y murmuraron al oído de su vecina que la tal viuda era una estúpida dándose por aludida con lo fea que era.

—Mamá, sabes que es cierto lo que digo, porque hablamos de ello muchas veces antes de casarme —dijo la señora Quilp—. ¿Verdad, mamá?

La señora Jiniver se encontró en un apuro, porque ella había contribuido en gran parte a convertir a su hija en señora Quilp y no quería que creyeran que su hija se había casado con un hombre que otras hubieran rechazado. Por otra parte, exagerar las buenas cualidades de su yerno sería disminuir la causa de su discusión; así es que, tomando el mejor partido posible, reconoció su poder de seducción, pero le negó el derecho a mandar, y con un cumplido a la señora gruesa llevó la discusión al punto en que había empezado.

—Lo que ha dicho la señora de Jorge es razonable —dijo la anciana—. ¡Si las mujeres fueran consecuentes! Pero Isabel no lo es y eso es una lástima.

—Antes de consentir que Quilp me gobernara como la gobierna a ella —dijo la señora Jorge—; antes que estar siempre atemorizada ante un hombre, como le pasa a Isabel, sería capaz de matarme, dejando escrita una carta para decir que me mataba él.

Al oír estas frases, otra dama pidió la palabra, y añadió:

—El señor Quilp será un hombre muy agradable, y de ello no tengo duda alguna, puesto que su mujer lo afirma, y ella es quien mejor debe de saberlo; pero la verdad es que no puede decirse que sea hermoso ni joven precisamente, siendo así que Isabel es joven, guapa y, sobre todo, mujer.

Esta última cláusula, pronunciada con marcado tono, produjo murmullos entre los oyentes, cosa que animó a la oradora, la cual continuó diciendo que si un marido así fuera además huraño y poco razonable con su mujer, sería necesario…

—El caso es que lo es —agregó la suegra dejando la taza sobre el plato y sacudiendo las migas que habían caído sobre su falda—: es el tirano mayor que existe en el mundo. Mi pobre hija no se atreve a disponer ni siquiera de su conciencia y tiembla apenas le oye. Con una palabra, con un solo gesto, la asusta tanto que no se atreve a pronunciar una frase siquiera.

Aunque todas las presentes lo sabían perfectamente, puesto que Quilp había sido el tema de todas las conversaciones hacía más de un año en aquel barrio, el anuncio oficial, digámoslo así, levantó una protesta unánime y ruidosa. Dijeron unas a otras:

—¡Ya lo había dicho yo hace tiempo!; y las otras a las unas: —¡Nunca lo hubiera creído a no oírlo con mis propios oídos! Algunas adujeron ejemplos de lo que ellas habían hecho en parecidos casos, y terminaron por agobiar a una de las damas presentes, que era soltera, con razonamientos y consejos para que no se casara. Con la confusión, no habían observado que Daniel Quilp en persona se hallaba en la habitación mirando y escuchando aquel inmenso vocerío en contra suya.

—Sigan ustedes, señoras —dijo Daniel—. Querida Isabel, suplica a estas damas que se queden a cenar con nosotros y trae alguna cosita agradable y ligera.

—Yo…, yo no las invité al té, Daniel —murmuró la pobre mujer—; ha sido una casualidad…

—Mejor, señora, mejor. Las reuniones imprevistas son siempre las más agradables —dijo el enano frotándose las manos con tanto ardor, que parecía querer arrancarse la suciedad que se había incrustado en ellas.

—Pero, ¿qué?, ¿se van ustedes? No, no; les suplico que se queden.

Sus hermosas enemigas movieron la cabeza indicando que declinaban la invitación y buscando sus respectivos abrigos y sombreros, dejando la palabra a la señora Jiniver, la cual, encontrándose en el cargo de paladín, hizo un esfuerzo para cumplir su misión y dijo:

—¿Y por qué no han de quedarse a cenar, si mi hija quiere?

—Seguramente —añadió Daniel—, ¿por qué no?

—Me parece que no hay nada malo ni deshonroso en cenar —prosiguió la señora Jiniver.

—Seguramente que no —agregó Quilp—, a menos que se coma langosta o algún otro manjar difícil de digerir.

—Pero tú no querrás que tu mujer padezca por ese estilo ni por ningún otro —continuó la suegra.

—¡No, de ninguna manera! —dijo el enano.

—Creo que mi hija tiene libertad para hacer lo que quiera.

—Ciertamente. La tiene, señora Jiniver, la tiene —continuó Quilp.

—Debe tenerla, por lo menos —añadió la suegra—, y la tendría si pensara como yo.

—¿Por qué no piensas como tu madre, hija mía? —dijo el enano dirigiéndose a su mujer—. ¿Por qué no la imitas, puesto que sabe honrar a tu sexo? Tenso la seguridad de que deberías hacerlo.

Dirigiéndose otra vez a su suegra, añadió:

—Parece que no está usted bien, señora madre. Se ha excitado usted mucho hablando. Esa es su debilidad. Váyase a acostar. ¡Váyase, por favor!

—Me iré cuando quiera, Quilp; antes no.

—Tenga usted la bondad de irse pronto. Pero prontito, ¿eh? —insistió el enano.

La pobre mujer le miró furiosa, pero no tuvo otro remedio que salir, sufriendo que la echara del cuarto y cerrara la puerta delante de todas las amigas que salían de la casa. Quilp quedó solo con su mujer, que se sentó en un rincón, temblorosa y con los ojos fijos en el suelo, en tanto que él, en pie, parado delante de ella y cruzado de brazos, la miraba largo rato sin pronunciar palabra.

Al fin, rompiendo el silencio y relamiéndose los labios como si tuviera delante un dulce en vez de una mujer, dijo:

—¡Deliciosa criatura! ¡Monina! ¡Rica!

La señora Quilp sollozaba; conociendo la índole de su marido, parecía tan alarmada por estas frases de cariño, como si hubiera manifestado su furor con actos de violencia.

—¡Qué alhaja! ¡Qué tesoro! —continuó Quilp—. Vales más que un cofrecillo de oro engastado con perlas, diamantes, rubíes y toda clase de piedras preciosas. ¡Cuánto te quiero!

La pobre mujer temblaba de pies a cabeza; miró a su marido implorando misericordia, después bajó la cabeza y continuó sollozando.

—Lo mejor que tiene esta mujercita mía es la mansedumbre, la dulzura —prosiguió el enano inclinándose hacia ella y poniéndose más horrible aún, si es posible—. Es tan humilde que no tiene voluntad propia, a pesar de tener una madre tan insinuante.

Agachándose poco a poco, llegó a colocar su horrible cabeza entre los ojos de su mujer y el suelo, y exclamó:

—¡Señora Quilp!

—¿Qué quiere, Daniel?

—¿No soy hermoso? ¿No sería el más hermoso del mundo si tuviera patillas? ¿No soy agradable, aun como soy, a las mujeres? ¿Lo soy, señora mía: sí o no?

—Sí, Quilp; sí —respondió la pobre mujer, fascinada por sus miradas y sin poder separar su vista de los horribles gestos que hacía el enano; tales, que sólo pueden concebirse en malos sueños. Por último, no pudo menos de lanzar un grito al verle dar un salto sobre ella y decirle con ojos extraviados:

—¡Si te encuentro otra vez hablando con esas madamas, te como!

Con esta lacónica amenaza, acompañada de un gesto horroroso, Quilp puso término a la escena. Después pidió a su mujer que quitara de allí los restos del convite y llevara ron, agua fría y cigarros; se sentó en una silla de respaldo muy inclinado y colocó las piernas sobre la mesa.

—Siento deseos de fumar, querida esposa, y es fácil que pase aquí la noche. Siéntate cerca de mí, por si acaso te necesito.

La señora Quilp respondió con el consabido «bueno», y el pequeño rey de la creación tomó su primer cigarro y mezcló el primer vaso de grog. Se puso el sol, salieron las estrellas, la habitación fue envolviéndose en tinieblas sin más luz que la del cigarro y aún seguía Quilp en la misma posición, bebiendo y fumando con su impasible sonrisa, que se cambiaba en un gesto de inmensa delicia cuando su mujer hacía algún movimiento involuntario de inquietud o de fatiga.

CAPÍTULO V

LAS CONFIDENCIAS DE NELLY

No sabemos si el señor Quilp durmió o sólo cabeceó, pero lo cierto es que se pasó la noche entera fumando, encendiendo un cigarro en los residuos del anterior, sin necesitar fósforos ni bujías. Los toques del reloj, hora tras hora, no parecían afectarle en lo más mínimo, y lejos de sentir sueño, parecía más despabilado cada vez; los únicos movimientos que se notaban en él eran como de risa solapada y artera, aunque silenciosa, cuando oía sonar las horas, y los necesarios para fumar o beber.

Al fin lució el día, y la pobre señora Quilp, tiritando de frío, abrumada de fatiga y falta de sueño, apareció sentada pacientemente en su silla, elevando de cuando en cuando los ojos para pedir clemencia a su amo y señor, y tosiendo ligeramente para manifestar que aquella penitencia era sobrado larga y penosa; pero su amable esposo fumaba y bebía sin parar mientes en ella, y sólo se dignó reconocer su presencia cuando se sintió en la calle esa actividad, ese ruido que indica que el día es bien entrado ya. Aun así, tal vez hubiera continuado el mismo estado de cosas, a no haberse sentido en la puerta unos golpecitos que anunciaban que alguien quería entrar.

—¿Cómo, mujercita mía, es ya de día? Anda y abre la puerta, querida esposa.

La obediente mujer descorrió el pasador y entró su madre. Creyendo que Quilp dormía aún, entró apresuradamente; pero al ver que estaba despierto y todo igual que cuando se marchó al anochecer, se detuvo sorprendida.

Nada de esto escapó a la penetrante vista de aquel monstruo, que, comprendiendo perfectamente lo que pasaba en el ánimo de su suegra, se puso más feo aún en el colmo de la satisfacción y la saludó con acento de triunfo.

—¿Cómo, Isabel —dijo la anciana—, no te has acostado? ¿No habrás estado toda la noche…?

—¿Sentada? —agregó Quilp terminando la pregunta de su suegra—. Sí, precisamente.

—¡Toda la noche! —exclamó la señora Jiniver.

—Sí, toda la noche. Supongo que no se ha vuelto usted sorda —dijo Quilp riéndose—. ¿Acaso hay mejor compañía para Isabel que su marido? ¡Ja, ja…! El tiempo ha pasado volando.

—¡Eres un animal! —dijo la señora Jiniver.

—¡Vamos; vamos! —dijo Quilp torciendo el sentido en que hablaba su suegra—. No le ponga usted motes. Es mi mujer, y si se le ocurre evitar que me acueste, entreteniéndome toda la noche, no es para que usted, en su afecto hacia mí, se enfade con ella. ¡Vamos; beba usted conmigo! Quiero agradecerle su interés convidándola.

—Muchas gracias, no lo acepto —exclamó la buena mujer con una expresión tal como si quisiera dar de puñetazos a su yerno—. Muchas gracias.

—¡Alma agradecida! —murmuró el enano—. ¡Isabel!

—¿Qué quieres? —murmuró tímidamente la paciente.

—Ayuda a tu madre a hacer el almuerzo. Tengo que ir al muelle esta mañana y cuanto antes almuerce, mejor.

La suegra quiso manifestar que se rebelaba, sentándose en una silla con los brazos cruzados, demostrando así que no quería hacer nada; pero su hija le habló al oído, y su yerno le indicó que si se encontraba mal, podía ir a la habitación de al lado. La buena mujer se levantó y empezó diligentemente los preparativos requeridos.

Quilp empezó a hacer su tocado, sin dejar de escuchar atentamente el más mínimo rumor de palabras que pudiera salir de la habitación próxima, y oyó cómo la señora Jiniver le llamaba monstruo y villano.

Después de algunos incidentes estuvo preparando el almuerzo: huevos duros, sardinas, berros, pan, manteca y té. Quilp lo devoró casi sin masticar; bebió el té hirviendo, sin pestañear siquiera; mordió el tenedor y la cuchara hasta torcerlos; hizo, en una palabra, tantas cosas extraordinarias, que las pobres mujeres, asustadas, empezaron a pensar si era realmente un hombre o si sería una bestia. Por último, Quilp, dejándolas asustadas y casi fuera de sí, se marchó al muelle y, tomando una lancha, se dirigió al almacén que al otro lado del río llevaba su nombre. Una vez allí, entró en el despacho, se quitó el sombrero, se reclinó en el escritorio y procuró dormir, tratando así de desquitarse de la falta de sueño de la noche anterior con una larga siesta.

Larga podía haber sido, pero no lo fue, porque apenas llevaba durmiendo un cuarto de hora, cuando el criadillo del almacén abrió la puerta y asomó la cabeza; Quilp, que tenía el sueño ligero, le sintió en seguida y se incorporó diciendo:

—¿Qué quieres?

—Ahí fuera le buscan a usted.

—¿Quién?

—No lo sé.

—¡Pregúntalo! —dijo Quilp cogiendo un pedazo de madera y tirándoselo al muchacho con tal fuerza que lo hubiera pasado mal a no haber desaparecido antes de que le alcanzara—. ¡Pregúntalo, perro!

El muchacho, no atreviéndose a entrar otra vez, envió en su lugar a la persona que buscaba al enano.

—¿Tú, Nelly? —exclamó éste.

—Sí —dijo la niña, vacilando entre entrar o retirarse, asustada por el aspecto de Quilp, que acababa de despertarse, con el cabello en desorden y un pañuelo amarillo atado a la cabeza, que le hacía parecer más horrible aún—. Soy yo, señor.

—Entra —dijo Quilp sin moverse del escritorio—. Entra, pero antes mira sí ahí, en el patio, hay un chico andando de cabeza.

—No, señor —respondió Nelly—, anda con los pies.

—¿Estás segura? Pues bien, entra, y cierra la puerta. ¿Qué te trae por aquí, Nelly?

La niña sacó una carta y la entregó a Quilp que, sin cambiar de postura, alargó una mano y, cogiendo la carta, procedió a enterarse de su contendido.

La niña se quedó parada tímidamente, con los ojos fijos en el semblante de Quilp mientras éste leía la carta, mostrando que desconfiaba de aquel hombre y haciendo esfuerzos al mismo tiempo para no reírse al ver su inverosímil aspecto y su grotesca acritud. Se notaba también en la niña una ansiedad penosa pensando en la respuesta, que lo mismo podría ser favorable que adversa.

Se veía claramente que Quilp mismo estaba perplejo, y no poco, al leer el contenido de aquella carta. A los dos o tres renglones, abrió desmesuradamente los ojos con horrible expresión; poco después movió la cabeza, y al llegar al final se puso a silbar, manifestando así su sorpresa y su disgusto. Una vez leída, la dobló y la dejó a un lado; se mordió despiadadamente las uñas de los diez dedos; la leyó otra vez, y esta segunda lectura fue tan poco satisfactoria, al parecer, como la primera, porque se sumió en profunda meditación. Al salir de ella volvió a morderse las uñas y miró con insistencia a la niña, que, con los ojos clavados en el suelo, se preguntaba lo que haría después.

—Oye —dijo al fin con una voz tan extraña o inesperada que la niña tembló como si hubieran disparado un cañonazo junto a su oído—. ¡Nelly!

—¡Señor!

—¿Sabes qué dice esta carta?

—No, señor.

—¿De veras? ¿Palabra de honor?

—Palabra de honor, señor Quilp.

—¿Querrías morirte antes de saberlo? —añadió el enano.

—No lo sé —repitió la niña.

—Bueno —respondió Quilp, comprendiendo que decía la verdad—. ¿A qué diablos vendrá esto? ¡Aquí hay un misterio!

Esta reflexión hizo que se rascara la cabeza y se mordiera las uñas una vez más, dulcificándose su semblante con algo que, aunque en otro cualquiera hubiera sido un gesto de dolor, en él era una sonrisa. Cuando Nelly le miró de nuevo, vio que el enano la contemplaba con sus astutos ojillos.

—¡Qué bonita eres, Nelly! Muy bonita. ¿Estás cansada?

—No, señor. Tengo prisa por volver porque el abuelo estará inquieto hasta que vuelva.

—No tengas prisa, Nelly, no necesitas correr —añadió Quilp—. Vamos a ver: ¿te gustaría ser mi número dos, Nelly?

—¿Ser qué, señor?

—Mi número dos, mi segunda señora Quilp —respondió el enano.

La niña se asustó, pero manifestó no entenderle, lo cual, notado por Quilp, hizo que se explicara con más claridad.

—Serías la segunda señora Quilp cuando muera la primera, querida Nelly —dijo el enano guiñando los ojos—; serías mi esposa. Supongamos que la señora Quilp vive aún cuatro o cinco años; entonces tú tendrás buena edad para ser mi mujer. ¡Ja…, ja…! Sé buena niña, Nelly, y un día de estos tendrás el alto honor de ser la señora Quilp de Tower Hill.

La niña tembló al pensar en aquella temerosa perspectiva; el enano se rió, sin preocuparse de su alarma, bien porque encontrara una delicia especial en asustar a alguien, bien porque le pareciese grato pensar en la muerte de su mujer y en la elevación de una segunda a su título y categoría, o bien porque, por razones particulares, quisiera ser agradable y complaciente en aquella particular ocasión.

—¿Quieres venir a casa y ver a mi esposa? Te quiere mucho, aunque no tanto como yo. ¡Vamos ahora!

—Tengo que irme; mi abuelo me dijo que fuera en cuanto usted me diese la respuesta a su carta.

Pero aún no te la he dado, Nelly —repuso el enano—, y no puedo dártela sin ir a casa; así es que forzosamente tienes que venir conmigo. Dame el sombrero, que está en aquella percha, y vámonos, nena.

Quilp saltó del escritorio al suelo y ambos salieron del almacén. Una vez fuera, lo primero que se presentó a su vista fue el chico del almacén, que rodaba por el suelo en compañía de otro muchacho de su misma edad, luchando y pegándose fraternalmente.

—¡Es Kit! —dijo Nelly palmoteando—. Vino conmigo. Dígale usted que se levante, señor Quilp.

—Voy a decírselo a ambos —agregó el enano entrando a buscar una vara—. ¡Hala, muchachos, fuera! Voy a daros un estacazo a los dos, así junaros.

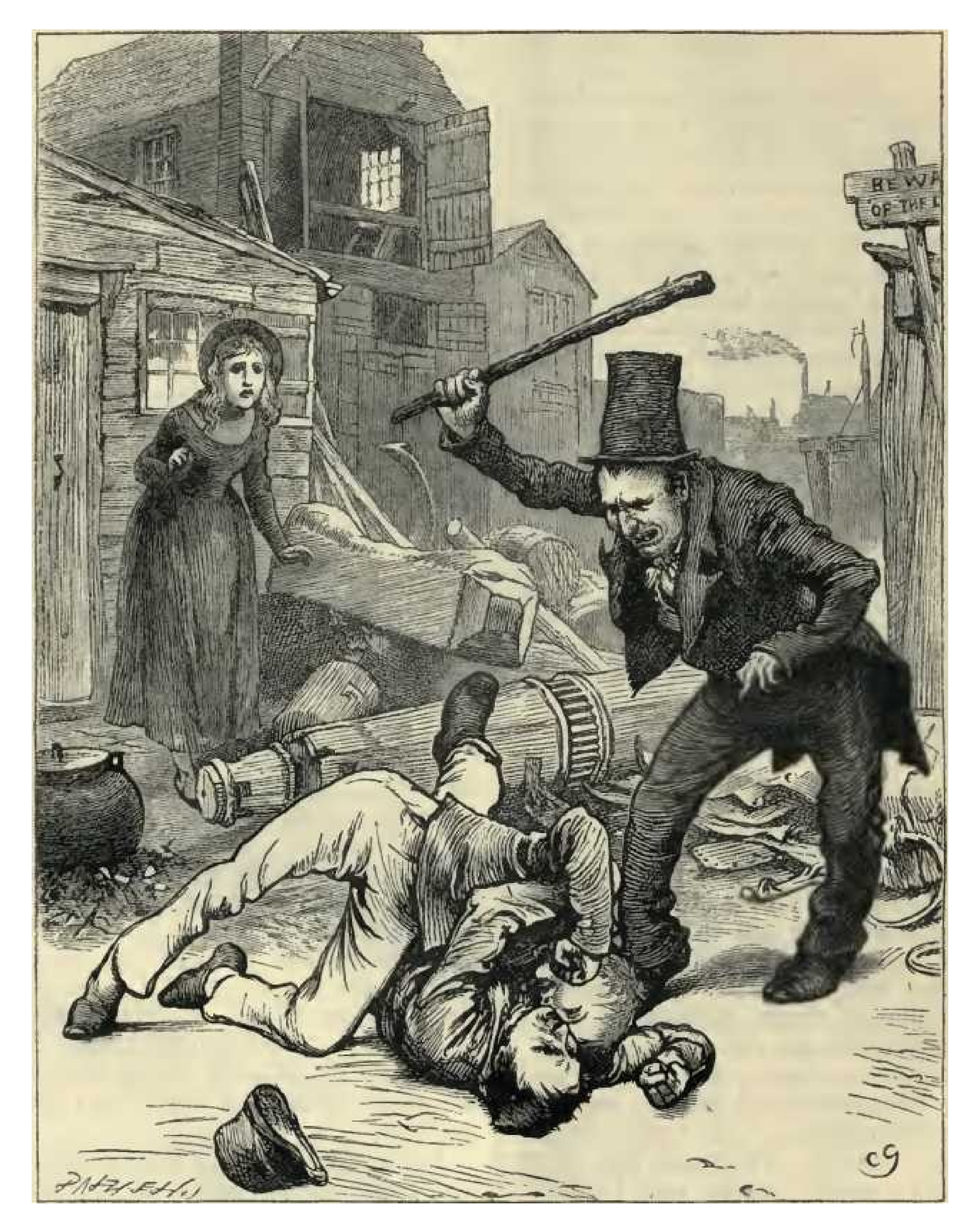
Y uniendo la acción a la palabra, descargó algunos golpes dignos de un salvaje sobre los indefensos muchachos.

—¡Voy a poneros blandos a fuerza de golpes; tengo que poneros la cara negra!

—¡Tire usted esa vara o le saldrá mal la cuenta! —murmuró el muchacho, tratando de escaparse—. ¡Tire usted la vara!

—¡Acércate, perro, y te la romperé en la cabeza! —exclamó Quilp con fiereza—. ¡Un poco más cerca, más cerca aún!

Pero el chico declinó la invitación y esperó un instante de descuido de su amo. Entonces dio un salto y trató de quitarle la vara, pero Quilp, que estaba siempre alerta, esperó a que el muchacho, creyendo que no le veía, estuviera bien sujeto a la vara y entonces la soltó. El pobre chico cayó de cabeza, recibiendo un golpe terrible. El éxito de esta maniobra agradó tanto al horrible enano que estuvo un rato riéndose a carcajadas, como si hubiera oído el más gracioso chiste.



—¡No importa! —murmuró el pobre niño restregándose la cabeza—. ¡Ya verá usted si otra vez pego a alguien que diga que es usted más feo que todos los monstruos que se ven a perra grande la entrada!

—¿Quieres decir que no lo soy?

—No, señor.

—¿Entonces, por qué luchabais así? —preguntó Quilp.

—Porque ese chico lo dijo; no porque usted no lo sea.

—Porque tú dijiste que la señorita Nelly era fea —aulló Kit—, y que ella y su abuelo tenían que hacer lo que tu amo quisiera. ¿Por qué dices eso?

—Lo dice porque es un tonto; y tú dices lo que dices, porque eres listo: casi demasiado listo para vivir, Kit, a menos que te cuides mucho —dijo Quilp con modales tranquilos, pero con gran malicia en la boca y en los ojos—. Toma esta moneda y di siempre la verdad. ¡La verdad siempre, Kit! Y tú, perro, cierra el despacho y tráeme la llave.

El otro muchacho al cual se dirigía esta orden, hizo lo que le mandaban, y recibió en recompensa un puñetazo en la nariz, que le hizo llorar. Después el señor Quilp tomó un bote y se fue con Nelly y Kit.



La señora Quilp se preparaba para dormir un poco, pensando que su esposo tardaría, cuando sintió sus pasos en la puerta. Apenas si tuvo tiempo de coger una labor cuando éste entró, acompañado de la niña. Kit había quedado abajo.

—Aquí tienes a Nelly Trent, querida —dijo Quilp—: dale un bizcocho y una copita, porque ha hecho una larga caminata. Que se esté aquí contigo mientras yo escribo una carta.

La señora Quilp miraba sorprendida y temblorosa a su marido, no pudiendo comprender a qué obedecía aquella inusitada generosidad, y a un gesto del enano, salió tras él de la habitación.

—Escucha lo que te digo —dijo Quilp—. Trata de hacerle decir algo sobre su abuelo: lo que hace, cómo viven, etc. Tengo mis razones para querer saberlo, si puedo. Las mujeres sabéis hablar mejor que nosotros y tú tienes finura para ir sacándole lo que quiero saber. ¿Me oyes?

—Sí, Daniel.

—Pues ve.

—Pero eso es engañar a esa niña candorosa; ya sabes que la quiero. ¿Por qué pretendes que abuse de su confianza?

El enano soltó un espantoso juramento y miró alrededor como buscando algún instrumento para infligir el condigno castigo a su esposa, por su desobediencia. La sumisa mujer le suplicó que no se enfadara y prometió cumplir sus órdenes.

—Ya lo sabes —murmuró Quilp a su oído, pellizcándole un brazo al mismo tiempo—, averigua sus secretos; sé que puedes. ¡Y acuérdate de que yo lo estoy oyendo! Si no eres lista, haré crujir la puerta, ¡y pobre de ti si tengo que hacerlo muchas veces! ¡Vete!

La señora Quilp salió como le ordenaba su amo, el cual se escondió tras la puerta entreabierta, y aplicando el oído, se preparó a escuchar atentamente. La mujer no sabía cómo empezar la conversación, hasta que el ruido de la puerta, obligándola a no dilatar más el silencio, la hizo preguntar:

—¿Cómo es que vienes a ver al señor Quilp tantas veces?

—No sé, eso es lo que yo pregunto a mi abuelito.

—¿Y qué te dice?

—Nada, suspira y baja la cabeza; parece que está triste y tan abatido que, si usted le viera, estoy segura de que lloraría. No podría usted evitarlo: lo mismo me pasa a mí. Pero ¡cómo rechina esa puerta!

—Sí, se moverá con el viento —respondió la señora Quilp mirando hacia allá; pero antes, ¿no estaba así tu abuelo?

—No, señora —dijo la niña afanosa—, antes éramos muy felices y él estaba siempre alegre y satisfecho. No puede usted figurarse qué cambio tan grande ha sufrido.

—Siento mucho que sea así, hija mía —dijo la señora hablando con sinceridad.

—Muchas gracias, señora —contestó la niña besándola—. Siempre ha sido usted muy cariñosa conmigo; yo no puedo hablar de estas cosas con nadie, excepto con el pobre Kit. Aún soy feliz, y tal vez debería estar más contenta, pero no puede usted figurarse cuánto sufro al verle tan alterado.

—Cambiará otra vez, hija mía, y volverá a ser como antes —dijo la señora Quilp.

—¡Dios lo quiera! —continuó la niña—. Pero hace tanto tiempo que está así… Me parece que he visto moverse esa puerta.

—Es el viento —murmuró Isabel—. Sigue, hija mía. ¿Cómo está?

—Pensativo y disgustado —dijo la niña—. Antes, por la noche, sentados junto al fuego, leía yo y él escuchaba. Otras veces hablábamos y me contaba cosas acerca de

mi madre. Solía tomarme sobre sus rodillas y trataba de hacerme comprender que no estaba en la tumba, sino en otro país mejor y más hermoso, donde no hay nada sucio ni feo. ¡Qué felices éramos entonces!

—¡Nelly, Nelly! —dijo la pobre mujer—. No puedo oírte llorar y verte tan triste. ¡No llores!

—Lloro pocas veces —repuso la niña—, pero he estado conteniéndome tanto… Y además, creo que no estoy buena, porque cedo a esta debilidad. Pero no me importa referirle a usted mis penas, porque sé que no se lo contará a nadie.

La señora Quilp volvió la cabeza sin responder palabra.

—Entonces —prosiguió la niña— paseábamos de cuando en cuando por el campo entre los árboles, y cuando volvíamos a casa, la hallábamos más agradable aún por efecto del cansancio y pensábamos que era un hogar muy hermoso. Ahora no paseamos nunca, y aunque es la misma casa, parece que está mucho más oscura y más triste.

Al llegar aquí se detuvo la niña, y aunque la puerta crujió más de una vez, la señora Quilp no dijo nada.

—No crea usted por lo que le digo que el abuelito es menos cariñoso conmigo: creo, por el contrario, que me quiere más cada vez. ¡No puede usted figurarse lo cariñoso que es!

—Estoy segura de que te quiere mucho —dijo Isabel.

—Sí, sí —respondió Nelly—; al menos, tanto como yo a él. Pero aún no le he dicho a usted el cambio mayor que he notado en él. No descansa más que lo poco que durante el día puede dormir en una butaca; todas las noches sale de casa, y generalmente no vuelve hasta la mañana. ¡No se lo diga usted a nadie, por favor!

—¡Nelly!

—¡Chist! —dijo la niña poniendo un dedo sobre sus labios y mirando alrededor —. Yo le abro por la mañanita antes de amanecer, pero anoche mismo vino tan tarde que ya era de día. Traía el semblante lívido, los ojos sanguinolentos y le temblaban las piernas. Después de acostarme otra vez, le oí quejarse; me levanté, entré en su cuarto y le oí decir que no podía sufrir aquella vida, y que, si no fuera por la niña, es decir, por mí, desearía morirse. ¿Qué haré Dios mío? ¿Qué haré?

La niña, abrumada por tanta pena y ansiedad, rompió a llorar al ver la simpatía de su amiga y se arrojó en sus brazos.

El señor Quilp entró de pronto y manifestó gran sorpresa al encontrarla en aquel estado, cosa que hizo a la perfección buscando el efecto. Una larga práctica de fingimiento le había hecho ser un admirable cómico.

—¿No ves que está cansada, Isabel? —dijo el enano torciendo los ojos para indicar a su esposa que siguiera en su papel—. Su casa está muy lejos del muelle y, además, se asustó viendo reñir a dos granujas. ¡Pobre Nelly!

El enano, queriendo acariciarla, le dio unas palmaditas en la espalda, y por cierto que no pudo hallar procedimiento mejor para reanimar a la niña, porque un deseo

instintivo de sustraerse a aquellas caricias la hizo dar un salto y declarar que ya estaba tranquila y que iba a marcharse.

—Será mejor que te quedes aquí y comas con nosotros —dijo el enano.

—Muchas gracias; hace rato que salí de casa, y es ya hora de volver —contestó Nelly secándose los ojos.

—Está bien, Nelly; vete si lo prefieres. Aquí tienes esta carta; solamente le digo que mañana o pasado iré a verle y que no puedo hacer hoy el asunto que me encarga. Adiós, Nelly, ¡Eh, Kit! Ten cuidado de ella, ¿oyes?

Kit ni siquiera contestó a tan inútil advertencia, y después de mirar a Quilp como para interrogarle por el llanto de Nelly y manifestar su deseo de venganza, siguió a su joven ama, que se despedía de la señora Quilp, y emprendieron el camino de regreso a la tienda.

—Preguntas a la perfección, esposa mía —murmuró Quilp tan pronto como estuvieron solos.

—¿Qué más podía hacer? —preguntó tímidamente la pobre mujer.

—¿Qué más podías haber hecho? Menos quería yo que hicieras. ¿No podías haberlo hecho sin parecer un cocodrilo?

—Me da mucha lástima esa niña, Daniel. Creo que he hecho bastante. He abusado de su confianza, puesto que la he animado a hacer sus confidencias creyendo que estaba sola. ¡Que Dios me perdone!

—¡Bastante tuve que mover la puerta para que te decidieras! Has tenido la suerte de que ha dicho lo que yo necesitaba saber, porque si no, tú hubieras pagado el chasco. Puedes agradecer a tu buena estrella que sepa lo que sé. Basta de este asunto y no me esperes para comer; de modo que no necesitas molestarte mucho.

CAPITULO VI

LA PROPOSICIÓN DE FEDERICO

—Federico —decía Swiveller en su habitación de Drury Lane—, recuerda la canción popular ¡Adiós a las penas!, cubre los disgustos con el velo de la amistad y pásame ese dorado vino.

—Pásame ese vino, Federico —volvió a decir sin más preámbulos, viendo que éstos no habían hecho mella en su amigo.

El joven Trent, con gesto impaciente, alargó el vaso y cayó otra vez en el profundo mutismo y quietud anteriores.

—Federico, voy a contarte algo sentimental, apropiado a la ocasión —dijo Swiveller.

—¡Me mareas con tanta charla, Dick! ¡Siempre estás alegre! —murmuró al fin Federico.

—Pues qué, señor Trent, ¿ha olvidado usted el proverbio que dice que se puede ser sabio a pesar de estar contento? Yo estoy muy conforme con eso. Habla, hombre, habla; estás en tu casa.

Con esto, Ricardo Swiveller dio fin a su vaso y empezó otro, y después de probarlo con delicia, propuso un brindis a una compañía imaginaria.

—¡Caballeros, por el éxito de la antigua familia de los Swiveller y por la buena suerte del caballero Ricardo en particular! —exclamó el orador con énfasis—. ¡El caballero Ricardo, que gasta el dinero con sus amigos y no se preocupa de las penas! ¡Hurra! ¡Hurra!

—¡Dick! —exclamó Trent volviendo a sentarse después de dar dos o tres paseos por la habitación—. ¿Querrías hablar en serio dos minutos si te enseño un modo de hacer fortuna con poco trabajo?

—Ya me has enseñado muchos, pero siempre tengo vacíos los bolsillos.

—Éste es diferente; ya dirás lo contrario antes de mucho tiempo —dijo Federico acercando su silla a la mesa.

—¿Has visto a mi hermana Nelly?

—Sí, ¿y qué? —contestó Dick.

—Es bonita, ¿verdad?

—Seguramente. Hay que reconocer que no se parece a ti —respondió Dick.

—Pero ¿es bonita? —repitió su amigo impaciente.

—Sí, es bonita. ¡Muy bonita! Estamos en ello, ¿y qué?

—Voy a decírtelo —prosiguió Federico—. Probablemente, el viejo y yo estaremos como el perro y el gato hasta el fin de nuestros días, y no puedo esperar nada de él. ¿Supongo que ves claro eso?

—Un murciélago lo vería, aun de día y con sol.

—Es claro también que el dinero íntegro será para ella. Ahora, escucha: Nelly tiene cerca de catorce años.

—¡Hermosa niña para sus años, pero algo pequeña! —replicó Ricardo con indiferencia.

—Déjame continuar; pronto acabo. Voy al objeto de esta conversación —dijo Trent, algo amostazado por el poco interés que Swiveller manifestaba.

—Conforme —agregó éste.

—La niña es muy sensible y, educada como lo ha sido, puede persuadírsela fácilmente. Me propongo imponerle mi voluntad; no por fuerza, no. ¿Hay algo que te impida casarte con ella, Dick?

Ricardo, que contemplaba su vaso mientras su amigo decía enérgicamente las anteriores frases, quedó consternado al oír la última y sólo pudo decir:

—¿Qué…?

—Que si hay algo que lo impida; que si no puedes casarte con ella.

—¿Va a cumplir catorce años? —preguntó Dick.

—No digo que te cases ahora mismo —exclamó Federico airado—. Digamos dentro de dos años, o tres, o cuatro. ¿Tiene cara de vivir mucho el viejo?

—Parece que no —murmuró Dick—, pero no puede asegurarse nada. Tengo en el condado de Dorset una tía que se está muriendo desde que yo tenía ocho años y aún no ha cumplido su palabra. Son tan fastidiosos los viejos, que quieren salirse siempre con la suya; no puede uno echar cuentas con ellos.

—Entonces, vamos a estudiar el asunto por el lado más feo. Supongamos que vive.

—Seguramente —repuso Dick—; ahí está el quid.

—¿Por qué no persuadir a Nelly de que se case secretamente contigo? ¿Qué crees que saldría de eso?

—Una familia y una renta anual nula para mantenerla —dijo Ricardo después de reflexionar.

—Te aseguro que el viejo sólo vive para ella, que sus energías y sus pensamientos son sólo para la nena y que sería más fácil que me adoptara a mí, que reñir con ella y desheredarla por un acto de desobediencia. No podría hacerlo. Cualquiera que tenga ojos lo ve.

—Sí, parece poco probable —murmuró Dick.

—Parece improbable, porque lo es; porque es imposible y absurdo —exclamó Federico con más energía aún—. Si quieres hacerlo más imposible todavía, basta con reñir conmigo (en broma, por supuesto). Tocante a Nelly, ya sabes que una gotita de agua horada una piedra. ¡Deja el asunto en mis manos! ¿Qué nos importa, pues, que el viejo viva o muera? La cosa es que tú serás el único heredero de una sana fortuna, que gastaremos los dos, y dueño de una hermosísima y buena esposa.

—¿Supongo que no hay duda de que es rico? —preguntó Dick.

—¿Duda? ¿No oíste lo que dijo hace unos días, cuando estábamos allí? ¡Eres capaz de dudar del sol, Dick!

Sería enojoso seguir esta conversación en su artificioso desenvolvimiento y ver cómo fue interesándose el corazón de Ricardo Swiveller. Bástenos saber que la vanidad, el interés, la pobreza y demás miserias le obligaron a mirar con agrado la propuesta. Los motivos de parte de Federico eran más profundos de lo que Ricardo creía, pero como se irán desarrollando sucesivamente, no necesitamos indicarlos ahora. Diremos solamente que las negociaciones se llevaron a cabo de modo satisfactorio para ambas partes, y que el señor Swiveller empezaba a decir en términos floridos que no tenía ninguna objeción seria que oponer a su casamiento con una rica heredera, cuando un golpecito en la puerta y el obligado «adelante» pusieron término al discurso.

Se abrió la puerta, pero nadie entró: sólo se vio un brazo enjabonado y se percibió un fuerte olor de tabaco, procedente de un estanco que había en el piso bajo. El brazo era de la criada de la casa, que acababa de sacarlo de un cubo de agua con que limpiaba la escalera, para recoger una carta dirigida al señor Swiveller.

Al ver la dirección, Dick palideció, y más aún cuando empezó a leerla, comprendiendo entonces que con tanta conversación se había olvidado de ella.

—¡Ella! ¿Quién? —preguntó Trent.

—Sofía Wackles —dijo Ricardo.

—Pero ¿quién es?

—Es todo lo que mi fantasía quiere que sea —dijo Swiveller echando un trago largo y mirando gravemente a su amigo—. Es hermosísima, divina; tú la conoces.

—Ya recuerdo —dijo su amigo sin preocuparse—; ¿qué quiere?

—¿Qué, caballero? —contestó Ricardo—. Entre la señorita Sofía Wackles y este humilde individuo que tiene el honor de dirigiros la palabra, se han cruzado sentimientos tiernos y ardientes, honrados por supuesto. La diosa Diana no es más particular en su conducta que la señorita Sofía; os lo aseguro.

—¿Qué debo creer de todo eso que me dices? Supongo que no le habrás hecho la corte.

—Hacerle la corte, sí; prometerle nada, no —dijo Dick—. No puede demandarme por incumplimiento de promesa. Yo nunca me comprometo por escrito, Federico.

—Pero ¿qué dice esa carta?

—Solamente me recuerda que esta noche teníamos que asistir a una pequeña reunión de unas veinte personas, señoras y caballeros. Tengo que ir, para aprovechar la ocasión de ir despejando la costa y porque me gustaría saber si dejó la caña ella misma en persona.

CAPITULO VII

LA FAMILIA WACKLES

Una vez terminado el negocio, el señor Swiveller recordó que era hora de comer, y no queriendo que su salud se deteriorara con abstinencia forzosa, envió un recado al restaurante más próximo pidiendo que sirvieran inmediatamente dos cubiertos, petición que el amo del restaurante, conociéndole bien, se negó a atender, diciendo que si quería comer fuera allí y, mediante cierta cantidad determinada, podría comer cuanto quisiera. No se desanimó Dick y envió otro recado a otro restaurante más retirado, observando una política zalamera que surtió el efecto requerido, pues en seguida enviaron un servicio completo con todo lo necesario para una abundante comida, a la cual se aplicaron ambos amigos con grande alegría.

—¡Ojalá que el presente momento sea el peor de nuestra vida; el hombre se conforma con tan poca cosa… después de comer! —dijo Ricardo.

—Espero que el dueño del hotel se conformará con poco —añadió su amigo—. Me parece que no puedes pagar esto.

—Pasaré por allí después y arreglaré la cuenta —añadió Dick guiñando los ojos de un modo muy significativo—. Todo se ha acabado, Federico, y no hay siquiera resto de ello.

Efectivamente, poco después llegó el mozo, que oyó con gran disgusto las explicaciones de Swiveller y, por último, se marchó bajo promesa de que pasaría por el restaurante a cierta y determinada hora. Una vez ido el mozo, Ricardo sacó de su bolsillo una grasienta libreta y escribió dos renglones.

—¿Es un recordatorio por si te olvidas de pasar por allí? —dijo Federico con sorna.

—No, precisamente —respondió imperturbable Ricardo mientras escribía con afán—. Apunto en este libro las calles por donde no puedo pasar de día cuando están abiertas las tiendas. La comida de hoy es de Longetere y me compré un par de botas en Queen Street la semana pasada; así es que únicamente puedo llegar al Strand por una sola bocacalle y esta noche tendré que comprar un par de guantes. Las calles están tan cerca unas de otras que, como mi tía no me mande un regalito, dentro de un mes tendré que salir seis o siete leguas fuera de la ciudad para ir a algunos sitios.

—¿Tienes esperanza de obtener dinero de tu tía? —preguntó Trent.

—No —respondió Swiveller—. Generalmente, tengo que escribirle seis cartas; pero ahora hemos llegado a la octava sin que le hagan efecto. Mañana escribiré otra vez, lloroso y arrepentido, una carta de efecto seguro.

Ricardo, mientras hablaba así, guardó la libreta, y Federico, recordando que tenía algo que hacer, se marchó dejándole entregado a sus meditaciones sobre la señorita

Sofía y a las libaciones del dorado licor.

—¡Es muy duro que tenga que abandonar así, de repente, por causa de la hermanita de Federico, a la señorita Sofía! Creo que lo mejor será no obrar precipitadamente… Pero si he de dejarla, lo mejor es hacerlo de pronto, no sea que me comprometan y tenga que pagar la multa. Además, hay otras razones…

Una vez decidido a terminar con Sofía, armaría una cuestión, buscaría un pretexto e inventaría un motivo de celos. Era necesario ir a verla. Después de perfilar un poco su atavío, dirigió sus pasos a Chelsea, donde vivía el precioso objeto de sus meditaciones.

La señorita Sofía Wackles vivía con su madre y dos hermanas, y dirigía un colegio de niñas; hecho que atestiguaba una placa redonda colocada en la ventana del piso bajo, en la que se leía en lindas letras de adorno: «Colegio de Señoritas». Alguna que otra educanda de pocos años, de nueve y media a diez de la mañana y llevando un libro debajo del brazo, se esforzaba para tirar del cordón de la campanilla.

Las tres hermanas y la madre desempeñaban las diversas clases del colegio, simultaneándolas con los quehaceres domésticos. Melisa, la mayor, tendría unos veinticinco años; Sofía, la segunda, veinte, y Juana, la menor, dieciséis. La madre era una excelente señora de sesenta años.

A aquella casita de gente trabajadora y distinguida dirigió sus pasos Ricardo Swiveller. La familia de Sofía no veía con buenos ojos los galanteos del joven, y la misma Sofía se veía en un conflicto entre él, que no acababa de decidirse, y un comerciante de flores, que tenía preparada una declaración, para hacerla en la primera ocasión favorable. De ahí la ansiedad que le hizo llevar ella misma la nota que vimos leer a Dick.

—Si tiene intención formal de tener esposa, y medios de mantenerla, tendrá que decirlo ahora o nunca —decía la madre a la hija menor.

—Si me quiere de veras, me lo dirá esta noche —pensaba Sofía.

Pero todos estos pensamientos y seguridades no afectaron lo más mínimo a Ricardo, toda vez que no lo sabía. Torturaba su mente para buscar algo en qué fundar celos, y deseaba que Sofía fuera en aquel momento menos bonita de lo que era, cuando se presentó la familia y con ellos el vendedor de plantas, llamado Cheggs, y una hermana suya, que abrazó y besó a la señorita Sofía, murmurando a su oído que esperaba no haber llegado demasiado pronto.

—¿Demasiado pronto? No por cierto, amiga mía —exclamó la señorita Sofía.

—Alejandro tenía tanta impaciencia por venir, y me ha mareado tanto, que es un milagro que no estuviéramos aquí a las cuatro. No podrá usted creer que estaba vestido ya antes de comer y que toda la tarde ha estado mirando el reloj y dándome prisa: todo por causa de usted únicamente, amiga mía.

Sofía se ruborizó, y lo mismo el señor Cheggs, a quien la madre y las hermanas de la señorita colmaron de atenciones, sin preocuparse de Swiveller. Esto era lo que él quería para hacerse el enfadado, pero habiendo causa y razón, cosas que él iba a

buscar, suponiendo no encontrarlas, se enfadó de veras, pensando que el señor Cheggs era un imprudente.

Sin embargo, Ricardo bailó con Sofía, aventajando así a su rival, que estaba sentado en un sofá solo y aburrido, teniendo que contentarse con ver moverse en la danza la espiritual figura de su amada. Después Ricardo, animado tal vez por las anteriores libaciones, hizo tales ejercicios de agilidad, que todos los concurrentes quedaron atónitos; la señorita Cheggs aprovechó la ocasión para decir al oído de Sofía que la compadecía por verse obligada a soportar tan ridícula criatura y que temía que Alejandro quisiera darle una lección de cortesía. Al mismo tiempo hizo que se fijara en éste, que la contemplaba con ojos llenos de amor y de rabia.

—Usted debe bailar con la señorita Cheggs —dijo Sofía a Dick después de haber bailado dos valses con Alejandro y haber demostrado que admitía sus obsequios—. ¡Es tan amable! Y su hermano es delicioso.

—¡Delicioso, eh! —murmuró Dick—. Y deleitado, diría yo, según el modo como mira hacia cierto sitio.

La hermana pequeña (obedeciendo ciertas instrucciones) se acercó a Sofía, diciéndole que mirara cuan impaciente y celoso parecía estar el señor Cheggs.

—¿Celoso? ¡Me gusta la libertad! —dijo Ricardo.

—¡Libertad…! —murmuró Juanita—. Tenga usted cuidado, señor Swiveller, no sea que le oiga y le dé a usted qué sentir.

—¡Juana! —gritó Sofía.

—¡Claro! —exclamó la hermana—. Creo que el señor Cheggs puede estar celoso si quiere; creo que tiene tanto derecho como otro cualquiera, y aun si me apuran, diría que más. Tú debes de saberlo bien, Sofía.

Este complot tramado entre Sofía y su hermana Juanita con objeto de inducir a Ricardo a declarar su amor, surtió el efecto contrario. Juana hizo su papel tan a la perfección, que Dick se retiró, cediendo la dama al señor Cheggs. Cruzáronse entre ambos miradas de indignación.

—¿Quería usted hablar conmigo, señor Swiveller? —dijo Cheggs acercándose a él—. Aquí estoy, pero suplico a usted que se sonría, para no despertar sospechas.

Dick, sonriendo con socarronería, miró a Cheggs de arriba abajo, fijándose en todos los detalles de su atavío, y después, rompiendo abruptamente el silencio, dijo:

—No señor, no quería.

—¡Hum! —murmuró Cheggs—. ¡Tenga usted la bondad de sonreír! Quizá no tenga usted nada que decirme ahora, pero tal vez quiera hacerlo en alguna otra ocasión. Creo que sabe usted dónde puede encontrarme cuando me necesite.

—Ya lo averiguaré cuando llegue el caso.

—Entonces, creo que no tenemos que hablar más, señor.

—Exactamente, caballero.

Aquel tremendo diálogo terminó quedando pensativos y cabizbajos ambos interlocutores. El señor Cheggs se acercó a Sofía y Swiveller se sentó en un rincón

aparentando mal humor.

Cerca del rincón donde se sentó Dick, estaban sentadas la madre y las hermanas de Sofía; la señorita Cheggs se acercó a ellas diciendo:

—¡Qué cosa está diciendo Alejandro a Sofía! Bajo palabra de honor, creo que quiere casarse con ella.

—¿Qué le ha dicho, hija mía?

—Muchas cosas. No puede usted figurarse de cuántas cosas han hablado. Ricardo creyó conveniente para él no oír más, y aprovechando un intermedio en el baile, durante el cual el señor Cheggs se acercó a la madre de Sofía, se encaminó a la puerta, pasando junto a Juanita, que estaba muy ocupada en flirtear con un caballero anciano. Cerca de la puerta halló a Sofía, excitada aún por las atenciones de su pretendiente, y se detuvo para cambiar con ella unas ligeras frases de despedida.

—Mi barco está en la orilla, mi nave está en la mar; pero no quiero pasar por esta puerta sin deciros adiós, señorita —murmuró Ricardo tristemente.

—¿Se va usted? —dijo Sofía, disgustada por el efecto contraproducente de su estratagema, pero aparentando indiferencia.

—Sí, me voy, sí. ¿Os extraña?

—No, solamente que aún es temprano —dijo Sofía—, pero usted tiene derecho a obrar según le convenga.

—¡Ojalá que hubiera hecho siempre eso! —respondió Dick—. Así no hubiera pensado en usted, señorita Wackles, creyéndola sincera. Era feliz creyendo a usted leal y buena, y ahora sufro viendo que me equivoqué y sintiendo haber conocido a una mujer de semblante tan hermoso, pero de corazón tan falso.

Sofía se mordió los labios y fingió buscar con la vista al señor Cheggs, que tomaba limonada en el otro extremo de la habitación.

—Vine aquí —continuó Ricardo, olvidando la causa real de su ida a la reunión— con el alma henchida de esperanzas y me voy con la desesperación de ver que han sido segadas en flor.

—Tengo la seguridad de que no sabe usted lo que dice, señor Swiveller —dijo Sofía mirando al suelo—. Siento mucho que…

—¿Cómo puede usted sentir nada poseyendo el corazón de Cheggs? Buenas noches, y dispense usted que haya estado algún tiempo pendiente de sus afectos. Creo que usted se alegrará de saber que hay una niña buena, hermosa y rica que sólo espera tener unos años más para poder ser mi esposa. Buenas noches, señorita.

—Una cosa buena sale de todo esto —se dijo Ricardo al llegar a su casa—: el plan de Federico sobre la hermosa Nelly, en el cual estoy dispuesto a ayudarle con todas mis tuerzas. Mañana se lo contaré todo; y como es tarde, voy a callar y a tratar de dormir.

El sueño acudió a sus párpados apenas lo llamó: pocos minutos después soñaba que era esposo de Nelly Trent y dueño de sus riquezas, y que el primer acto de poder que ejecutaba era comprar el jardín del señor Cheggs y arrasarlo por completo.



CAPITULO VIII

SE DESCUBRE EL MISTERIO

La niña, en su confidencia con la señora Quilp, había descrito muy pálidamente, por cierto, la tristeza que la rodeaba, la nube de pesar que envolvía su hogar, despojándolo de toda clase de alegrías. Era difícil poder explicar lo que sentía y, por otra parte, temía ofender al anciano a quien tanto quería; por tanto, se hallaba impotente para hacer la más mínima alusión a la causa principal de su pena y ansiedad.

No eran los monótonos días, todos iguales, sin una persona que pudiera comprenderla; no era la ausencia de los placeres propios de su edad, ni el desconocimiento de los detalles de su infancia lo que embargaba el corazón de Nelly; únicamente la debilidad y la excesiva delicadeza de su espíritu fueron la causa de su llanto. Ver al pobre anciano agobiado por una pena secreta agitarse y hablar solo, esperar el desenlace todos los días, sabiendo que estaban separados del mundo, sin que nadie se interesara o preocupara por ellos, era causa bastante para abatir y entristecer a un corazón viril; ¡cuánto más el de aquella niña sola y en aquel ambiente tristísimo!

El viejo creía que Nelly estaba siempre igual. Cuando se separaba un momento del fantasma que le acompañaba siempre, hallaba a su nieta con la sonrisa en los labios, con palabras cariñosas, con el mismo amor y cuidado que habían brotado siempre de su corazón; y así, el abuelo no se preocupaba: le bastaba leer la primera página de aquel infantil corazón, sin cuidarse ni pensar siquiera en la triste historia que yacía oculta en las demás hojas, y se decía satisfecho que su hijita, al menos, era feliz.

Feliz había sido una vez. Sus ligeros pies se movían ágilmente por aquella habitación, cuidando y arreglando aquellos tesoros que envejecían ante su presencia infantil, y que formaban parte de su vida. Su persona y sus cantos contrastaban con aquella caducidad casi prehistórica. Ahora todo estaba triste y la niña no se atrevía a cantar siquiera, pasando muchas largas veladas sola y pensativa, sentada junto a una ventana, mirando sin ver y sintiendo agobiada su mente por multitud de ideas sombrías y lúgubres.

Bien entrada la noche, la niña cerraba la ventana y se metía en la tienda pensando en aquellas horrorosas figuras, que le daban mucho miedo y que a menudo veía hasta en sueños. Temía encontrar a alguna que, vuelta a la vida y animada con propia luz, le saliera al encuentro asustándola horriblemente. Estos temores desaparecían apenas se hallaba en su alcobita, con su aspecto familiar y una hermosa lámpara encendida. Oraba fervorosamente por el viejo, pidiendo a Dios que le diera la tranquilidad y

felicidad que había perdido, y después ponía la cabeza en la almohada y lloraba hasta que se dormía. Solía despertar varias veces antes que fuera de día, creyendo oír la campanilla, e iba a responder al toque imaginario que había oído en sueños.

Una noche, la tercera después de su entrevista con la señora Quilp, el abuelo, que se había sentido mal todo el día, dijo que no saldría de casa. Los ojos de la niña brillaron de júbilo, amargado después al ver cuán enfermo y cansado parecía estar el anciano.

—Han pasado dos días, hija mía; dos días enteros —dijo el abuelo—, y aún no ha venido la respuesta. ¿Qué fue lo que te dijo Quilp, Nelly?

—Exactamente lo que te dije, abuelito —respondió la niña.

—Sí —dijo el viejo débilmente—. Pero dímelo otra vez, que no me acuerdo. ¡Tengo la cabeza tan débil! ¿Nada más sino que se vería conmigo al día siguiente, o el otro a más tardar? Eso también lo decía en la carta.

—Nada más, abuelito. ¿Quieres que vuelva mañana? Iré temprano y estaré de vuelta antes de la hora del almuerzo.

El anciano movió la cabeza y atrajo hacia sí a la niña suspirando dolorosamente.

—No serviría de nada, hija mía. Si me abandona en este momento, estaré arruinado; y lo que es peor aún, te habré arruinado a ti, porque lo he aventurado todo. Con su auxilio, podría recobrar todo el tiempo y el dinero que he perdido; toda la amargura que he sufrido, y que me ha puesto en el estado en que estoy, desaparecería así; pero sin su ayuda, no habrá salvación para nosotros. ¡Si tuviéramos que mendigar…!

—¿Y qué, si fuera así? —dijo la niña con valor—. Podemos mendigar y ser felices.

—¿Mendigar… y ser felices? ¡Pobre niña!

—Querido abuelo —dijo la niña con una energía que brillaba en sus encendidas mejillas, en su temblorosa voz y en sus nerviosos gestos—, creo ya no soy una niña; y si lo fuera, no importaría para suplicarte que mendiguemos, o que trabajemos al aire libre para ganar una mísera pitanza, antes que seguir viviendo aquí.

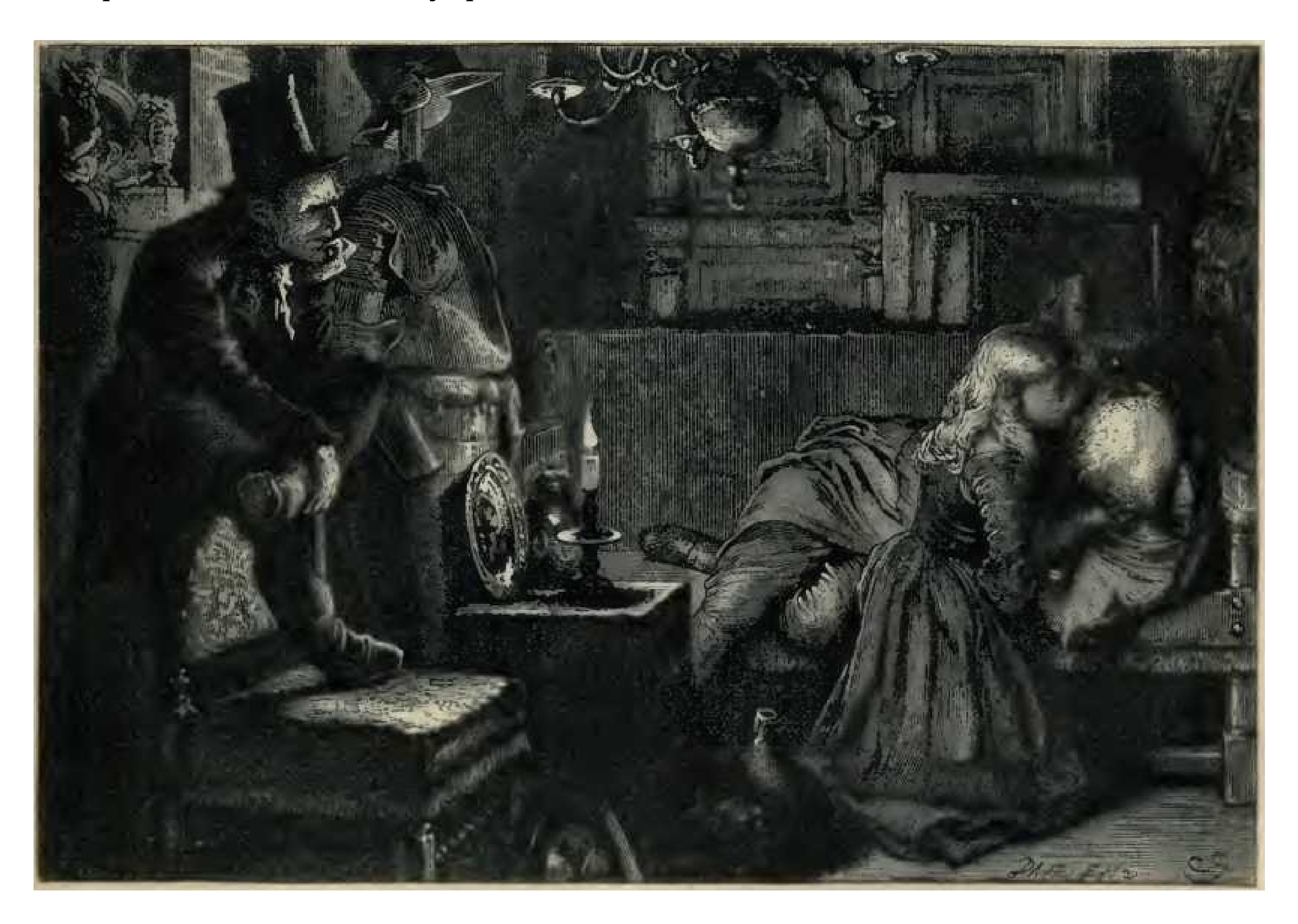
—¡Nelly! —exclamó el abuelo.

—Sí, sí; todo antes que vivir como vivimos —continuó la niña más enérgicamente aún—. Si estás triste, dímelo para estar triste yo también; si estás enfermo y abatido, yo te cuidaré y confortaré; si somos pobres, lo seremos juntos; pero déjame que esté siempre contigo, de día y de noche; que no vea yo que estás preocupado y enfermo y no sepa por qué, pues voy a morirme de pena. Querido abuelito, dejemos esta casa mañana mismo y pidamos de puerta en puerta.

El viejo ocultó la cara entre sus manos llorando; la niña, sollozando también, le abrazó sin poder hablar más.

Esta escena y estas palabras no debían ser vistas y oídas por más oídos y ojos que los de los protagonistas de ella; pero fueron escuchadas por un espectador que, entrando sin que le vieran, se colocó detrás del viejo y, obrando según lo que él

consideraba perfecta delicadeza, permaneció inmóvil, sin interrumpir la conversación con palabras o ruido. Era Daniel Quilp en persona, que, cansado y fatigado, se sentó en una silla a la manera de un mono, actitud predilecta para él y que le permitía escuchar y ver cómodamente cuanto pasaba ante sus ojos. Al fin el anciano, mirando en aquella dirección, le vio y quedó atónito.



La niña, al ver aquella repugnante figura, lanzó un grito de espanto. Quilp no se desconcertó por aquel recibimiento y conservó su primitiva posición, sin hacer más saludo que un ligero movimiento de cabeza. Por fin el anciano pudo hablar y le preguntó cómo había llegado allí.

—Por la puerta —respondió Quilp—: no soy tan diminuto que quepa por el ojo de la cerradura. ¡Ojalá lo fuera! Quiero hablar con usted privadamente. Que no haya nadie aquí, amigo; de modo que «adiós, querida Nelly».

La niña miró a su abuelo, que besándola en las mejillas le dijo que se retirara.

—¡Ay, qué rico beso! —dijo el enano relamiéndose—. ¡Y sobre el sitio más sonrosado!

Esta observación ayudó a Nelly a marcharse antes. Quilp la miró socarronamente y, cuando se cerró la puerta, felicitó al viejo por tener una nieta tan linda.

El anciano respondió con una sonrisa forzada y disimuló su impaciencia; pero Quilp, que se complacía en atormentar a cualquiera que estuviese a su alcance, continuó explayándose en aquel asunto, alabando más y más los encantos de la niña.

—Pero ¿qué es eso, amigo? —exclamó de pronto saltando de la silla y sentándose como una persona—; ¿está usted nervioso? Le juro que jamás hubiera creído que los viejos tenían la sangre tan viva. Yo creía que tenían frío siempre, y así es natural que sea. Usted está malo, por fuerza, amigo.

—Creo que sí —dijo el anciano llevándose las manos a la cabeza—. ¡Me arde! Tengo muchas veces algo a que no sé qué nombre dar.

El enano no respondió, pero observó atentamente al anciano, que dio unas vueltas por la habitación y volvió luego a sentarse, permaneciendo con la cabeza inclinada sobre el pecho algún tiempo, hasta que al fin dijo:

—Dígame usted de una vez si me ha traído más dinero.

—¡No! —respondió Quilp.

—¡Entonces —dijo el viejo con desesperación mesándose los cabellos—, la niña y yo estamos perdidos!

—Amigo —dijo Quilp mirándole fijamente y dando palmadas sobre la mesa para atraer la atención del atontado viejo—, deje usted que hable claro y juguemos limpio; usted ya no tiene secretos para mí. El pobre viejo le miró asustado.

—¡Qué! ¿Se sorprende usted? ¡Es natural! Pero téngalo bien entendido: sé todos sus secretos; ¡todos! Sé que las cantidades que le adelanté han ido… ¿Digo la frase?

—¡Ay! —exclamó el anciano—. Dígala usted si quiere.

—A la mesa de juego —prosiguió Quilp— en un nocturno garito. Ése era el hermoso plan que usted ideaba para restaurar su fortuna; ésa era la certísima fuente de fortuna y riqueza donde usted quería enterrar mi dinero (si yo hubiera sido tan tonto como usted cree); ésa era la mina de oro, el Eldorado que usted esperaba, ¿eh?

—Sí —murmuró el anciano envolviéndole en sus abatidas miradas—; eso era, eso es y eso será hasta que deje de existir.

—¡Que me haya engañado así un miserable jugador! —dijo Quilp mirándole iracundo.

—No soy jugador —gritó el viejo con fiereza—. El cielo es testigo de que jamás jugué por amor al juego y de que cada vez que apuntaba a una carta pronunciaba dentro de mí el nombre de esa huérfana, suplicándole que me concediera la suerte; cosa que nunca hizo. ¿A quién protegía el cielo? A los que jugaban conmigo; ¡canallas que se disputaban las ganancias, despilfarrándolas después en el mal y propagando el vicio! Si yo hubiera ganado, rodas mis ganancias hubieran sido para una niña pura, para endulzar su vida y hacerla feliz. Así se hubiera evitado algo de miseria, algo de pecado. En un caso así, ¿no hubiera usted creído, como yo, que tenía el derecho de ganar?

—¿Cuándo empezó usted esa locura? —preguntó el enano, subyugado un momento por la amargura y tristeza del anciano.

—¿Cuándo empecé? —preguntó éste pasándose la mano por la frente—. No recuerdo. Seguramente fue cuando comencé a notar lo poco que tenía ahorrado, el mucho tiempo que se necesitaba para ahorrar algo, lo poco que necesariamente me

restaba de vida y, sobre todo, lo triste que sería dejar a mi niña expuesta a los rudos embates del mundo sin lo necesario para resistir los dolores de la pobreza. Entonces fue cuando empecé a pensar en ello.

—¿Después de haberme hecho empaquetar a su nieto embarcándole? —dijo Quilp.

—Poco después de eso. Pensé mucho en ello, y durante meses enteros no pude apartarlo de mi mente ni aun en sueños. Entonces empecé a jugar; al principio, ni buscaba ni experimentaba placer en ello. Ese afán sólo me ha producido días de ansiedad y noches de vigilia; he perdido la salud y la tranquilidad del espíritu, y se han aumentado mis penas y mi debilidad.

—Perdió usted el dinero que arriesgó al principio, y después acudió a mí. Mientras yo creía que usted aumentaba su riqueza, lo que hacía era perderla y empobrecerse cada vez más. Así es que hemos venido a parar en que yo soy poseedor de un recibo que acredita ser míos cuantos bienes posee usted aún —dijo Quilp levantándose y mirando alrededor, como para asegurarse de que todo estaba en su sitio. Después añadió:

—Pero ¿no ha ganado usted nunca?

—¡Jamás! —repuso el anciano—. Ni siquiera recuperé lo que arriesgaba.

—Siempre he creído —prosiguió el enano— que si un hombre juega mucho, tiene necesariamente que ganar o, por lo menos, no perder.

—Y así es —gritó el viejo saliendo repentinamente de la especie de estupor que le dominaba—, así es. Yo lo he creído desde el principio; lo he sentido, y tengo la seguridad, ahora más que nunca, de que debe ser así. He soñado tres noches seguidas que ganaba una inmensa fortuna y antes jamás lo soñé, aunque lo intentaba. ¡No me abandone usted ahora que va a sonreírme la suerte! No tengo más amparo que usted. ¡Ayúdeme, Pues, déjeme probar esta última esperanza!

El enano movió la cabeza encogiéndose de hombros.

—¡Quilp, bondadoso y tierno amigo, mire usted esto! —dijo el viejo sacando unas tiras de papel del bolsillo y cogiendo el brazo del enano—. Mire usted estos números, resultado de largo cálculo y penosa experiencia. Tengo que ganar. Únicamente necesito un poco de ayuda otra vez. ¡Unas cuantas libras, por pocas que sean, Quilp!

—El último préstamo fueron sesenta —dijo el enano— y las perdió usted en una noche.

—Ya lo sé —murmuró el viejo—. Ése ha sido el peor asunto, pero entonces no había llegado aún mi época de buena suerte. ¡Considere usted, Quilp, que esa niña quedará huérfana! Si yo fuera solo, moriría con gusto; quizás anticiparía ese bien, que generalmente se considera como mal, pero ahora no puedo. Todo lo que he hecho ha sido por ella. ¡Ayúdeme usted por ella, ya que no sea por mí!

—Siento mucho decir que tengo una cita en el centro —dijo Quilp sacando su reloj con tranquilidad perfecta—; de otra manera hubiera tenido mucho gusto en

acompañar a usted hasta que se tranquilizara.

—¡Pero Quilp, amigo Quilp! —murmuró el viejo agarrándolo de los faldones—. Hemos hablado muchas veces de su pobre madre; eso es quizá lo que me estremece ante la idea de la pobreza. ¡No sea usted cruel conmigo! Usted ganará más que yo. ¡No me niegue el dinero para realizar mi última esperanza!

—No puedo hacerlo —dijo el enano con inusitada política—; aunque le diré que me engañó la precaria situación en que vivían ustedes, a pesar de ser los dos solos…

—Todo era para ahorrar dinero y aumentar la fortuna de mi nieta.

—Sí, sí, ahora lo entiendo —añadió Quilp—; pero iba a decir que, engañado por esa situación, por su miseria, por la reputación que tiene usted entre los que le creen rico y las repetidas frases de que usted duplicaría o triplicaría mis préstamos, hubiera adelantado a usted lo que necesitaba, y aun ahora lo haría con una sencilla firma, si no me hubiera enterado inesperadamente de su secreto.

—¿Quién se lo ha dicho a usted? —exclamó el pobre hombre—. ¿Quién lo ha sabido a pesar de mis precauciones? ¡Dígame usted el nombre, la persona!

El enano, comprendiendo que si hablaba de Nelly se descubriría todo el artificio de que se había valido y que quería tener secreto porque no le reportaba ningún bien el publicarlo, no aventuró una respuesta y se limitó a decir:

—¿Quién cree usted que ha sido?

—Sólo puede haber sido Kit; me espiaba y usted le habrá hecho hablar.

—¿Cómo ha podido usted pensar que fuera el chico? —dijo el enano con acento compasivo—. Sí, ha sido Kit. ¡Pobrecillo!

Y diciendo así, saludó amistosamente y se despidió. Se detuvo después de franquear la puerta, murmurando con extraordinaria alegría:

—¡Pobre Kit! Creo que él fue el que dijo que yo era un enano más horrible que los que enseñan en las ferias por una perra grande. ¡Ja! ¡Ja…! ¡Pobre Kit!

Y continuó su camino riendo disimuladamente.

CAPITULO IX

EL HOGAR DE KIT

Daniel Quilp no entró ni salió de la tienda del anticuario sin que alguien le viera. Ese alguien, oculto en el quicio de la puerta de una casa vecina, no apartaba los ojos de la ventana donde solía sentarse Nelly, retirándolos sólo de tarde en tarde para mirar el reloj de alguna tienda y volver a fijarlos aún más atentamente en el punto de observación. Cerraron las tiendas, y ya el que esperaba perdió la noción del tiempo, hasta que, después de oír sonar en una torre cercana las once y las once y media, comprendió que era inútil esperar más y se decidió a marchar sin volver siquiera la cabeza, temeroso de ceder a la tentación de quedarse más tiempo todavía.

Con paso precipitado cruzó el misterioso individuo muchas calles y callejas, hasta que llegó a una casita en la que se veía una ventana iluminada; levantó el pestillo y entró.

—¡Dios mío! —gritó una mujer saliendo precipitadamente—, ¿qué es eso? ¡Ah!, ¿eres tú, Kit?

—Sí, madre, yo soy.

—¡Qué cansado vienes, hijo mío!

—El amo no ha salido esta noche; así es que ella no se ha asomado a la ventana —dijo Kit sentándose triste y disgustado junto al fuego.

Aquella casa y aquella habitación eran de pobrísimo aspecto, pero tenían ese aire de limpieza y comodidad que puede brillar siempre en cualquier hogar de gente ordenada y trabajadora. Cerca de la chimenea se veía un robusto niño de dos o tres años, despierto y tan tranquilo como si no pensara en dormir jamás, y en una cunita, un poco más lejos, dormía un pequeñuelo. La pobre madre, a pesar de lo avanzado de la hora, trabajaba planchando afanosamente una gran cantidad de ropa. La semejanza entre la madre y los tres hijos era perfecta.

Kit empezó a enfadarse al ver a su hermano jugando y sin pensar en dormir, pero miró al chiquitín y después a su madre, que estaba trabajando sin quejarse desde que empezó el día, y comprendió que era más noble y generoso estar de buen humor.

—Madre —dijo Kit tomando un plato con carne y pan que estaba dispuesto para él desde mucho antes—, ¡cuánto trabajas! Seguramente no hay dos como tú.

—Creo que hay muchas que tienen que trabajar más, hijo mío —dijo la señora Nubbles, y añadió—: En ese armario está la cerveza, Kit.

—Gracias, madre, por este refresco.

—¿Me has dicho que no ha salido tu amo esta noche?

—Sí, madre, ¡suerte peor!

—Por el contrario, creo que debes decir que es buena suerte, porque así no ha quedado sola la señorita Nelly.

—¡Ah, había olvidado eso! —repuso Kit—. Decía que era mala suerte porque he estado esperando desde las ocho sin poder verla.

—¿Qué diría la señorita si supiera que todas las noches, cuando se cree sola sentada junto a la ventana, tú estás vigilando en la calle y que jamás vuelves a casa, por cansado que estés, hasta que tienes la certeza de que ha cerrado la casa y se ha acostado tranquilamente?

—No importa lo que dijera —dijo Kit, ruborizándose—. Como nunca lo sabrá, no podrá decir nada.

La madre siguió planchando en silencio y, al acercarse al fuego para coger otra plancha, miró al muchacho, pero no dijo nada. Vuelta a la mesa, mientras limpiaba la plancha con un trapo, añadió:

—Ya sé yo lo que alguna gente diría.

—¡Tonterías! —repuso Kit, suponiendo lo que iba a decir su madre—. Tengo la seguridad de que alguien diría que estabas enamorado de ella.

Kit sólo respondió a esto diciendo a su madre que se callara y haciendo figuras extrañas con los brazos y piernas, y gestos de simpatía. No encontrando en estas demostraciones la tranquilidad que esperaba, tomó un gran bocado de pan y carne y un buen trago de cerveza, artificios que, atragantándole, hicieron que su madre cambiara de conversación, aunque sólo por un instante, porque poco después añadió:

—Hablando seriamente, Kit, porque, como puedes comprender, antes sólo era en broma, creo que obras muy bien en hacer lo que haces sin que nadie lo sepa; aunque espero que la señorita lo sabrá algún día y te lo agradecerá mucho. Verdaderamente, es cruel dejar a la pobre niña sola allí toda la noche; no me extraña que el viejo no quiera que te enteres.

—El amo no piensa que obra mal —dijo Kit— y no lo hace con intención. Estoy seguro de que si creyera que no obra bien, no lo haría por todo el dinero del mundo. No, no lo haría; le conozco bien.

—Entonces, ¿por qué lo hace sin querer que tú lo sepas? —preguntó la madre.

—Eso es lo que no sé. Seguramente no me hubiera enterado si no hubiera puesto tanto empeño en tenerlo oculto, porque precisamente lo que me hizo sospechar fue su interés en despedirme de noche mucho más pronto de lo que generalmente acostumbraba. Eso fue lo que excitó mi curiosidad. Pero ¿qué es eso?

—¿Hay alguien en la puerta? —exclamó la madre alarmada.

—No, es alguien que viene, y con prisa —dijo Kit escuchando—. ¿Será que habrá salido el amo, después de todo? Y aún puede haberse prendido fuego a la casa.

El muchacho se quedó perplejo unos momentos sin poder moverse. Los pasos se acercaron; una mano abrió violentamente la puerta, y la niña, pálida y sin aliento, vestida apresuradamente con algunas prendas heterogéneas, se presentó en la habitación.

—¡Señorita Nelly! ¿Qué pasa? —gritaron a un tiempo madre e hijo.

—¡No puedo detenerme un instante! Mi abuelo se ha puesto muy malo; le encontré desmayado en el suelo.

—Voy a buscar un médico —gritó Kit cogiendo su sombrero—; vuelvo en seguida.

—¡No, no! —exclamó Nelly—. Hay uno ya; no hace falta nada. Es que… no te necesita ya; que no debes volver más a casa.

—¡Qué…! —murmuró Kit.

—¡Nunca más! —añadió Nelly—. No me preguntes por qué, porque no lo sé. ¡Por Dios, no me lo preguntes, no te entristezcas y, sobre todo, no te enfades conmigo! Yo no tengo la culpa.

Kit la miró con los ojos desmesuradamente abiertos y abrió y cerró la boca muchas veces sin poder articular palabra.

—Se queja y trina contra ti —dijo Nelly—. No sé lo que has hecho, mas espero que no sea muy malo.

—¡Yo…! —murmuró al fin Kit.

—Dice que tú eres la causa de sus males —replicó la niña con ojos llorosos—. Tan pronto te llama, como dice que no te presentes delante de él, porque se moriría al verte. Te pido por favor que no vuelvas; he venido para decírtelo, suponiendo que sería mejor que viniera yo misma que enviar a extraño. ¡Oh Kit! ¿Qué será lo que has hecho? ¡Tú, en quien yo confiaba tanto; casi el único amigo que tenía!

El desgraciado Kit miraba a su ama cada vez más asombrado, inmóvil y silencioso.

—He traído el sueldo de esta semana —dijo la niña dirigiéndose a la señora Nubbles y dejando sobre la mesa un paquetito— y un poquito más, porque siempre ha sido bueno y generoso conmigo. Espero que cumplirá bien en otro sitio y que no se apesadumbrará mucho por esto. Siento muchísimo separarme así de él, pero no hay más remedio; tiene que ser así. Buenas noches.

Y con las lágrimas surcando sus mejillas y temblando de pena y sobresalto por la aflicción de su amigo, la caminata que acababa de hacer y tantas y tantas sensaciones dolorosas o tiernas, la niña se dirigió a la puerta, y desapareció tan apresuradamente como había entrado.

La pobre madre, que no tenía motivos para dudar de su hijo, sino para confiar en su sinceridad y honradez, se quedó sorprendida al ver que éste no alegaba nada en su defensa. En su mente se dibujaron visiones de crímenes, robos y ausencias nocturnas, y rompió a llorar pensando si las razones que le daba, y que tan justas parecían, de sus ausencias, no serían disculpas para ocultar una conducta deshonrosa. Kit veía a su madre llorando amargamente; pero, atontado por completo, no dijo una sola palabra para consolarla. El niño pequeño despertó llorando, el mayorcito se cayó de su silla, la madre lloraba más cada vez y Kit, insensible a todo aquel ruidoso tumulto, permanecía estupefacto.

CAPÍTULO X

LA FIDELIDAD DE KIT

La monótona quietud y soledad del hogar de Nelly estaban destinadas a desaparecer para siempre. A la mañana siguiente, el anciano deliraba y tenía fiebre, y así pasó varias semanas en peligro de muerte. Entonces entraba y salía mucha gente en aquella casa, y en aquel continuo ir y venir, la niña estaba más sola que nunca; sola en su alma, sola en su afecto por el que se consumía en el lecho, sola en su pena y en su cariño. Día tras día y noche tras noche se la veía junto a la cabecera del anciano, que permanecía insensible a todo, anticipándose a sus necesidades, escuchando cómo la llamaba y expresaba su ansiedad y cuidado por ella, asunto constante de sus delirios.

La casa no era ya suya; hasta la habitación donde yacía el enfermo la debían a la benevolencia de Quilp. Pocos días después de declararse la enfermedad del anciano, se posesionó del terreno con todo lo que había allí, en virtud de documentos legales que pocos entendieron y nadie se cuidó de discutir. Asegurado ya ese paso importante para Quilp, mediante la ayuda de un procurador que fue con él, procedió a instalarse en la casa, a fin de afirmar sus derechos ante cualquier eventualidad inesperada, y procuró hacer aquella morada todo lo cómoda posible para su gusto.

Por de pronto cerró la tienda, para no preocuparse del negocio en aquellos momentos, y se apropió de la silla más hermosa y más horrorosa e incómoda para el procurador. Aunque la habitación que escogió para sí estaba lejos de la del enfermo, dijo que era preciso evitar el contagio con una fumigación constante y consideró prudente pasarse el día fumando. Obligó al procurador a hacer lo mismo; considerando que no era bastante aún, llamó al muchacho del almacén y le ordenó sentarse con una enorme pipa fuera da su habitación, con mandato expreso de no quitársela de los labios bajo ningún pretexto. Después de estas disposiciones, Quilp saboreó su satisfacción y dijo que se encontraba a gusto.

Tal vez el procurador hubiera estado a gusto también si no hubiera habido dos detalles en contra: el asiento de su silla, que era duro y resbaladizo, y el humo del tabaco, que le mareaba y descomponía; pero como era hechura de Quilp, y tenía mil razones para estar bien con él, trató de sonreír lo más agradablemente posible.

Quilp miró a su amigo y, viendo que le lloraban los ojos con el humo de la pipa, que temblaba y que procuraba echar el humo lo más lejos posible, se frotó las manos de gusto.

—¡Fuma, perro! —exclamó volviéndose al muchacho—. Llena la pipa otra vez y fuma hasta consumir la última brizna, si no quieres que ponga la boquilla en la lumbre y te abrase con ella la lengua.

Afortunadamente, el muchacho era capaz de fumarse un estanco entero si alguien se lo regalaba; así es que sin murmurar gran cosa, hizo lo que le mandaba su amo.

—¿Qué, Brass? —decía después al procurador—. ¿No se siente usted Gran Turco con esta deliciosa fragancia?

El señor Brass contestó que, efectivamente, se sentía casi potentado; pero pensó para su capote que el susodicho Gran Turco no era digno de envidia, por cierto.

—Ésta es la manera de librarse del contagio —decía Quilp—; así se evitan todas las calamidades de la vida. Todo el tiempo que estemos aquí, lo pasaremos fumando. ¡Fuma, perro —dirigiéndose al muchacho— o te hago tragar la pipa!

—¿Estaremos aquí mucho tiempo, señor Quilp? —preguntó el procurador cuando el enano acabó de reñir al muchacho.

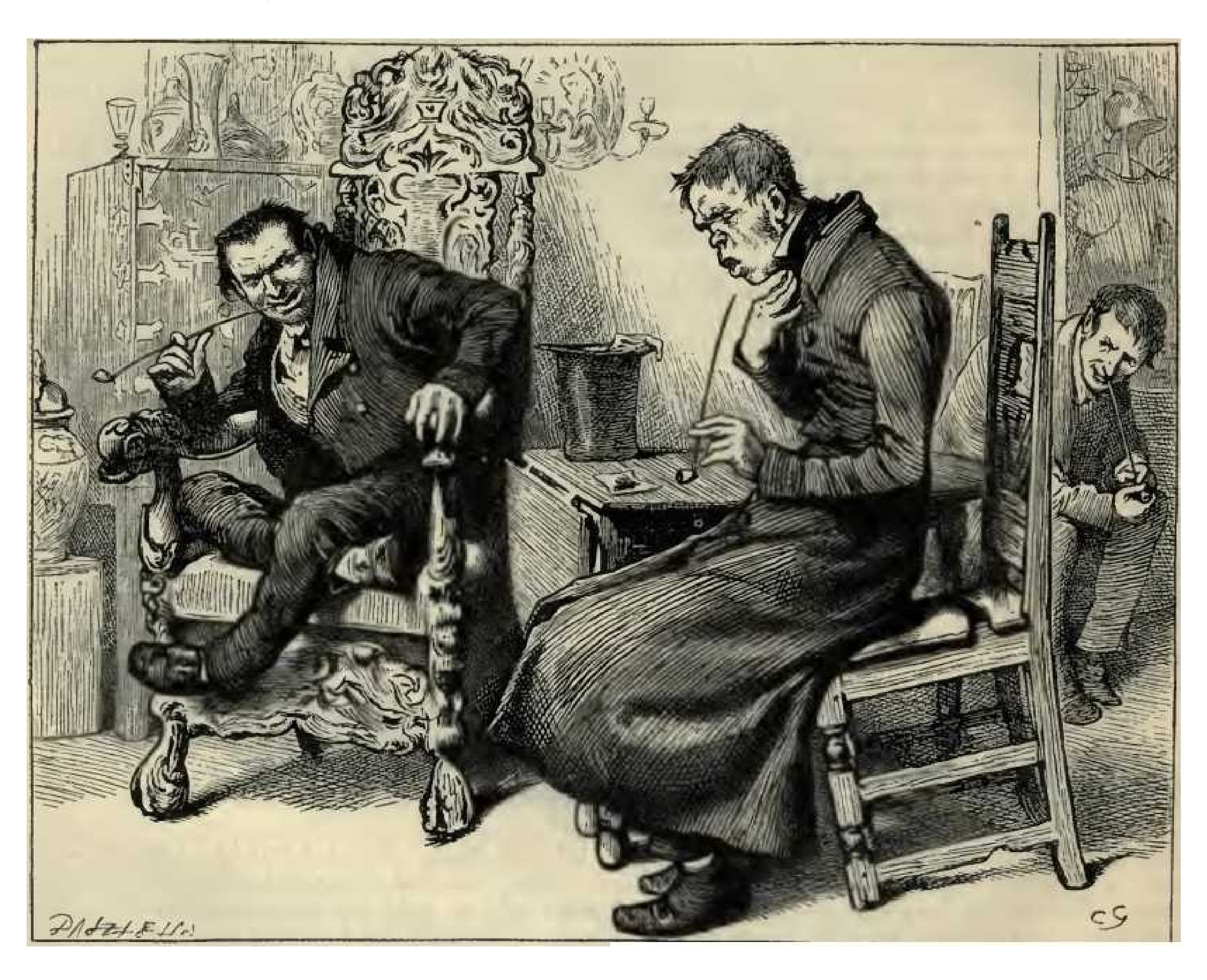
—Supongo que tendremos que estar hasta que se muera ese anciano que está arriba.

—¡Ji, ji, ji! ¡Qué bueno! ¡Qué agradable va a ser esto! —dijo Brass alborozado.

—¡Fume, fume! —dijo Quilp—. ¡No se pare! Puede usted hablar fumando.

—Ji, ji, jü —volvió a reír Brass mientras emprendía de nuevo la odiosa tarea—. Pero ¿y si se pusiera bueno?

—En ese caso, estaremos hasta entonces solamente.



—¡Qué bueno es usted, señor Quilp, estando aquí hasta entonces! —dijo Brass—. Otras personas se hubieran llevado los enseres en cuanto la ley se lo permitiera; hubieran sido duras como el mármol. Otras personas hubieran…

—Otras personas no charlarían como un loro —interrumpió el enano.

—¡Ji, ji, ji! ¡Qué cosas tiene usted, señor Quilp! Es usted muy gracioso. El centinela, que fumaba en la puerta, interrumpió la conversación diciendo, sin quitarse la pipa de los labios:

—Ahí baja la chica.

—¿La qué… perro? —dijo Quilp.

—La chica —repitió el muchacho—; ¿está usted sordo?

—¡Oh! —dijo Quilp conteniendo el aliento y respirando después ruidosamente—, ya arreglaremos después una cuentecita los dos. ¡Hay algo que te espera, amiguito! Hola, Nelly, preciosa mía. ¿Cómo sigue el abuelo?

—Está muy malo —respondió llorando la niña.

—¡Qué bonita eres, Nelly! —dijo Quilp.

—Muy hermosa, señor, muy hermosa —añadió Brass—. ¡Encantadora!

—¿Ha venido la nena a sentarse en las rodillas del viejo Quilp o a acostarse ahí dentro en su cuartito? —dijo Quilp con el tono más amable que pudo encontrar—. ¿Qué va a hacer la linda Nelly?

—¡Qué amable es con las criaturas! —dijo Brass como para sí, pero de modo que lo oyera Quilp—. ¡Da gusto oírle!

—No voy a quedarme aquí, señor Quilp —murmuró Nelly—; tengo que sacar unas cuantas cosas de ese cuarto y ya no volveré a bajar más.

—¡Vaya un cuarto bonito! —dijo el enano mirando adentro cuando entró la niña —. ¡Parece un dosel! ¿Estás segura de que no volverás a utilizarlo?

—Segura —respondió la niña saliendo con unas cuantas prendas de vestir en el brazo—. ¡Nunca más, nunca!

—Esa niña es muy sensible. ¡Qué lástima! —dijo Quilp—. La camita es una monada: creo que podrá servir para mí.

El señor Brass apoyó la idea, como hubiera apoyado otra cualquiera, y el enano probó a ver si cabía en aquel lecho echándose de espaldas, siempre con la pipa en la boca. Hallándolo blando y cómodo, determinó usarlo como lecho de noche y como diván de día, y para llevar a cabo este propósito, no se levantó ya de aquella ideal camita. El procurador, que estaba muy mareado, aprovechó la ocasión para tomar un poco el aire y, una vez repuesto, volvió a emprender la tarea de fumar, hasta que se quedó dormido.

Así tomó posesión el enano de su nueva propiedad. Después, ayudado por el procurador, hizo un minucioso inventario. Afortunadamente para éste, tuvo que salir algunas horas cada día para atender a los demás negocios, aunque nunca faltó de noche. Los días pasaban, el viejo no adelantaba ni empeoraba y Quilp empezaba a impacientarse.

Nelly evitaba todo motivo de conversación con el enano y huía apenas oía su voz. Vivía en un temor continuo, sin poder decir qué la asustaba más, si los gestos de Quilp o la sonrisa de Brass, y no se atrevía a salir del cuarto de su abuelo. Únicamente de noche, tarde, en medio del silencio, se atrevía a abrir una ventana para respirar el aire puro.

Una noche que estaba más triste que de costumbre, porque su abuelo iba peor, oyó pronunciar su nombre en la calle; miró y reconoció a Kit.

—¡Señorita Nelly! —dijo el muchacho muy bajito.

—¿Qué quieres? —preguntó la niña.

—Hace mucho tiempo que quiero decir a usted una cosa, pero esa gente no me deja entrar. Usted no creerá, seguramente, que yo merezco que me hayan despedido, ¿verdad, señorita?

—Tengo que creerlo, porque si no, ¿cómo es que mi abuelito está tan enfadado contigo?

—No lo sé —repuso Kit—, pero puedo decir honestamente que no he hecho nada que pueda perjudicar a usted o al amo, y siento que me echaran cuando solamente he venido a preguntar cómo seguía.

—Nunca me han dicho que has venido. No lo sabía y jamás hubiera consentido que te echaran.

—Gracias, señorita, me alegro mucho de saberlo; pero yo estaba seguro ya de ello. —Y añadió después—: ¡Qué cambio para usted, señorita!

—Sí, sí —repuso la niña.

—También él lo notará cuando se ponga bueno.

—¡Si se pone bueno alguna vez, Kit! —dijo la niña sin poder contener las lágrimas.

—Se pondrá bueno, señorita, estoy seguro. No se apure usted, señorita Nelly.

Estas palabras de consuelo, aunque pocas y sencillas, animaron a la niña, que dejó de llorar.

—Hace falta que usted le anime, señorita, para que no la vea triste; y cuando tenga usted ocasión, interceda por mí.

—Me dicen que no debo nombrarte siquiera en mucho tiempo; así es que no me atrevo. Y aunque me atreviera, ¿de qué serviría, Kit? Ahora somos muy pobres; apenas si tenemos pan que comer.

—No pretendo que me empleen ustedes otra vez. ¿Cree usted que he estado tanto tiempo a su lado únicamente por lo que ganaba? ¿Cree usted que yo vendría en esta ocasión a hablar de eso? Vengo por algo muy distinto. Si usted pudiera hacerle comprender que he sido un criado fiel, que me he portado siempre bien, quizá no se ofendería conmigo por… ofrecerle mi casa, que, aunque pobre, es mejor que ésta con toda esa gente dentro, hasta que encuentren ustedes algo mejor.

La niña no podía hablar. Kit, satisfecho por haber dicho ya lo que no sabía cómo decir, encontró la lengua más expedita y continuó:

—Tal vez será pequeña e incómoda, pero está muy limpia; aunque algo ruidoso, no hay otro patio mayor que el nuestro en la barriada. No tema usted por los niños, que son buenos. El cuartito que da a la calle, en el piso alto, es muy bonito. Procure usted hacerle aceptar, señorita Nelly; no piense usted en el dinero, porque mi madre se ofendería. Dígame usted que tratará de que acepte; prométamelo, señorita.

Antes de que la niña pudiera responder a tan elocuente y sincera oferta, se abrió la puerta de la calle y Brass gritó con airada voz: «¿Quién está ahí?» Kit echó a correr. Nelly, cerrando la ventana suavemente, se ocultó en su habitación.

No tardó mucho en salir también Quilp, que miró desde la acera de enfrente todas las ventanas de la casa y la calle de arriba abajo, y viendo que no había nadie, juró y perjuró que tramaban un complot contra él, que procuraban robarle y que pronto tomaría sus medidas para deshacerse de aquel asunto y volver a su hogar.

La niña, escondida, oyóle vociferar y no entró en su cuarto hasta que sintió que Quilp se metía en el lecho.

La conversación que tuvo con Kit, aunque breve, dejó una grata impresión en su ánimo. Entregada a los serviles cuidados de manos mercenarias, el afectuoso corazón de la niña agradecía el consuelo de un espíritu cariñoso y leal, aunque estuviera dentro de un cuerpo tosco como el de Kit.

CAPÍTULO XI

LA PARTIDA

Pasó la crisis y el anciano empezó a mejorar, recobrando, aunque muy lentamente, la conciencia de sí mismo. No se quejaba de nada. Se distraía fácilmente, parecía un niño y hallaba suficiente alegría en sentarse junto a Nelly y cogerle las manos, o besarle la frente, o jugar con sus cabellos. Dio algunos paseos en coche, siempre con Nelly al lado, y aunque al principio el ruido le mareaba algo, no sentía sorpresa ni curiosidad por nada.

Un día estaba sentado en una butaca, y Nelly en un taburete junto a él, cuando sintieron un golpecito en la puerta.

—¡Adelante! —dijo el anciano, seguro de que era Quilp, el amo entonces, y que, por tanto, podía entrar.

—Me alegro de ver que ya está usted bueno, vecino —dijo el enano levantando la voz para que le oyera bien—. Así, espero que arregle usted sus asuntos cuanto antes y que busque sitio dónde vivir.

—Cierto, cierto —dijo el anciano—. Cuanto antes será mejor.

—Comprenderá usted que apenas me lleve los muebles será imposible habitar aquí.

—Dice usted la verdad. Y Nelly, ¿qué dice? ¡Pobrecilla! ¿Qué hará ahora?

—¿De modo que lo tendrá usted en cuenta, vecino?

—Ciertamente —respondió el anciano—, no nos detendremos.

—Eso creo —dijo el enano—. He vendido ya todo lo de la tienda y no he sacado lo que esperaba, pero no ha sido mal negocio del todo. Hoy es martes. ¿Cuándo podremos hacer la mudanza? No hay prisa, pero… ¿podremos hacerla esta tarde?

—No, el viernes —dijo el anciano.

—Conforme, pero en la inteligencia de que no la retrasaré ni un día más —agregó el enano— por ningún concepto.

—Bueno, lo tendré presente.

Quilp quedó sorprendido al ver la tranquilidad con que el anciano tomaba el asunto, pero le fue imposible hacer ninguna objeción y se despidió felicitándole por su buena salud. En seguida fue a contar a Brass todos los detalles de la entrevista.

El anciano pasó dos días indiferente a todo, recorriendo la casa maquinalmente sin preocuparse de su próxima partida. Llegó el jueves y continuó en aquel estado apático y silencioso, pero al llegar la noche se operó en él un cambio, y empezó a llorar; llanto que aligeró su agobiado espíritu. Tratando de ponerse de rodillas, pidió a Nelly, que estaba sentada junto a él, que le perdonara.

—¡Perdonarte, abuelo! ¿De qué? —dijo Nelly impidiendo que se moviera—. ¿Qué tengo que perdonarte, abuelito?

—Todo lo pasado y todo lo que te ocurra, Nelly; todo lo que hice mal.

—¡No nos acordemos ya de eso, abuelo! Hablemos de otra cosa.

—¡Sí, sí! Vamos a hablar de una cosa de que hablamos hace mucho tiempo; meses o semanas, o días. ¿Qué era, nena?

—No sé lo que quieres decir, abuelo.

—Me he acordado hoy. Toda la conversación ha venido a mi mente sentado ahí. ¡Bendita seas, Nelly!

—¿Por qué, abuelito?

—Por aquello que dijiste de mendigar, nena. Hablaremos bajito, porque si se enteran de nuestro proyecto esos de abajo, dirán que estoy loco y se separarán de mí. Mañana nos marcharemos.

—¡Sí, vámonos! —dijo la niña con alegría—. Vámonos, y no volvamos nunca aquí. Prefiero ir descalza por todo el mundo antes que permanecer aquí más tiempo.

—Nos iremos —dijo el anciano—; caminaremos por campos y bosques, iremos por la orilla de los ríos y confiaremos en Dios. Tú y yo volveremos a ser felices olvidando este tiempo como si no hubiera existido nunca.

—Seremos muy felices; como jamás lo hubiéramos sido aquí —murmuró la niña.

—Mañana —prosiguió el anciano— muy tempranito, sin que nos sientan, nos marcharemos sin dejar señales de adónde vamos; dejaremos todo esto, y seremos libres y felices como los pájaros. ¡Pobrecilla! Estás pálida y ojerosa: tus cuidados por mí y la falta de aire libre te han puesto así, pero mañana empezarás a recobrar los colores y la alegría.

El corazón de la niña latió impulsado por el amor y la esperanza, y no pensó en el hambre, la sed, el frío ni el sufrimiento. Solamente vio la libertad, la vuelta a la vida de unión y confianza con su abuelo, un paréntesis en aquella soledad en que vivía y la salud del anciano; ninguna sombra negra enturbiaba aquel horizonte de felicidad.

El anciano durmió tranquilamente algunas horas, que la niña empleó en hacer los preparativos de marcha, consistentes en recoger unas cuantas prendas de ropa de cada uno y un bastón para apoyarse, y en hacer una última visita a sus antiguas habitaciones.

¡Cuán diferente era aquella partida de lo que tantas veces pensó! Nunca pudo soñar que abandonaría su casa con tanta alegría y, sin embargo, la pena invadió su alma al ver por última vez aquellas paredes, entre las cuales tanto había sufrido.

Pensó en su cuarto; aquel cuartito donde tantas veces había orado y que tendría que dejar sin volver a verlo siquiera, porque lo ocupaba el odioso enano. Aún quedaban allí algunas cosas, pequeñeces que hubiera querido llevarse; pero era imposible. Se acordó de su pajarillo y lloró por no poder llevárselo, hasta que, sin saber cómo, se le ocurrió la idea de que tal vez iría a manos de Kit, que lo conservaría como recuerdo suyo y como prenda de gratitud. Este pensamiento la tranquilizó y

pudo descansar un poco. Al fin empezó a brillar la luz del día y entonces se levantó y se atavió para el viaje.

Después despertó a su abuelo, que se preparó en pocos minutos, y dándole la mano, bajaron con cautela, temerosos de que el más ligero ruido despertara a Quilp. Al fin llegaron abajo y le oyeron roncar. Con gran trabajo descorrieron el mohoso cerrojo, pero cuando ya se creían libres, vieron que la puerta estaba cerrada con llave y que ésta había desaparecido. La niña recordó entonces que una de las enfermeras le había dicho que Quilp dejaba siempre las llaves sobre la mesa de su cuarto y, temblando, se decidió a ir a buscarlas.

La expresión horrible del semblante de Quilp paralizó de terror a Nelly, pero tuvo ánimo para coger la llave y, después de mirar una vez más aquel cuartito y aquel horroroso monstruo, se reunió con su abuelo, sin que ocurriera ningún incidente que lo impidiera. Abrieron silenciosamente la puerta y salieron a la calle.

—¿Por dónde? —preguntó la niña.

El viejo, sin saber qué decir ni qué hacer, miró primero a la niña, después a la derecha, luego a la izquierda y otra vez a la niña; luego movió la cabeza sin saber qué partido tomar. Desde aquel momento, Nelly, constituyéndose en guía y protectora de su abuelo, le dio la mano y, resuelta, sin vacilar, trazó su plan. Empezaron a andar.

Era el amanecer de un día de junio: ni una nube empañaba el limpio azul del cielo, coloreado con las suaves tintas de la aurora Las calles estaban cas, desiertas aún, las casas y las tiendas, cerradas, y la saludable brisa matinal caía, como aliento de ángeles, sobre la ciudad dormida.

El viejo y la niña atravesaron tan silenciosos lugares, emocionados de placer y de esperanza. Una vez más estaban solos: todo era nuevo y agradable; nada les recordaba, a no ser por el contraste, la monótona vida que habían dejado. Torres y campanarios reflejaban el sol naciente; todo resplandecía, y el cielo, envuelto aún en las brumas matinales, miraba con plácida sonrisa todo lo que tenía debajo.

Los dos peregrinos caminaban sin saber adónde irían, mientras la ciudad iba saliendo de su sueño.

CAPITULO XII

SWIVELLER CHASQUEADO

Daniel Quilp, de Tower Hill, y Sansom Brass, de Bevis Mark, en la ciudad de Londres, dormían inconscientes de peligro alguno, hasta que un aldabonazo dado en la puerta de la calle, repetido y elevado en sonoridad hasta parecer una batería de cañonazos, obligó a Daniel a despertarse, creyendo que había oído un ruido, pero sin pensar en molestarse para saber lo que era. Mas como seguía el ruido, haciéndose más importuno cada vez, Quilp empezó a darse cuenta de la posibilidad de que alguien llamara a la puerta y gradualmente fue recordando que era viernes, y que había mandado a su esposa que le esperara temprano.

También había despertado Brass, después de removerse en extrañas posturas, y viendo que Quilp se vestía, se apresuró a hacer lo mismo, poniéndose los zapatos antes que los calcetines, metiendo las piernas por las mangas y cometiendo otras equivocaciones propias de todo el que se viste deprisa y bajo la impresión de haberse despertado súbitamente.

Mientras el procurador se vestía, el enano lanzaba imprecaciones contra sí mismo, contra todo género humano y contra todo cuanto le rodeaba, hasta que Brass sorprendido le preguntó:

—¿Qué pasa?

—¡La llave! —dijo el enano mirándole fijamente—. ¡La llave de la puerta! Eso es lo que ocurre. ¿Sabe usted dónde está?

—¿Cómo voy a saberlo yo, señor? —repuso Brass.

—¿Que cómo va usted a saberlo? ¡Pues vaya un abogado! ¡Un idiota! Eso es lo que es usted.

No queriendo meterse en aquel momento a demostrar que la pérdida de la llave no tenía nada que ver con sus conocimientos acerca de la ley, el procurador sugirió humildemente la idea de que pudo dejársela olvidada por la noche y que seguramente estaría en la cerradura.

Quilp aseguraba lo contrario, fundándose en que se acordaba de haberla quitado, pero admitió que era posible y gruñendo fue a la puerta, donde, como puede suponerse, estaba la llave.

Al poner la mano en la cerradura, Quilp se quedó atónito viendo que el cerrojo estaba sin correr; en aquel momento sonó otro aldabonazo más fuerte aún. El enano, exasperado y queriendo descargar su enojo sobre alguien, determinó salir de repente y administrar una corrección amable a su mujer por armar aquel escándalo tan de mañana, no dudando que era ella la que estaba allí.

Abrió la puerta de repente y cayó sobre la persona que en aquel momento volvía a levantar al llamador; pero en vez de encontrarse con alguien que no opusiera resistencia, apenas cayó en brazos del individuo a quien había tomado por su mujer, sintió que le descargaban dos golpes en la cabeza y otros dos en el pecho, y comprendió que luchaba con alguien tan diestro como él y del cual no podía desembarazarse. Entonces y sólo entonces se dio cuenta Daniel de que tenía delante a Ricardo Swiveller, que le preguntaba si quería más mojicones.

—Hay todavía más en el depósito —dijo Swiveller en actitud amenazadora—, y se ejecutan las órdenes con prontitud. ¿Quiere usted más? No diga usted que no, si lo quiere.

—Creí que era otra persona. ¿Por qué no decía usted quién era?

—¿Por qué no lo preguntaba usted, en vez de salir como una fiera? —dijo Ricardo.

—¿Era usted el que llamaba? —preguntó con un gruñido el enano.

—Sí, yo era —respondió Dick—. Esa señora empezaba a llamar cuando yo llegué; pero como llamaba muy despacito, he querido servirla.

Y al decir esto, Ricardo designaba a una señora que se mantenía a cierta distancia temblando de miedo.

—¡Ah! —murmuró el enano lanzando a su mujer una mirada felina—; ¡ya sabía yo que tú habías de tener la culpa! Y en cuanto a usted, caballero, ¿ignora que hay un enfermo en la casa y que pueden molestarle esos golpes que da? ¡Si parece que quiere usted derribar la puerta!

—¡Diablo! —murmuró Ricardo—. Pues eso es lo que quería; creí que se habían muerto los inquilinos.

—Supongo que habrá usted venido con algún objeto —dijo Quilp—. ¿Qué es lo que desea?

—Quiero saber cómo sigue el señor —repuso Swiveller— y hablar a Nelly. Soy amigo de la familia; es decir, de uno de la familia, lo cual viene a ser lo mismo.

—Pase usted, entonces —repuso el enano—. Ahora usted, señora, pase delante.

La señora Quilp titubeó, pero su esposo insistió en que pasara delante de él y no tuvo más remedio que obedecer, sabiendo que no era por etiqueta, sino para aprovechar la ocasión de darle unos cuantos pellizcos. El señor Swiveller, que no estaba en el secreto, se sorprendió al oír algunos ayes apagados y volvió la cabeza, pero como vio a la señora detrás de él, no hizo caso de las apariencias y pronto olvidó el caso.

—Ahora, querida esposa —dijo el enano cuando estuvieron dentro—, sube arriba y di a Nelly que la esperan.

—¡Parece que está usted en su casa! —dijo Ricardo, que ignoraba con qué atribuciones estaba allí Quilp.

—Estoy en mi casa, joven —repuso el enano.

Dick reflexionaba sobre lo que querían decir estas palabras y, más aún, sobre lo que significaba la presencia de Brass en aquel lugar cuando la señora Quilp, bajando apresuradamente, dijo que estaban vacías las habitaciones.

—¿Vacías, tonta? —murmuró el enano.

—De veras, Quilp —respondió temblando la pobre mujer—. He estado en todas y no he encontrado a nadie.

—¡Eso explica el misterio de la llave! —dijo Brass con cierto énfasis dando palmadas.

Quilp, arrugando el entrecejo, miró a Brass, miró a su mujer y miró a Swiveller, pero como ninguno pudo darle explicaciones, corrió arriba, de donde pronto volvió confirmando la noticia.

—¡Vaya una manera de marcharse! ¡No decir una palabra a un amigo tan bueno y tan íntimo como yo! Es seguro que me escribirá o que dirá a Nelly que escriba. Seguramente lo harán; Nelly me quiere mucho.

Ricardo le miró atónito, con la boca abierta, y Quilp, volviéndose a Brass, le dijo que aquello no influiría para nada en la mudanza.

—Porque, como usted sabe —añadió—, ya sabíamos que se iban hoy, pero no tan temprano ni tan en silencio. Habrán tenido sus razones.

—¿Y adónde diablos han ido? —preguntó Dick, más sorprendido cada vez.

Quilp movió la cabeza y frunció los labios como indicando que lo sabía, pero no podía revelar el secreto.

—¿Y qué quiere usted decir al hablar de mudanza? —volvió a preguntar Ricardo.

—Pues que he comprado los muebles —añadió Quilp—. ¿Y qué hay con eso?

—¿Es que el viejo ha hecho fortuna y se ha retirado a vivir tranquilamente en algún sitio pintoresco, a la orilla del mar? —preguntó Dick lleno de asombro.

—Quiere guardar el secreto, a fin de no recibir las visitas de un nieto cariñoso o de los amigos del nieto —añadió el enano frotándose las manos—. Yo no digo nada; pero ¿no es esa la idea que cruzaba por su mente?

Ricardo Swiveller se quedó anonadado ante esta imprevista circunstancia que desbarataba sus proyectos. Había ido, sabiendo la enfermedad del anciano, a hacerse presente, para ir preparando a Nelly, y se encontraba con que ésta, su abuelo y las riquezas habían desaparecido sin que hubiera podido dar un solo paso en su proyecto.

Daniel por su parte se sintió mortificado con aquella fuga, suponiendo que el viejo tenía algún dinero y quería librarlo de sus garras.

—Bueno —dijo Ricardo con disgusto—, supongo que es inútil mi permanencia aquí.

—Completamente —respondió Quilp.

—¿Tendrá usted la bondad de decirles que he venido?

—Ciertamente, se lo diré la primera vez que los vea —repuso Quilp.

—¿Tendrá usted la bondad de añadir que ésta es mi dirección —dijo Dick sacando una tarjeta— y que estoy en casa todas las mañanas?

—Ciertamente —volvió a decir el enano.

—Mil gracias, caballero. —Y quitándose el sombrero para saludar a la señora Quilp, salió de la tienda haciendo piruetas.

Ya habían llegado varios carros para cargar los muebles, y algunos hombres robustos y fornidos empezaban a transportarlos. Quilp mismo trabajaba con ardor y su mujer le ayudaba en aquella pesada tarea, cargando objetos y recogiendo al pasar alguna caricia de Quilp. El mismo Brass, colocado en la puerta para responder a las preguntas de los vecinos curiosos, no pudo librarse tampoco de algún saludo.



La casa estuvo pronto vacía, y Quilp, sentado como un jefe africano entre pedazos de estera, cacharros rotos y fragmentos de paja, papeles, etcétera, almorzaba tranquilamente pan, queso y cerveza, cuando observó que un muchacho miraba desde la puerta. Seguro de que era Kit, aunque sólo le vio la nariz, le llamó por su nombre, y entonces el muchacho entró preguntando qué quería.

—Venga usted acá, señorito. ¿De modo que tu amo y la señorita se han ido?

—¿Adónde? —preguntó Kit, mirando alrededor con sorpresa.

—¿Quieres darme a entender que no lo sabes? ¡Vamos!, dime adónde han ido.

—Yo no lo sé —respondió Kit.

—¡Vamos, basta de bromas! ¿Quieres hacerme creer que no sabes adonde han ido, saliendo esta mañana sin que nos enterásemos de ello, apenas se hizo de día?

—Pues no lo sé —murmuró el niño en el colmo de la sorpresa.

—¿No rondabas la casa como un ladrón hace unas cuantas noches? Entonces te lo dirían.

—No —respondió Kit.

—¿No? Pues, entonces, ¿qué te dijeron?; ¿qué era lo que hablabais?

Kit explicó el objeto de su visita y la proposición que había hecho a Nelly.

—Entonces —dijo el enano recapacitando— supongo que irán allá.

—¿Cree usted que irán?

—Tengo la seguridad —añadió el enano—. Ahora bien, cuando vayan, quiero saberlo. ¿Me oyes? Dímelo, que ya te daré algo. Quiero hacerles un beneficio, pero no puedo mientras no sepa dónde paran.

Kit iba a decir algo no muy agradable para el enano, cuando el muchacho del almacén salió con una jaula en la mano diciendo:

—Aquí hay un pájaro; ¿qué hacemos con él?

—Torcerle el pescuezo —dijo el enano.

—No, no haga usted eso; démelo a mí —dijo Kit.

—¡Sí, como que voy a dártelo! —dijo el otro muchacho—. El amo dice que le retuerza el pescuezo y voy a hacerlo.

—¡Venga aquí el pájaro! —rugió Quilp—. Vamos a ver quién lo gana, y si no, yo mismo le retorceré el cuello.

Sin esperar más, los dos muchachos emprendieron la lucha mientras Quilp, con la jaula en la mano, los animaba a pelear con más vigor. Eran bastantes iguales en fuerzas, pero al fin Kit, dando un buen puñetazo en el pecho de su adversario, le dejó caer, y de un salto se acercó a Quilp y recogió la jaula.

Sin detenerse llegó a casa, donde su madre, alarmada al verle con la cara ensangrentada, le preguntó qué había estado haciendo.

—He estado luchando por un pájaro y lo he ganado, eso es todo. —¡Por un pájaro!

—Sí madre, el pájaro de la señorita Nelly; aquí está. Querían matarlo delante de mí, pero no pude consentirlo. ¡Buen chasco se llevaron! Voy a colgarlo en la ventana, madre, para que vea el sol y se alegre. ¡Canta más bien! —Y clavando un clavo en alto, colgó la jaula diciendo:

—Ahora, antes de descansar voy a salir para comprar alpiste y algo bueno para ti, madre.

CAPITULO XIII

UN PROTECTOR DE KIT

Kit pasó algunos días buscando trabajo. A cualquier parte que se dirigían sus pasos, siempre se encontraba en el camino con aquella tienda donde tanto había gozado y sufrido.

Ya no podía temer un encuentro con Quilp, pues estaba vacía y cerrada; un cartelito en la puerta indicaba que estaba desalquilada, y unos muchachos desharrapados habían tomado posesión del escalón de entrada y daban fuertes aldabonazos en la puerta, riendo al sentir el eco que los golpes producían en el interior vacío.

Kit caminaba unas veces despacio, otras apresuradamente. De pronto vio venir por una bocacalle un grupo de jinetes que avanzaban lentamente por el lado de la sombra, pareciendo que iba a pararse en todas las puertas; pero todos avanzaron, y Kit no pudo menos que pensar mientras pasaban:

—Si alguno de esos caballeros supiera que no hay nada qué comer en casa hoy, tal vez se le ocurriera enviarme a algún recado para darme una propina.

Estaba fatigado de andar y andar sin encontrar nada qué hacer, y se sentó en un escalón para descansar. A poco vio venir un cochecillo de dos ruedas, tirado por una jaca y guiado por un caballero anciano, junto al cual iba sentada una señora anciana también, chiquitita y hermosa. Al pasar el coche junto a Kit, éste se quitó el sombrero y saludó; el caballero le miró y detuvo el coche, con gran alegría de la jaca, que iba dando saltos.

—¿Quiere que tenga cuidado del coche, señor? —preguntó Kit.

—Tenemos que bajar en aquella calle; si quieres venir hasta allí, te encontrarás con algo.

Kit le dio las gracias y obedeció con alegría la indicación del caballero.

El caballito dio un bote y fue a tropezar con el poste de un farol; dio dos o tres saltos y se quedó parado, obstinándose en no querer seguir adelante. A un latigazo del amo, la jaca salió al trote, y no se paró ya hasta que llegaron a una puerta donde había una placa en la cual se leía: «Witherden. — Notario». Allí descendió el caballero y dio la mano a la señora para que bajara también. Ambos entraron en la casa, habiendo antes recogido un gran ramo de debajo del asiento.

El sonido de voces que hablaban en un salón del piso bajo que tenía abiertas las ventanas, cerradas solamente por persianas, dio a conocer que los visitantes habían entrado en aquel salón, que sin duda era la oficina del notario.

Primero hubo saludos mutuos; después, la entrega del ramo, porque una voz dijo:

—¡Qué hermosísimo! ¡Qué fragancia!

—Lo he traído en honor de la ocasión, señor —dijo la dama.

—Una ocasión que me honra por cierto, señora —añadió el notario—. He recibido a mucha gente, señora; a mucha. Unos son ricos ahora y no se acuerdan de mí; otros vienen y me dicen: «¡Ay, señor Witherden! En esta oficina, en este mismo sillón, he pasado las horas más gratas de mi vida». A todos los he recibido con gusto; a todos he aconsejado y ayudado; pero a ninguno le he podido asegurar un porvenir tan brillante como al hijo de ustedes. Sus artículos son admirables. Tráigalos usted, Chuckster.

—¡Qué feliz me hace usted diciéndome eso! —respondió la dama.

—Lo digo, señora, en alta voz, porque lo creo como hombre honrado; creo que desde la más alta montaña hasta el más ínfimo pajarillo, nada hay más perfecto que un hombre bueno o una mujer honrada.

—Todo lo que el señor Witherden diga de mí —añadió una débil vocecilla—, puedo decirlo yo de él con toda seguridad.

—Es también una feliz casualidad que ocurra precisamente el día que cumple veintiocho años. Confío, señor Garland, que podremos felicitamos mutuamente por este suceso.

El caballero replicó que estaba seguro de ello; se dieron la mano y, cuando terminaron, el anciano dijo que, aunque él no debía decirlo, creía que no había otro hijo mejor para sus padres que Abel Garland.

—Nos casamos ya de alguna edad, señor, esperando hasta tener cierta renta, y hemos tenido la gran bendición de tener un hijo tan obediente y cariñoso siempre. ¿No tenemos motivos para estar contentos y satisfechos?

—Sin duda, señor, sin duda —respondió el notario simpatizando con el anciano —. Únicamente cuando contemplo una felicidad así, es cuando me arrepiento de haberme quedado soltero.

—Abel no es como los demás jóvenes, caballero —dijo la dama—. Se complace en nuestra compañía y está siempre con nosotros: jamás ha estado ausente un día entero. ¿Verdad, Garland?

—Cierto, querida, cierto —replicó el anciano—. Excepción hecha de cuando fue a Márgate con el profesor de su colegio un sábado y volvió el lunes enfermo de tanto como se divirtieron.

—Ya sabes que no estaba acostumbrado y no pudo resistirlo —dijo la señora—, y, además, no estaba con nosotros.

—Eso era, eso —repuso la vocecilla que se había oído antes—. ¡Estaba tan triste pensando que estábamos lejos y separados por el mar!

—No es extraño —dijo el notario—, y eso habla en pro de los sentimientos de este joven. Pero vamos al asunto. Voy a estampar mi nombre al pie de esos artículos de Abel, y el señor Chuckster será testigo. Colocando mi dedo sobre este sello azul, declaro —no se alarme usted, señora, es solamente una fórmula— que los considero como míos. Abel pondrá su nombre en el otro sello, repitiendo esas mismas palabras,

y quedará terminado el asunto. ¿Ven ustedes con qué facilidad se hacen estas cosas? ¡Es un chico de provecho!

Pasó un intervalo de tiempo, durante el cual se suponía que Abel escribía, y después se sintieron otra vez ruido de pasos, despedidas y apretones de manos, sin faltar tampoco algunos brindis. Poco después el señor Chuckster se asomó a la puerta y dijo a Kit que los señores iban a salir.

Y salieron, efectivamente. El señor Witherden conducía a la dama con extremada cortesía, y detrás, padre e hijo cogidos del brazo seguían a corta distancia. Abel era un joven de aspecto especial, vestido a la antigua; parecía tener la misma edad que su padre y se parecía mucho a él, excepto en que su padre era de fisonomía franca y abierta, y él tenía cierta timidez, rayada en el encogimiento.

Ambos esposos se colocaron en sus asientos. Abel subió a una pequeña caja que había detrás, hecha a propósito para él, y saludó sonriendo a todos, desde su madre hasta la jaca. Costó mucho trabajo obligar a ésta a ponerse en condiciones de marcha, y una vez conseguido, el anciano echó mano al bolsillo para buscar medio chelín y entregarlo a Kit.

El anciano caballero no tenía medio chelín, ni Abel, ni la dama, ni el notario, ni siquiera Chuckster, el pasante. El caballero creía que un chelín era demasiado; pero, como no había tiendas dónde cambiarlo, lo dio íntegro al muchacho, diciéndole al mismo tiempo con afectuoso tono:

—Tengo que volver el lunes próximo a la misma hora. Si estás aquí, puedes ganarte otro.

—Muchas gracias, señor —respondió Kit— Tenga usted por seguro que estaré.

El coche se puso en movimiento, y Kit, apretando su tesoro, fue a comprar ciertas cosas que hacían falta en su casa, no olvidando al maravilloso pájaro, y dándose prisa, por temor de que Nelly y su abuelo llegaran a casa antes que él, idea que se le ocurría siempre que estaba en la calle.

CAPÍTULO XIV

ERRANTES

Una sensación mezclada de angustia y esperanza agitó varias veces a la niña mientras recorrían las calles de la ciudad la mañana de su partida, creyendo ver a Kit; y aunque se hubiera alegrado mucho de poder darle las gracias por la oferta que le había hecho noches antes, descansaba cuando al llegar cerca de la persona que había creído ser Kit, veía que no era él. Tener que decirle adiós, hubiera sido insoportable para ella; su abatido corazoncito se rebelaba ante ese sacrificio.

Los dos peregrinos, unas veces cogidos de la mano, otras cambiando sonrisas y miradas animadoras, prosiguieron su camino en silencio. En aquellas calles desiertas y brillantes de luz había algo solemne, no profanado por las huellas del hombre ni las necesidades de la vida.

Cruzaron calles y plazas, pasaron por barrios más pobres y llegaron a las afueras de Londres. Allí, en una hermosa pradera, se sentaron para descansar y, sacando las provisiones que tuvieron la precaución de poner en una cestilla, hicieron un frugal almuerzo.

—Abuelito —dijo la niña saliendo de su abstracción—, parece como si se me quitara un gran peso que tenía encima de mí, para no volver a tenerlo nunca más. No volveremos allá, ¿verdad, abuelo?

—No, hija mía, nunca. Tú y yo somos libres ahora, Nelly; no nos cogerán otra vez.

—¿Estás cansado, abuelo? ¿Te ha fatigado la larga caminata?

—Ya no me cansaré nunca, nena ¡Vamos! Tenemos que ir más lejos aún, mucho más; estamos demasiado cerca para poder estar tranquilos.

La niña se lavó las manos en las frescas aguas de un estanque y refrescó sus pies antes de emprender de nuevo la marcha. Después lavó a su abuelo y le secó con su propio vestido.

—No puedo hacer nada; parece que me abandonan las fuerzas. No te separes de mí, Nelly: prométeme que no me abandonarás nunca. Te he querido siempre, y si te perdiera, ¿qué sería de mí? ¡Tendría que morirme!

Y colocando la cabeza sobre el hombro de la niña, gimió lastimeramente. Unos días antes la niña hubiera llorado también; pero entonces le consoló con palabras cariñosas, riéndose de pensar que pudieran separarse y animándole alegremente. Una vez tranquilo, se durmió como un niño.

Despertó descansado y emprendieron de nuevo el camino por hermosas carreteras rodeadas de prados y huertas, oyendo el canto de las aves y aspirando los perfumes del ambiente.

Llegaron a campo abierto; un grupo de casitas aquí y allí era lo único que interrumpía los interminables campos. Más lejos, haciendas y casas de labor; después, carretera con prados a ambos lados, y más allá, campo abierto otra vez.

Caminaron todo el día y por la noche durmieron en una pequeña posada donde alquilaban camas a los transeúntes. A la mañana siguiente emprendieron la marcha de nuevo y, aunque se sentían cansados al principio, pronto se reanimaron y siguieron animosamente adelante.

Descansaban con frecuencia algunos minutos solamente y seguían, sin haber tomado en todo el día más que un ligero desayuno. Cerca de las cinco llegaron a un grupo de cabañas; la niña se acercó, dudando si les permitirían descansar un poco y tomar leche. Tímida y temerosa de una negativa, tardó en decidirse, sin saber en cuál entrar, hasta que al fin, viendo que en una de ellas estaba sentada a la mesa toda una familia, se decidió y entraron.

Aquella familia, compuesta del matrimonio y tres robustos muchachos, los acogió con alegría apenas la niña expuso su deseo. El hijo mayor corrió a traer una jarra de leche, el segundo acercó dos sillas y el pequeño miró a los viajeros sonriéndose.

—¡Dios le guarde, señor! —dijo el amo de aquella cabaña—. ¿Van muy lejos?

—Sí, señor, mucho —respondió la niña, contestando por su abuelo.

—¿Vienen de Londres?

—Sí, señor —añadió Nelly.

El aldeano dijo que había estado en Londres muchas veces, pero que hacía unos treinta y dos años que no había vuelto y que seguramente habrían ocurrido en la ciudad muchos cambios.

Llegó la leche, y la niña, sacando su cesta, escogió lo mejor que en ella había para que su abuelo hiciera una comida abundante.

Los aldeanos añadieron algo, tratándolos con gran cariño y obsequiándolos lo mejor que pudieron.

Todo estaba limpio y ordenado, aunque pobre, y la niña se encontraba a gusto en medio de aquella atmósfera de amor y alegría a que estaba tan poco acostumbrada.

—¿A qué distancia estará la primera aldea o ciudad que podamos encontrar? —preguntó Nelly al aldeano.

—Como cosa de unas dos leguas, pero no se irán ustedes esta noche.

—Sí, sí —dijo Nelly apoyando a su abuelo, que decía:

—Tenemos que ir aprisa, sin detenernos, aunque lleguemos a medianoche.

—Es una buena tirada, caballero. Es verdad que hay una buena posada allí; pero parece que está usted tan cansado que, a menos que tenga usted mucha necesidad de llegar…

—Sí, sí, tengo mucha —murmuró el anciano.

—Tenemos que irnos —dijo Nelly rindiendo su voluntad al incansable deseo de su abuelo—. Se lo agradecemos mucho, pero tenemos que marcharnos. Estoy lista, abuelo, cuando gustes.

La aldeana, que había notado que uno de los pies de la niña sangraba, no los dejó marcharse sin curárselo cuidadosamente. Nelly, al ver tanto cariño y tanto cuidado, no pudo demostrar su agradecimiento más que con un «Dios se lo pague». Temiendo que sus ojos dejaran paso a un torrente de lágrimas, no se atrevió a decir más y, después de muchos saludos y algunas lágrimas de los aldeanos, se separaron para no volver a encontrarse ya.

Escasamente habrían andado un cuarto de legua despacio y penosamente, cuando sintieron detrás de ellos ruidos de ruedas y, volviéndose a mirar, vieron un carro vacío que se aproximaba apresuradamente. El carretero, una vez cerca de ellos, paró el caballo y dijo a Nelly.

—¿Son ustedes los que han estado en una cabaña allá abajo?

—Sí, señor —respondió la niña.

—Me han encargado que les lleve a ustedes en mi carro, ya que llevamos el mismo camino. Déme usted la mano y suba, buen hombre.

Aquel carro, a pesar de los saltos que daba en la carretera, fue para ellos blando como un carruaje de lujo; el más delicioso paseo en carretela abierta no les hubiera gustado más, porque estaban tan cansados, que no sabían cómo hubieran podido llegar a pie. Nelly, reclinándose sobre un montón de paja, se durmió inmediatamente y no despertó hasta que la súbita parada del carro y la voz del carretero diciendo que el pueblo estaba al final de una calle de árboles que se hallaba a la vista, le hicieron comprender que habían llegado.

CAPÍTULO XV

POLICHINELAS EN EL CEMENTERIO

El carretero les había indicado un atajo por el cementerio, siguiendo el cual llegarían mucho antes al pueblo, y por aquel atajo siguieron Nelly y su abuelo, precisamente cuando el sol se ponía.

Al llegar al cementerio, se internaron en él, porque era mucho mejor terreno y podrían andar más cómodamente. Cuando llegaron a la iglesia, hallaron a dos hombres, que, sentados sobre la hierba, estaban tan entretenidos que no habían visto a los que se acercaban.

Los trajes y muñecos esparcidos en derredor de ellos, y especialmente una figura de arlequín que descansaba sobre una tumba, daban a entender que aquellos hombres eran saltimbanquis de esos que se exhiben en las ferias y romerías, y que, al parecer, estaban allí para reparar algunos desperfectos de sus muñecos.

Cuando los viajeros estuvieron junto a ellos, los dos hombres levantaron la cabeza y, dando una tregua a su trabajo, saludaron a la niña y al anciano e hicieron algunas observaciones sobre la semejanza del viejo con algunos muñecos.

—¡Cómo es que vienen ustedes a hacer eso aquí! —preguntó el viejo sentándose y mirando con alegría los polichinelas.

—Porque tenemos que dar una representación en la posada esta noche y no podemos sacar esos muñecos tan estropeados.

—¿No? —dijo el viejo haciendo señas a Nelly para que escuchara—. ¿Y por qué no?

—Porque destruiría la ilusión y quitaría todo interés. ¿Daría usted una perra por ver a ese canciller sin peluca? Seguramente que no —dijo el hombre que hasta allí había hablado.

—¡Qué bien! —dijo el anciano atreviéndose a tocar uno de aquellos cuerpos rellenos de serrín—. ¿Va usted a enseñarlos esta noche?

—Ésa es mi intención, buen hombre, y si no me equivoco, Tomás Codlin está calculando al minuto el tiempo que hemos perdido en conversación desde que usted está aquí. No te apures, Tomás, que no puede ser mucho.

El señor Codlin habló entonces y, medio gruñendo, dijo:

—A mí no me importa, si no perdemos la entrada; si tú estuvieras enfrente del telón y viendo las caras del público como yo, lo conocerías mejor.

Después, arreglando los muñecos en la caja como quien los conoce bien y no les tiene consideración ninguna, sacó uno y se lo enseñó a su amigo diciéndole:

—Mira, mira qué roto está el traje de Judit. Supongo que no tendrás hilo ni aguja.

El otro movió la cabeza, contemplando dolorosamente la grave indisposición de un personaje tan principal, y declaró que no tenía medios de repararla.

La niña comprendió lo que pasaba y, queriendo ayudarlos, dijo tímidamente:

—Yo tengo hilo y agujas en mi cesta. ¿Quiere usted que lo arregle? Me parece que lo haré mejor que ustedes.

Ni aun el mismo Codlin tuvo nada que oponer a aquella proposición tan razonable. Nelly, de rodillas junto a la caja, hizo un primor en el traje, dejándolo como nuevo.

Mientras estaba ocupada en la compostura, el saltimbanqui la miraba con gran interés, y cuando acabó le dio las gracias, preguntándole si iban de viaje.



—Creo que no seguiremos esta noche —dijo la niña mirando a su abuelo.

—Si quieren ustedes una posada, pueden ir a una en que paramos nosotros; es buena y barata: aquella casa blanca que se ve a lo lejos.

El viejo, a pesar de su cansancio, no hubiera tenido inconveniente en pasar la noche en el cementerio si se hubieran quedado allí sus nuevos amigos, pero como éstos se marchaban, accedió a la indicación que le habían hecho y se pusieron en marcha todos juntos; el viejo, junto a la caja de muñecos que el saltimbanqui llevaba sujeta al brazo por medio de una correa; Nelly, cogida de la mano de su abuelo, y Codlin, detrás cerrando la marcha.

Los posaderos, un matrimonio muy gordo, no tuvieron inconveniente en recibir dos nuevos huéspedes. Alabaron la hermosura de Nelly y se sintieron inmediatamente inclinados a su favor. No había más gente que los dos titiriteros; así que la niña se alegró mucho de estar en un sitio tan tranquilo. La posadera se quedó atónita al oír que venían de Londres y tenía gran curiosidad por saber adónde iban, pero comprendiendo que aquel asunto molestaba a la niña, no insistió.

—Esos dos señores han pedido la cena para dentro de una hora. Me parece lo más prudente que ustedes cenen con ellos y, entretanto, voy a darles a probar algo muy rico; tengo la seguridad de que les sentará bien después de todo lo que han andado ustedes hoy. No, no mire usted hacia su abuelo, porque después que usted beba, le daré a él también —dijo a Nelly.

Poco después todos se fueron a un establo vacío, donde iba a tener lugar la representación. Tomás Codlin, el misántropo, tomó asiento entre las cortinas que ocultaban los hilos de las figuras y, metiéndose las manos en los bolsillos, se dispuso a responder a todas las preguntas de Guignol y a pretender que era su mejor amigo.

Al terminar la representación, todos aplaudieron hasta romperse las manos y mostraron su satisfacción contribuyendo liberalmente a la cuestación voluntaria que se hizo después. Nadie rió tanto ni con tanta gana como el viejo; a Nelly no se la oyó, porque apenas se sentó, inclinando la cabeza sobre el hombro de su abuelo, se quedó dormida tan profundamente que fueron inútiles cuantos esfuerzos hizo el viejo para despertarla a fin de que participara en la común alegría.

La cena estaba muy buena, pero Nelly estaba tan cansada, que no pudo comer, aunque no quería retirarse hasta dejar a su abuelo acostado y tranquilo.

Este, sin preocuparse ya por nada, estaba sentado escuchando con la sonrisa en los labios todo lo que decían sus nuevos amigos, y únicamente cuando éstos se retiraron a su habitación, consintió en seguir a la niña y acostarse.

La habitación que les dieron era un desván dividido en dos compartimentos, pero como no esperaban nada mejor, la encontraron buena. El viejo estaba inquieto y suplicó a Nelly que se sentara a su lado, como lo había hecho las noches anteriores; la niña obedeció, sin retirarse hasta dejarle dormido.

En su cuarto había una ventanita muy pequeña, y la niña, una vez allí, la abrió y respiró el aire en el silencio de la noche. El espectáculo de la iglesia medio derruida, de las tumbas a la luz de la luna y de los árboles que murmuraban, la pusieron más meditabunda todavía; cerró la ventana y, sentándose sobre el lecho, empezó a pensar en su vida futura.

Tenía algún dinero, pero era muy poco, y cuando se acabara, tendrían que pedir limosna. Tenía también una moneda de oro, que en un apuro le sería de mucha utilidad; lo mejor sería esconderla y no sacarla, a menos que hiera de absoluta necesidad y no tuvieran otro recurso.

Una vez tomada esta resolución, cosió la moneda dentro del rorro del vestido y se acostó más tranquila, durmiéndose profundamente.

CAPITULO XVI

ADELANTE

La brillante luz de un nuevo día, entrando por la diminuta ventana, la despertó muy temprano. La niña se asustó al hallarse entre aquellas paredes y objetos desconocidos, y creyó al pronto haber sido transportada durante el sueño desde la tienda hasta aquel sitio; unos minutos de reflexión le bastaron para recordar todo lo que había ocurrido últimamente. Saltó del lecho confiada y llena de esperanzas.

Aún era temprano. El viejo dormía y Nelly salió a dar un paseo por el cementerio, andando sobre la hierba cubierta por el rocío, poniendo gran cuidado en no pisar las tumbas. De cuando en cuando se paraba a leer algunos epitafios que le llamaban la atención; uno entre todos le preocupó más que los otros: era el de un joven que había muerto a los veintitrés años, cincuenta y cinco años atrás. Unos débiles pasos le hicieron volver la cabeza y vio a una mujer, inclinada por el peso de los años, que se paraba al pie de aquella tumba, suplicándole que leyera lo que allí decía. La niña lo leyó y la anciana le dio las gracias, diciendo que hacía muchos años que tenía aquellas palabras impresas en su corazón, pero que ya no podía verlas.

—¿Es usted su madre? —preguntó la niña.

—Era mi esposo, hija mía. Te extraña, ¿verdad? No eres la primera que se sorprende. Sí, yo era su mujer; la vida no ofrece menos cambios que la muerte en muchas ocasiones.

—¿Viene usted a menudo aquí? —preguntó Nelly.

—En verano suelo venir muchas veces. Hace años venía todos los días, pero eso era hace mucho tiempo ya. ¡Bendito sea Dios! Hace cincuenta y dos años que no quiero más flores que las que recojo de esta tumba: son las que más me gustan. ¡Qué vieja me voy haciendo!

La niña dejó de recoger flores y, despidiéndose de la pobre anciana, volvió a la posada, donde encontró a su abuelo vestido ya.

Poco después bajaron a almorzar y encontraron a los saltimbanquis, que recibían felicitaciones de todos por el éxito de su representación.

—¿Adónde piensan ustedes ir hoy? —preguntó a Nelly al jefe de Codlin.

—Aún no lo sé, porque no lo hemos decidido todavía —respondió la niña.

—Nosotros vamos a la feria, a las carreras de caballos. Si van por ese camino y quieren ir en compañía nuestra, podemos ir juntos. Si prefieren ir solos, díganlo ustedes con entera confianza y no volveremos a molestarlos.

—Iremos con ustedes —dijo el anciano—. Con ellos, Nelly, con ellos.

La niña reflexionó un momento y, considerando que muy pronto tendría que mendigar, no podía en verdad hallar lugar más conveniente que aquél, donde iba a

reunirse una gran muchedumbre; así pues, decidió ir hasta allí en su compañía. Dio las gracias a aquel buen hombre por su ofrecimiento y, mirando tímidamente a su compañero, dijo que irían con ellos, si no tenían inconveniente en que los acompañaran, hasta el lugar donde se verificaban las carreras.

—¡Inconveniente! Vamos, Tomás, sé amable una vez —dijo su compañero— y di que prefieres que vengan con nosotros. ¡Di que te agrada, hombre!

—Eres demasiado atrevido, Trotter.

—Pero ¿viene con nosotros, sí o no?

—Que vengan —dijo Codlin—, pero podías dar a entender que les hacías un favor.

El verdadero nombre de Trotter era Harris, pero había ido convirtiéndose en el poco eufónico de Trotter con el prefijo *Short* (corto), que le había sido concedido a causa de sus pequeñas piernas; mas como Short Trotter resultaba muy largo, siempre le designaban por uno solo, llamándole ya Trotter, ya Short. (Dispénsenos el lector esta digresión, necesaria para la claridad de nuestro relato).

Terminó el almuerzo. Dodlin pidió la cuenta y, dividiendo el total en dos partes, asignó una a Nelly y su abuelo, y reservó la otra para él y su compañero. Una vez pagado y en disposición de marcharse, se despidieron de los posaderos y emprendieron su viaje en unión de nuestros amigos.

Cuando llegaban a algún pueblo, Short tocaba con una trompeta fragmentos de canciones burlescas, en ese tono propio de Polichinela y su esposa. Si la gente se asomaba a las ventanas, Codlin plantaba la tienda de campaña en el suelo y daba una representación tan pronto como era posible, decidiendo de su extensión y condiciones la cuestación probable que veía en perspectiva.

Así anduvieron todo el día, estando aún de camino cuando la luna empezó a brillar en el cielo. Short entretenía el tiempo con bromas y canciones, tratando de pasarlo lo mejor posible, en tanto que Codlin, cargado con la tienda de campaña, maldecía su suerte lleno de pesar.

Se pararon a descansar junto a un poste indicador del camino y Codlin, soltando la tienda, se sentó dentro, desdeñando la compañía de los mortales y ocultándose a su vista. De pronto vieron dos sombras monstruosas que se acercaban hacia ellos por una revuelta del camino. A la vista de aquellas gigantescas sombras, que hacían un efecto terrible entre las proyecciones de los árboles, la niña se estremeció de miedo; pero Short, diciéndole que no había nada que temer, se llevó la trompa a los labios y dio un toque, que pronto fue respondido por un alegre grito.

—¿Quién va? —grito Short en alta voz.

—¡Nosotros, Grinder y compañía! —dijeron a un tiempo dos voces estentóreas.

—Acercaos, entonces —volvió a gritar Short.

La compañía del señor Grinder consistía en un joven y una señorita subidos en zancos, y Grinder mismo, que caminaba sobre sus piernas, llevando a la espalda un tambor. Ambos jóvenes vestían traje escocés, pero como la noche estaba fresca y

húmeda, el joven llevaba una manta que le llegaba hasta los tobillos y se tocaba con un sombrero de hule; la señorita iba envuelta en una capa vieja de paño y llevaba un pañuelo atado a la cabeza. Grinder llevaba sus hermosas gorras escocesas, adornadas con plumas negras como el azabache, colocadas sobre el tambor.

—¿Vais a las carreras? —preguntó Grinder, que llegaba sin aliento—. También nosotros. —Y dio la mano a Short saludándole amistosamente.

Los jóvenes estaban muy altos para saludar según costumbre, y lo hicieron a su modo: el joven cogió el zanco derecho y le dio unos golpecitos en la espalda; la señorita hizo sonar la pandereta que llevaba en la mano.

—¿Dónde está tu socio? —preguntó Grinder.

—Aquí estoy —dijo Codlin presentándose en el proscenio con una expresión pocas veces vista en aquel lugar—, dispuesto a ver a mi compañero asado vivo antes de marcharnos de aquí.

—No digas esas cosas en ese sitio, dedicado a cosas alegres; respeta la asociación, Tomás, aunque no respetes al socio —dijo Short.

—Respetando o no respetando, digo que no iré más allá esta noche. Si tú quieres ir más lejos, vas solo: yo iré únicamente hasta el parador de los Areneros. Si tú quieres venir, vienes; si no, lo dejas. Si quieres irte solo, te vas, y veremos cómo te las compones sin mí.

Y diciendo así, Codlin desapareció del escenario y se presentó inmediatamente fuera de aquel teatro ambulante, se lo echó a cuestas y empezó a andar con gran agilidad.

Como toda discusión hubiera sido inútil, Short no tuvo más remedio que despedirse de sus amigos y seguir a su compañero; parándose después junto al poste, vio cómo se alejaban aquellos titiriteros, ambulantes como él mismo. Cogiendo su trompeta, soltó al aire unas cuantas notas como saludo de despedida y corrió a toda prisa siguiendo a Codlin, llevando de la mano a Nelly y animándola para que no se rindiera, toda vez que pronto hallarían un descanso para aquella noche. Estimulando al viejo con la misma perspectiva, consiguió que fueran aprisa para llegar pronto al parador, tanto más apreciado entonces, cuanto que la luna empezaba a ocultarse tras algunas nubes que amenazaban deshacerse en un torrente de agua.

CAPÍTULO XVII

LA HOSTERÍA DE LOS ARENEROS

El parador de los Areneros era una pequeña posada muy antigua, con una muestra que representaba a tres muchachos areneros con enormes jarros de cerveza y bolsas de oro, colocada sobre un poste al lado opuesto del camino.

Los viajeros habían visto aquel día una porción de carromatos que se dirigían hacia el pueblo donde debían verificarse las carreras; tiendas de gitanos, pabellones con útiles para jugar, mendigos y vendedores de todas clases; todos iban en la misma dirección: así que Codlin temía no hallar alojamiento en aquella posada. Este temor le hizo aligerar el paso, a pesar de la carga que llevaba, hasta que estuvo muy cerca. Allí tuvo la satisfacción de ver que sus temores eran infundados, porque el posadero estaba en pie junto al poste, mirando tranquilamente las gotas que empezaban a caer, y no había ruido de gente, toques de campanillas, ni ese eco ruidoso que indica que en una casa hay mucha gente.

—¿Está usted solo? —preguntó Codlin dejando la tienda en el suelo y limpiándose la frente.

—Solo todavía, aunque espero tener gente esta noche —dijo el posadero mirando al cielo—. ¡Eh, muchachos, que venga uno a recoger esta tienda! Dése prisa en entrar, Tomás, que dentro hay un buen fuego; cuando empezó a llover mandé que lo encendieran y da gloria verlo.

Codlin siguió al posadero y vio que no había exagerado. Un gran fuego ardía en la chimenea y una gran cacerola hervía sobre las brasas. El posadero atizó la lumbre y las llamas lamieron la cacerola, que, una vez destapada, esparció un sabroso perfume por la habitación. Codlin se estremeció ante aquel espectáculo, se sentó junto a la chimenea y sonrió preguntando débilmente:

—¿Cuándo estará eso listo?

—Pronto —respondió el posadero consultando su reloj—; a las diez y media.

—Entonces —agregó Codlin—, ve por un buen jarro de cerveza y no consientas que nadie traiga un bizcocho siquiera hasta que llegue esa hora.

El posadero fue a buscar la cerveza y pronto volvió con un enorme jarro, que calentó dentro de una vasija de zinc, hecha a propósito para esa operación, y lo presentó a Codlin cubierto de espuma en la superficie, una de las cualidades más apreciadas en la cerveza.

Tranquilizado con la bebida, Codlin pensó en sus compañeros de viaje y dijo al posadero que estuviera a la mira, porque pronto debían llegar. La lluvia caía a torrentes, azotando las ventanas, y tal era el cambio que se había operado en Codlin,

que más de una vez expresó su ardiente esperanza de que no serían tan tontos que quisieran mojarse.

Al fin llegaron, calados hasta los huesos y en un lamentable estado, a pesar de que Short había cubierto a la niña con su capa lo mejor que pudo. Apenas si podían respirar: tal era la carrera que habían dado. Tan pronto como el posadero sintió los pasos, destapó la cacerola. El efecto fue instantáneo: entraron con caras animadas, aunque el agua que caía de sus ropas dejaba charcos en el suelo. Las primeras palabras de Short, fueron: «Qué olor más delicioso». En una habitación bien caldeada y cerca de un buen fuego, se olvidan pronto la lluvia y el barro. Cambiaron de calzado y de trajes, y una vez secos se acomodaron, lo mismo que antes había hecho Codlin, cerca de la chimenea, no volviendo a acordarse de sus penas anteriores sino para compararlas con el presente estado de beatífica delicia. Nelly y su abuelo, restablecidos con el calorcillo y la comodidad del asiento, se durmieron apenas se sentaron.

—¿Quiénes son? —preguntó el posadero.

Short movió la cabeza dando a entender que no lo sabía.

—¿Y usted, lo sabe? —volvió a preguntar dirigiéndose a Codlin.

—Yo tampoco —replicó éste—, pero supongo que no son cosa buena.

—No son malos —añadió Short—, tengo la seguridad de ello. Voy a decir lo que me parece: que el viejo no tiene la cabeza sana.

—Si no tienes nada más nuevo que decir —dijo Codlin mirando el reloj—, lo mejor será que pensemos en la cena, sin distraernos.

—Escúchame antes, si quieres oír —insistió su amigo—. Creo además que no están acostumbrados a esta vida; no quieras hacerme creer que esa hermosa niña está acostumbrada a vagabundear como lo hace estos días.

—¿Y quién dice que lo esté? —murmuró Codlin, mirando otra vez al reloj y después a la cacerola—. ¿No pueden pensar algo más apropiado a las presentes circunstancias, en vez de decir cosas para contradecirlas después?

—Quisiera que te dieran de cenar, porque sé que no estaremos en paz hasta que cenes. ¿No has visto la ansiedad del viejo por ir siempre adelante, adelante? ¿No lo has notado?

—Sí. ¿Y qué? —murmuró Codlin.

—Pues que se ha escapado y ha persuadido a esa tierna y delicada niña que tanto le quiere para que le guíe y le acompañe, quién sabe adónde. Pero eso no voy a consentirlo yo.

—¡Que no vas a consentirlo! —gritó Codlin mirando de nuevo su reloj y mostrando gran impaciencia—. ¡Vivir para ver!

—No —repitió Short enfáticamente y acentuando cada palabra—, no lo consentiré. No puedo dejar que esa niña caiga en malas compañías, entre wente que está en malísimas condiciones para estar cerca de ella; así es que apenas indiquen un plan para separarse de nosotros, tomaré mis medidas para detenerlos y entregarlos a

su familia, que, con toda seguridad, estará poniendo anuncios por todas las calles de Londres para reclamarlos.

—Short —dijo Codlin, que había estado impaciente hasta allí, pero que estaba más tranquilo y menos apático—, es posible que tengas muchísima razón en lo que dices. Si hay alguna gratificación —y tiene que haberla forzosamente—, acuérdate, Short, de que somos socios en todo.

Su compañero apenas si pudo indicarle con un movimiento de cabeza que estaba conforme, porque la niña despertó en aquel instante y ambos se separaron, aparentando hablar de cosas indiferentes.

Poco después se oyeron pasos extraños fuera y pronto entraron cuatro perros flacos, uno tras otro, guiados por otro perro viejo, achacoso y de aspecto lúgubre, que parándose cuando el último llegó a la puerta, se levantó sobre sus patas traseras y miró a sus compañeros, los cuales se pusieron inmediatamente en fila en la misma posición que el guía. Aquella jauría iba adornada con sendas mantas de colores vivos: uno de los canes llevaba una gorrita en la cabeza, atada cuidadosamente debajo de la papada, pero que se le había caído a un lado sobre la nariz y le tapaba un ojo completamente. Las mantas estaban chorreando y desteñidas, y los perros, mojados y sucios. (Con estos detalles hemos presentado al lector los nuevos huéspedes que entraron en la Hostería de los Areneros).

Ni Codlin, ni Short ni el posadero se sorprendieron lo más mínimo, comprendiendo a una que eran los perros de Jerry, y que Jerry mismo andaría cerca. La jauría se paró pacientemente mirando la cacerola y olfateando, hasta que se presentó su amo: tomando entonces su postura natural, empezaron a dispersarse por la habitación.

Jerry, el dueño de la jauría, era un hombre alto, con patillas negras y un casaquín de terciopelo. Parecía muy amigo del hostelero y de sus huéspedes, porque los saludó a todos familiarmente. Desembarazándose de una especie de organillo que dejó sobre una silla, conservó un pequeño látigo, con el cual dirigía a su compañía; se acercó al fuego para secarse y entabló conversación con los allí reunidos.

—Supongo que tu compañía no viajará siempre en traje de etiqueta —dijo Short señalando las mantas que adornaban a los perros—, porque eso sería caro.

—No —respondió Jerry—, no es costumbre; pero han estado trabajando hoy en la calle. Traemos un guardarropa nuevo para estrenarlo en las carreras y no valía la pena quitarles esos trajes. ¡Abajo, Pedro!

Esta exclamación fue dirigida al perro que llevaba puesto el gorrito, el cual era nuevo en la compañía y no sabía bien su obligación; así que no hacía más que levantarse o sentarse a cada momento.

El posadero, entre tanto, ponía la mesa; ocupación en que quiso ayudarle Codlin, colocando su propio cubierto en el sitio más conveniente y sentándose ya a la mesa.

Cuando todo estuvo listo, el posadero destapó la cacerola, acción que animó a todos los presentes, y, ayudado por una robusta criada, volcó su contenido en una

gran fuente, que colocó después sobre la mesa. Se repartió pan y cerveza a todos los comensales y empezó la cena. Los perros, levantados sobre sus patas posteriores, aullaban lastimeramente, y la niña, compadecida de ellos, iba a arrojarles algunos pedazos de carne, aun antes de empezar a cenar ella misma, cuando se interpuso su amo diciendo:

—No, querida mía; no, ni una brizna. No deben recibir su alimento de otra mano que las mías. Ése —dijo señalando al guía— ha perdido hoy una perra chica y, en castigo, se quedará sin cenar.

El infortunado animal se echó inmediatamente en el suelo y movió la cola, mirando a su amo como si implorara misericordia.

—Otra vez serás más cuidadoso —dijo Jerry cogiendo el organillo y sacando los registros—. Toma, toca mientras cenamos, ¡y cuidado con pararte!

El perro empezó a tocar una música triste; su amo le enseñó el látigo, se sentó en su sitio y llamó a los otros, que a la primera señal formaron en fila como si fueran soldados.



—Ahora, caballeros, el perro que yo nombre comerá; el que no, se estará quieto. ¡Carlos!

El afortunado animal así llamado cogió en el aire el trozo de carne que su amo le arrojaba, sin que ningún otro osara moverse; así comieron todos a gusto del amo, en tanto que el castigado tocaba el organillo más o menos aprisa, más o menos alegremente, pero sin cesar un instante.

CAPÍTULO XVIII

NELLY SE DECIDE A HUIR

Antes de que terminara la cena llegaron al parador dos viajeros más buscando albergue. Habían caminado algunas horas y estaban calados de agua. Uno de ellos era propietario de un gigante y de una dama sin brazos ni piernas, que habían seguido adelante en un carromato; el otro era un caballero silencioso que se ganaba la vida haciendo jugarretas con cartas y juegos de manos. El primero se llamaba Vulfin y el segundo respondía al apodo de Dulce Guillermo, apodo debido seguramente a la horrorosa expresión de su semblante. El posadero se apresuró a instalarlos y poco después se encontraban ya a sus anchas entre los demás huéspedes de la hostería.

—¿Cómo está el gigante? —preguntó Short cuando, acabada la cena, empezaron a fumar.

—Tiene ya las piernas flojas y cuando a un gigante le flojean las piernas, la gente no se preocupa de él.

—¿Para qué sirven después los gigantes viejos? —volvió a preguntar Short.

—Suelen quedarse en las compañías para cuidar de los enanos —repuso Vulfin.

—Debe de ser caro mantenerlos cuando no ganan nada.

—Sí, pero es mejor mantenerlos que despedirlos y que mendiguen. Si fuera un espectáculo corriente ver gigantes, ¿de qué serviría enseñarles en las ferias?

—Verdaderamente —repuso Short.

—Después de todo, ellos prefieren quedarse con la compañía y tener alojamiento y comida siempre, mejor que buscarse la vida de otro modo —añadió Vulfin—. Hará cosa de un año que uno, negro por cierto, dejó la compañía y se dedicó a llevar anuncios por Londres; esa vida no le sentaba bien y terminó muñéndose.

El dueño de los perros se mezcló en la conversación, diciendo que le recordaba y que le había conocido.

—Ya lo sé, Jerry —dijo Vulfin con intención—. Ya sé que te acuerdas y que la opinión general fue que le estaba bien empleado, porque estaba arruinándonos.

—¿Y qué hacen con los enanos cuando son viejos? —preguntó el hostelero.

—Un enano vale más cuanto más viejo es. Un enano con el cabello cano y la cara llena de arrugas no infunde sospechas de ninguna clase, pero un gigante que tiene las piernas flojas y se tambalea, es mejor tenerlo oculto y que nadie lo vea, porque es un descrédito.

Mientras Vulfin y sus dos amigos mantenían esta conversación cerca de la chimenea, el caballero, silencioso y sentado en un rincón, practicaba sus juegos sin preocuparse de las demás personas que allí había, las cuales, por su parte, ni siquiera se fijaban en él. La pobre Nelly, cansada con los episodios de aquel día, pudo

persuadir al fin a su abuelo para que fueran a acostarse. Así pues, se retiraron, dejando a la compañía reunida cerca del fuego y a los perros dormidos profundamente cerca de su amo.

Después de dar las buenas noches a su abuelo, la niña se retiró a su cuarto; pero apenas había cerrado la puerta, cuando sintió unos golpecitos: la abrió y se quedó sorprendida al ver a Tomás Codlin, al cual había dejado abajo, dormido al parecer.

—¿Qué ocurre? —preguntó Nelly.

—Nada, hija mía —repuso Codlin—. Soy amigo tuyo, aunque tú tal vez no lo creas. Tu amigo soy yo, y no el otro.

—¿Qué otro? —preguntó la niña.

—Short, hija mía. Yo soy quien te quiere; yo soy franco, aunque no lo parezca.

Nelly empezó a alarmarse, pensando que Codlin hablaba influido por la cerveza, y no supo qué contestar.

—Toma mi consejo —dijo Codlin— y no me preguntes por qué, pero síguelo. Mientras vengáis con nosotros, consérvate siempre lo más cerca posible de mí. Procura no separarte de nosotros y di siempre que soy tu amigo. ¿Tendrás presente todo esto y dirás siempre que soy tu amigo?

—¿Dónde tengo que decirlo y cuándo? —murmuró inocentemente la niña.

—En ningún sitio determinado; únicamente lo digo porque quiero que tengas la seguridad de que es verdad lo que te digo. No puedes comprender cuánto me intereso por ti y por el pobre señor anciano. Me parece que hay movimiento abajo. No digas nada a Short de lo que hemos hablado. Dios te guarde. Acuérdate de que Codlin es tu amigo y no Short.

Afirmando estas palabras con tono afectuoso y miradas protectoras, Tomás Codlin se marchó de puntillas, dejando a la niña muy sorprendida. Todavía estaba la niña recapacitando sobre tan extraña conducta, cuando oyó pasos otra vez de alguien que titubeaba en el pasillo y que al fin llamó a su puerta.

—¿Quién es? —preguntó Nelly desde dentro.

—Soy yo, Short —dijo una voz junto al agujero de la llave—. Quiero decirte que tenemos que marchar mañana muy temprano, porque si no llegamos a los pueblos de tránsito antes que el de los perros y el jugador de manos, no sacaremos nada. ¿Os levantaréis temprano para venir con nosotros? Ya te despertaré yo.

La niña respondió afirmativamente y oyó que se retiraba. El interés de aquellos hombres la puso en cuidado; tanto más, cuanto que recordaba haberlos visto hablar en voz baja en la cocina y su confusión cuando ella despertó. Como su fatiga era mayor que su cuidado, se durmió apenas se acostó, a pesar de su preocupación.

Short cumplió su promesa y, despertando a la niña con un golpe dado en la puerta, le rogó que se apresurara. Saltó, en efecto, del lecho y llamó al anciano tan eficazmente que ambos estuvieron listos casi antes que el mismo Short, cosa que produjo a éste gran alegría.

Después de un ligero almuerzo se despidieron del posadero y abandonaron la Hostería de los Areneros. La mañana era hermosa y templada; el aire, agradable y suave, y los campos, llenos de verdura y de aromáticos perfumes, convidaban a pasear.

La niña encontró la conducta de Codlin muy diferente de la del día anterior, pues apenas se separaba de su lado, excitándola continuamente a confiar en él y no en Short. Esta y otras observaciones ponían más y más en cuidado a la pobre niña.

Al fin, tras un penoso día, llegaron de noche a la ciudad donde debían verificarse las carreras de caballos. Allí todo era tumulto y confusión; las calles estaban llenas de gente, había una inmensa multitud de forasteros, las campanas habían sido echadas a vuelo y se veían banderas en todos los balcones y tejados. En las posadas y fondas los criados tropezaban unos con otros; los coches y caballos no cabían en las cuadras y estaban en la calle; y el olor de las comidas producía un vapor caliente y molesto. Borrachos, vagabundos y toda clase de gente pululaba por todas partes.

En el real de la feria, una porción de gente trabajaba plantando tiendas y pabellones a la luz de cabos de velas y hogueras medio encendidas, donde hervían pucheros y cafeteras; pero allí, al menos, se respiraba aire más puro y la niña se animó un poco. Después de una escasa cena, Nelly y su abuelo se tendieron en un rincón de una barraca y se durmieron profundamente, a pesar del ruido que hubo toda la noche.

Ya llegaba la hora en que tenían que mendigar. La niña sólo tenía algunos céntimos para comprar pan aquella mañana; apenas despertó, salió de la barraca y fue a los campos cercanos a buscar flores para hacer algunos ramos que ofrecer después a las señoras. Al volver, y mientras hacía los ramos, despertó a su abuelo y, sentándose junto a él, le dijo en voz baja señalando a los dos hombres que dormían en otro ángulo de la tienda:

—Abuelo, no mires a esos hombres mientras te hablo y aparenta que escuchas solamente observaciones sobre el trabajo que estoy haciendo. ¿Te acuerdas de lo que me dijiste antes de salir de casa: que si supieran lo que íbamos a hacer creerían que estabas loco y nos separarían?

El abuelo la miró sorprendido, y la niña, suplicándole que no hiciera demostración alguna y que callara, prosiguió:

—Yo me acuerdo muy bien, abuelito: no es fácil que lo olvide. Pues bien, esos hombres sospechan que hemos huido de nuestra familia e intentan enviarnos allá tan pronto como puedan. Si tiemblas de ese modo, abuelo, no podremos escaparnos; esta vez, si estás tranquilo, podremos hacerlo fácilmente.

—¿Cómo? —murmuró el viejo—. ¿Cómo, querida Nelly? —y añadió después—: ¿Quieren encerrarme en un cuarto frío y triste y encadenarme allí? Me darán latigazos y no me permitirán verte más, Nelly.

—Otra vez estás temblando, abuelo. No te separes de mí en todo el día; no te preocupes, ni te importen esos hombres: está atento de mí únicamente, que ya

encontraré yo ocasión de escaparnos. Y cuando llegue el momento, ¡cuidado con que te pares o hables palabra, y no me sigas inmediatamente! Eso es todo lo que tenía que decirte.

—¡Hola!, ¿qué estás haciendo, querida? —dijo Codlin levantándose a medias y bostezando, y después, viendo que Short dormía, añadió en un murmulló—: Acuérdate de que tu amigo es Codlin y no Short.

—Estoy haciendo ramos —respondió la niña— para venderlos en estos tres días de feria. ¿Quiere usted uno como recuerdo?

Codlin quiso levantarse para tomarlo, pero la niña se lo puso en la mano y él a su vez se lo colocó en el ojal de la casaca.

Según fue adelantando la mañana, las tiendas y barracas fueron adquiriendo un aspecto más brillante. Una fila de coches se fue extendiendo por la planicie. Los hombres que habían estado en traje de faena o de diario aparecían con sedas y plumas, con ricas libreas o con trajes de labrador. Gitanillas de negros ojos envueltas en rameados pañuelos buscaban a quién decir la buenaventura, y mujeres pálidas, delgadas y con cara de tísicas seguían a los ventrílocuos y agoreros. Los chiquillos iban de una parte a otra, metiéndose en todo, hasta entre las patas de los caballos y las ruedas de los carruajes, saliendo ilesos por milagro. Los perros bailarines, los de los zancos, la mujer sin brazos ni piernas y el gigantón, y tantos otros espectáculos con innumerables organillos y músicas, salían de los rincones y agujeros donde habían pasado la noche, presentándose libre y descaradamente ante la luz del sol.

Short condujo a su gente a lo largo del real, tocando su trompeta e imitando la voz de Polichinela; Codlin, con la tienda a cuestas, como de costumbre, no quitaba ojo a Nelly y a su abuelo, que se iban quedando algo rezagados. La niña llevaba al brazo su cestilla llena de flores y algunas veces se paraba, tímida y modesta, para ofrecerlas a algunas señoras que ocupaban los carruajes; pero había allí tantos pobres que pedían descaradamente, gitanas que prometían esposos y otros mil pedigüeños, que aunque muchas señoras movían la cabeza sonriéndose y otras decían a los caballeros que las acompañaban: «¡Mira qué bonita cara!»; todas dejaron que la niña pasara, sin pensar que estaba cansada y desfallecida.

Solamente una señora pareció comprender a la niña: una que estaba sentada sola en un lujoso carruaje, del cual habían bajado dos jóvenes que hablaban y reían en alta voz a poca distancia, pareciendo no acordarse para nada de la señora. Esta rechazó a una gitana que pretendía camelarla, llamó a la niña y, pidiéndole las flores, le entregó una moneda.



Muchas veces pasaron el abuelo y la niña por entre las interminables filas de coches, y muchas también funcionó Polichinela; pero los ojos de Tomás Codlin no se apartaron de la niña, a la cual le hubiera sido imposible escapar a su vigilancia.

Bien avanzado el día, Codlin colocó su tienda en un sitio conveniente. Pronto se reunieron numerosísimos espectadores, que se quedaron completamente absortos con el espectáculo. La niña y el viejo, sentados detrás del teatrillo, meditaban sobre lo que veían, cuando una fuerte risotada causada por alguna salida extemporánea de Short aludiendo a las circunstancias del día la sacó de su meditación, haciendo que se fijara en lo que ocurría a su alrededor.

Si habían de escaparse, aquél era el momento crítico. Short representaba vigorosamente una defensa golpeando a los muñecos, en la furia del combate, contra las paredes de la tienda; la gente miraba embobada y Codlin se reía huraño al advertir desde su sitio que algunas manos, introduciéndose en los bolsillos de otros, sacaban chelines y medios chelines, y los pasaban a los suyos. Aquél era el momento preciso de escapar sin ser vistos; entonces o nunca: lo aprovecharon y huyeron.

Metiéndose entre los carruajes y los grupos de gente, no pararon un solo momento para mirar atrás, y sin hacer caso de los que mandaban detener de cuando en cuando todo movimiento, llegaron con precipitado paso hasta la falda de una colina, tras la cual se encontraron en campo raso.



CAPÍTULO XIX

KIT OTRA VEZ

Día tras día, cuando Kit volvía a su casa cansado de buscar inútilmente alguna ocupación, alzaba los ojos hasta la ventana del cuartito que tanto había recomendado a Nelly, esperando ver algo que indicara su presencia allí. Su deseo y la promesa de Quilp le hacían creer que iría a pedirle asilo bajo el humilde techo que él habitaba, y de la desilusión de cada día brotaba una nueva esperanza para el siguiente.

—Creo que vendrán mañana seguramente, madre —decía Kit colgando su sombrero con aire abatido y suspirando al hablar—. Hace una semana que se fueron; seguramente, no pueden estar fuera más que una semana. ¿Eh, madre?

La madre movía la cabeza y recordaba a su hijo que hacía varios días que decía lo mismo y que, sin embargo, no venían.

—Dices la verdad, madre, como siempre; pero me parece que una semana es bastante para andar errantes, ¿no te parece?

—Demasiado, Kit, demasiado. Pero eso no quiere decir que hayan de volver necesariamente.

Kit se sintió dispuesto a enfadarse por esta contradicción; tanto más, cuanto que ya había pensado en ello y comprendía que su madre tenía razón. Pero el impulso fue momentáneo y en seguida se disipó su mal humor.

—¿Qué habrá sido de ellos, madre? No creerás que han ido hasta el mar.

—No, seguramente no habrán ido a ser marineros —dijo la madre con una sonrisa—; pero no dejo de pensar que pueden haber embarcado para irse al extranjero.

—¡No digas eso, madre! —prosiguió Kit con tono de súplica.

—Temo que esa sea la verdad, hijo mío. Todos los vecinos lo creen así; algunos hasta saben quién los ha visto a bordo de un buque y podrían decirte el nombre del pueblo adonde han ido; cosa que yo no puedo, porque es muy difícil…

—No creo eso —replicó Kit—, no creo una sola palabra. Son un hatajo de charlatanes. ¿Cómo pueden saber eso?

—Claro está que pueden equivocarse —añadió la madre—, pero yo me inclino a creerlo, porque dicen que el pobre tenía algunos ahorros en algún sitio ignorado de todos, hasta de ese hombre tan horroroso de que tú me hablas, ese que creo se llama Quilp, y que él y la niña se han ido a vivir lejos para que no se los quiten ni los molesten. Esa versión me parece bastante verosímil y digna de crédito.

Kit se rascó la cabeza apesadumbrado pero admitió que era así y fue a buscar la jaula para limpiarla y poner comida al pajarillo. Su mente fue dando vueltas, hasta que se fijó repentinamente en el caballero que le había dado un chelín y recordó que aquél era el día en que le había dicho que estuviera en el mismo sitio, y era ya casi la

hora indicada. Apenas si tuvo tiempo de colgar la jaula, explicar el asunto a su madre y echar a correr precipitadamente al sitio indicado, que estaba muy lejos de su casa. Al llegar allí, comprendió que llegaba con tiempo y se reclinó sobre un poste, esperando que aparecieran el caballero y el carruaje.

Antes de que transcurrieran unos minutos se dejó sentir un ruido de ruedas y apareció el coche con el caballero y la señora, y un ramo semejante al del día anterior. Al llegar a unos veinte pasos de la casa del notario, la jaca, engañada seguramente por una placa de acero indicadora de que allí vivía un sastre, igual a la del notario, se paró negándose a seguir, a pesar de los esfuerzos del caballero para hacerla ir adelante. Comprendiendo la inutilidad de sus arengas al animal, el caballero se bajó. En aquel instante la jaca echó a correr, sin dar tiempo a que bajara la señora, y fue a pararse delante de la casa del notario.

Kit se presentó entonces junto al animal y saludó sonriendo.

—Este es un buen muchacho, digno de confianza, querida —dijo el anciano a su mujer, y saludándole afectuosamente, entraron en la casa, dejándole al cuidado del coche.

A poco, el señor Witherden, oliendo el ramo con insistencia, se aproximó a la ventana y le miró; después se asomó Abel y le miró también; luego aparecieron la señora y el caballero, y también miraron, y después volvieron todos otra vez y le miraron de nuevo, cosa que preocupó mucho a Kit, aunque procuró dar a entender que no lo había observado, distraído como parecía al estar acariciando a la jaca.

No hacía mucho que habían desaparecido los señores de la ventana, cuando salió Chuckster a la calle y, acercándose al muchacho, le dijo que los señores Garland le llamaban y que él cuidaría del coche mientras entraba.

Kit entró confuso en la oficina del notario, porque no tenía costumbre de estar entre personas extrañas y porque los armarios y rollos de papeles llenos de polvo le infundían gran respeto. Además, el notario era un caballero que hablaba fuerte y aprisa y le miraba fijamente; ¡a él, que llevaba un traje tan usado!

—¡Bien, muchacho! —dijo el señor Witherden—, vienes a acabar de ganarte aquel chelín, no otro, ¿eh?

—Sí, señor —dijo Kit, atreviéndose a levantar los ojos—, nunca pensé otra cosa.

—¿Vive tu padre? —preguntó el notario.

—No, señor, murió el año pasado.

—¿Y tu madre?

—Sí, señor, vive.

—¿Se ha vuelto a casar?

Kit respondió, no sin cierta indignación, que su madre era viuda con tres hijos, y que si el señor la conociera, no se le ocurriría que pudiera casarse otra vez. Al oír esta respuesta, el notario volvió a meter la nariz en el ramo y murmuró al oído del anciano Garland que el muchacho era todo lo honrado que podía esperarse.

—Ahora —dijo éste después de hacer al muchacho algunas preguntas más— no voy a darte nada.

—Muchas gracias, señor —respondió Kit satisfecho, porque este anuncio le libraba, al parecer, de las sospechas del notario.

—Pero —continuó el anciano— tal vez necesite saber algo más de ti; así pues, dame tus señas y las apuntaré en mi libro de notas.

Kit dijo dónde vivía y el caballero lo apuntó con lápiz. Apenas si había acabado, cuando se sintió un ruido en la calle y la señora corrió a la ventana, de donde volvió en seguida diciendo que la jaca había salido corriendo. Entonces Kit salió apresuradamente para detenerla y todos los demás le siguieron.

Parece que el señor Chuckster había estado parado en la calle, con las manos metidas en los bolsillos, gritando sin cesar a la jaca: «quieta», «so», «para», y otras cosas por el estilo, que fueron bastante para sacar de sus casillas a una jaca tan indómita.

Sin embargo, como no era mala de condición, se paró pronto y sin ayuda de nadie volvió sobre sus pasos y se acercó a la casa, con gran admiración de todos los curiosos.

La señora subió al coche y Abel (que era a quien habían ido a buscar) ocupo su asiento, en tanto que el anciano tomó las riendas, y despidiéndose del notario y su ayudante, emprendieron la vuelta, no sin saludar cariñosamente a Kit, que los miraba parado en la calle.

CAPÍTULO XX

DIPLOMACIA DE QUILP

Kit se olvidó pronto de la jaca, del coche, de la señora, del caballero y de todo, excepto de su antiguo amo y de la señorita Nelly, objeto primordial siempre de sus meditaciones. Pensando dónde podrían estar, buscando excusas para disculpar su ausencia y persuadiéndose a sí mismo de que pronto volverían, emprendió el regreso a su casa para continuar la tarea interrumpida y salir después una vez más a buscar trabajo.

Apenas llegó a la calle donde vivía, divisó otra vez a la jaca, más terca y juguetona que nunca, y al joven Abel, sentado en el coche cuidando de ella.

Aunque vio el coche, no pensó un momento en que podrían estar en su casa, hasta que, abriendo la puerta, los vio en conversación con su madre. Ante aquella inesperada visita, se quitó la gorra y saludó lo mejor que pudo, dada su confusión.

—Hemos llegado antes que tú, Cristóbal —dijo el señor Garland sonriendo.

—Ya lo veo, señor —murmuró Kit mirando a su madre como para pedirle una explicación de aquella visita.

—Este caballero es tan amable —respondió la madre a la muda interrogación de su hijo— que se ha molestado en venir a saber si estabas empleado y si tenías una colocación buena, y cuando le he dicho que no tienes colocación alguna, ni buena ni mala, ha sido tan bueno que…

—Necesitamos un muchacho joven en casa —dijeron a un tiempo ambos esposos —, y tal vez tú reúnas las condiciones que necesitamos.

Y empezaron a hacer tantas preguntas, que Kit perdió la lisonjera esperanza que había acariciado momentos antes.

—Como usted comprenderá, buena mujer, tenemos que ser cautos en un asunto como éste, porque somos únicamente tres en la familia, y gente muy tranquila; así que tendríamos un disgusto si después encontramos que las cosas son distintas de lo que habíamos creído al principio.

La madre de Kit respondió a esto que tenía razón y encomió a su hijo, diciendo únicamente la verdad y relatando toda la historia de su difunto padre. Cuando la madre acabó de hablar, la señora dijo que todo lo que veía y oía merecía su aprobación. Preguntando después acerca del guardarropa de Kit, le dio una cierta cantidad para hacer las reparaciones necesarias y terminaron estipulando que Kit quedaba a su servicio con el sueldo anual de seis libras esterlinas; ítem más: casa y comida en la Granja Abel, en Finchley.

Kit dio palabra de estar en su nueva casa dos días después por la mañana, y el anciano matrimonio, después de dar media corona a cada uno de los pequeñuelos, se

despidió, subiendo al carruaje con el corazón satisfecho por su buena obra.

—Madre —dijo Kit entrando en la casa después de ayudar a subir al coche a sus amos—, creo que he hecho mi suerte.

—Así lo creo, hijo mío. ¡Seis libras al año!

—Tendrá un traje de señora para los domingos, madre; Jacobo y el pequeñín podrán ir al colegio. ¡Seis libras al año, madre!

—¡Hum! ¡Hum! —gruñó una voz desconocida—. ¿Qué es eso de seis libras al año? —Y Daniel Quilp apareció en la habitación, con Ricardo Swiveller pisándole los talones.

—¿Quién es el que iba a darte seis libras al año? —preguntó Quilp mirando fijamente por todos los rincones—. ¿Lo decía del viejo o de Nelly? ¿Dónde están? ¿Por qué iban a darle ese dinero?

La buena mujer, alarmada ante la inesperada aparición de aquel monstruo, sacó al niño de la cuna y se escondió en el último rincón del cuarto. Jacobo, sentado en su silla, le miraba aterrado, lloriqueando y gritando de miedo, y Quilp, con las manos metidas en los bolsillos, sonreía gozoso viendo la conmoción que había producido.

—No se asuste usted, señora —dijo al cabo de un rato—. Ya me conoce su hijo y sabe que no me como a nadie. Sería conveniente que se callara ese nene, no sea que se me ocurra a mí callarle. ¡Vamos, caballerito; a callar!

El pequeño Jacobo, aterrorizado, calló instantáneamente.

—¡Cuidadito con que te oiga, granuja! —dijo Quilp mirándole fijamente—. Y tú —añadió dirigiéndose a Kit—, ¿por qué no has ido a verme, como prometiste?

—¿Para qué había de ir? No tenía ningún asunto que tratar con usted.

—Oiga usted, señora —preguntó de nuevo a la madre—: ¿Cuándo ha venido el viejo: o ha enviado un recado? ¡Por última vez! ¿Está aquí? Y si no está, ¿adónde ha ido?

—No ha estado aquí, señor —respondió la buena mujer—. ¡Ojalá supiéramos dónde están, porque así estaríamos más tranquilos! Si usted es el señor Quilp, usted debe de saberlo, y eso es lo que hoy precisamente decía yo a mi hijo.

—¿Y eso es lo que dice usted también a este caballero? —preguntó Quilp contrariado señalando a Swiveller.

—Si ese caballero viene a hacer la misma pregunta, no puedo decirle otra cosa, señor, y sólo añadiré que ojalá pudiera.

Quilp había encontrado a Dick en la puerta de aquella casa y supuso que iba a hacer las mismas indagaciones que él. Al contestar Ricardo afirmativamente, comprendió que tenía alguna razón oculta para aquella visita y para la gran contrariedad que pareció experimentar, y determinó averiguarla. Apenas adoptó esta resolución, revistió su semblante de toda la honrada sinceridad de que era capaz y procuró simpatizar con Dick.

—Me contraría mucho esto —dijo—, pero únicamente por mi amistad e interés por ellos. Comprendo que usted tiene razones más importantes y que esta

contrariedad le molesta mucho más que a mí.

—Así es —murmuró Ricardo.

—Lo siento mucho, mucho —prosiguió el enano—. Pero ya que somos compañeros en la adversidad, debemos serlo también en el modo de olvidar. Si usted no tiene asuntos especiales que reclamen su presencia en otro sitio, véngase conmigo: fumaremos y beberemos un delicioso licor en un restaurante cercano, a cuyo dueño aprecio mucho.

Swiveller no se hizo rogar y pronto estuvieron sentados en una taberna de aspecto desagradable y de paredes ennegrecidas por el humo de las fábricas vecinas, junto a una mesa sobre la cual había vasos y un jarro lleno de licor, que el enano calificaba de delicioso.

Echándolo en los vasos con la seguridad de una mano práctica, y mezclándolo con una tercera parte de agua, Quilp sirvió su parte a Ricardo Swiveller, encendió su pipa en una bujía, se arrellanó en su silla y empezó a echar humo.

—Es bueno, ¿eh? —dijo, viendo que Ricardo se limpiaba los labios—. ¡Le lloran los ojos, hace usted gestos y no puede respirar! Es bueno, ¿eh?

—¿Bueno? —gritó Dick tirando lo que le quedaba del contenido del vaso y llenándolo de agua—. ¿Usted no querrá hacerme creer que bebe ese veneno?

—¿Que no? —repuso Quilp—. ¡No beberlo! Mire, mire; mire otra vez. ¡No beberlo!

Y se echó al coleto tres vasos seguidos de aquel espirituoso brebaje. Luego, haciendo una mueca horrorosa, chupó su pipa dos o tres veces y, tragándose el humo, volvió a arrojarlo por la nariz en densa nube. Después de este hecho heroico, se acomodó en la posición que antes tenía, riendo a carcajadas.

—¡Echemos un brindis! —exclamó Quilp ejecutando una escala sobre la mesa—. Brindemos por alguna mujer, por alguna belleza, y vaciemos los vasos hasta la última gota. ¡Venga su nombre!

—¿Nombre? —dijo Dick—. El de Sofía Wackles.

—¿Sofía Wackles? —gritó el enano—. ¿La señora Sofía Wackles, que será algún día la señora de Swiveller?

—¡Ja, ja, ja!

—Eso se podía decir hace algunas semanas —respondió Dick—; pero no ahora. Va a inmolarse en el altar de Cheggs.

—¡Envenenaremos a Cheggs; le cortaremos las orejas! Su nombre tiene que ser Swiveller o ninguno. Brindaré otra vez por ella, y por su madre, y por su padre, por sus hermanas y hermanos, por toda la gloriosa familia de Wackles. ¡Brindo por todos los Wackles! ¡Arriba; hasta las heces!

—Es usted un hombre muy alegre —dijo Ricardo parándose en el momento de llevarse el vaso a los labios y mirando estupefacto al enano—. Es usted muy alegre, pero entre todos los hombres alegres que he conocido, no he encontrado uno que pueda igualarse a usted en las peculiaridades y rarezas.

Esta cándida declaración aumentó las excentricidades de Quilp. Ricardo, bebiendo, aunque sólo fuera por hacerle compañía, empezó sin darse cuenta a hacerle sus confidencias, y Quilp estuvo pronto en el secreto del plan que habían ideado Ricardo y Federico Trent.

—¡Eso es, eso es! —gritó Quilp—. Cuente usted con mi amistad desde este momento.

—Pero ¿cree usted que aún hay probabilidades? —dijo Dick, sorprendido por las frases del enano.

—¿Probabilidades? —dijo éste—. Certidumbre es lo que hay, Sofía Wackles será señora de Cheggs o de quien quiera, pero no de Swiveller. ¡Mortal afortunado! Ese viejo es más rico que Rothschild. Ya veo en usted el esposo de Nelly Trent, nadando en oro y plata. Cuente usted con mi ayuda para conseguirlo y lo conseguirá.

—Pero ¿cómo? —murmuró Dick.

—Hay tiempo de sobra para arreglar los detalles. Ya hablaremos despacio. Llene usted su vaso y bebamos.

El enano gozaba lo indecible pensando que aquella sería su mejor venganza y que, una vez casados, él mismo diría a Nelly y a su abuelo la alhaja que tenía por marido y lo mucho que él había trabajado para proporcionársela.

CAPITULO XXI

BÁRBARA

Los dos días anteriores a aquél en que Kit debía ir a casa de sus nuevos amos fueron de gran trabajo y preocupación para su familia. No sabemos si habrá habido algún baúl que se haya abierto y cerrado tantas veces en veinticuatro horas como el que contenía el equipo de Kit. Al fin se entregó el baúl a un carretero y ya no quedó otra cosa en qué pensar sino en dos puntos capitales: primero, si el carretero perdería el baúl, y segundo, si la madre de Kit sabría cuidar de sí misma mientras su hijo estuviera ausente.

—Vamos a ver cómo te mantienes alegre, madre, sin entristecerte porque yo no estoy en casa. Vendré a verte siempre que pueda y te escribiré con frecuencia. Cada trimestre, cuando me paguen, pediré un día de salida; entonces llevaremos a Jacobito a alguna diversión y entablará conocimiento con las ostras.

Kit reía alegremente, y como la risa es contagiosa, la madre, que hasta allí había estado grave y seria, empezó a sonreírse y pronto reía como Kit. Al ruido de la risa, despertó el pequeñuelo, que figurándose que había entre manos algo muy agradable, se puso también a reír y palmotear.

Después de tanta risa, llegó ese período que todos los jóvenes que salen a viajar alguna vez conservan en la mente: besos, abrazos y lágrimas, y Kit, a la mañana siguiente muy temprano, salió piano pianito para llegar a buena hora a Finchley. Debemos decir, por si alguien tiene curiosidad por saberlo, que no llevaba librea y que iba vestido con un temo de mezclilla y un chaleco color de canario, botas nuevas y lustrosas y un sombrero tieso y brillante, que si se tocaba con los nudillos, sonaba como un tambor. Con este atavío, maravillándose de que nadie se fijara en él, circunstancia que atribuía a la indiferencia de los que madrugan, llegó a Finchley.

Sin ningún acontecimiento digno de mención en el camino, llegó Kit a casa del carretero, donde, como prueba de honradez, encontró su baúl intacto y, cargándoselo a la espalda, echó a andar en dirección a la granja Abel.

Ésta era una casita preciosa y de un estilo muy original: a un extremo había un establo lo suficientemente grande para la jaca, con un cuartito encima para Kit; pájaros en bonitas jaulas y blancas cortinas adornaban las ventanas; en el jardín había muchísimas flores que perfumaban el aire con su penetrante aroma y alegraban la vista con sus lindos colores y elegante distribución. Todo en aquella casa, lo mismo dentro que fuera, era perfecto en orden y limpieza, sin que hubiera nada, ni el más mínimo detalle, fuera de su sitio.

Kit miró y admiró repetidas veces todo lo que estaba a la vista antes de decidirse a llamar, pero aun así, tuvo tiempo suficiente por hacer las anteriores observaciones,

porque, a pesar de llamar varias veces, nadie acudió a la puerta. Se sentó sobre el baúl, pensando en los castillos encantados, en las princesas reclusas, en los dragones y en tantos otros seres de parecida naturaleza que había leído en los cuentos de niños que se aparecen a los jóvenes cuando van a sitios desconocidos, y ya perdía la esperanza de que se abriera la puerta de uno u otro modo, cuando ésta se abrió silenciosamente y una criadita limpia, modesta, muy arregladita y muy linda, apareció ante Kit diciéndole:

—¿Supongo que usted es Cristóbal?

Kit respondió, levantándose, que efectivamente era él; a lo que la joven añadió:

—Temo que habrá usted tenido que llamar varias veces, pero no podíamos oír porque estábamos cogiendo la jaca.

Kit pensó en lo que aquello significaría, pero como no podía detenerse a hacer preguntas allí, cogió de nuevo el baúl y siguió a la criada hasta la casa, donde pudo ver, por una puerta trasera, al señor Garland llevando en triunfo a la jaca, que (según luego supo) había traído revuelta a toda la familia por espacio de hora y media.

Tanto la señora como su esposo quedaron encantados del aspecto de Kit y le recibieron cariñosamente. Le llevaron al establo y a su cuarto, donde vio que todo era limpio y cómodo, como en el resto de la casa; después, al jardín, donde su amo le dijo que le enseñaría a cuidarlo y que se portaría bien con él si le daba gusto. Una vez que el señor Garland hubo dicho todo cuanto tenía que decir sobre consejos y advertencias, y Kit hecho lo mismo sobre su gratitud y buena voluntad, la señora le tomó por su cuenta y, llamando a la criadita, cuyo nombre era Bárbara, le dio instrucciones para que le llevara a la cocina y le diera algo de comer y de beber.

Bajaron a la cocina, una cocina semejante únicamente a las que Kit había visto en las tiendas de juguetes (tan limpio y ordenado estaba todo), y allí Bárbara le sirvió, sobre una mesa tan blanca como si tuviera mantel, fiambre, pan y cerveza.

La presencia de Bárbara era un obstáculo para que Kit comiera con libertad y, sin embargo, no había en ella nada que impusiera. Era una muchachita que se ruborizaba con facilidad y que estaba tan cortada y tan sin saber qué decir o hacer como el mismo Kit.

Al cabo de un rato que éste había estado sentado, con los ojos fijos en la péndola del reloj, se le ocurrió mirar a un aparador, y allí, entre los platos y fuentes, vio el costurero y el devocionario de Bárbara. El espejito de Bárbara estaba colgado cerca de la ventana, y de un clavo detrás de la puerta pendía el sombrero de Bárbara. Después de fijarse en aquellos mudos testigos de la constante presencia de la joven en aquel lugar, sus ojos buscaron a la joven Bárbara, que, tan muda como ellos, desgranaba guisantes en un rincón, y precisamente cuando Kit admiraba sus pestañas pensando, en la sencillez de su corazón, de qué color serían sus ojos, ocurrió que Bárbara levantó la cabeza para mirarle y, repentinamente, ambos pares de ojos se bajaron con precipitación, mutuamente confundidos por haberse encontrado.



CAPITULO XXII

UN PACTO

Ricardo Swiveller, volviendo a su casa desde el desierto (que tal puede llamarse al delicioso retiro escogido por Quilp) de ese estado que los hombres mal pensados consideran como símbolo de intoxicación, empezó a pensar que quizá había obrado mal haciendo a Quilp ciertas confidencias y que tal vez no era de la clase de personas a quien se pueden confiar secretos tan delicados. Dominado más y más por la borrachera, tiró al suelo su sombrero, gritando que era un desgraciado huérfano, y que si no lo hubiera sido, jamás habrían llegado las cosas a aquel estado.

—Pues déjeme usted ser su padre —dijo alguien a su lado.

Swiveller se volvió al oír aquella voz y, después de mucha observación, se hizo cargo de que la persona que le hablaba era Quilp; Quilp, que en realidad había ido junto a él todo el camino, pero a quien Dick tenía una vaga idea de haber dejado atrás hacía mucho tiempo.

—Usted ha engañado miserablemente a un pobre huérfano —dijo Swiveller solemnemente.

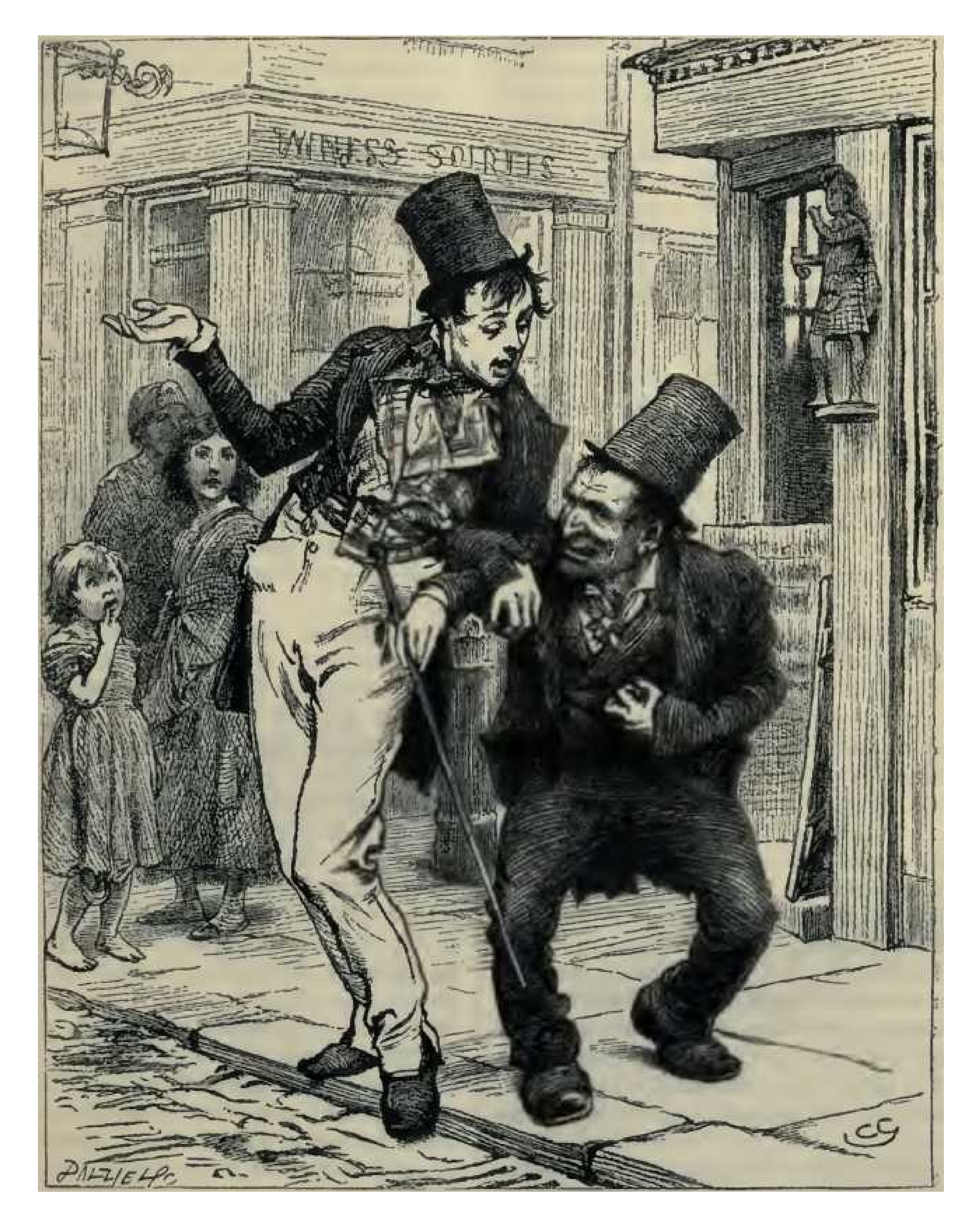
—¡Yo! Yo soy tu segundo padre —replicó Quilp.

—¡Usted mi padre! —exclamó Dick—. En mi sano juicio, suplico a usted que me deje solo al momento.

—¡Qué particular se ha vuelto! —dijo Quilp.

—¡Váyase, váyase! —volvió a decir Dick arrimándose a un poste y haciendo señas de despedida—. ¡Váyase usted, embustero! Algún día puede ser que sepa usted lo que es el dolor de un huérfano abandonado. ¿Se va usted o no?

El enano no hizo caso alguno de estas imprecaciones y Swiveller se adelantó con ánimo de propinarle un castigo, pero cambiando de propósito, o tal vez pensándolo mejor, le cogió una mano y le juró amistad eterna, declarando que de allí en adelante serían hermanos en todo. Volvió a decir sus secretos en alta voz, poniéndose muy triste al hablar de Nelly y haciendo notar a Quilp que la causa de cuantas incoherencias pudieran observarse en su conversación era su gran efecto por ella y no el vino ni ningún otro líquido fermentado. Después, cogiéndole amigablemente del brazo, se marcharon en amor y compañía.



—Soy astuto como una zorra y fino como el corral —dijo Quilp cuando se despidieron—. Tráigame a Trent, asegurándole que soy su amigo, porque creo que desconfía algo de mí, y ustedes dos tendrán hecha su fortuna… en perspectiva.

—Eso es lo malo —repuso Dick—. La fortuna en perspectiva tarda tanto en ser real…

—Pero siempre resulta mayor de lo que parecía —dijo Quilp, oprimiéndole el brazo—. Usted no puede concebir la magnitud de esta fortuna mientras no la tenga en

las manos.

—¿Cree usted que no? —preguntó Dick.

—No, estoy seguro de lo que digo —añadió el enano—. No olvide traerme a Trent, soy su amigo. ¿Por qué no he de serlo?

—No hay razón para que no lo sea usted, verdaderamente, y tal vez haya muchas para que lo sea; al menos, no hay nada de extraño en que quiera usted ser su amigo.

Con esto se separaron. Swiveller tomó el camino de su casa para dormir la borrachera y Quilp el de la suya, para dar rienda suelta a su alegría por el descubrimiento que acababa de hacer y por los sucesos que veía desarrollarse en perspectiva.

A la mañana siguiente Dick fue a ver a Federico y le contó en detalle lo que había pasado entre él y Quilp; historia que Trent oyó haciendo grandes comentarios sobre las locuras de Ricardo y sobre los probables motivos de la conducta de Quilp, que por cierto le sorprendía bastante, sin poder comprender por mucho que cavilaba, el interés del enano en el plan de ambos amigos.

Después de reflexionar todo el día sobre este asunto, consintió en acompañar a Dick por la noche a la casa del enano, el cual se mostró muy satisfecho de verle, y con extraordinaria cortesía les dijo si querían acompañarle a tomar ron.

—Creo que hace cerca de dos años que nos conocemos —dijo el enano.

—Casi tres, si no recuerdo mal —añadió Federico.

—Parece que fue ayer cuando embarcó usted para Demerara en la «Mariana» —continuó Quilp—. Me gusta el desorden; yo mismo fui algo desordenado hace algún tiempo.

Quilp acompañó estas frases con horrorosos gestos indicadores de antiguos correteos y calaveradas, que indignaron a la señora Jiniver, la cual asistía a la visita con su hija, y que se creyó obligada a decir a su yerno que no debía hacer tales confesiones en presencia de su mujer. Quilp, sorprendido por tal atrevimiento, la miró con insistencia y después, empinando el vaso, bebió ceremoniosamente a su salud.

—Siempre creí que volvería usted inmediatamente, Federico —dijo Quilp dejando el vaso—; así es que al regreso de la «Mariana», no me extrañó nada encontrarme con usted, en vez de una carta diciendo que estaba arrepentido y contento en la colocación que se le había ofrecido, y me divertí mucho, mucho, con la gracia.

El joven sonrió forzadamente, manifestando que aquel tema no le era muy agradable; mas precisamente por eso Quilp prosiguió dándole vueltas al mismo asunto y añadió:

—Diré siempre que cuando una persona rica tiene dos parientes, hermano y hermana, o viceversa, que dependen de ella y adopta a uno rechazando al otro, hace mal.

El joven hizo un movimiento de impaciencia, pero Quilp prosiguió con tanta calma como si discutiera algún asunto de interés general que no afectara a ninguno de

los presentes.

—Es verdad que su abuelo se fundaba en ingratitudes y extravagancias, en que le había perdonado ya repetidas veces y en cosas por el estilo, pero yo le decía que ésas eran faltas corrientes y que muchos nobles y caballeros son también unos perdidos: no quiso, sin embargo, hacerme caso y continuó siempre en su obstinación. La pequeña Nelly es una niña encantadora, pero usted es su hermano, Federico; usted es su hermano a pesar de todo y el viejo no puede evitarlo.

—Lo evitaría si pudiera —añadió Federico—; pero como no podemos arreglarlo, por mucho que hablemos, lo mejor será dejar ese asunto.

—Conforme —murmuró Quilp—; yo lo he iniciado con la sola idea de demostrar a usted que soy su amigo y que siempre lo fui, aunque usted no lo crea así. Toda la frialdad ha estado de su parte, Federico. Déme la mano y seamos amigos siempre.

El joven, tras un momento de vacilación, alargó su mano al enano, que la apretó un momento entre las suyas fuertemente. Una mirada que el enano dirigió al inocente Ricardo hizo comprender a Federico que se había hecho cargo perfectamente de la posición relativa a cada uno de ellos y determinó aprovechar su ayuda.

Quilp consideró prudente no hablar más sobre aquel asunto, a fin de que Ricardo no pudiera coger algún cabo suelto que revelara al mismo tiempo a las mujeres algo que no debían saber, y propuso una partida de juego.

Jugando y bebiendo pasaron largo rato, hasta que el enano suplicó a su mujer que se retirara a descansar; la complaciente esposa salió acompañada de su madre, que estallaba de indignación. Swiveller se había dormido, y el enano, llevando a Trent al otro extremo del cuarto, sostuvo con él una conferencia casi al oído.

—Es preciso decir solamente lo indispensable de nuestro digno amigo —dijo Quilp señalando al durmiente—. Es un pacto entre nosotros dos, Federico; en cuanto a éste, deberá casarse con la preciosa Nelly más adelante.

—Usted lleva algún fin, ¿verdad? —preguntó Federico.

—Por descontado, amigo —agregó Quilp, pensando cuan poco sospechaba Federico su verdadero intento—. Tal vez sean represalias; tal vez un capricho; pero tengo influencia bastante para favorecer y para perjudicar. ¿A qué platillo de la balanza me inclino?

—Al que me favorece —dijo Trent.

—Conforme, Federico —dijo Quilp alargando el brazo y abriendo y cerrando la mano como si soltara un gran peso—. La balanza se inclina a ese lado, pero pueden volverse las tornas; téngalo usted presente.

—¿Adónde pueden haber ido? —dijo Federico.

Quilp movió la cabeza, diciendo que era precisamente lo que hacía falta saber; pero que lo averiguaría con facilidad, y apenas lo supieran, empezarían a poner en práctica su plan, ganándose el afecto de la niña en poco tiempo; cosa no difícil, toda vez que creía pobre a su abuelo, el cual se lo había hecho creer así a los que le rodeaban.

—Yo lo he creído últimamente —dijo Trent.

—También pretendía que lo creyera yo. ¡Yo, que sé lo rico que es! —añadió Quilp.

Después de algunas palabras más, volvieron junto a la mesa, y el joven, despertando a Ricardo, le dijo que era hora de irse. Ante tan agradable noticia, Ricardo se levantó en seguida y, después de los cumplidos de reglamento, salieron a la calle.

Quilp, oculto en una ventana, escuchaba la conversación que ambos amigos sostenían al pasar, que por cierto era sobre la inocente esposa de Quilp y sobre el influjo maldito que podría haberla obligado a casarse con aquel monstruo miserable.

Ni Trent ni Quilp, al hacer el pacto, pensaron un momento en la felicidad de Nelly o en su desgracia, y caso de pensar, se hubieran dicho que Swiveller no intentaba pegar ni matar a su mujer, sino que sería un marido bastante aceptable, después de todo.

CAPITULO XXIII

EL MAESTRO DE ESCUELA

Nelly y su abuelo no se atrevieron a detener sus pasos al escapar del real de la feria, hasta que, de puro rendidos, no pudieron seguir adelante. Entonces se sentaron a descansar en un pequeño bosquecillo de árboles, ocultos a la vista de todos, pero oyendo el bullicio de voces, gritos y toque de tambores. Subiendo a la cima de un monte cercano, podían ver hasta las banderas y las blancas cortinillas de los puestos de la feria, pero nadie iba hacia ellos y podían descansar tranquilos.

Pasó algún tiempo antes de que la niña pudiera tranquilizar a su abuelo, que creía ver por todas partes, en las copas de los árboles, entre los arbustos, tras las montañas, gente que le perseguía. La idea de que querían encerrarle en un sitio oscuro, separándole de Nelly, le dominaba de tal modo que llegó a influir en el ánimo de la niña. El mayor mal que podía ocurrirle era que la separasen de su abuelo; y dominada por la idea de que, fueran a donde fueran, podían cogerlos y de que únicamente estarían seguros ocultándose, perdió el valor que la sostenía.

Esto no es extraño en una niña tan joven y tan poco acostumbrada a la vida que llevaban aquellos últimos días, pero la naturaleza encierra a menudo en débiles pechos corazones nobles y esforzados; cuando la niña, mirando con ojos llorosos a su abuelo, vio lo abatido que estaba y que ella era su único apoyo, su corazón latió vigorosamente henchido de fuerza y de valor.

—Estamos a salvo, abuelo, y no tenemos nada que temer ya —le dijo animosamente.

—¡Nada que temer! —dijo el anciano—. ¡Nada que temer, si me separan de ti! No puedo fiarme de nadie, de nadie. ¡Ni siquiera de Nelly!

—¡Abuelo, no digas eso! —gritó la niña—. Si ha habido alguien sincero y de buena fe en el mundo soy yo. Tengo la seguridad de que lo sabes.

—Entonces, ¿cómo puedes decirme que estamos seguros, cuando me buscan por todas partes y pueden venir aquí, y cogernos en un momento?

—Porque sé que nadie nos ha seguido. Juzga por ti mismo, abuelito; mira alrededor y ve qué tranquilo está todo. Estamos solos y podemos andar por donde nos plazca. ¿Estaba yo tan tranquila cuando nos amenazaba un peligro?

—¡Verdad, verdad! —murmuró el abuelo cogiendo una mano de la niña y oprimiéndosela agradecido—. Pero ¿qué ruido es ése? —continuó, estremeciéndose.

—Un pájaro que va hacia el bosque y nos enseña el camino que debemos seguir —respondió la niña—. ¿No te acuerdas de que dijimos que iríamos por campos y bosques, por las orillas de los ríos y que seríamos muy felices? ¿Y ahora, con el sol brillando sobre nuestras cabezas y rodeados de seres felices y alegres, estamos tristes,

sentados aquí, cabizbajos y perdiendo el tiempo? ¡Mira qué sendero tan agradable! Ahí vuelve el pájaro; el mismo pájaro de antes, que se va a otro árbol y empieza a cantar. ¡Vamos, abuelo, vámonos!

Se levantaron y siguieron un caminito que conducía a través del bosque; la niña delante, imprimiendo las huellas de sus piececitos sobre el césped y canturreando para animar al viejo, que iba detrás. Se volvía unas veces, alegre, señalando los pajarillos que cantaban en las ramas de los árboles; otras se paraba para observar los reflejos del sol penetrando por entre las ramas y los troncos.

Continuando con paso tranquilo a través del bosque, la niña fue posesionándose de aquella tranquilidad que antes era solamente ficticia y el viejo dejó de mirar atrás cautelosamente, sintiendo que sus temores se desvanecían.

Al fin salieron del bosque y se encontraron en una carretera. A poco, viendo un poste que indicaba haber un pueblo cerca, resolvieron ir allá.

Anduvieron algunos kilómetros y en la falda de una loma encontraron las primeras casas de una pequeña aldea.

Más allá, hombres y niños jugaban a la pelota, mientras otros los miraban, y nuestros errantes viajeros iban de un lado para otro sin saber dónde encontrar alojamiento. Delante de una casa, en un pequeño jardincillo, vieron sentado a un anciano; pero no se atrevieron a acercarse, porque leyeron un letrero escrito con letras negras sobre fondo blanco encima de la ventana, que decía «Escuela», y, por consecuencia, debía de ser el maestro. Era un hombre pálido y de sencilla apariencia que, sentado en medio de las flores y colmenas, fumaba una pipa delante de la puerta de la casa.

—Háblale, hija mía —murmuró el anciano al oído de la niña.

—Temo molestarle: parece que no nos ha visto —replicó tímidamente Nelly—. Si esperamos un poco, tal vez mire en esta dirección.

Esperaron; pero el maestro, pensativo y silencioso, seguía fumando, sin mirar hacia donde ellos estaban. Era un hombre simpático de aspecto triste, debido tal vez a que todos los habitantes de aquel pueblo estaban divirtiéndose en el campo, y él parecía ser el único que había quedado en la aldea.

Había algo en su porte que denotaba disgusto o intranquilidad, y ese algo impedía a la niña acercarse a él, a pesar de lo cansada que estaba. Al fin el hombre se levantó y dio dos o tres paseos por el jardín; se acercó a la verja y miró al campo; después, tomando de nuevo su pipa, volvió a sentarse tan meditabundo y preocupado como antes.

Cuando nadie venía y pronto iba a hacerse de noche, Nelly, llevando de la mano a su abuelo, se atrevió a acercarse. Cuando el maestro volvió a tomar su pipa y a sentarse de nuevo, Nelly hizo un ruidito como para abrir la puerta de la verja, lo que llamó la atención del anciano, quien moviendo la cabeza, los miró bondadosamente, aunque algo contrariado.

Nelly hizo una cortesía y dijo que eran unos pobres viajeros que buscaban albergue para pasar la noche, y que pagarían gustosos en cuanto sus medios lo permitieran. El maestro la miró con seriedad, dejó a un lado la pipa y se levantó instantáneamente.

—¿Podría usted dirigirnos a algún sitio, señor? Se lo agradeceríamos tanto…

—¿Han hecho ustedes un viaje muy largo? —preguntó el maestro.

—Muy largo, sí señor —respondió la niña.

—Eres muy joven, hija mía —dijo a Nelly poniendo una mano sobre su cabeza, y dirigiéndose al anciano—: ¿Es su nieta, buen amigo? —le preguntó.

—¡Ay, señor! —murmuró éste—, es el báculo de mi vejez, el consuelo de mi vida.

—Entren ustedes —dijo el maestro.

Y sin más preámbulos, los condujo al local de la escuela, que era a la vez sala y cocina, diciéndoles que podían descansar bajo su techo hasta la mañana siguiente. Antes de que acabaran de darle las gracias, extendió un blanco mantel sobre la mesa, puso platos y cubiertos, y sacando un trozo de fiambre y un jarro de cerveza, les suplicó que comieran y bebieran.

La niña miraba, fijándose en todos los detalles del local, y entre todos los objetos que adornaban las paredes, lo que más llamó su atención fue un gran número de sentencias morales escritas en letra grande, clara y limpia.

—Una preciosa escritura, hija mía —murmuró el anciano.

—¿Lo ha hecho usted? —preguntó Nelly.

—No, yo no podría escribir eso ahora; otra mano, tal vez más pequeña que la tuya, lo ha hecho todo. Es un niño muy listo, más que todos sus compañeros, lo mismo en los libros que en los juegos. ¡Y cuánto me quiere! ¿Qué extraño es que le quiera yo, si es la alegría de mi vida y de mi clase? ¡Pero que él me quiera tanto a mí…!

Y el maestro se quitó los anteojos y los limpió con el pañuelo.

—Supongo que no le ocurre nada malo, señor —dijo la niña con ansiedad.

—No mucho, hijita. Creí que estaría en el campo jugando. Siempre ha sido el primero, pero no ha ido hoy. Ayer decían que deliraba, pero eso es frecuente en él. De todos modos, es mejor que no haya salido hoy, porque la humedad le perjudica.

El maestro encendió una bujía, cerró las ventanas y la puerta, y después se sentó, cayendo otra vez en profunda meditación. Poco después tomó su sombrero y dijo a Nelly que si quería esperar sin acostarse hasta que volviera, pues quería ir a ver al niño. Nelly accedió inmediatamente.

Poco más de media hora tardó en volver el maestro, que se sentó junto a la chimenea y guardó silencio largo rato. Al fin miró a la niña, y hablándole cariñosamente, le preguntó si quería elevar a Dios una plegaria por un niño enfermo.

—¡Mi discípulo favorito! —dijo el maestro fumando una pipa que había olvidado encender y mirando con pena las paredes de la habitación—. ¡Es una manita muy

pequeña la que ha hecho todo eso y ahora se consume en su fiebre! ¡Muy pequeña, muy pequeñita…!

Después de una noche de descanso bajo el hospitalario techo, la niña se levantó, bajando en seguida a la habitación donde habían cenado la noche anterior, y como el maestro se había levantado también y había salido, procuró poner en orden todo el menaje, limpiando y arreglando aquella sala. No bien había terminado, cuando llegó el bondadoso maestro, que le dio afectuosamente las gracias, añadiendo que la mujer que le prestaba aquellos cuidados estaba al lado del niño enfermo.

La niña preguntó cómo estaba, esperando que se encontraría mejor.

—No, hija mía —murmuró el maestro—, no está mejor, y hay quien cree que está peor.

—¡Cuánto lo siento, señor! —dijo la niña.

Después le pidió permiso para preparar el almuerzo, y poco después, habiendo bajado ya su abuelo, todos participaron juntos de aquella comida. El maestro, mientras almorzaban, observó que el anciano parecía estar muy fatigado y que necesariamente debía descansar.

—Si el viaje que tienen ustedes que hacer es largo —añadió—, y no les importa tardar un día más, pueden pasar otra noche aquí. Realmente, tendría un placer en ello, buen amigo.

Y viendo que el anciano, no sabiendo si aceptar o no, miraba a Nelly, prosiguió:

—Me alegraré mucho de que esta niña pase aquí un día más. Si quiere usted ser caritativo con un hombre solitario y descansar al mismo tiempo, déme ese gusto; pero si su viaje apremia, prosígalo con felicidad: yo mismo iré con ustedes parte del camino antes de empezar las clases.

—¿Qué haremos, Nelly? —dijo el anciano sin saber qué partido tomar—. Di lo que hemos de hacer, querida.

No fue necesario mucho para persuadir a la niña, que aceptó la invitación, diciendo que era lo mejor que podían hacer, y queriendo demostrar su agradecimiento al bondadoso maestro, empezó a ocuparse en los quehaceres de la casa. Una vez concluidos, se puso a coser junto a la ventana, mientras su abuelo paseaba por el jardín respirando el perfume de las flores y observando cómo flotaban las nubes en el espacio.

Cuando el maestro, después de poner los bancos en orden, se sentó en su sitio de costumbre, la niña, temiendo estorbar, dijo que se iría al cuartito donde había dormido; pero el maestro no lo consintió y, como parecía agradarle que permaneciera allí, Nelly se quedó, prosiguiendo su labor.

—¿Tiene usted muchos alumnos, señor? —preguntó después.

—Apenas si llenan esos dos bancos —respondió el maestro moviendo la cabeza.

—¿Son listos? —volvió a preguntar la niña mirando los mapas y escritos que pendían de la pared.

—Son buenos, hija mía, pero nunca podrán llegar a hacer nada con eso —respondió con pena el maestro.

Mientras hablaba así, apareció en la puerta una cabecita rubia, y un pequeñuelo, haciendo un rústico saludo, entró y fue a ocupar su puesto en uno de los bancos; puso un libro sobre sus rodillas y, metiéndose las manos en los bolsillos, empezó a contar las chinitas que en ellos tenía, sin quitar, por supuesto, los ojos del libro que simulaba estudiar. Pronto llegó otro, y otro después, y así fueron llegando hasta una docena de muchachos o cosa así, cuya edad oscilaba entre cuatro y catorce años.



El primer puesto, el puesto de honor de la escuela, que debía ocupar el niño enfermo, estaba vacío, como vacía estaba también la primera percha. Ninguno se atrevió a violar la santidad de aquel lugar.

Pronto empezaron las clases, y entre aquel ruido propio de una escuela, el maestro procuraba en vano fijar su mente en los deberes del día y olvidar a su amiguito; pero el tedio de la rutina se lo hacía recordar más y más, y se veía claramente que estaba preocupado y distraído.

Nadie hubiera podido notarlo más pronto que aquellos holgazanes, que se atrevieron a hacer todas las cosas al revés, completamente desmoralizados, aunque cuidando de que el maestro no lo advirtiera cuando por un instante dejaba su preocupación y se hacía cargo de su deber.

—Creo que será conveniente que tengáis vacación esta tarde —dijo el maestro cuando el reloj dio las doce—, pero habéis de prometerme que no haréis ruido o, al

menos, que si queréis hacerlo, os iréis lejos: fuera del pueblo, quiero decir. Tengo la seguridad de que no querréis molestar a vuestro compañero de estudios y de juego.

Hubo un murmullo general que mostró el asentimiento de toda la clase.

—No olvidéis lo que os he dicho —añadió el maestro— y lo consideraré como un favor que me hacéis. Divertíos mucho y acordaos de que tenéis una bendición: la salud. ¡Adiós a todos!

—¡Muchas gracias, señor, muchas gracias! —dijeron una porción de voces a un tiempo, y los muchachos salieron despacio y en silencio.

Pero brillaba el sol, cantaban los pájaros como sólo saben hacerlo en vacaciones, los árboles convidaban a subirse en ellos, la hierba invitaba a correr por ella o a sentarse a jugar. Era más de lo que los muchachos podían resistir: con un alegre salto, el grupo echó a correr gritando y riendo.

—Es natural —murmuró el maestro oyéndolos—. ¡Me alegro mucho de que no me hayan hecho caso!

Pero como es difícil complacer a todo el mundo, muchas madres, tías y abuelas en el curso de la tarde desaprobaron la conducta del maestro, procurando buscar la causa de aquella vacación. Hubo alguna que fue a dar media hora de conversación al maestro para exponerle sus quejas y, no bastando con eso, se las expuso a alguna vecina de modo que volviera a oírlas. Pero nada pudo hacer que el bondadoso maestro dijera una palabra; pasó la tarde sentado junto a la niña, más abatido que antes, pero siempre mudo y sin exhalar una queja.

Al llegar la noche, una mujer llegó apresuradamente a casa del maestro diciendo que fuera a casa de la señora West en seguida.

Iba precisamente a dar un paseo acompañando a Nelly y, sin soltarla de la mano, se dirigieron los dos a casa del niño, donde un grupo de mujeres rodeaban a una anciana que lloraba amargamente.

—¿Se ha puesto peor? —preguntó el maestro acercándose a la pobre anciana.

—Se muere —murmuró aquella mujer—; ¡mi nieto se muere y usted tiene la culpa por hacerle estudiar tanto! ¿Qué voy a hacer, Dios mío?

—No diga usted que yo tengo la culpa —dijo dulcemente el maestro—. No me ofendo, no: usted se halla en un estado lamentable y no sabe lo que dice.

—¡Lo sé, lo sé! —repitió la anciana—. Sé lo que digo. Si no hubiera estado siempre con los libros en la mano, para dar gusto a usted, ahora estaría bueno y sano.

El maestro miró a las otras mujeres, como esperando hallar una palabra cariñosa, pero todas movían la cabeza, murmurando unas y otras que no sabían de qué servía estudiar tanto. Sin decir una palabra más ni dirigirles una mirada de reproche, siguió a otra habitación a la mujer que había ido a buscarle y hallaron a un niño medio vestido que yacía sobre un lecho.

Era un niño pequeño, de rizados cabellos y ojos brillantes, pero con un aspecto celestial, no terreno. El maestro se sentó a su lado, e inclinándose sobre la almohada,

pronunció su nombre; el niño se levantó, fijó sus ojos en él y le echó los brazos al cuello, diciendo que era su mejor amigo.

—Siempre lo fui, al menos. ¡Dios sabe que esa era mi intención! —dijo el pobre maestro.

—¿Quién es esa niña? —dijo el muchacho mirando a Nelly—. No me atrevo a besarla, no sea que le pegue mi mal; dígale usted que me dé la mano.

La niña, sollozando, se acercó y le dio una mano, que él retuvo entre las suyas hasta que la soltó, y se tendió otra vez tranquilamente.

—¿Te acuerdas del jardín, Enrique? Tienes que ponerte bueno pronto para ir a verlo otra vez.

El niño sonrió débilmente y puso su mano sobre la cabeza de su amigo. Quiso hablar, pero no salió ningún sonido de su garganta.

Siguió un rato de silencio, durante el cual se oía a lo lejos un murmullo de muchas voces, que el viento traía y dejaba penetrar por la abierta ventana.

—¿Qué es eso? —preguntó el niño abriendo los ojos.

—Los muchachos, que juegan en el campo.

Enrique sacó un pañuelo de debajo de la almohada y trató de agitarlo sobre su cabeza, pero su brazo debilitado no pudo sostenerlo y rogó al maestro que lo agitara en la ventana.

Átelo usted después a la persiana: alguno lo verá al pasar y pensará en mí. Después levantó la cabeza y miró su raqueta, sus libros, su pizarra: todo estaba sobre la mesa de su cuarto; buscó a la niña y preguntó si estaba allí, porque no la veía.

Nelly se acercó y cogió la mano que el niño tema extendida sobre la colcha. Los dos amigos, maestro y discípulo, se miraron en silencio un momento y se estrecharon en un largo abrazo; después el niño, volviendo la cabeza hacia la pared, se quedó dormido.

El pobre maestro retuvo aún entre sus manos la del niño, sin poder soltarla, aunque sentía que ya era solamente la mano de un niño muerto.

CAPÍTULO XXIV

LA SEÑORA DEL COCHE

Nelly se retiró descorazonada del lecho mortuorio y volvió a casa del maestro, tratando de ocultar a su abuelo el motivo de su dolor y de su llanto. Enrique había muerto, dejando sola a su abuela, que lloraba su prematura separación. Una vez en su cuarto, dio rienda suelta a la pena que la embargaba, no olvidando, sin embargo, la lección que aquel suceso le ofrecía; de alegría por su salud y su libertad; de acción y de gratitud, porque aún vivía en este hermoso mundo para cuidar y amar a su abuelo, cuando tantas criaturas tan jóvenes y tan llenas de esperanza como ella morían continuamente.

Soñó después con el niño, no encerrado en su ataúd, sino jugando con los ángeles y sonriendo alegremente. El sol, esparciendo sus rayos en aquel cuartito, la despertó a la mañana siguiente, recordándole que debían despedirse del maestro y continuar de nuevo su ruta.

Con mano temblorosa quiso entregar al maestro el dinero que una señora le había dado por las flores en la feria, dándole las gracias llena de rubor al comprender cuan escasa era aquella suma; pero el maestro le rogó que la guardara y, besándola en la mejilla, volvió a su casa después de despedirlos diciéndoles:

—Buena suerte y prosperidad en el viaje. Soy un hombre viejo y solo, pero si alguna vez pasan cerca de aquí, no se olviden de la escuela de esta aldea.

—Nunca la olvidaremos, señor; como nunca dejaremos de agradecer su bondad para con nosotros —respondió la niña.

Después de decirse «adiós» muchas veces, aún volvían de cuando en cuando la cabeza, hasta que, por causa de una revuelta del camino, no pudieron verse ya.

Caminaron todo el día por campos y carreteras, rendidos de fatiga, siguiendo siempre adelante, porque no tenían otro recurso; pero con paso lento y sin ánimo. Al atardecer llegaron a un recodo del camino que conducía a un campo de labor, y allí, junto a un seto que separaba el sembrado de la carretera, encontraron un gran carro parado, que no habían podido ver antes por la situación del camino.

No era un carro sucio, estropeado y lleno de polvo; era una especie de casa sobre ruedas, con diminutas cortinillas blancas en las ventanas y persianas verdes; las paredes estaban pintadas de rojo, lo cual daba a todo el conjunto un aspecto alegre y brillante. Dos hermosos caballos, desenganchados del tiro, pastaban a corta distancia. Una señora gruesa y bonita, con un gran sombrero con lazos, estaba sentada junto a la puerta tomando té, pan y jamón; todo ello colocado sobre un tambor, exactamente igual que si fuera la mesa más cómoda del mundo.



Ocupada con su merienda, no vio a nuestros viajeros hasta que estaban cerca de ella, y suponiendo que volvían de la feria, preguntó a la niña:

—¿Quién ha ganado la copa de honor?

—¿Ganado qué, señora? —preguntó Nelly.

—La copa de honor que se disputaba en las carreras el segundo día.

—¿El segundo día, señora?

—El segundo día, sí, el segundo día —repitió la señora con impaciencia—. ¿No puedes responder a una pregunta cuando te la hacen con buenos modos?

—No lo sé, señora.

—¡Que no lo sabes! —repuso la señora del coche—. Pues estabas allí, porque yo te vi con mis propios ojos.

Nelly se alarmó al oír esto, pensando si aquella señora estaría en relación con Codlin y Short; pero se tranquilizó al oírla decir después:

—Por cierto que sentí mucho verte en compañía de los saltimbanquis, esos entes vulgares que sirven de mofa a la gente.

—No estaba allí por mi gusto, señora —repuso la niña—, nos habíamos perdido y aquellos hombres fueron tan buenos que nos dejaron hacer con ellos parte del camino. ¿Los conoce usted, señora?

—¡Conocerlos yo, niña! —dijo la señora con un gesto de repugnancia—. ¡Conocerlos! Eres joven y tienes poca experiencia: esa es la única excusa que tienes para hacerme esa pregunta. ¿Tengo yo traza de ser amiga de ellos?

—No, señora, no —respondió la niña, temiendo haber cometido alguna falta grave—. Suplico a usted que me perdone.

Aunque la señora pareció haberse disgustado mucho por tal suposición, la perdonó inmediatamente, y la niña explicó que habían salido de la feria el primer día, que fueron a la aldea inmediata, donde pasaron la noche, y que deseaban saber a qué distancia se hallaba el primer pueblo.

Al oír que cerca de dos leguas, el rostro de la niña se inmutó y dos lágrimas rodaron por sus mejillas. El abuelo no exhaló una queja, pero apoyándose sobre su bastón, suspiró anhelosamente, y pareció medir la distancia con sus penetrantes ojos.

La señora del coche se disponía a recoger los restos de su merienda, pero notando la actitud de la niña se detuvo y dijo, al tiempo que ésta se detenía:

—¿Tienes hambre?

—No mucha, pero estamos muy cansados: ¡es tan largo el camino!

—Bueno, con hambre o no, lo mejor será que tomen un poco de té. ¿Supongo que no tendrá usted inconveniente? —añadió dirigiéndose al abuelo.

Éste se quitó humildemente el sombrero y le dio la gracias. La señora los hizo subir al coche, pero como el tambor no era una mesa cómoda para dos personas, volvieron a bajar y, sentados en la hierba, participaron de todo lo que la señora había comido antes.

—Voy a hacer más té, hija mía, y podéis comer y beber todo lo que tengáis gana; no hace falta que sobre nada.

Ante la bondad y el deseo expreso de la señora, hicieron una comida abundante, en tanto que la dama daba un pequeño paseo por los alrededores.

Después se sentó en la escalerilla y llamó a su criado, que un poco más lejos terminaba su comida.

—Jorge, ¿crees que dos personas más pesarán mucho en el coche? —le dijo señalando a los dos viajeros, que se disponían a emprender de nuevo el camino.

—Algo pesarán, claro es —dijo Jorge entre dientes.

—Pero no será mucho —objetó la dama.

—Los dos juntos serían una pluma comparados con Oliverio Cromwell.

Nelly, que oyó estas palabras, se sorprendió mucho al ver lo bien informado que estaba aquel hombre acerca de personajes tan antiguos como Cromwell, pero olvidó el asunto completamente al oír que la señora les decía que subieran al coche. Llena de agradecimiento, la ayudó a poner en orden todas las cosas dentro de la casita. Engancharon los caballos y el vehículo se puso en marcha, alegrando con su traqueteo el corazón de la niña.

CAPÍTULO XXV

LAS FIGURAS DE CERA

Cuando el coche estuvo a cierta distancia, Nelly se atrevió a mirar a su alrededor para hacerse cargo de aquella morada. La mitad más lujosa, aquella en que estaba sentada la propietaria, tenía alfombra en el suelo y un triángulo de metal y dos panderetas colgadas en la pared. En un extremo, oculto por cortinillas blancas como las de las ventanas, había una especie de camarote bastante cómodo, que servía de lecho a la dueña del vehículo, aunque se veía claramente que sólo podía entrar en él valiéndose de ciertos ejercicios gimnásticos. La otra mitad del coche servía de cocina y estaba alhajada con una chimenea cuyo tubo salía por el techo, un armario para los comestibles, varios baúles, un gran cántaro de agua y algunos utensilios de cocina y piezas de vajilla pendientes de la pared.

La dueña del coche se sentó en una ventana del lado donde pendían los instrumentos músicos, y Nelly y su abuelo, junto a la de la cocina, entre las humildes cafeteras y sartenes, sin atreverse a hablar hasta que, pasado un rato, empezaron a hacer observaciones sobre el terreno que atravesaban y los objetos que se presentaban a su vista. Pronto se durmió el abuelo y entonces la señora invitó a Nelly a sentarse junto a ella.

—¿Te agrada este modo de viajar, pequeña? —le preguntó.

Nelly respondió que era el más agradable; a lo que la dama agregó:

—Eso consiste en la edad. A tus años, todo es agradable; hay apetito y no se conocen las penas.

La niña hizo para sí ciertas observaciones sobre este punto, aunque asintiendo, como era su deber, a lo que decía la señora, y esperó hasta que ésta le hablara otra vez.

Pero la dama guardó silencio mirando a la niña. Después, levantándose, sacó un rollo de carteles como de una vara de alto y, extendiendo en el suelo uno tan largo que llegaba de un extremo a otro del coche, dijo a Nelly:

—Lee eso, niña.

Nelly, poniéndose en pie, leyó una inscripción en letras negras enormes, que decía: «Figuras de cera de Jarley».

—Léelo otra vez —volvió a decir la dama.

—«Figuras de cera de Jarley» —repitió la niña.

—Esa soy yo —dijo la señora—. Yo soy la señora Jarley.

Después extendió otro cartel, donde se leía en letras más pequeñas: «Cien figuras de tamaño natural», y otro que decía: «La mejor colección de figuras de cera que hay en el mundo». Luego sacó varios carteles más pequeños, con las inscripciones

siguientes: «Ahora se exhiben»; «La única y verdadera colección Jarley»; «Única, sin rival en el mundo»; «Jarley, la delicia de la nobleza y la aristocracia»; «Bajo el patronato de la familia real». Una vez que hubo enseñado a la atónita niña aquellos estupendos anuncios, sacó cuatro ejemplares de prospectos, puestos en música con aires populares, y otros con diálogos entre el emperador de China y una ostra, y cosas por el estilo.

Después que la niña vio y leyó estos testimonios de su importante posición en el mundo, la señora Jarley volvió a arrollarlos, los guardó cuidadosamente, se sentó de nuevo y miró triunfalmente a la niña diciendo:

—¡No vayas jamás en compañía de esos astrosos saltimbanquis!

—Nunca he visto figuras de cera. ¿Son divertidas, señora? ¿Son más bonitas que los polichinelas?

—¡Divertidas! ¡Bonitas! —gritó la señora Jarley—. Ni son divertidas, ni son bonitas; son tranquilas, clásicas, serias siempre, graves, exactamente igual que la vida real.

—¿Están aquí? —preguntó Nelly, que sintió excitarse su curiosidad.

—¿Aquí, niña? ¿En qué estás pensando? ¿Dónde podrían estar guardadas en este pequeño vehículo, en que todo está a la vista? Van en vagones y las exhibiremos pasado mañana. Como tú vas al mismo pueblo, las verás; es más, creo que no podrás resistir a la tentación de verlas.

—Me parece que no iré a ese pueblo, señora —repuso Nelly.

—¡No! ¿Pues adonde irás? —exclamo la señora Jarley.

—No lo sé aún; ni siquiera sé adónde vamos.

—No querrás que yo crea que vas viajando sin saber adónde vas —prosiguió la señora—. ¡Qué gente más rara! ¿De dóndes vienes? Te vi en la feria como gallina en corral ajeno, como si hubieras estado allí por casualidad.

—Y así era, señora —interrumpió Nelly, confusa con tantas preguntas—. Somos pobres y vamos errantes; no tenemos nada en que ocuparnos.

—Cada vez me sorprendes más —añadió la señora después de permanecer algún tiempo tan muda como sus propias figuras—. ¿Con qué nombre os designaré? ¿No seréis mendigos?

—En verdad, señora, que no sé si somos otra cosa —murmuró la niña.

—¡Dios mío! —exclamó la señora Jarley—. ¡Nunca he visto cosa igual! ¡Quién lo hubiera pensado!

Después de esta exclamación, estuvo callada tanto tiempo que Nelly empezó a pensar que se arrepentía de haberlos protegido y que habían ultrajado su dignidad de un modo irreparable. El tono que la señora empleó al romper el silencio confirmó su sospecha.

—Y, sin embargo, sabes leer, y quizás sepas escribir también.

—Sí, señora —repuso la niña, temerosa de ofenderla con esta confesión.

—¡Qué bueno es eso! —observó la señora—. ¡Yo no sé!

La niña manifestó su sorpresa con un «¿de veras?», al cual la dama no contestó. Guardó silencio por tanto tiempo que Nelly, separándose de ella, se acercó a la otra ventana, donde estaba su abuelo despierto ya.

La señora salió al fin de sus meditaciones y llamó al conductor, que se acercó a la ventana donde estaba sentada, y sostuvo con él una larga conversación como si discutiera sobre algún asunto grave; después llamó a Nelly y a su abuelo, y dijo a éste:

—¿Quiere usted una buena colocación para su nieta? Si acepta, puedo encontrarle una. ¿Qué dice usted?

—No puedo dejar a mi abuelo, señora.

—No puedo separarme de ella —añadió el anciano—. ¿Qué sería de mí solo?

—Me parece que tiene usted bastantes años para saber cuidarse —replicó la señora.

—No sabrá nunca —dijo la niña en un murmullo—. ¡No le hable usted con dureza! Se lo agradecemos mucho, señora —añadió en alta voz—, pero no podemos separarnos, aunque nos repartieran todas las riquezas del mundo.

La señora Jarley se quedó desconcertada al ver cómo recibían su oferta; sostuvo otra conferencia con el conductor y después volvió a dirigirse al anciano:

—Si usted tiene realmente ganas de trabajar, tendrá bastante que hacer ayudando a limpiar las figuras, dar los billetes y cosas por el estilo. Necesito a su nieta para enseñar las figuras al público cuando yo esté cansada. Es una oferta digna de tenerla en consideración: el trabajo es fácil y agradable; el público, selecto, y las exhibiciones tienen siempre lugar en grandes salones. Considere usted que es una oferta que tal vez no vuelva a repetirse.

Después la señora Jarley entró en detalles acerca del salario, diciendo que no podía comprometerse a nada hasta ver las condiciones de Nelly y la manera como cumplía sus deberes; pero desde luego daría a ambos alojamiento y alimento sano y abundante.

Nelly y su abuelo consultaron entre sí algunos momentos, mientras la dama paseaba por el estrecho recinto del coche.

—¿Y bien, niña…? —preguntó a Nelly en una de las vueltas.

—Damos a usted un millón de gracias, señora —dijo la niña—, y aceptamos su oferta.

—Nunca lo sentirás, hija mía, estoy segura de ello —repuso la señora—, y una vez terminado el asunto vamos a cenar.

Entre tanto, el coche iba llegando a las desiertas calles de un pueblo. A cosa de medianoche, y como a aquella hora no era fácil hallar alojamiento, situaron el coche en un campo, cerca de las puertas que daban acceso al pueblo, cerca de otro que también ostentaba el nombre de Jarley, y que, habiendo descargado las figuras en el sitio donde iban a exhibirse, estaba vacío. En aquel cocherón arregló Nelly un lecho

para su abuelo; ella, como prueba de favor y confianza, iba a dormir con la señora en el coche de viaje.

Después de despedirse de su abuelo, volvía a aquel coche; pero la suave temperatura de la noche le sugirió la idea de detenerse un poco al aire libre. La luna brillaba en el cielo y sus rayos daban de lleno en la puerta. Nelly, excitada por la curiosidad, aunque con cierto temor, se acercó a la puerta y se quedó parada contemplando aquel murallón oscuro, viejo y feo, y pensando cuántas luchas habrían ocurrido allí, cuántos crímenes ocultarían aquellas sombras, cuando de repente, como brotando del lado oscuro de la muralla, salió un hombre. Apenas apareció, fue reconocido por Nelly: ¡era el horrible enano Quilp!

La niña se ocultó en un rincón y le sintió pasar junto a ella. Llevaba un palo grueso en la mano y cuando, saliendo de la sombra llegó a la puerta, se acercó a ella, miró intensamente hacia donde estaba Nelly… e hizo señas a alguien.

¿A ella? No, no era a ella, santo Dios, porque en tanto que, muerta de miedo, no sabía si gritar pidiendo auxilio o salir de su escondite y huir antes de que el enano pudiera acercarse, una figura, la de un muchacho cargado con un baúl a la espalda, salió de la oscuridad.

—¡Más aprisa, granuja! —gritó Quilp mirando a la muralla—. ¡Más aprisa!

—Pesa mucho, señor —repuso el muchacho—; harto demasiado aprisa vengo, con lo que pesa.

—¡Que has venido demasiado aprisa! —exclamó Quilp—. ¿Vienes midiendo la distancia como un gusano? Ahí suenan las campanas: son las doce y media.

Se paró para escuchar y después, volviéndose al muchacho con un aspecto tan feroz que le hizo retroceder un paso, le preguntó a qué hora pasaba por la carretera el coche que iba a Londres.

El muchacho dijo que a la una, y Quilp, lleno de rabia, exclamó:

—Entonces, hay que ir más aprisa, porque si no, llegaremos tarde.

El muchacho se apresuró cuanto pudo. Quilp iba delante y se volvía a cada momento para darle prisa. Nelly no osó moverse hasta que los perdió de vista completamente; entonces corrió hacia el coche donde dormía su abuelo, como si temiera que el enano sólo con pasar cerca de él le hubiera asustado, pero el anciano dormía tranquilamente y la niña se retiró con sigilo.

Mientras se acostaba, determinó no decir nada de aquel encuentro, toda vez que allí estaban más seguros que en cualquier otra parte, porque el enano no volvería a buscarlos.

La dama patrocinada por la familia real dormía roncando pacíficamente; el lecho de la niña estaba preparado en el suelo del coche y, a poco de entrar, tuvo la satisfacción de oír que alguien quitaba la escalerilla que comunicaba con el mundo exterior. Ciertos sonidos guturales que de tiempo en tiempo se oían debajo del coche y un crujido de paja, en la misma dirección, le hicieron comprender que el conductor descansaba allí y que era un motivo más de seguridad.

A pesar de tanta protección, no pudo dormir tranquila, porque soñaba que Quilp era una de las figuras de cera o que era la señora Jarley, sin ser exactamente la misma cosa, y mil locuras más, propias de una mente extraviada.

Al llegar al coche, se quedó al fin dormida, con ese sueño tranquilo y gozoso que sucede al cansancio de una jornada muy activa.

CAPÍTULO XXVI

PREPARATIVOS DE EXPOSICIÓN

Cuando Nelly despertó, era tan tarde que la señora Jarley estaba preparando el almuerzo. Recibió las excusas de la niña con mucha tranquilidad, diciendo que no la hubiera despertado aunque hubiera dormido hasta el mediodía.

Porque cuando uno está cansado —añadió—, lo mejor es dormir todo lo que se pueda; esa es otra de las bendiciones de la juventud: dormir profundamente.

—¿No ha pasado usted buena noche, señora?

—Pocas veces la paso buena, hija mía —respondió la señora Jarley con cara de mártir—. Algunas veces no sé cómo puedo resistirlo.

Nelly, recordando sus ronquidos, supuso que había soñado que estaba despierta; pero manifestó su sentimiento al oír que no se sentía bien. Poco después empezaron el almuerzo. Luego Nelly limpió y guardó la vajilla, mientras la señora se arreglaba con ánimo de dar un paseo por las calles del pueblo, y le decía:

El coche tiene que ir para llevar las cajas y es mejor que tú vayas en él. Yo, contra mi voluntad, me veo obligada a ir a pie, porque el público lo espera así. Las personas de cierta categoría no pueden darse gusto a sí mismas. ¿Estoy bien así?

Nelly respondió satisfactoriamente, y la señora Jarley, después de ponerse una porción de alfileres y de procurar verse por completo en un espejo, satisfecha ya de su atavío, emprendió majestuosamente su paseo.

El coche seguía a cierta distancia y Nelly atisbaba tras las cortinillas, deseosa de ver las calles y edificios del pueblo, pero temerosa de encontrar el horrible y maldito semblante de Quilp.

Era un pueblo muy bonito, con casas de diversas clases y construcciones, y en el centro, el Ayuntamiento. Las calles estaban limpias y soleadas, pero tristes y solitarias. De cuando en cuando veían algún transeúnte que parecía no tener nada que hacer, cuyos pasos resonaban en el pavimento dejando un eco. Era como un pueblo dormido; hasta los perros estaban tumbados al sol, y las moscas, embriagadas con el azúcar de las tiendas, olvidaban que tenían alas y permanecían quietas en los rincones de los escaparates.

Al llegar al edificio de la Exposición, el coche se detuvo y Nelly bajó entre un grupo de chiquillos que la contemplaban admirados, suponiendo que era también un ejemplar de la colección. Sacaron los baúles del coche y, sin pérdida de tiempo, entre todos decoraron el salón con tapices y cortinas de terciopelo. Cuando todo estuvo dispuesto, con bastante gusto por cierto, se descubrió la maravillosa colección de figuras, colocándolas sobre una plataforma elevada medio metro sobre el nivel del

suelo y separada por un cordón de seda roja del resto del salón, que estaba destinado al público.

Después que Nelly se extasió contemplando aquel magnífico espectáculo de damas y caballeros solos o en grupos, pero siempre con expresión de sorpresa y mirando al espacio con extraordinaria intensidad, la señora Jarley ordenó que todos, excepto Nelly, salieran del salón y, sentándose en un sillón en el centro, entregó a Nelly una varilla de mimbre que ella usaba siempre para designar los personajes y empezó a instruirla minuciosamente en la tarea que había de desempeñar.



—Esta —decía la señora en tono pomposo y declamatorio cuando Nelly tocaba una de las primeras figuras de la plataforma— es una infortunada dama de honor de la reina Isabel, que murió de un pinchazo en un dedo. Observen cómo salta la sangre del dedo, y la aguja con el ojo dorado, como se usaban en aquel tiempo.

La niña repetía dos o tres veces la relación, señalando con su varilla los objetos designados, y pasaba a otra figura.

—Éste es Jasper Palmerton, que tuvo catorce esposas y las mataba haciéndoles cosquillas en las plantas de los pies mientras dormían descuidadas.

Así fue relatando los hechos principales o característicos de todos los personajes. Nelly aprendió tan perfectamente la lección, que pudieron cerrar el salón y retirarse a

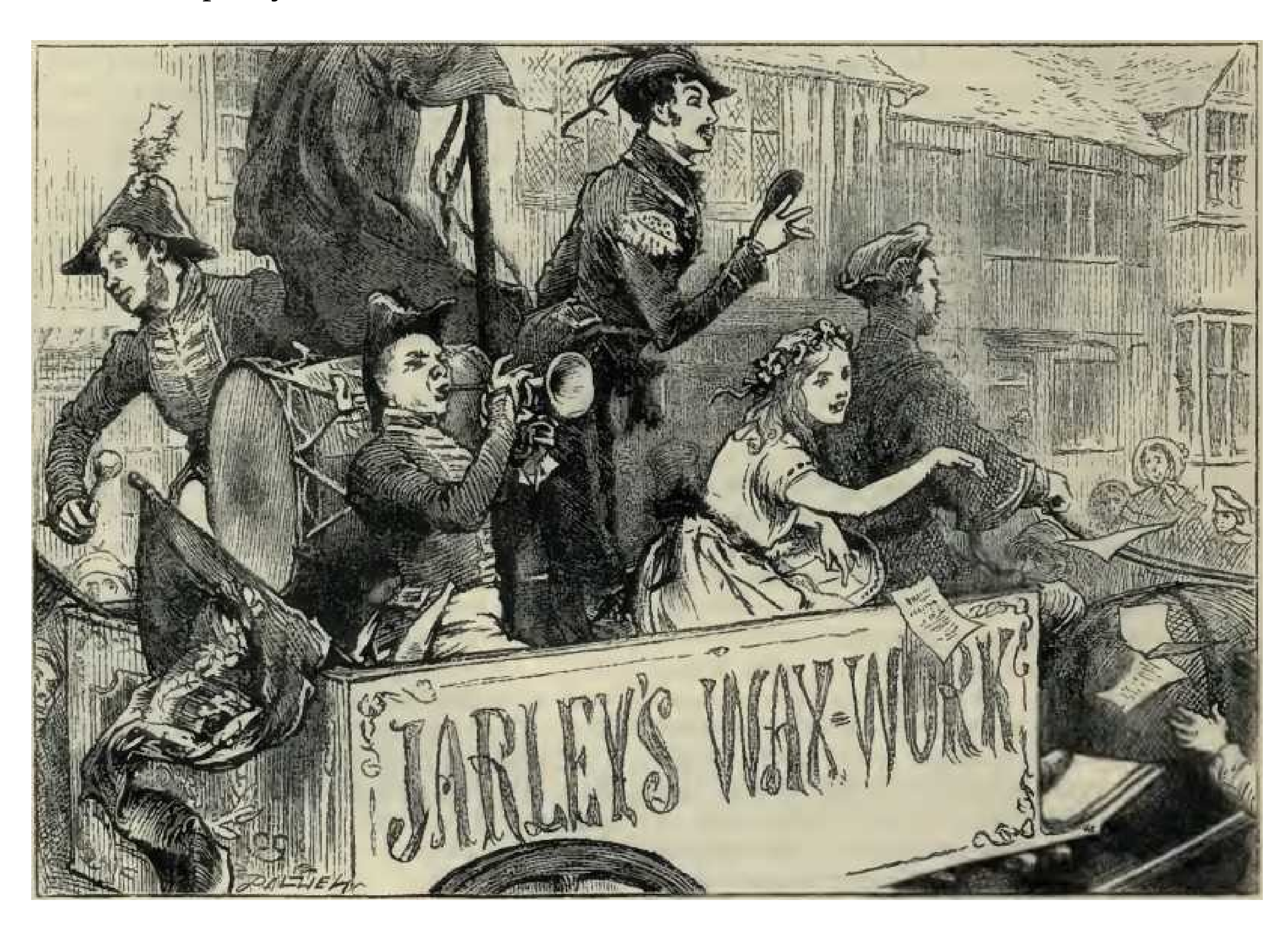
descansar dos horas antes de abrirlo al público; no sin que la señora Jarley manifestara su satisfacción por tan feliz resultado.

Tampoco se habían descuidado los preparativos exteriores. En aquellos momentos recorría las calles del pueblo un carro conduciendo una figura de bandido que sostenía en sus brazos a una dama en miniatura. Se repartieron prospectos por todas partes, y una vez terminados tan abortantes asuntos, la infatigable dama se sentó para comer y beber a todo pasto.

CAPÍTULO XXVII

LA TENTACIÓN

Decididamente, la señora Jarley tenía una gran inventiva y discurrió pronto la manera de que Nelly sirviera también de reclamo. Adornaron con flores artificiales el carro que conducía al bandido, y Nelly, sentada dentro representando una figura decorativa, recorría el pueblo todas las mañanas arrojando prospectos, a los acordes de una trompeta y un tambor.



La belleza de la niña, unida a su distinción y timidez, produjo sensación en aquel lugar; la gente empezó a interesarse por aquella niña de ojos tan hermosos, los chiquillos se entusiasmaron con ella y, constantemente, dejaban en la puerta del pabellón donde habitaba, nueces, manzanas y muchas cosas más. Toda la gente principal del pueblo acudió a ver las figuras de cera; los personajes de más alcurnia se dieron cita allí: cada sesión era un éxito. Aunque el trabajo de Nelly era pesado, encontró en la señora Jarley una persona muy considerada, que no se contentaba con darse buena vida ella, sino que trataba muy bien a todos los que la servían, y como obtenía algunas propinas de los visitantes, propinas que su dueña le dejaba por entero,

y su abuelo estaba bien cuidado y ayudaba lo que podía en el trabajo, la niña estaba contenta, sin más disgusto que el producido por el encuentro de Quilp y el temor de encontrarle súbitamente alguna otra vez.

Quilp era la pesadilla continua de Nelly. Dormía en el salón de las figuras y siempre, y sin poder evitarlo, encontraba un parecido entre Quilp y algunas de aquellas caras pálidas, llegando a imaginar algunas veces que el enano se movía dentro de sus vestiduras. Esta preocupación la obligaba a levantarse y encender una luz o a abrir la ventana para tranquilizarse mirando al cielo.

Entonces pensaba en su casa, en el pobre Kit, en su cariño, hasta que las lágrimas brotaban de sus ojos y lloraba y reía a un tiempo.

Otras veces sus pensamientos recaían en su abuelo y se preguntaba qué sería de ellos si él moría o si ella enfermaba. El pobre anciano tenía buena voluntad y hacía todo lo que le mandaban, alegrándose de servir para algo; pero era lo mismo que un niño, tan inocente como el más tierno infante y sin voluntad propia. Nelly se entristecía tanto al verle así, que no podía menos de retirarse para llorar y elevar sus preces al cielo, a fin de que le restaurara a su condición de hombre vigoroso y consciente. Y sin embargo, aún había de sufrir más.

Una tarde que la señora no los necesitaba, Nelly y su abuelo fueron a dar un paseo. Salieron fuera del pueblo, hasta llegar a unos campos algo distantes, donde se sentaron a descansar, creyendo que podrían volver fácilmente.

Llegó la puesta del sol, el cielo fue oscureciéndose y solamente los reflejos del crepúsculo, tan largos en Inglaterra en el mes de junio, iluminaban la tierra a través del denso velo que la iba envolviendo. El viento levantaba nubéculas de polvo, empezó a llover y pronto las nubes se esparcieron por el espacio; se oyó a lo lejos un trueno, brilló el relámpago y después, en un instante reinó una completa oscuridad.

El anciano y la niña, no atreviéndose a guarecerse bajo los árboles, corrieron por la carretera, esperando hallar alguna casa dónde refugiarse de la tempestad, que a cada momento aumentaba en violencia. Empapados por la lluvia y cegados por los relámpagos, seguramente hubieran pasado junto a una casa solitaria sin haberla visto siquiera, si un hombre que estaba parado en la puerta no les hubiera invitado a entrar.

—¿Adónde iban ustedes con este tiempo?, ¿querían quedarse ciegos? —les dijo retirándose de la puerta y tapándose los ojos al sentir el resplandor de otro relámpago.

—No habíamos visto la casa, señor, hasta que oímos que nos llamaban —respondió Nelly.

—No me extraña, pero lo mejor que pueden hacer es acercarse al fuego y secarse un poco. Pueden pedir lo que gusten; aunque si no quieren tomar nada, nadie los obligará. Esto es una hostería, «El soldado valiente», muy conocida en estos contornos.

La noche estaba muy templada. Un gran biombo separaba la chimenea del resto de la habitación. Parecía que alguien hablaba al otro lado del biombo, sosteniendo una especie de discusión en voces más o menos destempladas.

De pronto el viejo, manifestando gran interés, murmuró al oído de la niña:

—Nelly, juegan a las cartas. ¿No lo oyes?

—¡Cuidado con ese candil —dijo una voz—, que se transparentan las cartas! La tormenta te hace perder. ¡Juega! Has perdido seis chelines, Isaac.

—¿Los oyes, Nelly?, ¿los oyes? —murmuró el viejo con creciente interés al oír sonar el dinero sobre la mesa.

—Jamás he visto una tormenta como ésta —dijo una voz cascada cuando cesó el ruido de un terrible trueno— desde aquella noche en que el viejo Lucas ganó tanto. Todos dijimos que tenía la suerte del Diablo y yo supongo que en realidad le ayudaba Satanás.

—¿Oyes lo que dicen, Nelly? —preguntó el viejo.

La niña, alarmada, notó el cambio que se operaba en su abuelo: tenía el rostro encendido, los ojos saltones, los dientes apretados, su respiración era anhelante y apoyaba una mano sobre el brazo de Nelly, temblando tan violentamente que la hizo estremecerse bajo su impulso.

—Sé testigo, hija mía, de que yo siempre dije que la suerte viene al fin; yo lo sabía, lo soñaba, sentía que tenía que ser así. ¿Qué dinero tienes, Nelly? ¡Dámelo!

—No, no, abuelo; deja que lo guarde —dijo asustada la niña—. Vámonos de aquí. ¿Qué importa la lluvia? ¡Vámonos, por favor!

—¡Dámelo, te digo! —repitió el viejo iracundo—. No llores, Nelly, no he querido disgustarte. Lo quiero por tu bien. Te he causado mucho daño, pero voy a darte la felicidad. ¿Dónde está el dinero? Tú tenías ayer algunas monedas.

—No te lo doy, abuelo, no te lo doy. Antes lo tiro que dártelo, pero es mejor que lo guardemos. ¡Vámonos, vámonos de aquí!

—¡Dame ese dinero! —volvió a repetir el viejo con insistencia—. ¡Lo quiero!

La niña sacó un pequeño portamonedas del bolsillo y el viejo se lo arrebató precipitadamente, corriendo al otro lado del biombo. Fue imposible detenerle y la temblorosa niña corrió tras él.

Los que antes hablaban eran dos hombres de siniestro aspecto, que jugaban apuntando sobre el mismo biombo las pérdidas y ganancias.

—¡Cómo, caballero! —dijo el llamado Isaac volviéndose al ver al anciano—. ¿Es usted amigo nuestro? Este lado del biombo es privado.

—Espero no haber ofendido a ustedes con mi presencia.

—¡Voto a bríos! ¡Que si nos ofende usted presentándose sin ceremonia donde un par de caballeros se entretienen particularmente!

—No era mi intención ofender —añadió el viejo—: pensé que…

—Pues no tiene usted derecho a pensar nada. Un hombre a su edad, no debe pensar en estas cosas —murmuró Isaac.

—¡No seas animal! —dijo el otro jugador, que era un hombre gordo, levantando la cabeza por primera vez—. ¿No puedes dejarle hablar?

El posadero, que seguramente había estado esperando a que el hombre gordo hablara, para saber a qué atenerse, metió baza en el asunto diciendo:

—Seguramente, puedes dejar que hable, Isaac.

—¡Claro que puedo, Groves! —añadió Isaac en el mismo tono.

El gordo, que había estado fijándose en el viejo, añadió:

—Tal vez este caballero pensara preguntarnos cortésmente si podía tomar parte en nuestro juego.

—Eso pensaba —repuso el anciano—, eso pienso y eso es lo que deseo.

—¡Ah! Si eso es lo que el señor deseaba, le suplico me dispense. ¿Es ese el portamonedas del señor? Es muy bonito: algo ligero —dijo Isaac echándolo por alto y cogiéndolo con destreza—, pero bastante para entretener a un caballero una media hora o cosa así.

—Haremos una partida de cuatro. Juega tú, Groves, para ser el cuarto —dijo el gordo.

El posadero se acercó a la mesa y ocupó su sitio como quien está acostumbrado a tales contingencias. La niña, presa de mortal congoja, suplicó una vez más a su abuelo que se retirara.

—No, Nelly, nuestra felicidad está en el juego: hay que empezar por poco. Aquí hay poco que ganar, pero ya irá viniendo.

—¡Dios nos proteja! —exclamó la niña— ¿Qué mala estrella nos traería aquí?

—Calla, nena, no hay que ahuyentar a la suerte. Siéntate y mira, mira quiénes son ellos, y quién eres tú. Yo juego por ti. ¿Quién debe ganar?

—Parece que el señor ha cambiado de parecer —dijo Isaac—. Lo siento, pero él sabe lo que le conviene. Quien no se aventura, no pasa la mar.

—¡No, no! —repuso el anciano—. Pienso lo mismo; nadie está más ansioso de empezar que yo.

Hablando así acercó una silla a la mesa; los otros tres se apretaron un poco y empezó el juego.

La niña observaba con mortal ansiedad los progresos del juego. Preocupada con la desesperada pasión que dominaba tan fatalmente a su abuelo, no le importaba que ganara o perdiera, y viéndole exaltado por alguna pequeña ganancia o abatido si perdía, nervioso, febril, se decía a sí misma si no hubiera sido mejor verle muerto. Y, sin embargo, ella era la causa inocente de aquella tortura. Aquel viejo, jugando con insaciable sed de ganancia, no abrigaba un solo pensamiento egoísta: todo era por ella.

La tormenta duró más de tres horas. Los relámpagos habían ido desapareciendo, pero el juego seguía y la presencia de la niña había sido olvidada.

CAPÍTULO XXVIII

LA MONEDA DE NELLY

Al fin el juego tocó a su término, siendo Isaac el único ganancioso que recogió su botín con la prosopopeya del hombre que ha hecho el propósito de ganar sin mostrar sorpresa ni alegría.

El bolsillo de Nelly estaba vacío, pero el viajero aún continuaba jugando solo. Estaba completamente absorto en esta ocupación, cuando Nelly, acercándose a él, le dijo que era casi medianoche.

—¡Mira lo que es la pobreza, Nelly! —dijo el anciano señalando las cartas que tenía sobre la mesa—. Si hubiera seguido jugando, habría ganado. ¡Míralo; míralo!

—Deja eso —repuso la niña—. Procura olvidarlo.

—¡Olvidarlo! —exclamó el abuelo mirando a Nelly cara a cara—. ¡Olvidarlo! ¿Cómo seremos ricos, entonces? Todo lo bueno ha de obtenerse con ansiedad y cuidado. Vamos: estoy pronto.

—¿Sabe usted qué hora es? —dijo el posadero, que fumaba con sus amigos—. Más de las doce.

—Es muy tarde —dijo la niña—. Siento que no nos hayamos ido antes. ¿Qué pensarán de nosotros? Seguramente, darán las dos antes de que lleguemos. ¿Cuánto costará pasar la noche aquí? —preguntó al posadero.

—Dos camas buenas, chelín y medio; cena con cerveza, un chelín; total, media corona —repuso el hostelero.

Nelly tenía aún la moneda de oro cosida en el vestido y, cuando consideró lo tarde que era, decidió quedarse allí, con ánimo de emprender la vuelta por la mañana, alegando para justificar el retraso que la tempestad les impidió volver a tiempo; dijo a su abuelo que le quedaba aún dinero para sufragar aquellos gastos y que debía, por tanto, acostarse.

—¡Si yo hubiera tenido ese dinero hace un rato! —murmuró el viejo.

—Hemos decidido quedarnos, señor —dijo Nelly al hostelero, y el buen hombre, en vista de ello, preparó una cena, que comieron con gran apetito la niña y el viejo.

Como pensaba que partirían muy temprano, Nelly siguió al posadero una de las veces que salió de la habitación y sacando la moneda se la dio para que la cambiara. Al volver al sitio donde cenaron, le pareció ver alguien que se retiraba e inmediatamente concibió la sospecha de que habían estado espiándola, aunque no pudo comprender quién, puesto que cuando entró otra vez en la habitación, todos estaban en la misma posición en que ella los dejó minutos antes.

Una joven fue después para conducirlos a su habitación, y abuelo y nieta se despidieron de la compañía, retirándose a dormir después de encargar a la joven que

los despertara muy temprano.

Cuando la niña se quedó sola, no se sentía a gusto; no podía olvidar la figura que había visto abajo espiándola. Todos los hombres tenían mala cara: tal vez vivían matando y robando a los viajeros. Después pensaba en su abuelo y en su pasión por el juego. Más tarde le ocurría pensar lo que la señora Jarley creería. ¿Los perdonaría a la mañana siguiente recibiéndolos de nuevo? ¿Por qué se habían detenido allí? Hubiera sido mucho mejor no haberse parado.

Al fin el sueño la rindió; un sueño intranquilo, turbado por innumerables pesadillas; después sintió una pesada somnolencia…; y de pronto le pareció que la figura del pasillo entraba en su cuarto andando a gatas.

¡Sí, allí estaba aquella figura!

La niña, antes de acostarse, había descorrido un poco la cortina, a fin de ver la luz del día cuando amaneciera, y allí, entre la cama y la ventana, se movía silenciosamente. La niña no pudo articular palabra ni moverse; el terror la había paralizado y permaneció inmóvil observando.

La figura, con mucho sigilo, llegó hasta la cabecera de la cama y su aliento rozó la cara de Nelly; después volvió a la ventana y la niña sintió ruido de monedas. Otra vez volvió la figura, tan silenciosa como antes; dejó junto al lecho las ropas que había tomado y luego, andando otra vez a gatas, desapareció.

El primer impulso de la niña fue huir de su cuarto para no estar sola. Salió al pasillo, y allí, al final, estaba aún la figura. Muerta de miedo, sin poder adelantar ni retroceder, permaneció inmóvil en el pasillo.

A poco se movió la figura, y la niña, involuntariamente, hizo lo mismo, dominada por la idea de que si podía llegar al cuarto de su abuelo estaría segura. La figura seguía adelante y al llegar donde dormía el anciano, entró allí. Nelly concibió súbitamente la idea de que podía matar a su abuelo y corriendo llegó hasta aquel cuarto; se paró en la puerta y, al resplandor de una bujía que estaba encendida, vio que la figura se movía en la habitación. Muda y casi sin sentido, siguió mirando por la entreabierta puerta, sin saber lo que hacía, pero con el ardiente deseo de proteger a su abuelo. Se dominó, recobró algo el perdido valor y, adelantándose, escudriñó la habitación.

Un espectáculo raro se ofreció a su vista.

La cama estaba intacta: nadie había dormido, ni dormía aún allí, y el anciano, el único ser vivo que había en aquel cuarto, con el semblante coloreado por el ansia que hacía brillar sus ojos, contaba el dinero que había robado a Nelly con sus propias manos momentos antes.

Nelly se retiró, volviendo a su cuarto con paso vacilante. El terror que antes había sentido no era nada comparado con el que experimentaba entonces. Ningún ladrón extraño, ningún huésped traidor, ningún bandido, por audaz y cruel que hubiera sido, podría haber despertado en su pecho la mitad del espanto que le había producido el descubrimiento de su nocturno visitante. El anciano, entrando en su cuarto como un

ladrón cuando la creía dormida y robándole lo poco que tenía, era peor y mucho más terrible que todo lo que su acalorada imaginación pudiera sugerirle. ¿Y si volvía? Tal vez creyera que aún quedaba algo escondido y volviera a buscarlo. No había cerrojos ni llaves en aquel cuarto. Volver al lecho era imposible. Se sentó y escuchó. Su imaginación la hizo creer que la puerta se abría y no pudo más. Era mejor ir al cuarto de su abuelo y salir de una vez de aquel suplicio. Sería un consuelo oír su voz, verle si dormía. No tenía miedo de su abuelo; aquella espantosa pesadilla tenía que desvanecerse. Volvió al cuarto del anciano: la luz seguía encendida; la puerta, según la dejó ella momentos antes.

Nelly llevaba una palmatoria en la mano, a fin de decir que no podía dormir y que iba a ver si estaba despierto; miró dentro de la habitación y lo vio en el lecho; esto le dio ánimos y entró.

El anciano dormía profundamente: su semblante no expresaba pasión alguna; ni avaricia, ni ansiedad, ni apetito desordenado; todo era dulzura, tranquilidad y paz. No existía el jugador, ni siquiera su sombra; no era ni aun el hombre cansado y abatido que desfallecía por el camino: era su abuelo querido, su inofensivo compañero, su cariñoso abuelo.

Al contemplar aquellas facciones serenas, no tuvo miedo; pero la invadió un pesar profundo y se deshizo en lágrimas, que fueron un consuelo para su embargado corazón.

—¡Dios le bendiga! —murmuró la niña besando sus pálidas mejillas—. Comprendo perfectamente que si nos encontraran nos separarían y le encerrarían en algún lugar privado de luz, de sol y de aire. Yo soy su único amparo. ¡Que el Señor tenga piedad de nosotros!

Encendiendo de nuevo su bujía, se retiró tan silenciosamente como había venido y, llegando a su cuarto otra vez, se sentó, pasando así el resto de aquella noche larga y penosa.

CAPITULO XXIX

LA SEÑORITA MONTFLATER Y SUS EDUCANDAS

Nelly se quedó dormida al clarear el alba, pero no durmió largo rato, porque la criada, recordando su advertencia, llamó a la puerta muy temprano. Una vez despierta, buscó su bolsillo y halló que no tenía ni un cuarto; todo el cambio que el posadero le dio, había desaparecido.

El abuelo se vistió pronto y pocos minutos después estaban en la calle. Nelly observó que su abuelo la miraba disimuladamente, esperando sin duda que le dijera algo sobre el dinero, y a fin de que no sospechara que sabía la verdad, le dijo con voz trémula apenas habían andado algunos pasos en silencio:

—Abuelo, ¿crees que la gente que había en la posada era honrada?

—¿Por qué no? —repuso el anciano temblando—. Sí, los creo honrados; al menos, jugaron legalmente.

—Voy a decirte por qué. Me han quitado el dinero de mi propio cuarto esta noche. Quizá me lo quitarían en broma.

—¡En broma! —repuso el viejo, más y más alterado—. El que quita dinero, lo hace para guardarlo.

—Entonces, me lo han robado, abuelito —exclamó la niña, viendo desvanecerse su esperanza de recobrarlo.

—¿Y no tienes más, querida? —preguntó el abuelo—. ¿Te han quitado hasta el último céntimo? ¿No han dejado nada?

—¡Nada! —respondió la niña.

—Entonces, tenemos que ganar más; trabajar, hacer algo. No te preocupes de esa pérdida: será mejor no hablar de ello y quizá podamos recobrarlo. No preguntes cómo, pero tal vez ganemos eso y mucho más.

—No digas nada a nadie —continuó el viejo, viendo que Nelly lloraba amargamente—. Todas las pérdidas del mundo no valen tanto como tus lágrimas, hija mía. No llores más y deja esa idea, sin preocuparte por ello; aunque hubiera sido mayor la pérdida.

—Bueno —respondió Nelly—, no lloraré; pero escucha lo que voy a decirte, abuelo. No pienses más en ganancias o pérdidas y no desees más fortuna que la que podamos hacer juntos.

—Vamos juntos, hija mía, tu imagen santifica el juego.

—¿No hemos estado tranquilos desde que olvidaste esos cuidados y emprendimos este viaje, a pesar de no tener casa ni hogar?

—Dices la verdad —murmuró el viejo—. No debo jugar, pero puedo hacer tu fortuna y la haré.

—Recuerda los días felices que hemos pasado, abuelo, libres de miserias y de penas. Si teníamos hambre o sed, una vez satisfecha nuestra necesidad, hemos dormido perfectamente. Recuerda cuántas cosas bonitas hemos visto y cuan contentos hemos estado. ¿Y a qué obedece todo este cambio?

El viejo hizo un movimiento con la mano y le dijo que no hablara más, le dio un beso y siguieron caminando en silencio.

Cuando llegaron al lugar donde estaba instalada la maravillosa colección, supieron que la señora Jarley dormía aún y que, aunque los esperó intranquila hasta las once, se acostó, suponiendo que la tormenta no los habría dejado volver, y que se habrían refugiado en algún sitio para pasar la noche. Nelly arregló el salón y puso todo en orden, teniendo la satisfacción de estar peinada y limpia antes de que la protegida de la familia real bajara a almorzar.

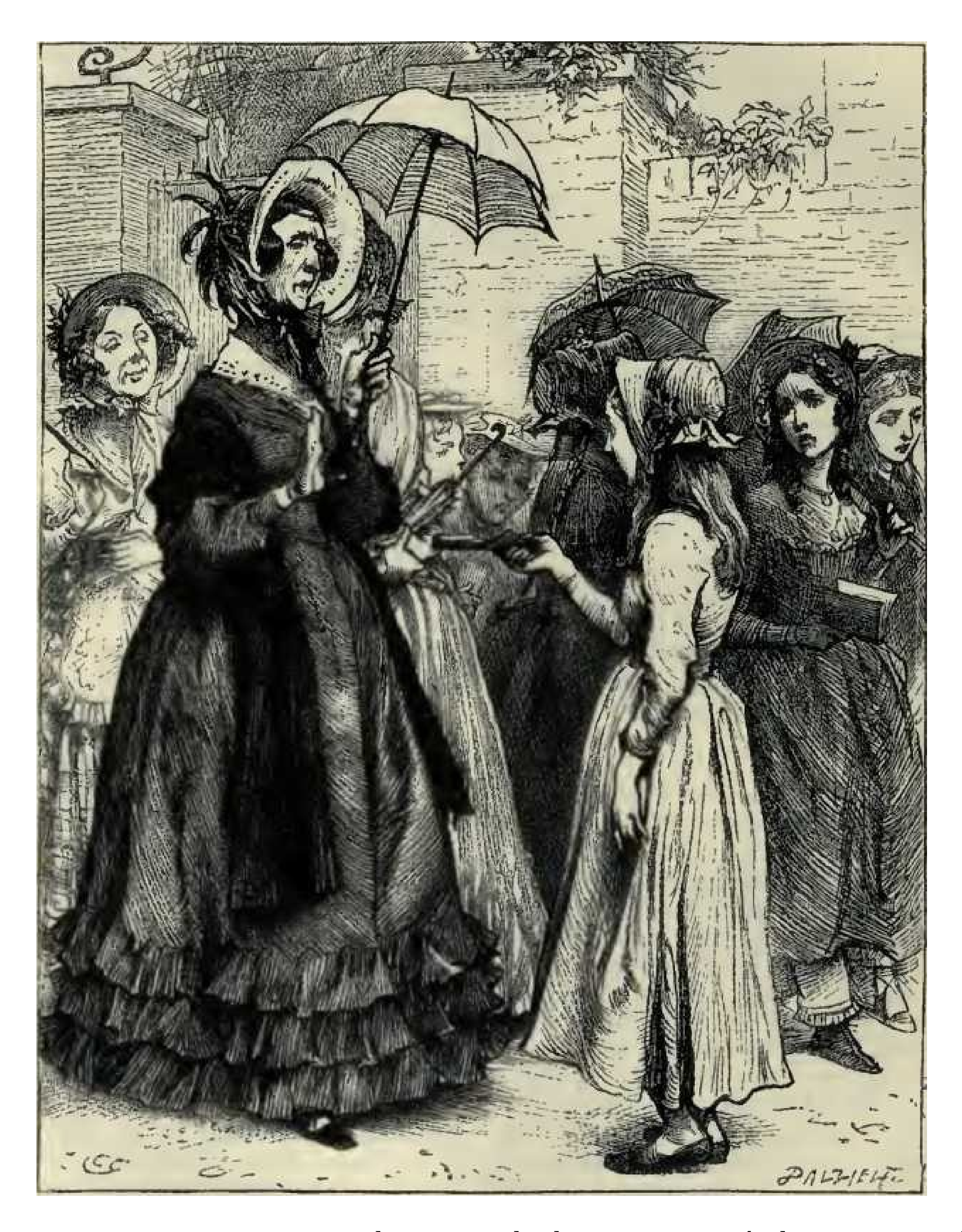
—Tendrás que llevar unos cuantos programas al colegio de la señora Montflater y ver el efecto que hacen. Pocas son las alumnas que han venido todavía y estoy segura de que todas vendrían si lo supieran —dijo la señora Jarley, poniendo ella misma un sombrero a Nelly, declarando que honraba a su dueña (tan linda y arregladita estaba) y dándole instrucciones sobre lo que había de decir y hacer.

Apenas se acercó Nelly a la puerta del colegio, notó que ésta se abría y que salía de la casa una larga fila de señoritas, de dos en dos, con libros abiertos en las manos y alguna sombrilla que otra. Tras aquella procesión apareció la señorita Montflater, que era la directora, entre dos profesoras que, aunque se odiaban mutuamente, parecían adorar a su principal.

Nelly se quedó parada y con los ojos bajos hasta que pasaron todas las educandas, y cuando llegó la directora, hizo una cortesía y le entregó el paquete.

—¿Tú eres la niña de la Exposición de figuras de cera? —preguntó la señorita Montflater.

—Sí, señora —respondió Nelly, que en un momento fue rodeada por las educandas, que la miraban con sorpresa.



—¿Y no crees que es muy malo estar empleada en esos espectáculos? —prosiguió la profesora.

La pobre Nelly, que nunca lo había considerado desde ese punto de vista, se quedó confusa, sin saber qué decir y ruborizándose al ver que era el centro de todas las miradas.

—¿No sabes que es muy malo que te entretengas en ser una charlatana únicamente, cuando podías estar ocupada en alguna fábrica o en algún taller,

ganándote honrada e independientemente la vida, con un sueldo de tres o cuatro chelines a la semana?

Aquí la directora enristró una serie de máximas y rimas, algunas de su propia cosecha, y hasta improvisadas en el momento, que fueron recibidas con grandes aplausos por todas las educandas y las dos profesoras, que no habían podido apreciar hasta entonces las condiciones poéticas de la señorita Montflater.

Alguien notó que Nelly estaba llorando y todas las miradas se dirigieron hacia ella. Nelly lloraba, ciertamente, y tuvo necesidad de sacar el pañuelo para limpiarse las lágrimas; pero antes de que hubiera podido llevarlo a los ojos, se le cayó de entre las manos. Una joven de unos dieciséis años se apresuró a recogerlo.

—Ha sido Eduarda —exclamó una de las profesoras. Todas admitieron que había sido Eduarda, y ella misma no lo negó.

La señorita Montflater se dirigió a Eduarda, diciéndole con tono severo:

—Es cosa particular el efecto que te inspira la gente vulgar y parece mentira que hagas tan poco caso de mis advertencias.

—No lo he hecho a propósito, señora —respondió una voz dulce—, ha sido un impulso momentáneo.

—Me sorprende que te atrevas a decirme eso. Siempre que encuentras a alguna persona de baja condición, sientes impulso de aproximarte a ella y hasta de ayudarla.

—Debías saber, Eduarda —añadió una de las profesoras—, que aunque sólo sea por el decoro y buen nombre de este establecimiento, no se te debe consentir que contestes así a tus superiores. Si tú no tienes la suficiente dignidad para retirarte de una vocera, debes hacerlo por las demás señoritas presentes, que se estiman en lo que valen.

Eduarda era pobre y huérfana; la enseñaban y la mantenían a cambio de que ella a su vez enseñara a otras lo que aprendía y nadie la consideraba; ni profesoras ni alumnas, ni aun las mismas criadas.

Pero ¿a qué obedecía la súbita ira de la señorita Montflater en aquella ocasión? Una acción tan sencilla como recoger y entregar un pañuelo, había levantado una tempestad. Era que el ojito derecho de la directora, la gloria de la escuela, la hija de un marqués que honraba con su presencia el establecimiento, por un capricho de la naturaleza, era fea y torpe, en tanto que Eduarda, la pobre huérfana educada de balde, era hermosa, tenía talento y ganaba de hecho todos los premios. De aquí que la menor acción, el más mínimo movimiento de la joven irritara a la señorita Montflater hasta el punto que hemos visto.

—Retírate a tu cuarto, Eduarda, y no salgas sin mi permiso —dijo la directora—. Y en cuanto a ti —añadió dirigiéndose a Nelly—, dile a tu ama que si tiene la libertad de volver a enviarte por aquí, me dirigiré a las autoridades para que la amonesten, y tú misma, si te atreves a volver, sufrirás un castigo. ¡En marcha, señoritas!

La procesión, de dos en dos, con sus libros y sombrillas, siguió adelante, y la señorita Montflater, llamando a la hija del marqués para que paseara a su lado y poder



así tranquilizar su ofendida dignidad, se separó de las dos profesoras, dejando que ambas fueran juntas y se odiaran un poco más, viéndose obligadas a hacerse mutua compañía.

CAPÍTULO XXX

CLAUSURA DE LA EXPOSICIÓN

El disgusto y la rabia de la señora Jarley cuando supo la amenaza de la directora Montflater, no tuvo límites. ¡Ella, la protegida de la familia real, la delicia de la nobleza y la aristocracia, verse expuesta a la vergüenza pública y a las burlas de los chiquillos!

Ideó mil medios de vengarse y de hacer pagar caro a aquella señorita sus atrevidas palabras; pero pensándolo mejor, y tranquilizándose después de algunas consultas con Jorge, el conductor de su vehículo, procuró consolar a Nelly con frases cariñosas, pidiéndole como un favor personal que pensara lo que pensara acerca de la Montflater, no hiciera más que burlarse de ella toda la vida.

Así terminó la ira de la señora Jarley. El disgusto de Nelly fue más profundo, y la impresión que le produjo no desapareció tan pronto, porque se unía a otros motivos de mayor ansiedad. Aquella tarde, como ella temía, su abuelo desapareció, no volviendo hasta bien entrada la noche. Cansada como estaba, abatida en su ánimo, esperó a que volviera, contando los minutos. Y cuando llegó, sin un cuarto, triste, pero altanero aún, sus primeras palabras fueron:

—¡Búscame dinero: lo necesito, Nelly! Te será devuelto triplicado, pero todo el dinero que llegue a tus manos, tienes que dármelo, nena. No para mí (ten presente eso), sino para ti, para usarlo en beneficio tuyo.

¿Qué otra cosa podría hacer aquella desventurada niña sino entregar a su abuelo cuanto tenía, a fin de evitar que robara a su bienhechora? La lucha que sostuvo fue grande. Si lo decía, considerarían loco a su abuelo; si no le daba dinero, lo buscaría él mismo; si se lo daba, ella misma alimentaba aquella locura, que seguiría creciendo así, sin esperanza de curación.

Torturada por esta lucha cuando el viejo estaba ausente, y temiendo que saliera cuando estaba a su lado, su corazón se iba oprimiendo más y volvían a embargarla las anteriores tristezas, aumentadas con dudas y temores que la atormentaban hasta en sueños.

En medio de su aflicción, pensaba muchas veces en aquella hermosa y dulce joven que apenas había visto, pero cuya simpatía había podido apreciar. Si tuviera una amiga así a quien poder confiar sus penas, se tranquilizaría; pero había una distancia tan grande entre aquella señorita y ella, la humilde narradora de la Exposición, que la señora amistad era un imposible.

Llegaron las vacaciones. Todas las señoritas marcharon a sus casas y la directora se fue a Londres; de Eduarda nadie dijo una palabra. Nelly no sabía si había ido a casa de algunos amigos o si permanecía en la escuela.

Una tarde, cuando volvía de dar un paseo, pasó por una fonda donde paraban las diligencias, y allí, abrazando a una preciosa niña que bajaba de un coche, estaba Eduarda.

Aquella niña era su hermana, a la cual no había visto hacía más de cinco años y cuya visita le costaba grandes sacrificios; pero su amante corazón ansiaba tener a su lado unos días a aquel ser tan querido, a quien no se cansaba de besar.

Cuando ambas hermanas se tranquilizaron, cogidas de la mano echaron a andar hacia la casa de una antigua criada, donde Eduarda había alquilado un cuarto para su hermanita.

Nelly no pudo resistir el deseo de seguirlas a algunos pasos de distancia y oyó los planes de ambas hermanas para aquellos días. Cuando llegó la noche, sola en su lecho, los ojos de Nelly se cuajaron de lágrimas pensando en las dos hermanas y en la separación que seguiría a aquellos venturosos días.

Siempre que Nelly podía salir, iba adonde creía encontrar a las dos hermanas; a cierta distancia las seguía si paseaban y se sentaba si ellas lo hacían, deleitándose sólo con la idea de estar tan cerca de ellas. Por la noche paseaban junto a las márgenes del río, y allí Nelly, cerca de ellas, hallaba gran consuelo en verlas y oírlas, sin que ninguna de las hermanas se fijara en aquella niña solitaria y triste.

Producto de su imaginación excitada, sentía un consuelo tan grande como si les confiara sus penas y obtuviera de ellas los consuelos que anhelaba su atribulado corazón.

Una noche, al volver a casa, Nelly se encontró con que la señora Jarley había dispuesto terminar las sesiones, según rezaba un cartel, cerrando la Exposición al día siguiente.

—¿Nos iremos de aquí en seguida, señora? —preguntó Nelly.

—Mira, niña —respondió la señora Jarley sacando otro cartel—; lee y entérate; porque ahora que se han cerrado los colegios y la gente rica se va a veranear, tenemos que acudir al público de otra clase, y ése necesita que le estimulen.

Nelly leyó el cartel, que decía así:

«A causa del numeroso público que solicita ver la Exposición, volverá a abrirse mañana, continuando abierta ocho días más».

Al día siguiente la señora Jarley se instaló tras una mesa muy decorada y ordenó que se abrieran las puertas para que pasara el público, pero aunque éste, parado ante el pabellón, parecía interesarse en general por la señora Jarley, no hizo ningún movimiento que manifestara intención de sacar del bolsillo los sesenta céntimos que costaba la entrada. Fue aumentando el gentío hasta obstruir el paso, pero fueron tan pocas personas las que se decidieron a entrar, que la caja aumentó poco y la señora Jarley sufrió una decepción.

CAPITULO XXXI

SALLY BRASS

El curso de esta historia requiere que entremos en algunos detalles relacionados con la economía doméstica de Sansón Brass, y como ningún momento es más oportuno que éste, llevaremos de un salto al lector a Bevis Mark, introduciéndole en una casa pequeña y oscura, residencia de dicho procurador, y que ostentaba dos placas en la puerta. En una se leía: «Brass, procurador»; en la otra: «Se ceden habitaciones».

En una salita del piso bajo, una mesa desvencijada atestada de papeles amarillos y desgastados por el continuo roce del bolsillo, un par de banquetas a ambos lados de la mesa y un viejo sillón de baqueta colocado junto a la chimenea y que parecía extender sus brazos, que habían sido hollados por muchos clientes; una caja de hierro de segunda mano, donde encerraba declaraciones y otros papeles importantes; dos o tres libros de texto, un tintero de barro, una salvadera y una alfombra bastante deslucida, atestiguaban que aquella sala era el bufete de Brass. Unas cortinas descoloridas por el sol, el denso velo de humo extendido por las paredes y el techo, mucho polvo y algunas telarañas, componían el menaje y decorado de aquella habitación.

Dos ejemplares de naturaleza animal terminaban el conjunto: uno era Sansón Brass, antiguo conocido del lector; el otro era su pasante, ayudante, secretario, administrador, confidente y criticón, todo en una pieza: era la señorita Brass, hermana del procurador, una especie de amazona de la ley, y a la cual no podemos dejar de describir.

Tenía unos treinta y cinco años, una figura delgada y huesuda y un continente resuelto, que si inspiraba afecto de algún admirador, le mantenía también a respetuosa distancia. Cuantas personas se acercaban a ella, quedaban atemorizadas ante su porte. Tenía tal semejanza con su hermano, que si se le hubiera ocurrido la loca idea de vestirse de hombre, nadie hubiera podido decir cuál de los dos era Sansón; tanto más, cuanto que ostentaba bajo el labio inferior cierta prominencia que alguien habría podido tomar por barba, pero que en realidad sólo eran las pestañas, que faltaban en su debido sitio. Su tez era verdosa; su voz, gruesa y rica en tonalidad, una vez oída, era difícil de olvidar. Generalmente usaba un traje del color de las cortinas, abrochado hasta el cuello, creyendo sin duda que la fealdad y sencillez eran el alma de la elegancia. No llevaba cintas en parte alguna, excepto en la cabeza, donde una corbata de gasa oscura se entrelazaba formando una especie de toca de pésimo gusto.

Así era la señorita Brass en su físico. En la inteligencia, era un ser superior. Estuvo dedicada desde su más tierna juventud al estudio de las leyes, no

concretándose a la teoría, sino practicando hábilmente todos los menesteres de la oficina, desde la copia perfecta de documentos y expedientes hasta el corte de una pluma. Es imposible comprender cómo semejante maravilla permanecía soltera.

Una mañana, Sansón Brass, sentado en su banqueta, escribía nerviosamente una copia de un proceso, y la señorita Sally, sentada en la suya, cortaba una pluma destinada a extender una factura, que era su ocupación favorita. Largo rato estuvieron en silencio, hasta que la señorita lo rompió diciendo:

—¿Vas concluyendo, Samy? —en los dulces y femeninos labios de Sally, Sansón se convertía en Samy, y todas las cosas adquirían una expresión suave.

—No —respondió su hermano—, si me hubieras ayudado a tiempo, ya estaría hecho.

—¿De veras? —añadió Sally—. ¿Necesitas mi ayuda? ¿Pues no dices que vas a tomar un escribiente?

—Voy a tomarlo porque quiero; para darme gusto, provocativa pécora —dijo Brass poniéndose la pluma en los labios y mirando a su hermana con rencor—. ¿Por qué me fastidias tanto con el escribiente?

Debemos observar aquí que las frases despreciativas que usaba Brass al hablar a su hermana eran naturales en él, que la consideraba como si fuera de su propio sexo y que a ella le hacían el mismo efecto que si la llamara ángel.

—Lo que digo es que, si fuéramos a tomar escribientes porque los clientes lo desean, podíamos cerrar la oficina y dejar el oficio —dijo la señorita, que en nada hallaba más placer que en irritar a su hermano.

—¿Tenemos muchos clientes como el que lo desea? ¡Contéstame! —repuso Brass.

—Mira —prosiguió, viendo que su hermana guardaba silencio—, mira el registro de facturas; señor Daniel Quilp; señor Daniel Quilp; señor Daniel Quilp por todas partes —añadió repasando las hojas—. ¿Puedo rehusar al escribiente que me proporciona diciéndome: «éste es el hombre que usted necesita», y perder tal cliente?

La señorita Sally no se dignó contestar; sonrió levemente y siguió con su trabajo.

—Ya sé lo que es —continuó Brass—: temes no poder meter la nariz en todos los asuntos, como has hecho hasta aquí. ¿Crees que no lo entiendo?

—Supongo que no podrás trabajar mucho sin mí —respondió la hermana—. ¡No me provoques, Samy, y ten cuidado con lo que haces!

Sansón Brass, que en realidad temía a su hermana, se inclinó más sobre su trabajo y, sin responder, escuchaba cómo proseguía ésta:

—Si yo dispusiera que ese escribiente no viniera, no vendría de ningún modo. Eso ya lo sabes; así pues, no digas necedades.

Brass oyó estas observaciones con gran mansedumbre, pensando para sí que la señorita haría mejor compañera si no procurara fastidiarle tanto.

De repente desapareció la luz que entraba por la ventana, como si alguna persona la obstruyera, y cuando ambos hermanos miraron, se hallaron con Quilp que,

acaballado en el antepecho, preguntaba:

—¿Hay alguien en casa? ¿Por dónde anda el Diablo? Brass, ¿vas a ganar algún premio?

—¡Qué gracia! —murmuró el procurador—. ¡Qué excentricidad! ¡Siempre de buen humor!

—¿Es usted, mi querida Sally —prosiguió el enano, mirando a la hermosa—, o es la Justicia con los ojos vendados y sin la balanza ni la espada?, ¿o es el potente brazo de la Ley, la virgen de Bevis?

—¡Qué hombre más original! —repuso Brass—. A fe mía que es lo más extraordinario que he visto.

—Abra usted la puerta —dijo Quilp—, que le traigo aquí… ¡Vaya un escribiente a propósito para usted, Brass! ¡Es un tesoro! Abra pronto, porque si hay algún otro bufete cerca, puede ser que entre en él y no pierdan la ocasión de emplearle.

Probablemente la pérdida de aquel escribiente importaría un bledo al señor Brass; pero fingiendo gran interés, se levantó, fue a la puerta e introdujo a su cliente, que llevaba de la mano nada menos que a un personaje tan interesante como Ricardo Swiveller.

—Ésa es ella —dijo Quilp parándose y mirando a la señorita—. Ésa es la mujer con quien yo debía haberme casado: es la hermosísima Sara; la mujer que tiene todos los encantos de su sexo, sin tener ninguna de sus debilidades. ¡Oh Sara, Sara! Dura como el metal cuyo nombre lleva, ¿por qué no dejar el de Brass y tomar otro apellido?

—No siga usted desbarrando, señor Quilp —murmuró la señorita Sally con áspera sonrisa—. ¿No le da a usted vergüenza decir esas cosas delante de un joven extraño?

—Este joven extraño —continuó Quilp— es lo bastante sensible para entenderme. Es el señor Swiveller, íntimo amigo mío; un caballero de muy buena familia y grandes esperanzas, pero que, debido a ciertas circunstancias de la vida, tiene que contentarse por ahora con la humilde condición de escribiente, no muy envidiable por cierto. ¡Pero qué deliciosa atmósfera!

Esta exclamación era sólo en sentido simbólico: la atmósfera real de aquella habitación estaba tan cargada que Ricardo estornudó dos o tres veces y miró con incredulidad al odioso enano.

—Me alegro mucho, señor Quilp, el señor Swiveller es verdaderamente afortunado teniendo un amigo como usted —dijo el procurador.

—¿Supongo —dijo el enano volviéndose hacia Brass— que este señor entrará en funciones cuanto antes? El lunes por la mañana.

—Ahora mismo, si quiere; sin ninguna duda —repuso Sansón.

—La señorita Sally le enseñará el delicioso estudio de las leyes —dijo Quilp—; será su guía, su amiga, su compañera. Ocupado en este estudio con la señorita Sally, los días pasarán volando.

—¡Qué bien habla! —dijo Brass—. ¡Es una delicia oírle!

—¿Dónde se sentará el señor Swiveller? —preguntó Quilp.

—Compraremos otra banqueta —repuso Brass—. Como no teníamos idea de tener un escribiente hasta que usted fue tan amable que nos lo propuso, y el recinto es tan pequeño, no hay otra; pero compraremos una de segunda mano. Entre tanto, si el señor quiere, puede ocupar mi sitio y empezar haciendo una copia bien hecha de este mandamiento de expulsión. Probablemente estaré fuera de casa toda la mañana.

—Saldremos juntos —dijo Quilp—: tengo que hablar con usted sobre diversos asuntos de negocios. ¿Puede concederme un ratito para conferenciar acerca de ellos?

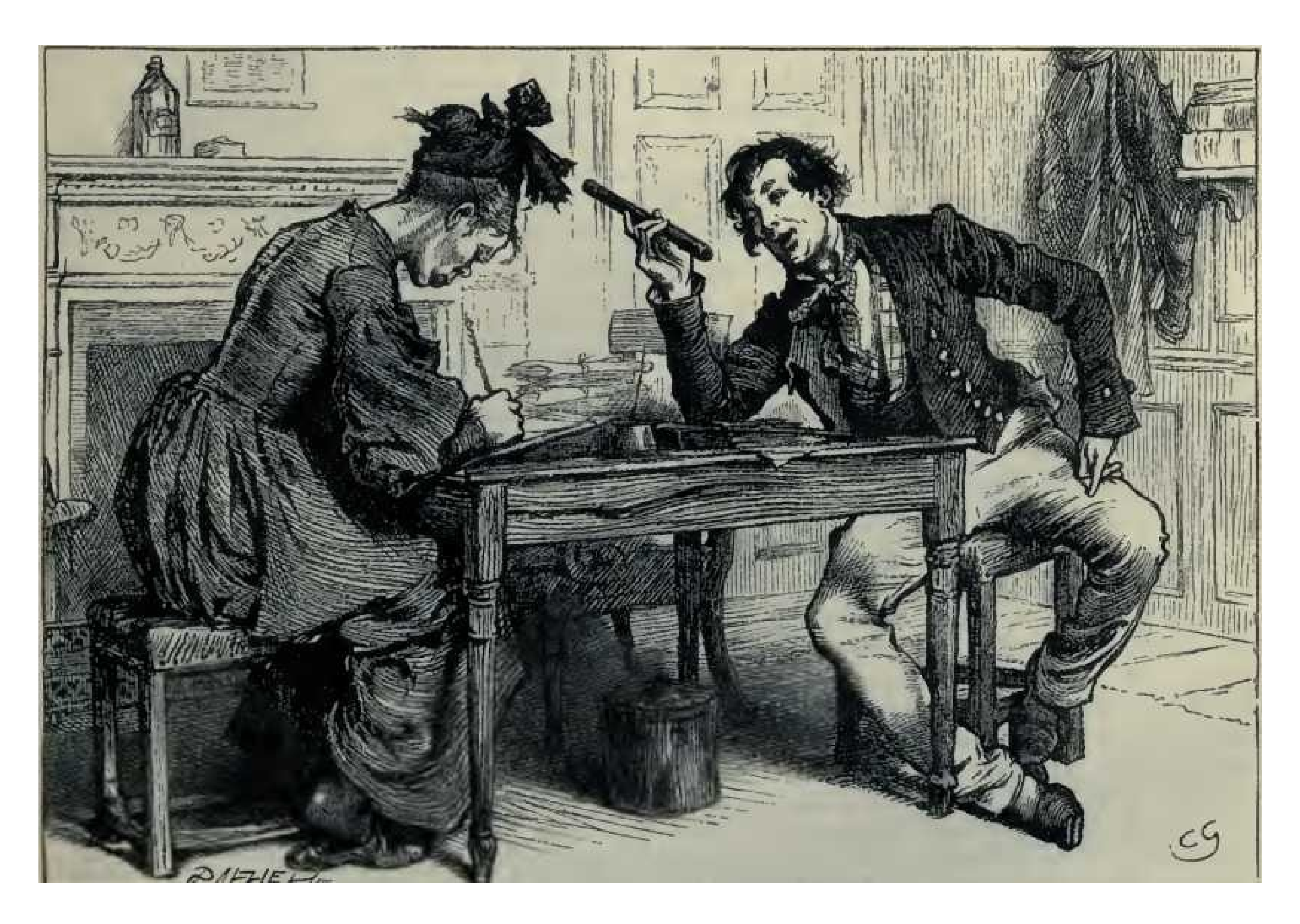
—¿Me pregunta usted si tengo tiempo para escucharle? ¡Usted bromea, señor! Tendría que estar excesivamente ocupado para no poder atenderle. No hay muchas personas que puedan aprovechar las enseñanzas y observaciones del señor Quilp; por consiguiente, sería imperdonable que yo desperdiciara la ocasión que se me ofrece.

El enano miró a su amigo sarcásticamente, se volvió para decir adiós a la señorita Sally, se despidió de Dick con un ligero movimiento de cabeza y salió con el procurador, que iba orgulloso de acompañar a su cliente.

Dick permaneció en el escritorio en completo estado de estupefacción, mirando a la arrogante Sally como si fuera un bicharraco y pensando de dónde habría salido aquella horrorosa mujer. Cuando el enano estuvo en la calle montó otra vez en el antepecho de la ventana y miró dentro de la habitación con ojos malignos, chispeantes y burlones.

La señorita Brass, ocupada como estaba con el libro de facturas, no advirtió el estupor de Dick, que la miraba de pies a cabeza con perplejidad estúpida, preguntándose cómo habría venido a estar en compañía de aquel monstruo, no sabiendo si dormía o si estaba despierto. Al fin dio un gran suspiro y, volviendo a la realidad, se quitó el abrigo, lo dobló, se puso una chaquetilla azul y, sin poder dejar de mirarla, se dejó caer sobre la banqueta de Brass profundamente consternado.

Antes de poder empezar a escribir, aún levantó Dick la cabeza dos veces más, fascinado completamente por aquella señorita. Poco a poco se fue apoderando de él un irresistible deseo de arrancarle de la cabeza aquella odiosa toca. Cogió una regla larga que había sobre la mesa y empezó a jugar con ella; en uno de los movimientos hizo saltar la maldita cofia, sin que la inconsciente doncella, que seguía escribiendo y completamente absorta en su trabajo, levantara siquiera los ojos.



Empezó a tranquilizarse. Escribió y escribió desesperadamente; después volvió a coger la regla y alzó la cofia del suelo, le dio unas cuantas vueltas en el aire y la tiró a un rincón con ademán despreciativo.

Así pudo llegar el señor Swiveller a tranquilizarse por completo y escribir media docena de renglones sin volver a coger la regla.

CAPITULO XXXII

EL CABALLERO MISTERIOSO

Después de unas dos horas de constante aplicación, la señorita Brass terminó su trabajo, limpió la pluma en el traje verde y tomó un polvito de una tabaquera que llevaba en el bolsillo. Luego se levantó de su banqueta, ató los papeles con un trozo de balduque y, poniéndose el rollo bajo el brazo, salió de la oficina.

Dick había escasamente dado un salto y empezado a danzar, en su alegría por verse solo, cuando se abrió la puerta, reapareciendo la cabeza de Sally.

—Voy a salir —dijo.

—Perfectamente, señora —dijo Dick, añadiendo para sí—, y no se dé usted prisa en volver.

—Si alguien viniera para algún asunto de la oficina, tome usted el recado y diga que el señor que entiende en la materia no está en este momento.

—Lo haré así, señora.

—No tardaré mucho —dijo la señorita Brass saliendo.

—Lo siento mucho, señora —añadió Dick cuando oyó cerrar la puerta—. Me alegraría de que encontrara a alguien que la entretuviera; si la pillara un coche, aunque sin hacerle mucho daño, sería mejor.

Después de manifestar este agradable deseo, con suma gravedad se sentó y empezó a meditar.

—¡Conque soy el escribiente de Brass y escribiente de la hermana de Brass; escribiente de un dragón femenino! ¡Muy bueno, muy bueno! Quilp me ofrece esta plaza, asegurando que no la perderé; Federico apoya lo que Quilp dice, y me insta a que la acepte. Mi tía cesa en sus remesas y me escribe diciendo que ha vuelto a hacer otro testamento. ¡Sin dinero, sin crédito, sin la ayuda de Federico, que parece haber sentado de repente la cabeza, y con un apremio para que me mude de casa! ¡Dos, tres, cuatro, seis golpes! ¡Es imposible resistirlos! Pero, a pesar de todo, seguiré en mis tonos y veremos quién se cansa antes.

Tomando posesión de la oficina, abrió la ventana y se asomó a ella. Pasó un chico con cerveza y le hizo servirle medio cuartillo; después llegaron tres o cuatro muchachos que hacían recados a varios procuradores y abogados, y los recibió y despachó como si estuviera ya ducho en el asunto. Terminadas todas estas interrupciones, se sentó en su sitio, poniéndose a hacer caricaturas de la señorita Brass y silbando entre tanto.

De repente paró un coche a la puerta y un repiqueteo anunció que la visita era para Brass. Como Swiveller, que no tenía que ocuparse más que en los asuntos de la oficina, no hizo caso de la puerta, aunque sabía que no había nadie en casa.

En esto, sin embargo, se equivocaba Dick, porque después de repetirse los golpes varias veces, la puerta se abrió y alguien con paso pesado subió la escalera y entró en la habitación de encima de la oficina. Swiveller estaba pensando si sería alguna hermana gemela del dragón, cuando sintió tocar a la puerta con los nudillos.

—¡Adelante! —dijo Dick, añadiendo para sí—: Si hay muchos clientes, el asunto se complicará.

—Dispense usted, señor —dijo una vocecita delante de la puerta—, ¿quiere usted enseñar el cuarto que se alquila?



Dick miró y halló a una niña vestida con un delantal que le llegaba hasta los pies, y que quedó tan sorprendida al ver a Dick, como Dick al verla a ella.

—No tengo nada que ver con ese asunto, que vuelvan otra vez —dijo el flamante empleado.

—Haga usted el favor de venir, señor —volvió a decir la niña—. Cuesta dieciocho chelines a la semana, la ropa aparte, y fuego en invierno por chelín y medio diario.

—¿Por qué no lo enseñas tú, que lo sabes mejor que yo?

—La señorita Sally dijo que no lo enseñara yo, porque la gente, al verme tan pequeña, creería que no iban a servirla bien.

—Pero lo verán después —añadió Dick.

—Sí, pero después que lo tomen por quince días no lo van a dejar, porque a nadie le agrada mudarse todos los días.

—¿Eres la cocinera acaso? —preguntó Dick levantándose.

—Sí —dijo la niña—, yo guiso, soy doncella y hago todo el trabajo de la casa.

—Supongo que entre Brass, el dragón y yo hacemos la parte más sucia —pensó Ricardo. Después, poniéndose la pluma en la oreja, como símbolo de su importancia en la casa, se apresuró a recibir al presunto inquilino.

—Creo que usted desea ver esta habitación, caballero. Es muy linda; se ve desde la ventana toda la calle y está muy cerca… de la primera esquina.

—¿Cuánto renta? —preguntó el caballero.

—Una libra semanal —dijo Ricardo aumentando lo estipulado.

—La tomo.

—Las botas y la ropa son aparte —añadió Dick—; el fuego en invierno…

—¡Conforme, conforme! —prosiguió el caballero.

—Hay que pagar quince días adelantados.

—¡Quince días! —exclamó el caballero mirando a Dick de pies a cabeza—. Pienso vivir dos años. Tome, tome diez libras a cuenta y asunto terminado.

—Tenga usted presente, señor, que yo no soy Brass —repuso Ricardo.

—¡Brass! ¡Brass! ¿Y quién dice que lo sea usted? ¿Quién es Brass?

—El dueño de esta casa —dijo Dick.

—Me alegro mucho. Es un nombre propio de curial. ¡Cochero —dijo asomándose a una ventana— puede usted irse! Y usted, lo mismo —añadió dirigiéndose a Ricardo.

Éste quedó tan confuso ante aquel extraño inquilino, que le miró lo mismo que la señorita Sally, circunstancia que no afectó en lo más mínimo al caballero; el cual procedió a quitarse el tapabocas, las botas y toda la ropa, que fue doblando prenda por prenda y metiéndola en el baúl, que ya antes había subido un mozo. Echó los transparentes de las ventanas, corrió las cortinas de la cama, dio cuerda al reloj y con toda la comodidad posible se metió bonitamente en la cama.

—Llévese usted ese billete y que no me llamen ni entre nadie aquí hasta que yo avise —fueron sus últimas palabras.

—¡Pues vaya una casita rara! —dijo Ricardo entrando en la oficina con el billete de diez libras en la mano—. Dragonas en el negocio trabajando como hombres; cocineritas de una vara de altura que salen, al parecer, de debajo de la tierra; gente extraña que llega y se mete en la cama en medio del día sin pedir permiso a nadie. Si fuera uno de esos hombres que se echan a dormir y duermen por espacio de dos años, me habría lucido. Espero que Brass no se ofenderá. Si se ofende lo sentiré, pero después de todo no tengo nada que ver en el asunto.

CAPÍTULO XXXIII

EL DURMIENTE

Cuando el señor Brass volvió a su casa, quedó muy satisfecho de la noticia que le dio su escribiente, y en particular con el billete de diez libras, que miró y remiró hasta convencerse de que era genuinamente auténtico. Se puso de magnífico humor, llevando su liberalidad y condescendencia hasta invitar a Ricardo a tomar un ponche en ese período indefinido que solemos denominar «un día de éstos» y reconocer que tenía extraordinaria aptitud para los negocios.

En cambio, la señorita Sally mostró gran disgusto, diciendo que, al ver el gran deseo que tenía de alojarse allí, podía habérsele pedido al extraño inquilino doble o triple cantidad. Ni una ni otra opinión hicieron mella en el ánimo de Dick, que con indiferencia completa siguió trabajando.

Al día siguiente Swiveller encontró una banqueta dispuesta para él, pero como tenía una pata más corta que las otras, discutieron unos instantes la manera de arreglarla, cosa que hizo levantar la cabeza a Sally, que trabajaba afanosamente, diciendo al mismo tiempo:

—¿Quieren ustedes callarse? ¿Cómo voy a trabajar con tanta conversación? Y tú, Samy, déjale que trabaje —señalando a Dick con las barbas de la pluma—. Seguramente no hará más de lo que pueda.

El procurador se sintió inclinado a responder una inconveniencia, pero calló por consideración y siguió escribiendo largo tiempo en silencio, de tal modo que Ricardo se quedó medio dormido varias veces y escribió una porción de palabras en caracteres muy extraños, hasta que la señorita rompió el silencio expresando su opinión de que el señor Swiveller «la había hecho buena».

—¿Hecho qué? —preguntó Ricardo.

—¿No sabe usted que el huésped no se ha levantado todavía, ni ha dado señales de vida desde que se acostó ayer tarde?

—Creo que puede dormir en paz y tranquilidad sus diez horas, si le place, señora —repuso Dick.

—Es que empiezo a creer que no va a despertar nunca —observó Sally.

—Es raro, sí —repuso Brass—. Swiveller, usted tendrá presente que ese señor entregó diez libras como parte de la renta de dos años de alquiler del cuarto. Para el caso de que se le hubiera ocurrido ahorcarse o cosa por el estilo, sería mejor que lo anotara usted; en un caso así, todas las precauciones son pocas.

Ricardo escribió un pequeño memorándum y lo entregó al procurador, que lo aprobó diciendo:

—¡Perfectamente! Pero ¿está usted seguro de que ese caballero no dijo más?

—Ni una palabra, señor.

—Recuerde bien. ¿No dijo, por ejemplo, que era forastero en Londres; que no podía dar sus referencias, aunque comprendía que nuestro deber era exigirlas, o que si le ocurría algún accidente, su baúl y cuanto contuviera quedaría a mi disposición en recompensa de las molestias que ocasionara?

—No, señor —dijo Ricardo.

—Entonces, señor Swiveller, sólo le diré que ha errado la vocación y que nunca podrá ser buen curial.

—No, aunque viva mil años no lo será —agregó la señorita Sally—. Después ambos hermanos tomaron un polvito de rapé y se quedaron absortos en profunda meditación.

Siglos le parecieron a Ricardo las horas que faltaban para la hora de comer. Apenas sintió la primera campanada, desapareció para no volver hasta pasadas las dos. Cuando volvió, la oficina quedó impregnada como por magia de un fuerte olor a limonada.

—Aún no ha despertado ese hombre —fueron las primeras palabras de Brass—. Con nada se despierta. ¿Qué haremos?

—Dejarle dormir —observó Ricardo.

—¡Pero si hace veintiséis horas que duerme! Hemos arrastrado baúles encima de su cuarto, hemos dado aldabonazos muy fuertes en la puerta de la calle y nada, no se despierta.

—Tal vez si uno subiera al tejado y se descolgara en su cuarto por la chimenea… —dijo Dick.

—Sí: eso sería excelente, pero hace falta uno que lo haga. Si hubiera alguien lo bastante generoso…

Como Ricardo no se dio por aludido, Brass le invitó a subir para examinar el terreno y, aplicando un ojo a la cerradura, murmuró:

—Sólo puedo ver las cortinas del lecho. ¿Es un hombre fuerte?

—Mucho —respondió Ricardo.

—Entonces sería una cosa muy desagradable que saliera de repente —murmuró Brass, y añadió a voces—: ¡Fuera de aquí, abandonen ustedes la escalera! Soy el amo de mi casa y no me asusta nadie; pero hay que respetar las leyes de la hospitalidad. ¡Hala!, ¡hala!

En tanto que Brass, sin dejar de mirar por el ojo de la llave, pronunciaba estas frases con ánimo de atraer la atención del huésped y la señorita tocaba apresuradamente la campanilla, Ricardo, subido sobre su banqueta a fin de que si el hombre salía enfurecido no le viera, repiqueteó una ruidosa marcha en los paños superiores de la puerta dando golpes con la regla. Entusiasmado con su invención, fue acentuando el concierto hasta apagar el sonido de la campanilla, y la criadita, que estaba parada en la escalera esperando órdenes, tuvo que taparse las orejas.

De repente se abrió violentamente la puerta; la criadita se escondió en la cueva, Sally echó a correr a su cuarto y Brass, que tenía fama de valiente, no paró hasta llegar a la calle próxima, donde, al ver que nadie le seguía, se metió las manos en los bolsillos y empezó a silbar.

Entre tanto, Swiveller, estrechándose todo lo posible contra la pared, miró atentamente al caballero que, parado en la puerta con las botas en la mano como para tirárselas a alguno, juraba y perjuraba horriblemente. Gruñendo venganza se volvía dentro del cuarto, cuando se fijó en Ricardo y le dijo:

—¿Era usted el que metía ese horroroso ruido?

—Únicamente ayudaba, señor —contestó Ricardo mostrando la regla.

—¿Y cómo se atrevían ustedes a molestarme así?

Ricardo manifestó que no era extraño, dado que había estado durmiendo veintiséis horas seguidas, que estuvieran alarmados, temiendo que le hubiese ocurrido algún accidente, y, además, no podía consentir que un hombre solo pagase por dormir como uno y durmiera como dos.

—Verdad, verdad —murmuró el huésped, y en vez de enfadarse con Swiveller, se puso a mirarle con socarronería acabando por decir en respuesta a las observaciones de Dick, suplicándole que no lo hiciera más:

—Entre, entre, granuja.

Ricardo le siguió, entrando tras él en su cuarto, sin abandonar la regla para prevenir el caso de encontrarse con alguna sorpresa; precaución de que se alegró cuando vio que el caballero, sin dar explicación de ningún género, cerró la puerta y dio dos vueltas a la llave.

El huésped abrió su baúl, sacó una especie de caja con patas que brillaba como si fuera de plata, y que tenía varios compartimentos, y en uno echó café, en otro puso un huevo, en otro una chuleta y en otro agua. Colocó debajo una lamparilla de alcohol y, con gran admiración de Dick, en pocos minutos estuvo hecho el almuerzo.

—Agua caliente —dijo, ofreciendo a Ricardo lo que iba diciendo—, ron muy bueno, azúcar y un vaso; mézclelo usted mismo pronto y beba.

El huésped, sin hacer caso de la sorpresa de Ricardo y como hombre acostumbrado a hacer tales milagros sin darles importancia, se puso tranquilamente a almorzar.

—El amo de esta casa es un curial, ¿verdad? —preguntó de pronto.

Ricardo asintió con un movimiento de cabeza.

—¿Y la señora, qué es?

—Un dragón —murmuró Dick.

El caballero no manifestó sorpresa y volvió a preguntar:

—¿Mujer o hermana?

—Hermana —añadió Ricardo.

—Tanto mejor; así puede desprenderse de ella cuando quiera.

—Quiero obrar a mi antojo —prosiguió el caballero después de un rato de silencio—; acostarme cuando quiera, levantarme cuando me acomode y entrar y salir cuando me plazca: que no me pregunten ni me espíen. En esto las criadas son el demonio; aquí sólo hay una.

—Y muy pequeña, por cierto —agregó Dick.

—Por eso me conviene la casa —prosiguió el huésped—: quiero que sepan cómo pienso. Si me molestan, perderán un buen huésped. ¡Buenos días!

—Dispense usted —dijo Ricardo parándose junto a la puerta que el caballero tenía abierta para que saliera—. ¿Y el nombre?

—¿Qué nombre? —preguntó el huésped.

—El suyo, para el caso de que vengan cartas o paquetes.

—Nunca tengo correspondencia.

—Por si vienen visitas.

—No recibo visitas.

—Si ocurre alguna equivocación no será culpa mía, señor.

—No culparé a nadie —dijo el huésped, con tal irascibilidad que Ricardo se encontró repentinamente en la escalera oyendo cerrar la puerta con violencia tras de sí.

Los hermanos Brass habían estado acechando por el ojo de la llave, sin poder oír ni ver nada, porque habían pasado el tiempo altercando sobre quién había de mirar, y, cuando Swiveller salió, corrieron a la oficina para oír el relato de los sucesos.

Ricardo hizo una relación más brillante que verídica de los deseos del caballero, declarando que tenía un repuesto de vinos y manjares de todas clases; que había asado un magnífico solomillo en dos minutos y que sólo con pestañear, había hecho hervir agua: hechos de los cuales infería que era un gran químico o un alquimista, o ambas cosas a la vez, y que su estancia en aquella casa reportaría en su día un gran honor al nombre de Brass y a la historia del barrio.

CAPITULO XXXIV

UN MISTERIO

Como el caballero misterioso, aun después de estar algunas semanas en la casa, no quería entenderse con nadie más que con Ricardo y pagaba todo adelantado, daba poco trabajo, no hacía ruido y se levantaba temprano, Dick llegó a ocupar un puesto importante en la familia: el de intermediario entre ellos y el misterioso inquilino, a quien nadie osaba acercarse.

Si ha de decirse la verdad, tampoco recibía muy bien a Dick; pero como éste volvía siempre citando frases en que le llamaba amigo, compañero, etcétera, todo en el tono más familiar y confidencial, ni Sansón ni Sally dudaron un momento de su veracidad.

Por otra parte, Dick había hallado favor en el ánimo de Sally. Educada y criada entre leyes, pues su padre había sido un abogado y al morir la confió a los cuidados de su hijo Sansón, no había tenido más amigos ni relaciones que las propias de la profesión. Era un alma inocente, y cuando fue observando a Dick, cuyas cualidades alegraban aquel triste bufete, quedó prendada de ellas. Dick cantaba de cuando en cuando trozos de ópera, de zarzuelas, de cuplés, de todo; hacía juegos de manos de todas clases y descripciones que en ausencia del señor Brass arrojaban de la oficina el tedio y el fastidio.

Sally descubrió estas cualidades por casualidad e instó a Dick para que no se contuviera en su presencia, cosa que él tuvo bien en cuenta; de aquí nació gran amistad entre ambos. Swiveller empezó a considerarla lo mismo que su hermano, como si fuera otro escribiente, y muchas veces consiguió que le escribiera lo que él debía hacer, servicios que agradecía dándole una palmadita en la espalda o diciéndole que era un compañero endemoniado, un perro fiel y otras lindezas por el estilo, que la señorita Sally recibía con completa satisfacción.

Una cosa preocupaba a Dick: la estancia de la criadita en aquella casa. No salía nunca, no entraba jamás en la oficina, no se asomaba a ninguna ventana, nadie hablaba de ella, nadie iba a verla; parecía habitar bajo tierra y salir a la superficie únicamente cuando sonaba la campanilla de la habitación del misterioso huésped. Entonces acudía allí, desapareciendo otra vez inmediatamente.

—Sería inútil preguntar a la señorita Brass; tengo la seguridad de que terminaría nuestra amistad —se decía Dick a sí mismo—. Daría cualquier cosa, si la tuviera, por saber lo que hace esa niña y dónde la ocultan.

Poco después la señorita Sally se limpió la pluma en el vestido y abandonó su asiento, diciendo que iba a comer. Unos momentos después Ricardo observó que bajaba por una escalerilla a la cueva.

—¡Ah, caramba! —exclamó—, va a dar de comer a la criadita. ¡Ahora o nunca!

Mirando por la barandilla apenas hubo desaparecido la señorita en aquella oscuridad, buscó a tientas el camino y llegó a una puerta que Sally acababa de atravesar llevando en la mano un pedazo de pierna de carnero. Era un lugar triste y oscuro, húmedo y bajo de techo; la chimenea donde se guisaba estaba rellena de ladrillos a fin de que sólo pudiera consumir una escasa cantidad de carbón. Todo estaba cerrado con llave: el carbón, las velas, la sal, la manteca; todo, en una palabra. Un camaleón se hubiera muerto allí desesperado.

La pequeña, en presencia de la señorita, bajaba humildemente la cabeza.

—¿Estás ahí? —preguntó ésta.

—Sí, señora —respondió la niña con voz apagada.

La señorita sacó una llave del bolsillo y abrió una despensa, sacando un plato de patatas más duras que piedras y lo dejó sobre la mesa, diciendo a la criadita que fuera comiendo. Después, afilando bien el trinchante, cortó dos delgadísimas rebanadas de carne y, sosteniéndolas en la punta del tenedor, las enseñó a la niña diciendo:

—¿Ves esto?



La muchacha, que con el hambre que tenía hubiera visto cualquier cosa, respondió que sí y la señorita Sally las dejó en el plato diciendo:

—Entonces, ten cuidadito con decir a nadie que aquí no te dan carne. ¡Come!

La infeliz criatura hizo lo que le mandaban; luego la señorita le preguntó si quería más y, como la niña estaba segura de que era pura fórmula, respondió que no.

—Has comido carne —repuso la señorita Sally resumiendo los hechos—, has tenido toda la que podías comer; te preguntan si quieres más y dices que no. Tenlo presente y no te quejes diciendo que no te dan lo que necesitas.

Con estas palabras, la señorita guardó la carne, cerró la despensa y se quedó observando a la niña hasta que terminó su ración de patatas.

La señorita Brass tenía seguramente algún motivo de queja contra aquella niña, porque no podía estar cerca de ella sin darle algún golpe con la hoja del cuchillo en la cabeza, en la espalda o en algún otro sitio, y cuando ya se retiraba, con gran sorpresa de Ricardo, volvió y le dio una paliza. La pobre niña gimió de un modo como si temiera levantar la voz y la señorita, tomando un polvo de rapé, subió la escalera, precisamente cuando Ricardo llegaba al bufete.

FIN DE «LA ODISEA DE NELLY»

SEGUNDA PARTE

EL DESCANSO TRAS LA LUCHA

CAPÍTULO I

POLICHINELAS EN BEVIS MARK

Entre otras rarezas de que cada día daba alguna muestra, el caballero misterioso tenía la de ser muy aficionado a los polichinelas, tomando un gran interés en sus representaciones.

Si alguna vez llegaba a Bevis Mark el sonido de la trompeta anunciadora de que los saltimbanquis pasaban cerca, se vestía apresuradamente, echaba a correr hacia el sitio donde oía el sonido y pronto volvía con la tienda y sus propietarios frente a casa del señor Brass. El caballero subía a instalarse cómodamente en una ventana y empezaba la función con todo el acompañamiento de tambores y gritos. Estos espectáculos hicieron una revolución en la tranquila barriada de Bevis Marck y la quietud huyó de aquellos lugares.

Nadie, sin embargo, se disgustó tanto como el mismo Sansón, que empleó todos los medios posibles para alejar a aquellos molestos saltimbanquis, aunque sin ofender a un inquilino tan estimable.

—Hace dos días que no hemos tenido por aquí a los saltimbanquis —decía Brass una tarde—: espero que no volverán.

—¿Por qué? —murmuró Sally—. ¿Te perjudican?

—¿Que si me perjudican? —replicó Sansón—. Pues qué, ¿es una cosa agradable estar oyéndolos continuamente, distrayéndonos y haciendo que uno rechine los dientes desesperado? ¿No es un inmenso perjuicio tener la calle interceptada con una pandilla de granujas que deben de tener la garganta de…, de…?

—¡Brass! (bronce) —exclamó Swiveller.

—Eso es, de bronce —prosiguió el procurador, mirando a Ricardo para cerciorarse de que no había dicho aquella palabra con mala intención—. ¿No es perjudicial eso?

Sansón paró aquí su invectiva, escuchó un lejano sonido y, apoyando la cabeza en la palma de la mano, con los ojos fijos en el techo exclamó:

—¡Ahí viene uno!

La ventana del caballero misterioso se abrió al momento.

—¡Ahí viene otro! —dijo Brass estupefacto al oír otro sonido.

El caballero bajó de un salto y se lanzó a la calle, dispuesto a hacerlos parar allí. Swiveller, a quien aquel espectáculo divertía mucho, porque le impedía trabajar, y Sally, para quien aquel movimiento era una inusitada fiesta, tomaron posiciones en la ventana, estableciéndose lo más cómodamente posible, dentro de las circunstancias.

Se dio una representación entera, que retuvo a los espectadores encadenados hasta el fin; al terminar, todos sentían esa sensación que sigue a un período de atención

sostenida, cuando el huésped, como de costumbre, dijo a los saltimbanquis que subieran a su cuarto.

—¡Los dos! —exclamó, viendo que solamente uno, pequeño y redondito, se disponía a aceptar la invitación—. Suban los dos, que quiero hablar con ambos.

—Ven, Tomás —dijo el hombrecillo.

—No soy aficionado a hablar —dijo el otro—, díselo así. ¿Para qué tengo que ir y hablar, si no tengo nada que decir?

—¿No ves que ese hombre tiene allí una botella y unos vasos? —dijo el otro con insistencia—. ¿Qué esperas? ¿Crees que el señor ese va a llamarnos otra vez? ¡No tienes pizca de educación!

Con estas observaciones, el hombre melancólico, que no era otro que Tomás Codlin, pasó delante de su amigo y compañero, Short o Trotter, y corrió hasta llegar a la habitación del caballero.

—Bueno, amigos míos, lo han hecho ustedes muy bien. Qué, ¿quieren tomar algo? Tengan la bondad de cerrar la puerta.

El caballero señaló dos sillas, expresando con un significativo movimiento de cabeza su deseo de que se sentaran. Los señores Codlin y Short, después de mirarse mutuamente dudosos e indecisos, concluyeron por sentarse en el borde de las sillas que les habían sido indicadas, en tanto que el caballero llenaba un par de vasos y los invitaba a beber con suma cortesía.

—Están ustedes bien tostados por el sol —dijo el caballero—. ¿Han viajado mucho?

Short hizo un signo afirmativo y sonrió. Codlin hizo un gesto igual, corroborando el aserto de su locuaz compañero con una especie de gruñido.

—¿En ferias, carreras de caballos, mercados y cosas por el estilo, supongo? —prosiguió el misterioso caballero.

—Sí, señor —dijo Short—, hemos recorrido casi todo el oeste de Inglaterra.

—He hablado con hombres de la profesión de ustedes que habían recorrido el norte, el este y el sur; pero no había encontrado uno que viniera del oeste.

—Nosotros hacemos nuestra ruta por esa parte generalmente en verano, aunque hay muchos días lluviosos, en los cuales no ganamos nada.

—Voy a llenar los vasos otra vez.

—Muchas gracias, señor —dijo Codlin interviniendo en la conversación, que hasta entonces había llevado Short—. Yo sufro mucho en esos sitios, pero nunca me quejo. Short puede quejarse todo lo que quiere, pero si me quejo yo…

—Codlin vale mucho —dijo Short mirándole de soslayo—, pero a veces se duerme. Acuérdate de la última feria donde estuvimos.

—¿Cuándo cesarás de mortificarme? —murmuró Codlin—. Estaba atendiendo mi negocio y no podía mirar a veinticinco sitios al mismo tiempo. Si yo no serví para cuidar de un viejo y una niña, tampoco tú; así, no tenemos nada que echarnos en cara.

—Vale más que no hablemos de eso, Tomás —dijo Short—. Creo que no interesa por ningún concepto a este caballero.

—Entonces, no debías tú haberlo traído a cuento —añadió Codlin—, y suplico a este señor que nos dispense por obligarle a escuchar nuestras querellas.

El caballero había estado escuchando con perfecta tranquilidad cuanto decían los saltimbanquis, como si esperara la oportunidad de preguntar algo, o de encauzar la conversación otra vez hacia el asunto anterior. Pero cuando llegaron al punto en que Short acusaba a Codlin de dormilón, mostró en la discusión un interés creciente, que fue aumentando hasta llegar al máximo.

—Ustedes son los dos hombres que yo necesito —dijo—; los dos hombres que he estado buscando sin poder encontrarlos. ¿Dónde están ese viejo y esa niña de que han hablado?

—Señor… —murmuró Short mirando a su amigo y titubeando.

—Sí, ese viejo y esa niña que viajaban con ustedes, ¿dónde están? Si hablan y lo dicen, tengan la seguridad de que no perderán ustedes nada; al contrario, tendrán más de lo que pueden esperar. Han dicho ustedes que los perdieron de vista en las carreras, según he podido entender. Sabemos su ruta hasta allí, pero nada más; allí parecen perderse. ¿No tienen ustedes algún dato, algo que sirva de clave para encontrarlos?

—¿No te dije siempre —dijo Short mirando con asombro a su amigo— que seguramente andarían indagando su paradero?

—¿Y no dije yo —repuso Codlin— que aquella hermosa niña era la criatura más interesante que jamás había yo visto? ¿No te dije varias veces que la quería y que no sabría dónde ponerla? ¡Preciosa criatura! Parece que la estoy oyendo: «Codlin es mi amigo, Short no», mientras una lágrima de gratitud se escapaba de sus ojos.

Al decir esto, Codlin se limpió los ojos con la manga de su chaqueta y movió la cabeza con aire de pena, dejando que el caballero supusiera que desde que había desaparecido la joven había perdido su felicidad.

—¡Dios mío! —murmuró el caballero—, ¿habré encontrado al fin a estos hombres para saber únicamente que no pueden darme ningún dato? ¡Hubiera sido mucho mejor seguir viviendo con la esperanza de encontrarlos, que haberlos hallado y ver destruidas mis esperanzas de un golpe!

—Espere usted —dijo Short—, un hombre llamado Jerry… ¿Tú conoces a Jerry, Tomás?

—¡No me hables de él! ¿Qué me importa a mí Jerry cuando pienso en mi preciosa niña? «Codlin es mi amigo», decía; «Codlin, no Short».

—Un hombre que se llama Jerry —continuó Short dirigiéndose al caballero—, que tiene una colección de perros, me dijo incidentalmente que había visto a la niña y a su abuelo en algo así como una colección de figuras de cera que por casualidad vio transportar de un lado a otro. Como habían huido de nosotros, y él los vio por el campo, ni traté de buscarlos ni pregunté más. Pero si usted quiere, puedo averiguarlo.

—¿Está en Londres ese hombre? —dijo con impaciencia el caballero—. ¡Dígamelo pronto!

—No, no está hoy; pero estará mañana, porque se aloja en nuestra casa —repuso Short con rapidez.

—Tráigamelo usted —dijo el misterioso caballero—. Aquí hay una guinea: si por medio de ustedes encuentro a esa gente, esta guinea será el principio de veinte más. Vuelvan mañana y no hablen con nadie de este asunto; cosa que creo inútil advertir, porque ya cuidarán de callarse por su propia cuenta. Denme las señas de su casa y retírense ustedes.

Los dos hombres dieron las señas pedidas y se marcharon seguidos de la turba que los esperaba en la puerta. El caball horas en mortal agitación, paseando arriba y abajo las curiosas cabezas de Ricardo Swiveller y Sally Brass.

CAPITULO II

PESQUISAS

En tanto que se desarrollaban los sucesos narrados anteriormente, Kit, en la granja Abel, en Finchley, se captaba la voluntad de los señores Garland, de su hijo, de Bárbara y de la jaca, llegando a encontrarse tan a gusto como en su propia casa. Esto no quiere decir que olvidara a su familia y aquella humilde casita donde vivían su madre y sus hermanos. Jamás hubo una madre más alabada por su hijo que la de Kit, que nunca se cansaba de contar a Bárbara las bondades de su madre y las gracias y travesuras de Jacobito. Y en cuanto a su casa, sabía la pobreza que reinaba en ella, comprendía cuan diferente era de la de sus amos y, sin embargo, pensaba en ella gustoso, viéndola en su mente como un paraíso. Con toda la frecuencia posible, según la liberalidad del señor Garland, enviaba a su madre algún que otro chelín; algunas veces, cuando le enviaban cerca, tenía el placer de hacer una escapada para dar un abrazo a aquella madre adorada y a sus hermanitos, siendo la admiración de todos los vecinos, que oían embebecidos la descripción que de la granja, de sus maravillas y magnificencias hacía el buen muchacho.

Aunque gozaba del favor de todos los habitantes de la granja, quien más le distinguía con una predilección notoria era la obstinada jaca, que en sus manos llegó a convertirse en el animal más manso y tranquilo del mundo. Verdad es que a medida que obedecía a Kit se hacía más desobediente e indómita respecto de los demás y que aun guiada por él, solía ponerse juguetona y dar botes, pero Kit logró persuadir de tal modo a la señora de que sólo su genio alegre era lo que la ponía tan juguetona, que si hubiera volcado el coche, hubiera tenido la seguridad de que lo había hecho con la mejor intención del mundo.

Kit llegó a ser una maravilla completa en todos los asuntos relacionados con el establo; un jardinero bastante bueno, un auxiliar muy útil en la casa y un servidor indispensable para Abel, que cada día le daba nuevas pruebas de confianza y aprecio. El notario Witherden le consideraba mucho y hasta Chuckster, el pasante, se dignaba saludarle con aire de agrado y protección. Una mañana, como de costumbre, Kit enganchó el coche y condujo a Abel a casa del notario. Se disponía a retirarse con el coche, cuando oyó que Chuckster le llamó, diciéndole que le necesitaban en la oficina.

—¿Ha olvidado algo el señorito Abel? —preguntó Kit bajando del pescante.

—No me preguntes —dijo el pasante—, entra y lo verás. Kit se limpió cuidadosamente los zapatos y llamó a la puerta, que fue abierta instantáneamente por el notario en persona.

—Entra, Cristóbal, entra —dijo el notario. Y después, dirigiéndose a un caballero de cierta edad, grueso y bajo, que estaba en la habitación, añadió:

—Éste es el joven. Los señores Garland, clientes míos, quedaron prendados de él en mi misma puerta. Tengo mis razones para creer que es un buen muchacho y que puede usted creer cuanto le diga. Voy a presentarle a su amo, el señor Abel Garland, un joven escritor muy notable, que trabaja en mi bufete, y amigo particular mío, caballero.

—Para servir a usted —dijo el caballero desconocido.

—Igualmente, caballero —murmuró Abel con dulzura—. ¿Deseaba usted hablar con Cristóbal?

—Sí, si usted me lo permite.

—Con mucho gusto, caballero.

—El asunto que me trae aquí no es un secreto; al menos, no debe serlo aquí —añadió el caballero desconocido, viendo que Abel y el notario se disponían a retirarse—. Se refiere a un comerciante de antigüedades a quien este joven servía y que me interesa mucho encontrar. He estado muchos años ausente de esta ciudad y soy rudo y poco cortés en mis maneras, mas espero que ustedes me dispensarán, caballeros.

—Nada tenemos que dispensar, señor —replicaron a una Abel y el notario.

—He hecho muchas indagaciones en el barrio donde vivió dicho señor, y allí he sabido que este joven le servía; encontré la casa donde vive su madre, y esta señora me encaminó aquí, como el sitio más a propósito para adquirir noticias suyas. Ésta es la causa de mi presencia aquí esta mañana.

—Me alegro mucho de que esa causa me ofrezca la oportunidad de verme honrado con su visita —dijo el notario.

—Caballero, habla usted como un hombre de mundo; pero creo que vale usted mucho más —repuso el desconocido—, así que no se moleste en dirigirme cumplidos.

—¡Hum! —tosió el notario—, es usted muy llano, señor.

—Soy llano en todo; en mi conversación y en mis hechos. Si usted halla ofensa en mi trato, ya tendremos ocasión de buscar excusas.

El notario parecía algo desconcertado por la manera como aquel hombre conducía la conversación; Kit le miraba atónito y con la boca abierta, pensando en el modo como le hablaría a él, cuando hablaba así nada menos que a un notario. Sin embargo, no mostró dureza al dirigirse al muchacho, diciéndole apresuradamente:

—¿Espero que no me harás la injuria de creer que hago estas pesquisas con otro objeto que el de servir y ayudar a los que busco? Te suplico que no lo dudes y que confíes en mi palabra. El caso es, caballeros —prosiguió, dirigiéndose al notario y a Abel—, que me encuentro en una posición penosa e inesperada. Me encuentro detenido, completamente paralizado en mis averiguaciones por un misterio que no puedo penetrar. Vine a esta ciudad con un objeto que me interesa mucho, esperando no encontrar obstáculos ni dificultades en mi camino; pero todos los esfuerzos que

hago sirven únicamente para envolverme más en las tinieblas: casi no me atrevo a seguir adelante, por temor de que los que busco con tanta ansiedad se alejen aún más. Aseguro a ustedes que si pudieran darme alguna luz en el asunto, no les pesaría; antes estarían contentos si pudieran comprender cuánto la necesito y qué peso tan grande me quitarían de encima.

La sencillez de esta confidencia tocó el corazón del notario, que contestó en el mismo tono diciendo que lo comprendía y que haría cuanto estuviera en su mano para ayudarle.

El desconocido empezó a hacer preguntas a Kit acerca de su antiguo amo, de la niña, de sus costumbres, su soledad y su aislamiento. Las ausencias nocturnas del anciano, la soledad de la niña en aquellas ocasiones, la enfermedad del anciano, su desaparición súbita, Quilp y sus rarezas; todo fue asunto de preguntas, respuestas, discusión y comentarios. Finalmente Kit informó al caballero de que la tienda estaba desalquilada y que un cartel pegado en la puerta decía que los que solicitaran verla acudieran a Sansón Brass, procurador en Bevis Mark, que tal vez podría darle más informes.

—A mí no; no puedo solicitar ver la tienda, porque precisamente vivo en casa de Brass —repuso el caballero.

—¿Vive usted en casa de Brass el procurador? —exclamó el señor Witherden con gran sorpresa, porque le conocía perfectamente.

—¡Ay! —fue la respuesta—. Llegué allí hace unos días, principalmente porque había visto el anuncio de la tienda. Me importa poco el sitio donde había de vivir y creía que tendría más facilidad para obtener informes allí que en parte alguna. Sí, vivo en casa de Brass, cosa que supongo habla poco en mi favor, ¿verdad?

—Eso es cuestión de apreciación —dijo el notario—: su honradez en los negocios es dudosa.

—¿Dudosa? —repuso el otro—. Me alegro mucho de saber que hay duda; yo creí que eso estaba decidido ya hace mucho tiempo. ¿Podría hablar unos minutos privadamente con usted?

El señor Witherden asintió y ambos entraron en otra habitación, en la que permanecieron cosa de un cuarto de hora; después volvieron al bufete, pareciendo hallarse en muy buena armonía.

—No quiero detenerte más —dijo el caballero grueso poniendo una corona en la mano de Kit y mirando al notario—. ¡Pronto te necesitaré! Por supuesto, de este asunto no digas una palabra a nadie, excepción hecha de tus amos.

—Mi madre se alegraría de saber…

—¿Saber qué?

—Lo que se refiere a la señorita Nelly, si no había de perjudicarla.

—¿Se alegraría? En ese caso, puedes decírselo, si sabe guardar el secreto. ¡Pero ten cuidado; ni una palabra a nadie más! ¡Cuidado con olvidarlo!

—Descuide usted, señor —repuso Kit—. No lo diré a nadie. Muchas gracias, señor, y buenos días.

Pero ocurrió que el caballero, en su afán de insistir con Kit para que no dijera a nadie lo que había pasado entre ellos, fue con él hasta la puerta para repetirle la advertencia, y precisamente entonces Swiveller, que estaba parado en la calle, levantó los ojos y vio juntos a Kit y al caballero misterioso.

Fue una casualidad, que ocurrió del modo siguiente: Ricardo iba a un recado de Brass, que era socio de un casino al cual asistía también Chuckster, y al verle parado en la calle, cruzó a la acera de enfrente y se detuvo para hablar con él. En una de las veces que levantó la vista, halló al huésped de Bevis Mark en conversación seria con Cristóbal Nubbles.

—¡Hola! —dijo Ricardo—. ¿Quién es ése?

—Uno que vino esta mañana a ver a mi principal —respondió Chuckster—. Es lo único que sé de él.

—Pero, al menos, sabrá usted su nombre —prosiguió Dick.

—Pues no lo sé tampoco. Lo único que sé es que por causa de él estoy aquí parado hace veinte minutos, por lo cual le aborrezco con odio mortal y le perseguiría hasta los confines de la eternidad, si tuviera tiempo para ello.

Entre tanto, el objeto de esta conversación entró de nuevo en la casa sin que Ricardo lo notara y Kit llegó hasta allí, siendo interrogado por Swiveller con el mismo éxito.

—Es un caballero muy amable —dijo Kit—; eso es todo lo que sé de él.

Esta respuesta excitó la ira de Chuckster, que se desató en indirectas, y Dick, después de unos momentos de silencio, preguntó a Kit adónde iba. Al saberlo, dijo que precisamente aquél era su camino, así que le agradecería le dejara subir al coche. Kit hubiera rehusado seguramente, pero Swiveller, sin esperar su venia, se había instalado ya junto a él; no tuvo, pues, más remedio que fustigar a la jaca y salir a galope, para evitar despedidas entre Chuckster y su consocio.

Como la jaca estaba cansada de esperar, y Ricardo fue todo el camino animándola para que anduviera, apenas si pudieron hablar por el camino; únicamente al llegar a la casa habló aquél, diciendo a Kit:

—Es un trabajo duro, ¿eh? ¿Quieres tomar cerveza?

Kit declinó la invitación, pero después consintió y ambos se encaminaron a una cervecería próxima.

—Beberemos a la salud de nuestro amigo sin nombre —dijo Dick levantando la espumosa copa—, ese que hablaba contigo esta mañana, ¿sabes? Yo le conozco; es un buen hombre, muy excéntrico y… ¡sin nombre!

Kit brindó también.

—Vive en mi casa —prosiguió Ricardo—; es decir, en casa del funcionario de quien soy una especie de socio cooperativo. Es un individuo que no se clarea fácilmente, pero le queremos, le queremos.

—Tengo que marcharme, señor, si usted no dispone otra cosa —dijo Kit levantándose.

—No tengas prisa, Cristóbal —repuso el anfitrión—. Vamos a brindar por tu madre.

—Muchas gracias, señor.

—Tu madre es una mujer excelente, Cristóbal —dijo Ricardo—, una buena madre; tenemos que obligarle a que haga algo por tu madre. ¿La conoce?

Kit movió la cabeza y, mirando a hurtadillas al curioso, le dio las gracias y se marchó sin añadir una palabra más.

—¡Uf! —dijo Ricardo sorprendido—: ¡qué raro es esto! Todo lo que se refiere a la casa Brass son misterios. ¡Pero hay que callar! Hasta ahora he hecho confianza con todo el mundo, pero de aquí en adelante procuraré manejarme solo. ¡Es raro… muy raro!

Después de abismarse en reflexión profunda unos minutos, levantó la cabeza y bebió otra copa de cerveza, y llamando después al muchacho que le había servido, le dio unos cuantos consejos sobre la templanza, le encargó que llevara el servicio al mostrador y, metiéndose las manos en los bolsillos, sorprendido todavía, desapareció entre los traseúntes.

CAPÍTULO III

VACACIONES

Aunque Kit tuvo que esperar largo rato a Abel aquella tarde, no fue a ver a su madre, no queriendo anticipar la alegría del día siguiente. Porque el día siguiente era el gran día, el más esperado en aquella época de su vida; era el día en que debía cobrar el primer trimestre, una cuarta parte del sueldo anual de seis libras, que sumaba la respetable cantidad de treinta chelines. Aquel día siguiente tendría media vacación, podría divertirse y Jacobito sabría lo que eran ostras e iría al circo.

Todo contribuía a hacer el día más solemne; sus amos declararon que no le descontarían nada por lo que le adelantaron para su equipo, antes bien, lo considerarían como un regalo que le habían hecho; el caballero desconocido le había dado una corona, añadiendo así cinco chelines a aquella pequeña fortuna; sabía que alguien buscaba y seguía la pista con verdadero interés para favorecer a la señorita Nelly. Además, era también el día de cobranza de Bárbara; ésta tendría media vacación, lo mismo que Kit, y la madre de Bárbara iba a ser de la partida, yendo todos a tomar té con la madre de Kit y a entablar amistad mutuamente.

¡Qué contentos se pusieron! ¡Con qué gusto firmaron su recibo cuando el señor Garland, poniéndoles el dinero en la mano, les manifestó individualmente su satisfacción!

Y después la madre de Bárbara, ¡qué satisfecha se mostró de ver a Kit y cómo alabó sus buenas cualidades!

La madre de Kit, por su parte, los recibió espléndidamente. Los pequeños fueron muy buenos, todo fue a las mil maravillas y antes de cinco minutos todos eran tan amigos como si se conocieran de toda la vida.

—Las dos somos viudas —dijo la madre de Bárbara—. Era forzoso que nos conociéramos.

—No tengo ninguna duda —añadió la señora Nubbles—. ¡La lástima es que no nos hayamos conocido antes!

Así continuaron en agradable conversación hasta que llegó la hora de pensar en la función, para la cual tenían que hacer grandes preparativos de chales y sombreros, sin contar con un pañuelo lleno de naranjas y otro lleno de manzanas, que requerían algún tiempo antes de quedar perfectamente atados, dada la tendencia que tenían aquellas frutas a rodar por la mesa. Al fin todo estuvo listo y marcharon con gran prisa.



Llegaron al teatro y, dos minutos después, antes de que se abriera la puerta, medio aplastaron a Jacobito: el pequeño recibió algunas contusiones, la madre de Bárbara perdió el paraguas, y Kit dio un golpe en la cabeza a un hombre con el lío de manzanas porque había empujado a las madres con inusitada violencia, y le armó una trifulca. Una vez sentados, confesando que no podían haber encontrado mejores puestos ni aun escogiéndolos consideraron todo lo sucedido como parte esencial de la fiesta.

La madre de Kit había hablado incidentalmente de Nelly cuando tomaban el té, y Bárbara, en medio del interés que el circo despertaba en ella con los diversos espectáculos que se ofrecían a su vista y que tan pronto la hacían reír como quedarse suspensa, no podía alejar de su mente a la niña.

—Esa Nelly, ¿es tan bonita como la señora que salta las cintas?

—¿Tanto como ésa? —dijo Kit—. ¡Es doble bonita!

—¡Ay, Cristóbal! Yo creo que esa señora es la criatura más hermosa del mundo —dijo Bárbara.

—¡Qué tontuna! —observó Kit—. Es bonita, no lo niego, pero recuerda lo pintada y compuesta que está. Tú eres mucho más bonita que ella, Bárbara.

—¡Cristóbal! —dijo Bárbara ruborizándose.

—Sí, hija mía, y lo mismo tu madre.

¡Pobre Bárbara!

El circo no fue nada en relación con lo que gozaron después en un despacho de ostras. Entraron en un reservado y pidieron tres docenas de ostras de las mayores que hubiera. Kit indicó al camarero que anduviera listo y, cumpliendo el encargo, pronto estuvo de vuelta con pan tierno, manteca fresca y ostras enormes; todo acompañado de un gran jarro de cerveza.

Empezaron a cenar con buen apetito, excepto Bárbara, que declaró que sólo podría comer dos, aunque a fuerza de ruegos pudo llegar hasta cuatro. La nota más saliente de la noche fue Jacobito, que comió ostras como si hubiera nacido sólo para ese oficio y después se entretuvo chupando las conchas. El pequeñín no cerró los ojos en toda la noche, pero estuvo muy quieto, tratando de meterse una naranja entera en la boca y mirando las luces atentamente. En suma, jamás hubo una cena más alegre. Cuando Kit, pidiendo un vaso de algo caliente para terminar, propuso brindar por los señores Garland, difícilmente se hubieran encontrado en el mundo seis personas más felices que aquéllas.

Pero como toda felicidad tiene su término, y como era ya tarde, convinieron en que iba siendo hora de retirarse; así que, después de acompañar a Bárbara y su madre a casa de unos amigos, donde iban a pasar la noche, y de haber hecho grandes planes para el próximo trimestre, citándose para volver a Finchley muy tempranito, Kit y su madre, cogiendo en brazos a los pequeños, se volvieron alegremente a su casa.

CAPITULO IV

PREPARANDO EL VIAJE

A la mañana siguiente Kit despertó con esa sensación de cansancio que sigue a un día de diversión y ya no sentía tanto placer al pensar en el próximo trimestre.

Apenas los resplandores del sol saliente le indicaron que era tiempo de partir para empezar de nuevo sus diarias obligaciones, salió para encontrar a Bárbara y a su madre en el sitio designado de antemano, teniendo cuidado de no despertar a su familia, no sin haber entregado a su madre todo el dinero que le quedaba.

Llegaron a Finchley tan a tiempo, que Kit pudo limpiar perfectamente el caballo y Bárbara ocuparse en los asuntos culinarios antes de que los señores bajaran a almorzar; puntualidad que éstos supieron apreciar. A la hora fijada, o mejor aún, al minuto, pues toda la familia era el orden y la puntualidad personificados, Abel salió para tomar el coche que pasaba para Londres, pues Kit tenía que ayudar al señor Garland en un trabajo de jardinería.

—De modo que has hallado un nuevo amigo, ¿eh, Kit? Eso me ha dicho Abel —dijo el anciano.

—Sí, señor, y se portó muy bien conmigo, por cierto.

—Me alegro mucho de oírlo —dijo el caballero con una sonrisa—, pero creo que está dispuesto a portarse mejor aún, Cristóbal.

—¿De veras, señor? Es muy bondadoso al pensar así, pero yo nada he hecho que merezca su atención —repuso Kit.

—Parece que tiene gran deseo de tomarte a su servicio —prosiguió el caballero —. ¡Ten cuidado no te caigas de esa escalera! —añadió, viendo que Kit vacilaba al clavar un clavo, subido en los últimos travesaños de una escalera de mano.

—¿Tomarme a su servicio? —exclamó Kit sorprendido—. Supongo que no lo dice de veras.

—Sí, sí, lo dice formalmente; así, al menos, lo ha dicho Abel.

—¡Nunca he oído cosa igual! —observó Kit mirando a su amo—. Y por cierto que me sorprende mucho.

—Mira, Cristóbal, este es un asunto que te interesa mucho y debes pensarlo —continuó el señor Garland—. Ese caballero puede darte más sueldo que yo. No creo que te trate con más cariño y confianza, no, seguramente no; pero sí que pague mejor tus servicios.

—Bueno —repuso Kit—, ¿qué importa eso?

—Déjame continuar —repuso el anciano—, no es eso todo. Ese caballero sabe que fuiste un criado fiel cuando servías a tus últimos amos, y si, como es su deseo, llega a encontrarlos, seguramente tendrás tu recompensa. Además, tendrías así el

placer de reunirte con esos amos a quienes tanto quieres. Tienes que considerarlo todo, Kit, y no tomar ninguna decisión sin pensarlo bien.

Kit sintió un vértigo, un dolor momentáneo; pensando continuar en la resolución que había tomado ya, comprendió que así renunciaba a la realización de sus acariciadas esperanzas, pero su vacilación sólo duró un instante y respondió a su amo:

—Ese señor no tiene derecho alguno para creer que yo voy a dejar a mis señores por irme con él. ¿Cree que soy tonto?

—Tal vez lo creerá más si rehúsas su oferta, Cristóbal —repuso gravemente el señor Garland.

—Pues dejadle que lo crea. Después de todo, a mí me importa poco lo que crea o deje de creer. Estoy seguro de que sería una locura dejar a unos amos tan cariñosos, tan buenos, que me recogieron en la calle pobre y hambriento (más pobre y desvalido de lo que usted puede pensar, señor), para irme con otro amo, sea quien fuere. Si la señorita Nelly apareciera y me necesitara, entonces tal vez pediría a usted permiso para que me dejara verla de cuando en cuando y servirla en lo que pudiera, después de cumplir aquí mis obligaciones. Si aparece, sé que será rica, como decía siempre su abuelo; así pues, tampoco me necesitará. No, no, no me necesitará —añadió Kit moviendo la cabeza con aire triste—, ¡y bien sabe Dios que me alegraría de que así fuera! Aunque yo la serviría de rodillas.

Kit siguió expresando el agradecimiento que sentía por sus amos con frases muy elocuentes, y no sabemos cuánto hubiera tardado en bajar de la escalera si no se hubiera presentado Bárbara diciendo que habían llevado una carta de la oficina, que puso en manos de su amo.

—Di al mensajero que entre, Bárbara —dijo el anciano después de leerla, y volviéndose a Kit, añadió—: Veo que no te sientes inclinado a dejarnos y para nosotros sería una verdadera pena separarnos de ti, pero si ese caballero te necesita una hora o cosa así de cuando en cuando, tendremos mucho gusto en concedérselo y esperamos que accederás a sus deseos. Aquí viene el pasante. ¿Cómo está usted, caballero?

Este saludo se dirigía a Chuckster, que respondió alabando las bellezas del país y los encantos de aquella casa y suplicando le dejaran llevarse a Kit, como decía la carta, a cuyo fin tenía un coche esperando a la puerta.

El señor Garland consintió y propuso a Chuckster tomar un refresco antes de partir.

Cuando llegaron a casa del notario, Kit entró directamente en la oficina, donde Abel le invitó a sentarse para esperar al caballero que deseaba verle, porque había salido y quizá tardaría; predicción que se cumplió, porque Kit comió, tomó el té y se durmió varias veces antes de que aquel misterioso personaje apareciera. Al fin llegó apresuradamente y se encerró en una habitación con el notario; después llamaron a

Abel y continuaron la conferencia. Ya Kit empezaba a preguntarse para qué le necesitarían, cuando le avisaron que entrase también él.

—Cristóbal, he encontrado a tus amos —le dijo el caballero apenas entró.

—¿Dónde están, señor? —preguntó Kit con los ojos húmedos y brillantes de alegría—. ¿Cómo están? ¿Están lejos de aquí?

—Muy lejos —repuso el caballero moviendo la cabeza—, pero me voy esta noche para traerlos y quiero que tú vengas conmigo.

—¿Yo, señor? —exclamó Kit lleno de sorpresa y alegría.

—El lugar donde me ha dicho el hombre de los perros que los vio está a unas quince leguas de distancia, ¿no es eso? —dijo mirando al notario como interrogándole.

—De quince a veinte —repuso éste.

—¡Uf! Si viajo toda la noche, llegaré allí mañana tempranito; pero la cuestión es que, como no me conocen, y la niña teme que quieran coger a su abuelo para encerrarle, necesito llevar a este muchacho, a quien conocen, para que pueda ser testigo de mi benévola intención.

—Sí, sí —dijo el notario—, es preciso que vayas, Cristóbal.

—Dispensen ustedes, señores —exclamó Kit, que había escuchado en silencio esta relación—, pero temo que si esa es la única razón, mi ida produciría probablemente un efecto contraproducente. La señorita Nelly me conoce y confiaría en mí, pero su abuelo no quería verme delante de sí antes de su enfermedad. Yo no sé por qué, ni nadie lo sabe; pero la señorita me dijo que no tratara de verle jamás. Temo que si voy, toda la molestia que usted se toma resultará inútil. Daría cuanto poseo por ir, pero es mucho mejor que no vaya.

—¡Otra dificultad! —exclamó el impetuoso caballero—. ¿Ha habido alguien que encuentre más contrariedades que yo? ¿Hay alguien que los conozca y en quien ellos tengan confianza?

—¿Hay alguien, Cristóbal? —le preguntó el notario.

—Nadie, señor, excepto mi madre —respondió Kit.

—¿La conocen ellos? —preguntó el caballero misterioso.

—¡Conocerla! Claro que sí, señor: ella era la que iba con mucha frecuencia para hacer los recados y la querían tanto como a mí. Desde que desparecieron, está esperando el día que vayan a su casa.

—¿Y dónde diablos está esa mujer? —dijo el caballero con impaciencia cogiendo su sombrero—. ¿Por qué no ha venido? ¿Cómo es que no está aquí cuando la necesitan?

Y el caballero se disponía a echar a correr para obligar por fuerza a la madre de Kit a entrar en una silla de postas y llevársela, pero Abel y el notario le impidieron llevar a cabo tan violenta resolución, persuadiéndole de que podía preguntar a Kit si ella estaría dispuesta a emprender un viaje tan rápido.

Esta pregunta dio origen a dudas en Kit, a violentas demostraciones en el caballero y a discursos tranquilizadores por parte de Abel y del notario.

Al fin Kit prometió que su madre estaría pronta dentro de dos horas para emprender la expedición y salió escapado, a fin de tomar sus medidas para el exacto cumplimiento de aquella promesa.

Marchó aprisa por calles populosas, por callejones extraviados, por plazas y sitios solitarios, hasta llegar, como siempre que iba por aquellos barrios, a la tienda de antigüedades. Observó su aspecto triste y estropeado, sus cristales rotos, las telarañas que abundaban por todas partes, sin saber cómo había llegado allí, y después de unos minutos emprendió el camino de su casa.

—¿Y si no estuviera mi madre allí? —pensó según iba llegando—. Si no la encontrara, el buen caballero se pondría hecho una furia. ¡Y no veo luz! ¡Y está cerrada la puerta!

Llamó dos veces y al fin se asomó una vecina, la cual le dijo que su madre estaba en una iglesia a la que solía ir algunas noches.

—Haga usted el favor de decirme dónde está, porque necesito verla inmediatamente.

No fue asunto fácil, porque ninguna de las vecinas sabía bien el camino; al fin hubo una que pudo dirigirle y echó a correr como alma que lleva el diablo.

La iglesia era pequeña: sillas y bancos esparcidos por el centro estaban ocupados por algunas personas que dormitaban, sin oír el largo y pesado sermón que un eclesiástico predicaba. Allí estaba la madre de Kit pudiendo a duras penas tener los ojos abiertos después de la vigilia de la noche anterior. El pequeño dormía en sus brazos y Jacobito, a su lado, tan pronto dormía como despertaba sobresaltado, creyendo que el predicador le reñía por dormir.

—Ya estoy aquí —se dijo Kit—; pero ¿cómo voy a persuadirla para que salga? ¡No se despierta y el reloj sigue corriendo!

Mirando de un lado a otro, sus ojos se fijaron en una silla colocada frente a la epístola, y allí sentado estaba Quilp, que, aunque no había notado su presencia ni la de su madre, llamó la atención de Kit, que se quedó absorto mirándole.

Al fin se decidió a obrar y, acercándose a su madre, cogió al niño de entre sus brazos sin decir una palabra.

—¡Chist! —dijo luego—. Sal conmigo, que tengo que decirte una cosa.

—¿Dónde estoy? —preguntó la madre.

—En esta bendita iglesia —respondió Kit con mimo.

—Bendita. Verdaderamente no sabes cuan bien me siento estando aquí.

—Sí, madre, ya lo sé; pero vámonos sin meter ruido.

—¡Detente, Satanás, detente! —gritaba el predicador precisamente cuando Kit quería salir.

—¿Ves cómo el sacerdote dice que te detengas? —dijo la madre.

—¡Detente —seguía gritando el cura—, no tientes a la mujer para que te siga! Lleva en el brazo una tierna ovejuela…

Kit era el muchacho más condescendiente del universo, pero le faltó poco para increpar al predicador. Al fin consiguió llevarse a su madre; en el camino hacia su casa le explicó lo que había pasado en casa del notario y lo que el caballero misterioso esperaba de ella.

La madre encontró una porción de inconvenientes para emprender el viaje: no tenía ropa, no podía dejar solos a los niños y otras mil dificultades, pero Kit las obvió todas y unos minutos después de la hora marcada llegó con su madre a casa del notario, donde una silla de postas esperaba ya a la puerta.

—¡Perfectamente! —exclamó el caballero—. Señora, esté usted tranquila, no le faltará nada. ¿Dónde está el baúl con la ropa y demás cosas que hemos de llevar para los fugitivos?

—Aquí. Tómalo, Cristóbal, y ponlo en el coche —dijo el notario.

El caballero, dando el brazo a la madre de Kit, la llevó al coche con tanta cortesía como si hubiera sido una dama de rango y se sentó a su lado.

El coche se puso en movimiento y la señora Nubbles, asomada a una ventanilla, encargaba a su hijo que cuidara de los pequeños.

Kit, parado en medio de la calle, miraba con lágrimas aquella partida. No lloraba por los que se iban, sino por los que volverían. Marcharon a pie —pensaba— sin que nadie los despidiera, pero volverán en ese lujoso carruaje y en compañía de un caballero rico. ¡Se acabaron todas sus penas!

Lo que pensaría después, no lo sabemos; pero tardó tanto tiempo en entrar en casa del notario, que éste y Abel salieron a buscarle.

CAPÍTULO V

LA HUIDA

Dejemos a Kit meditabundo y absorto y volvamos al encuentro de Nelly, tomando el hilo de esta verídica narración en el punto en que la dejamos en el volumen anterior.

En uno de aquellos paseos en que seguía a cierta distancia a Eduarda y a su hermana, paseos que hasta allí habían constituido su único placer, la luz desapareció entre sombras y el día se convirtió en noche. Las hermanas se retiraron y volvió a quedar sola. Sentada en un banco en medio de la quietud de la noche, reflexionaba sobre su vida pasada y presente, y se preguntaba lo que sería la futura. Una separación paulatina iba teniendo lugar entre Nelly y su abuelo: todas las noches, y aun a veces de día, el viejo se ausentaba, dejando a la niña sola, evadía sus preguntas y aun a veces su misma presencia; pero sus peticiones de dinero y su agobiado semblante indicaban a Nelly algo muy doloroso para la pobre niña.

Sobre todo esto meditaba el día, o por mejor decir, la noche de que venimos hablando, cuando sintió sonar en la torre de la iglesia vecina unas campanadas que anunciaban que eran las nueve. Se levantó y emprendió la vuelta al pueblo.

Pasando por un rústico puentecillo de madera que conducía a un prado, vio de repente un resplandor muy vivo y, fijándose más, descubrió algo que le pareció un campamento de gitanos que habían encendido fuego y se hallaban sentados o tendidos a su alrededor. Esto no alteró su ruta, porque era tan pobre que nada temía, pero apresuró el paso.

Un tímido movimiento de curiosidad la impulsó a mirar hacia el fuego, y una silueta que percibió interpuesta la obligó a detenerse instantáneamente; pero suponiendo que no era la persona que en un principio creyó reconocer, siguió adelante. El sonido de voces que le parecieron muy familiares, aunque no podía distinguir claramente lo que hablaban, hizo que volviera la cabeza; la persona que antes creyó reconocer estando sentada, estaba entonces en pie, encorvada y apoyada en un bastón. Efectivamente, era su abuelo.

El primer impulso de la niña fue llamarle; después pensó cómo y con quién estaría allí, y por último sintió vivísimo deseo de saber a qué había ido. Se fue acercando a la lumbre y, parada entre los árboles, pudo ver y oír sin peligro de que la observaran.

Allí no había mujeres ni niños, como ella había visto en otros campamentos gitanos; únicamente había un hombre de estatura atlética que, con los brazos cruzados y recostado sobre un árbol, miraba ya al fuego, ya a un grupo de tres hombres que estaban cerca, mostrando gran interés por enterarse de su conversación. En ellos

reconoció a su abuelo y a los dos jugadores que había en la hostería en la memorable noche de la tormenta.

—¿Adónde va usted? —decía el hombre gordo al anciano—. Parece que tiene mucha prisa. Váyase, váyase si quiere; usted sabe lo que debe hacer.

—Ustedes me hacen pobre, me explotan y se burlan de mí —exclamó el anciano —; entre los dos van a volverme loco.

La actitud irresoluta y débil del viejo entristeció a la niña, pero continuó escuchando y fijándose cuidadosamente en todos los gestos.

—¡Voto a Satanás! ¿Qué quiere usted decir? —dijo el gordo abandonando la posición que tenía, tumbado en el suelo, y levantando la cabeza—. ¿Qué hacemos a usted pobre? Usted sí que nos empobrecería a nosotros si pudiera. Eso es lo que ocurre con estos jugadores quejumbrones y mezquinos. Si pierden, son mártires; pero cuando ganan no consideran que los demás lo son. En cuanto a explotarle, ¿qué quiere usted decir con ese lenguaje tan soez?

Cambió con su compañero y con el gitano algunas miradas que daban a entender que los tres estaban de acuerdo con algún propósito incomprensible para Nelly.

El viejo miró al que antes le hablara, diciéndole:

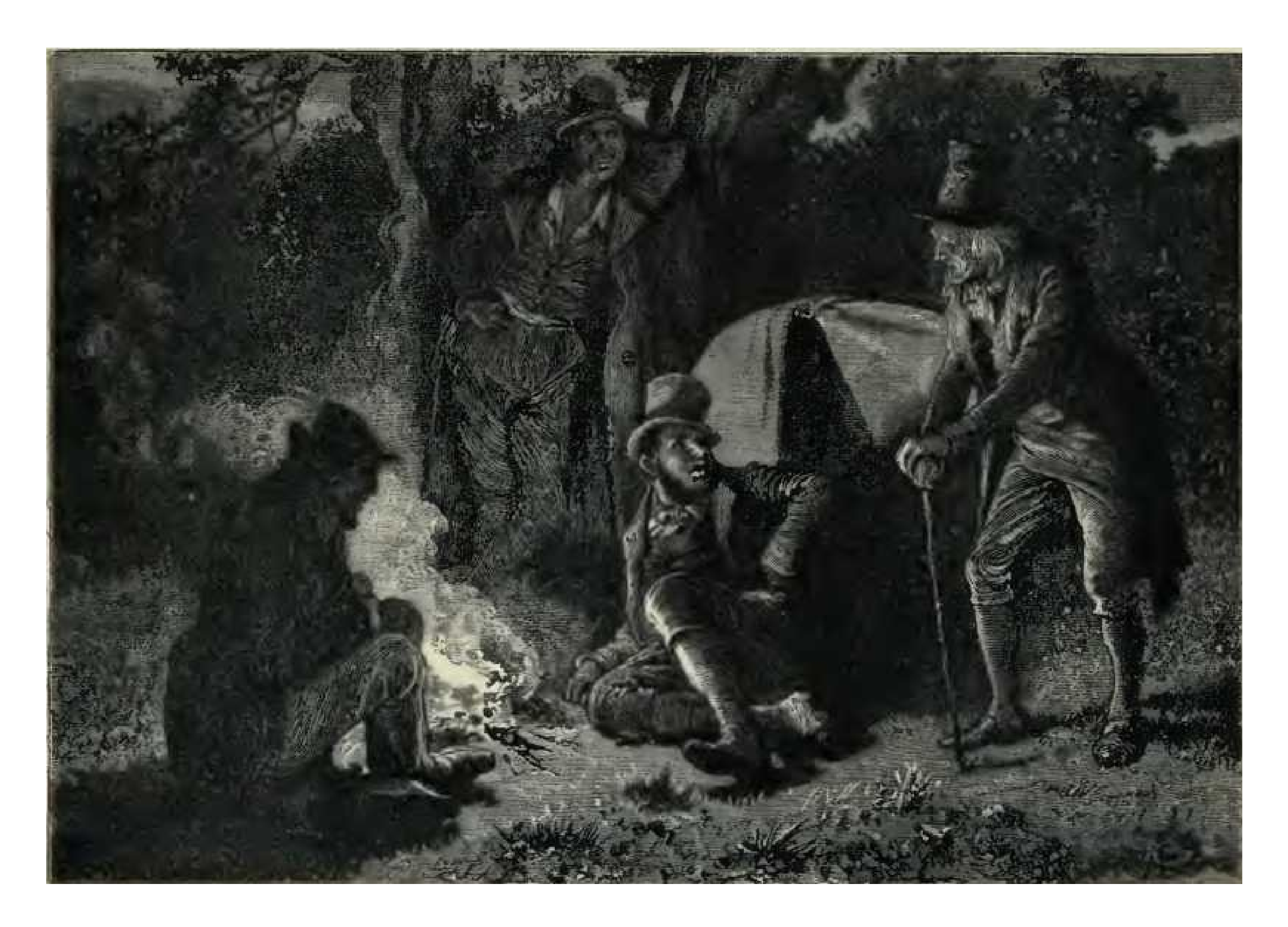
—¿Por qué usa usted tanta violencia conmigo? No diga usted que no me explotan.

—No, aquí somos caballeros honrados —añadió el otro haciendo intención de terminar la frase de un modo más demostrativo.

—No le trates con dureza, Jowl —dijo Isaac—. Siente mucho haberte ofendido y desea que continúes con lo que decías antes.

—Lo desea, ¿eh? —repuso el otro.

—¡Ay! —murmuró el viejo vacilando—. Siga usted, siga, es inútil oponerme; siga usted.



—Entonces, prosigo —dijo Jowl— donde quedé cuando se levantó usted tan repentinamente. Si tiene la persuasión de que la suerte va a cambiar, como seguramente tiene que ser, y no tiene usted medios para seguir jugando, aprovéchese de lo que parece puesto de propósito a su alcance. Es decir, tómelo usted a cuenta y cuando pueda lo devolverá.

—Ciertamente —añadió Isaac—, si esa buena señora de las figuras tiene dinero, lo guarda en una caja cuando se acuesta y no cierra su puerta por temor a un fuego, la cosa es muy sencilla; es providencial, podríamos decir. Todos los días van y vienen personas extrañas. ¿Qué cosa más natural que esconderse bajo el lecho de esa señora? Eso es muy fácil hacerlo; las sospechas recaerán sobre cualquiera antes que sobre usted. Le daré el desquite hasta el último céntimo que traiga, sea cual sea la cantidad.

—¿Tanto tienes? —preguntó Isaac—. ¿Es bastante fuerte la banca?

—¿Fuerte? Dame esa caja oculta entre las mantas —añadió dirigiéndose al gitano, el cual volvió a poco trayendo una caja de caudales, que Jowl abrió con una llave que sacó del bolsillo.

—¿Ven ustedes? —dijo cogiendo montones de monedas y dejándolas caer poco a poco—. Caen como agua. ¿Oyen su sonido? Pues no hables de banca, Isaac, hasta que la tengas tú.

Isaac protestó, diciendo que él jamás había puesto en duda el crédito de un caballero tan leal en sus tratos como el señor Jowl y que su único deseo y el objeto de su conversación había sido ver aquella riqueza.

Así continuó aquella conversación, que tanto excitaba al viejo, hasta que concluyó por dar su palabra de llevar el dinero al día siguiente.

—¿Y por qué no esta noche? —preguntó Jowl.

—Porque es muy tarde y estaría excitado —dijo el anciano—. Tengo que hacerlo con tranquilidad. ¡Mañana!

—Sea mañana, entonces —replicó Jowl—. Vamos a beber a la salud de este buen hombre.

El gitano sacó tres vasitos y los llenó de aguardiente hasta los bordes. El viejo se volvió y murmuró algo mientras bebía. Nelly creyó oír su propio nombre unido a una ferviente plegaria que pareció expresada como una súplica de agonía.

—¡Dios tenga misericordia de nosotros y nos ayude en este trance! —murmuró la niña—. ¿Qué haré para salvarle?

La conversación en voz baja continuó aún algunos minutos y, después, el viejo, despidiéndose de aquellos malvados, se retiró.

Éstos le observaron y, cuando estuvo lejos, cuando se perdió entre las sombras de la distante carretera, se miraron uno a otro y soltaron una carcajada.

—Ha necesitado más exhortación de lo que yo creía —dijo Jowl—, pero al fin es nuestro. Hace tres semanas que andamos tras eso. ¿Cuánto crees que traerá?

—Lo que quiera que sea, ya sabes que hemos de ir a medias —contestó Isaac.

El otro asintió, añadiendo:

—Tenemos que despachar pronto el asunto y marcharnos, porque si no sospecharán de nosotros.

Isaac y el gitano manifestaron su conformidad y se divirtieron un poco a costa del viejo en una juerga que la niña no entendía; así pues, procurando no ser vista, emprendió la vuelta y, lacerada en cuerpo y alma por los espinos y matorrales del camino y por los dolores morales que sufría, se arrojó en su lecho apenas llegó a casa.

La primera idea que cruzó por su mente fue huir; huir inmediatamente, alejándose de aquellos lugares, pues prefería morir de hambre en medio del camino, antes que consentir que su abuelo sucumbiera a tan terrible tentación. Después se acordó de que el robo debía cometerse al día siguiente y que, por tanto, tenía tiempo de pensar y resolver lo que había de hacer. Poco después se sintió acometida de un temor horrible, pensando que nada impedía que el hecho se verificara en aquel momento, y ya creía oír en el silencio de la noche gritos agudos. ¡Quién sabe lo que su abuelo sería capaz de hacer si se veía cogido infraganti y sólo tenía que luchar con una mujer! Era imposible sufrir aquel tormento. Corrió al lugar donde se guardaba el dinero, abrió la puerta y miró. ¡Dios sea loado! No estaba allí su abuelo y la dama dormía tranquilamente.

Volvió a su cuarto y procuró dormir; pero ¿quién podía dormir con aquellos temores? Cada vez la acosaban más, hasta que al fin, loca y con el cabello en desorden, corrió junto al lecho del anciano, le cogió por las muñecas y le despertó.

—¿Qué es eso? —gritó el anciano levantándose sobresaltado y fijándose en aquel semblante cadavérico.

—He tenido un sueño horrible —dijo la niña con una energía que sólo podía darle el terror—, ¡un sueño horrible! Ya lo he soñado otra vez. He soñado con hombres viejos como tú, abuelo, que entraban a oscuras, de noche, en una habitación y robaban a personas que dormían.

El viejo tembló, juntando las manos en actitud de ruego.

—No, no me ruegues a mí —murmuró la niña—, ruega al cielo para que nos salve de ese peligro. Esos sueños son realidades. Yo no puedo dormir, no puedo permanecer aquí y no puedo dejarte solo bajo el techo donde abrigo tales temores. Levántate y huyamos.

El abuelo la miró como si fuera un espíritu y tembló más aún.

—No hay tiempo que perder, no quiero perder un minuto —dijo Nelly—. Levántate y vámonos. ¡Vámonos!

—¿Ahora? —murmuró el viejo.

—Sí, ahora mismo; mañana sería tarde. El sueño puede repetirse; únicamente la huida puede salvarnos. ¡Levántate!

El anciano saltó del lecho con la frente inundada de sudor e inclinándose ante la niña como si fuera un ángel enviado para conducirle a donde quisiera, se dispuso a seguirla. Ella le tomó la mano y salió delante.

Al pasar junto a la puerta de la habitación donde él intentaba robar, la niña tembló y miró al abuelo. Se asustó al ver su semblante lívido y su mirada avergonzada.

Nelly, llevando siempre a su abuelo como si temiera separarse de él un momento, entró en su propio cuarto, recogió su hatillo y su cesta y entregó al anciano un zurrón, que éste se sujetó a la espalda con una correa, le dio el bastón y salieron.

Con paso precipitado y sin mirar atrás una vez siquiera, atravesaron varias calles, llegaron a una colina coronada por un antiguo castillo y ascendieron por ella penosamente. Al llegar junto a los muros del ruinoso edificio, la luna brilló en todo su esplendor, desde aquel venerable lugar engalanado con yedras, musgos y plantas trepadoras, la niña miró al pueblo que dormía hundido en las sombras del valle; al río, que murmuraba en su serpenteante y plateado curso, y soltando la mano que aún retenía entre las suyas, se arrojó al cuello del anciano deshecha en lágrimas.

CAPÍTULO VI

POR AGUA

Pasada aquella debilidad momentánea, la niña se afirmó en la resolución que la había sostenido hasta allí, tratando de conservar en su mente la idea de que huían de la desgracia y del crimen, y de que el buen nombre de su abuelo dependía únicamente de su firmeza, sin que ni una palabra, ni un consejo, ni una mano amiga vinieran en su auxilio. Animó a su abuelo a seguir adelante y no volvió más la cabeza.

Mientras el anciano, subyugado y abatido, parecía doblegarse ante ella como si estuviera en presencia de un ser superior, la niña experimentaba una sensación nueva que la elevaba, inspirándole una energía y una confianza en sí misma que jamás había sentido antes. Todo el peso, toda la responsabilidad de la vida había caído sobre ella y, por lo tanto, ella era la que debía pensar y obrar por los dos.

—Le he salvado —pensaba—, y le recordaré en todos los peligros y en todas las penas.

La noche seguía avanzando: desapareció la luna, las estrellas fueron ocultando su brillo y los resplandores del alba aparecieron poco a poco. Después salió el sol, desvaneció las neblinas y animó el mundo con sus fulgores. Cuando sus rayos empezaron a calentar la tierra, se sentaron en las márgenes de un río y se quedaron dormidos, sin que Nelly soltara el brazo de su abuelo.

Un confuso rumor de voces, oído en sueños, despertó a la niña, que se encontró con un hombre parado junto a ellos y otros dos en una barca, que parecían sorprendidos de verlos allí.



—¿Qué es esto? —decía uno.

—Dormíamos, señor; hemos andado toda la noche —dijo Nelly.

—¡Vaya un par de sujetos a propósito para andar toda la noche! Uno es algo viejo para eso, y la otra, demasiado joven. ¿Y adónde van ustedes?

Nelly titubeó y señaló al azar hacia occidente, a lo que el hombre preguntó si quería decir a cierto pueblo que nombró. Nelly, para evitar más preguntas, respondió que sí.

—¿De dónde vienen ustedes? —fue la pregunta siguiente; y como ésta era más fácil de contestar, Nelly dio el nombre de la aldea donde habían encontrado al bondadoso maestro de escuela, suponiendo que allí cesarían las preguntas.

—Supusimos que alguien había molestado y robado a ustedes, eso es todo. Buenos días.

Devolviéndoles el saludo y sintiéndose libre de un peso, Nelly observó cómo subía el hombre sobre uno de los caballos que tiraban de la barca y que ésta emprendía la marcha. No había ido muy lejos cuando se paró otra vez la barca e hicieron señas a la niña.

—¿Me llamaban ustedes? —dijo Nelly corriendo hacia ellos.

—Pueden venirse con nosotros si quieren —dijo uno de los de la barca—, vamos al mismo sitio.

La niña titubeó un momento, pero pensando que los hombres con quienes había visto a su abuelo podían perseguirlos, en su afán de apoderarse del botín que esperaban, decidió marchar en la barca para hacerles perder todo rastro de ellos. Aceptó, pues, la oferta y acercando otra vez la barca a la orilla, subieron a bordo y se deslizaron por el río.

Llegaron a una especie de muelles y Nelly supo allí que no llegarían hasta el día siguiente al punto adonde iban; así es que como no llevaban provisiones de boca, tenían que proveerse de ellas allí. Como tenía muy poco dinero, no se atrevió a comprar más que pan y un poco de queso. Después de una media hora, la barca emprendió de nuevo su camino.

Nelly pasó ratos desagradables oyendo cómo aquellos hombres toscos reñían entre sí por cualquier cosa; a veces hasta disputaban por quién ofrecería un vaso de cerveza, pero con ella eran corteses en sumo grado y la trataban con gran respeto.

Se hizo de noche otra vez y, aunque la niña tenía frío, sus sentimientos respecto de su abuelo la sostenían contenta, pensando que dormía a su lado y que el crimen a que le había impulsado su locura no se había cometido. Este era su gran consuelo en medio de aquellas molestias.

Llegó después un momento en que uno de ellos, borrachos ya, le pidió que hiciera el favor de cantar.

—Tiene usted unos ojos muy bonitos, una voz preciosa y una memoria muy buena. Las dos primeras cualidades están a la vista; la tercera me la figuro yo. Conque cante, cante alguna canción.

—Creo que no sé ninguna, señor —respondió la niña.

—¿Que no? Lo menos sabe usted cuarenta —dijo el hombre en un tono tan grave que no admitía réplica—. Sé que sabe usted cuarenta. Venga una, la más bonita, y ahora mismo.

Nelly, para evitar las consecuencias de irritar a su nuevo amigo, tuvo que cantar algunas canciones que aprendió en tiempos más felices. Pronto se unieron a la suya las voces de los demás tripulantes, formando así un coro cuyas discordantes notas despertaron a más de un soñoliento campesino.

Llegó la mañana y empezó a llover. La niña no podía sufrir el vapor del camarote y la cubrieron con unos sacos embreados que la preservaran de la humedad. Todo el día estuvo lloviendo; la lluvia adquirió tal intensidad, que por la tarde diluviaba torrencialmente.

Por fin la barca atracó en un muelle y los hombres se ocuparon inmediatamente en sus asuntos. La niña y su abuelo, después de esperar en vano para darles las gracias y preguntarles por dónde irían, saltando a tierra y pasando por un callejón sucio y estrecho, llegaron a una calle populosa. Entre el ruidoso tumulto y la lluvia se detuvieron tan confusos y sorprendidos como si hubieran vivido mil años antes y acabaran de resucitar milagrosamente.

CAPÍTULO VII

POR TIERRA Y POR FUEGO

La masa de gente circulaba en dos direcciones opuestas, sin dar muestras de cansancio, sin cesar un momento, ocupada con sus asuntos individuales; sin preocuparse de coches, ni de carros cargados, ni de los caballos que resbalaban sobre el pavimento, ni del choque del agua en los cristales y paraguas, ni de los mil confusos ruidos que son propios de las calles de mucho movimiento en tanto que nuestros dos viajeros, asombrados y estupefactos por la prisa que todos revelaban, y de la que, sin embargo, no participaban ellos, se asemejaban a náufragos que, llevados por las olas del poderoso océano, se cansaran de ver agua por todas partes, sin poder obtener una sola gota para refrescar sus ardorosas fauces.

Para guardarse de la lluvia se guarecieron bajo el quicio de una puerta, desde el cual observaron a cuantos pasaban; pero nadie pareció fijarse en ellos, ni a nadie se atrevieron a acudir en demanda de auxilio. Transcurrido algún tiempo dejaron aquel lugar de refugio y se mezclaron con los transeúntes.

Atardeció. El movimiento disminuyó y fueron sintiéndose más y más solos al ver que la noche avanzaba rápidamente. La pobre Nelly, temblando por causa del frío y de la humedad, enferma de debilidad y abatimiento, necesitó toda su fuerza de voluntad para seguir adelante, teniendo además que oír las quejas de su abuelo, que le reprochaba el haber abandonado a la señora Jarley y la instaba para volver allá.

No teniendo un cuarto y sin saber qué resolución tomar, volvieron al muelle, esperando que les permitieran dormir en la barca donde habían hecho el viaje; pero hallaron la puerta cerrada y unos perros que ladraban furiosamente los obligaron a retirarse.

—Tenemos que dormir al aire libre —exclamó la niña con débil voz—; mañana trataremos de ir a algún sitio tranquilo donde ganar el sustento trabajando humildemente.

—¿Por qué me has traído aquí? ¡No puedo sufrir esto! Estábamos tan tranquilos… ¿Por qué me obligaste a abandonar nuestra colocación? —rugió el viejo iracundo.

—Porque no quería volver a tener aquel mal sueño de que te hablé, abuelo, y que si no vivimos entre gente muy pobre, vendrá otra vez —respondió la niña casi llorando—. Mírame, abuelo, yo también sufro; pero si tú no te quejas, no exhalaré un lamento.

—¡Pobre, infeliz niña! —exclamó el anciano fijándose en aquel pálido semblante, en aquel traje sucio y estropeado, en aquellos pies doloridos y destrozados—. ¡Para esto he perdido mi felicidad y todo lo que tenía!

—Si estuviéramos en el campo —murmuró la niña—, buscaríamos un árbol copudo y dormiríamos bajo sus ramas, pero pronto estaremos allí. Entretanto debemos alegrarnos de estar en un sitio tan populoso, porque si alguien nos persigue aquí perderá todo rastro de nosotros. Eso es un consuelo, en medio de todo. Mira, abuelito, allí hay un escalón alto, en aquella puerta oscura. Está seco y no hace frío, porque el viento no da en él, pero… ¿qué es eso? —y lanzó un gritó al ver una forma negra que salió de repente del lugar donde iban a refugiarse y se quedó parada mirándolos.

—Vuelvan a hablar —dijo la sombra—, creo conocer esa voz.

—No, señor —respondió la niña—. Somos forasteros, y como no tenemos dinero para pagar por recogernos en algún sitio, íbamos a guarecernos aquí.

Había una lámpara lo bastante cerca para ver la miseria de aquel lugar. La persona que había salido de la sombra llevó a la niña y a su abuelo bajo aquella luz, como si quisiera demostrarles que no tenía interés en ocultarse ni quería cogerlos de sorpresa. Era un hombre de mal aspecto y vestido miserablemente, pero la expresión de su rostro no era dura ni feroz.

—¿Cómo han pensado ustedes en refugiarse ahí? —dijo—, o mejor aún, ¿cómo es que a estas horas andan buscando un refugio?

—Únicamente nuestras desgracias tienen la culpa de todo —murmuró el anciano.

—¿No ve usted cuan mojada y débil está esta niña? Las calles frías y húmedas no son el mejor sitio para ella.

—Lo sé perfectamente, pero no puedo hacer otra cosa.

El hombre miró otra vez a Nelly y tocó su traje, que goteaba por todos los pliegues, y después de unos momentos dijo:

—Puedo dar a ustedes un poco de calor, nada más. Vivo en esa casa —señalando a la puerta de donde había salido—, pero se está mejor dentro que fuera. El fuego está en un lugar molesto, pero pueden pasar la noche cerca de él y en salvo, si quieren confiar en mí. ¿Ven aquella luz?

Ambos levantaron los ojos y vieron un ligero resplandor en el cielo, débil reflejo de un fuego distante.

—No está lejos —dijo el hombre—. ¿Quieren que los lleve allá? Ustedes iban a dormir sobre ladrillos y yo puedo proporcionarles un lecho de ceniza caliente.

Y sin esperar otra respuesta que la alegría que vio en los ojos de Nelly, la cogió en brazos y dijo al anciano que le siguiera. Así caminaron cerca de un cuarto de hora por un sitio que, al parecer, era el más pobre y miserable de la ciudad, teniendo cuidado de salvar una porción de obstáculos que hallaron a su paso. Ya habían perdido la pista del camino por donde habían ido y no vislumbraban el reflejo de la luz en el cielo, cuando de repente la vieron salir por la chimenea de un edificio junto al cual se encontraban.

—Aquí es —dijo el hombre soltando a Nelly y dándole la mano—. No tengan miedo, nadie les hará daño.

Necesitaron confiar mucho en esta seguridad para entrar y, una vez dentro, volvieron a alarmarse ante el espectáculo que se presentó a su vista. Era una fundición de lingotes de hierro y acero, donde se oía un ruido insoportable. Hombres como gigantes manejaban enormes martillos, otros cuidaban de alimentar los hornos encendidos y otros, echados sobre montones de carbón o cenizas, dormían o descansaban del trabajo.

Por entre aquel extraño espectáculo, y en medio de ensordecedores ruidos, la niña y el viejo, guiados por su nuevo amigo, llegaron a un sitio oscuro donde ardía un horno noche y día. El hombre que había estado cuidando del fuego se retiró, y entonces el desconocido, extendiendo la capa de Nelly sobre un montón de cenizas, y mostrándole el sitio donde podía colgar las demás prendas para que se secaran, les indicó un lugar donde podían tenderse y dormir. Después él se tumbó delante de la puerta del horno.

La fatiga y el calorcillo hicieron dormirse pronto a la niña, sin que aquel estrepitoso ruido sonara en sus oídos más que como un agradable sonido, y con sus manos enlazadas en las de su abuelo, que dormía cerca de ella, se durmió y soñó.

Al despertar vio que alguien había extendido algunas ropas entre ella y el fuego para protegerla del calor, y mirando a su desconocido amigo, observó que continuaba en la posición que antes tenía. Miraba atentamente al fuego y tan quieto, que por un momento creyó que había muerto. Levantándose con precaución y acercándose a él, se atrevió a murmurar en su oído algunas palabras.

—¿Está usted, enfermo? —le dijo—. Todos están trabajando y usted está tan inmóvil…

—No se preocupan de mí, conocen mi genio. Se ríen de mí, pero no me molestan. Éste es mi amigo.

—¿El fuego? —preguntó la niña.

—Está encendido desde que nací, toda la noche la pasamos pensando y hablando juntos.

La niña le miró sorprendida, pero el hombre, mirando otra vez al fuego, murmuraba por lo bajo:

—Para mí es como un libro, el único libro que he leído jamás, y me cuenta muchas historias. Es como una música: conocería su voz entre mil; también veo en él figuras, diferentes caras y diversas escenas. El fuego me recuerda toda mi vida. Estaba exactamente igual cuando yo era niño y rondaba por aquí hasta que me dormía. Aquí murió mi padre, le vi caer ahí, precisamente donde arden esas cenizas. Cuando les encontré a ustedes esta noche en la calle, me acordé de mí mismo tal como yo era cuando mi padre murió y quedé solo, porque mi madre había muerto al nacer yo y eso fue lo que me inspiró la idea de que vinieran aquí. Cuando les he visto a ustedes durmiendo junto al fuego, me acordé otra vez; pero ha dormido usted poco. ¡Échese otra vez, échese!

Así diciendo la llevó otra vez a la ceniza y la cubrió con las ropas que la envolvían cuando despertó, y volviéndose junto al fuego, echó carbón y permaneció inmóvil como una estatua. La niña continuó observándole algún tiempo, pero al fin cedió a la somnolencia que se apoderaba de ella y se durmió tan tranquilamente como si hubiera estado en un palacio encantado y sobre un lecho de plumas.

Cuando despertó, el sol entraba por las ventanas, iluminando con su alegre luz aquel tenebroso lugar, que, por lo demás, continuaba exactamente igual que de noche.

Participaron del almuerzo de su amigo (una escasa ración de café y pan moreno) y después trataron de averiguar dónde había alguna aldea separada de todo lugar concurrido.

—Conozco poco el país, porque rara vez salimos de aquí, pero sé que hay sitios como el que ustedes buscan.

—¿Lejos de aquí? —preguntó Nelly.

—Seguramente. ¿Puede haber algo fresco y frondoso cerca de nosotros? Toda la carretera está iluminada con fuegos como el nuestro; es una carretera negra, muy rara, que seguramente asustaría a cualquiera de noche.

—Estamos aquí y tenemos que seguir adelante —dijo la niña, viendo que su abuelo escuchaba atentamente.

—Gente ruda, caminos que no se han hecho para esos piececitos, mal camino. ¿No pueden volver atrás, hija mía?

—No —respondió Nelly—. Si usted puede encaminarnos, hágalo; si no, no trate de hacernos cambiar de propósito. Usted no puede comprender el peligro de que huímos, ni cuánta razón nos asiste para hacerlo así; si lo supiera, estoy segura de que no trataría de detenernos.

—¡Dios no lo quiera, si es así! —exclamó su desconocido protector paseando sus miradas desde la niña a su abuelo, que con la cabeza inclinada no separaba los ojos del suelo—. Enseñaré a ustedes el camino desde la puerta, lo mejor que pueda. ¡Ojalá que pudiera hacer más!

Luego les enseñó el sitio por donde podían salir de la ciudad y la carretera que debían seguir, entreteniéndose tanto en su explicación, que la niña, bendiciéndole fervorosamente, echó a andar sin pararse a oír más.

No había llegado a la primera esquina cuando su protector llegó a ellos corriendo y, cogiendo una mano de Nelly, dejó en ella dos monedas sucias y mohosas. Eran sólo dos monedas de cobre, pero seguramente parecerían de oro al ángel guardián que presenciara aquella escena.

Y así se separaron: la niña para llevar su sagrada carga lejos de la culpa y la vergüenza; el obrero, para encontrar un nuevo interés en sus cenizas y leer una historia nueva en el fuego.

CAPÍTULO VIII

LLEGA EL SOCORRO

En ninguno de los viajes anteriores habían deseado nuestros viajeros campos y aire libre tan ardientemente como entonces, cuando el ruido, el humo y el calor de la gran ciudad industrial los ahogaba, y parecía hacer imposible la salida de aquel lugar.

—Dijo que teníamos que pasar dos días y dos noches antes de salir de estos lugares —pensaba Nelly—. ¡Oh! Si llegamos otra vez al campo, si salimos de estos horribles sitios, aunque sólo sea para morir, daré gracias a Dios con todo mi corazón.

Sin otro recurso que las dos monedas de su protector, y sin más estímulo que el que le presentaba su propio corazón, la niña se propuso proseguir su viaje valerosamente.

—Tendremos que ir hoy muy despacio, abuelito —dijo cuando iban penosamente por las calles de la ciudad—, tengo los pies destrozados y me duele todo el cuerpo por la humedad que tomé ayer. Vi que nuestro protector nos miraba y seguramente contó con mi estado cuando dijo lo que tardaríamos en el camino.

—¿Y no habrá otro sitio por dónde ir? —dijo el anciano.

—Cuando salgamos de aquí, hallaremos lugares preciosos y viviremos en paz, sin tentaciones que nos induzcan al mal, pero hay que sufrir esto.

La niña andaba con más dificultad de lo que quería dar a entender a su abuelo, porque a cada paso que daba aumentaban sus dolores, pero no exhalaba una queja, y aunque el avance fue muy lento, fue avance al fin.

¡Pero cuántas penas y cuántos dolores! Pasaron dos días con un pedazo de pan y durmiendo al raso. La niña tuvo que sentarse para descansar muchas veces, porque sus pies se negaban a sostenerla.

Al llegar la tarde del segundo día, el anciano se quejó de hambre, la niña se acercó a una de las chozas que bordeaban el camino y llamó a la puerta.

—¿Qué quieres? —preguntó un hombre flaco asomándose.

—¡Una limosna, un pedazo de pan!

—¿Ves eso? —pregunto el hombre con voz ronca—. Es un niño muerto. Hace tres meses que nos encontramos sin trabajo más de quinientos hombres. Ése es mi hijo; el tercero que se me muere, y… es el último. ¿Crees que tengo pan que darte?

La niña se separó de la puerta e impelida por su gran necesidad, llamó a otra, que cediendo a la ligera presión de su mano, se abrió repentinamente. Dos mujeres disputaban dentro y hablaban también de su miseria; la niña comprendió que aquel lugar era semejante al anterior, y huyó de allí llevándose al abuelo de la mano.

Muerta de debilidad, con agudísimos dolores que no le permitían andar, siguió adelante, prometiéndose sostenerse mientras tuviera un resto de energía. Por la tarde

llegaron, al fin, a otra ciudad.

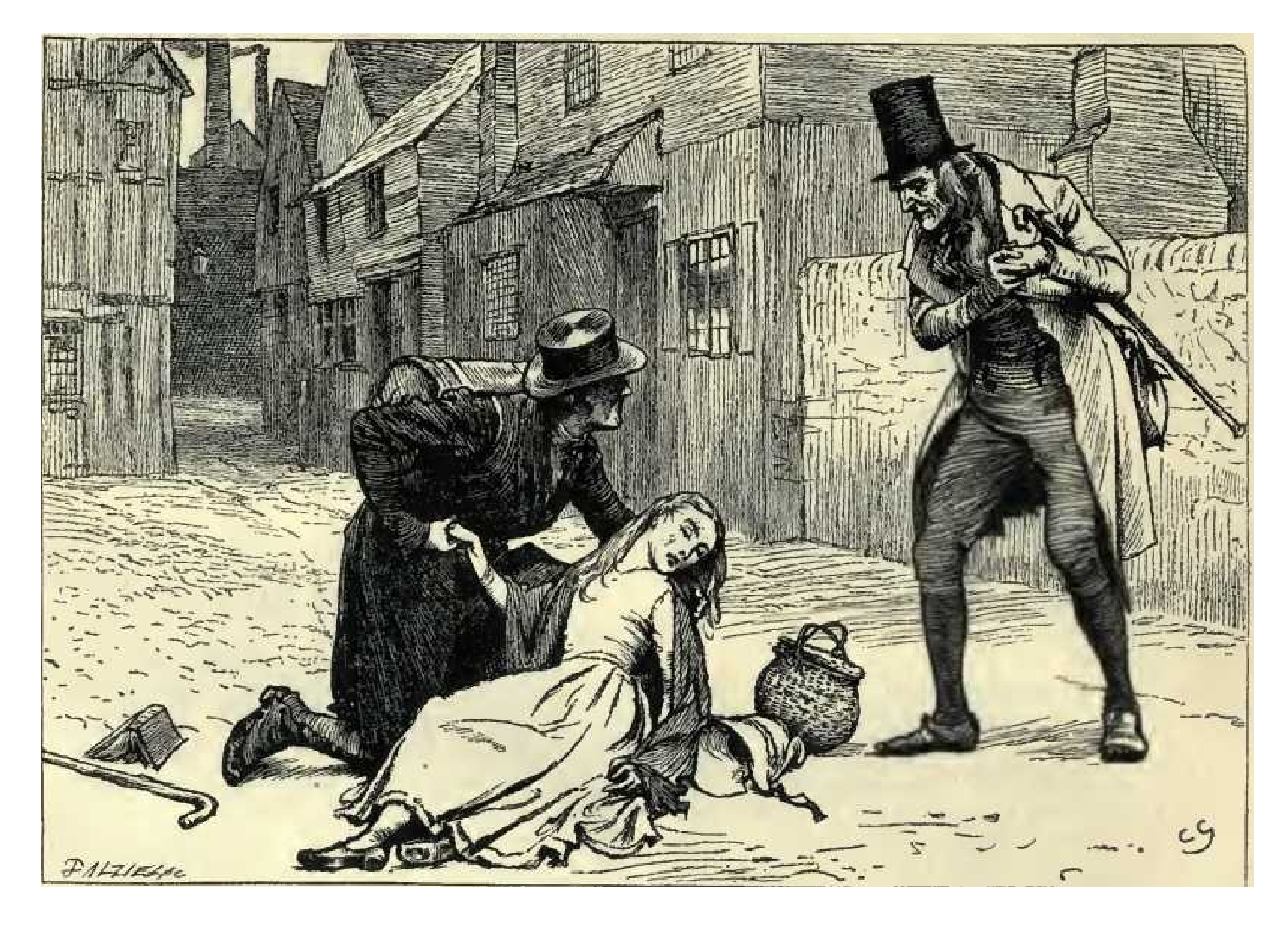
En el estado que se encontraban, era imposible sufrir la atmósfera de las calles. Mendigaron humildemente en algunas casas, pero fueron rechazados. Procuraron salir de allí lo más pronto posible y ver si en alguna casa solidaria de las afueras tenían compasión de ellos.

Llegaban ya a la última calle de la ciudad. La niña sentía que sus fuerzas se agotaban y que muy pronto le sería imposible seguir adelante, pero de repente apareció a cierta distancia de ellos un viajero que con una ligera maletilla sujeta a la espalda con una correa y apoyándose en un bastón, leía un libro, sin fijarse por dónde iba. Un rayo de esperanza iluminó el semblante de la niña, que, haciendo un esfuerzo supremo, trató de alcanzar al viajero y con voz desfallecida imploró su auxilio.

El viajero volvió la cabeza; la niña, uniendo las manos en actitud suplicante, lanzó un grito y cayó desmayada.

Era el pobre maestro de escuela, que, al reconocer a la niña, quedó tan sorprendido como ésta al ver que era él. Ante aquel inesperado encuentro, quedó silencioso y confundido, sin pensar siquiera en levantarla del suelo. Pero su confusión duró solamente un instante: arrojó el libro y el bastón, y poniéndose de rodillas en el suelo, procuró hacer que la niña volviera en sí por cuantos medios estuvieron a su alcance. El abuelo, sollozando y mesándose los cabellos, le pedía que hablara, que le dijera una sola frase, pero la niña continuaba insensible.

—Está completamente desfallecida —dijo el maestro fijándose en el semblante de la niña—; la ha hecho usted andar demasiado, amigo mío.



—¡Se muere de hambre! —murmuró el viejo—, hasta ahora no había podido comprender lo débil y enferma que estaba.

Mirando al anciano con lástima y reproche al mismo tiempo, y suplicándole que le siguiera, el maestro tomó en sus brazos a la niña y echó a andar apresuradamente hasta llegar a una hostería cercana, donde, sin reparar en nadie, penetró hasta la cocina y depositó su preciosa carga en una silla cerca del fuego.

Todos los concurrentes, que sorprendidos al ver aquel triste convoy se habían levantado y los habían seguido, hicieron lo que se suele hacer en tales casos, hablaron, expusieron varios remedios y se movieron de un lado para otro, hasta que llegó la hostelera con un poco de agua caliente y aguardiente, seguida de una criada con sales y otros reactivos que, administrados concienzudamente, hicieron que la niña se recobrara hasta el punto de poder dar las gracias con un débil murmullo a sus buenos protectores y alargar su mano al bondadoso maestro, que cerca de ella la contemplaba con ansiedad. Después las mujeres la colocaron en un lecho, la cubrieron perfectamente para que entrara en calor y enviaron a buscar un médico.

El sabio galeno, sacando su reloj, le tomó el pulso y ordenó que le dieran cada media hora una cucharada de agua y aguardiente muy caliente, que le envolvieran los pies en una bayeta, caliente también, y que le dieran para cenar algo ligero, así como un alón de gallina, un buen vaso de vino y el pan correspondiente, cosas todas que deleitaron a la hostelera, porque era precisamente lo que ella había hecho y dispuesto hasta allí.

Mientras preparaban la cena, la niña durmió tranquila con un sueño reparador. Al servírsela, manifestó disgusto por no tener allí a su abuelo; entonces le hicieron entrar y cenó con ella. Después arreglaron una cama para el anciano en un cuarto junto al de Nelly y ambos durmieron tranquilamente toda la noche.

Entretanto, la posadera acosaba a preguntas al pobre maestro, que podía satisfacer mal su curiosidad, toda vez que él mismo no sabía mucho de aquellos seres abandonados y errantes.

Después dio las gracias a aquella buena mujer, suplicándole que los atendiera bien por la mañana, que él lo pagaría todo, y se fue a acostar, cosa que pronto hicieron también todos los allí reunidos.

A la mañana siguiente, la niña estaba mejor, pero tan débil que necesitaba al menos un día de reposo antes de seguir el viaje. El maestro dijo que aquella detención no contrariaba sus planes y se detuvo también.

Por la tarde, cuando la niña pudo sentarse un poco en el lecho, el maestro entró en su cuarto a hacerle una visita y manifestarle su simpatía.

—En medio de tantas bondades —dijo Nelly—, soy desgraciada pensando la carga que somos para usted. No sé cómo darle las gracias, pues sin su ayuda hubiera muerto en el camino y mi abuelo estaría solo.

—Es mejor que no hablemos de morir, y en cuanto a la carga, he hecho fortuna desde que estuvisteis en mi casa.

—¿De veras? —exclamó la niña rebosando de alegría.

—Sí —murmuró su amigo—. Me han nombrado maestro de un pueblo bastante lejos de aquí y de la aldea donde estaba antes, con el sueldo de treinta y cinco libras anuales.

—¡Cuánto me alegro! —exclamó Nelly—. Le felicito con toda mi alma.

—Ahora voy allá —continuó el maestro—. Me pagan la diligencia y todos los gastos de viaje, pero como tenía tiempo de sobra para llegar, decidí ir a pie, a fin de pasear por el campo. Ahora me alegro mucho de haberlo hecho así.

—Nosotros somos los que debemos alegrarnos —contestó Nelly.

—Sí, sí, seguramente —añadió el maestro moviéndose inquieto en su silla—. Pero tú, ¿adónde vas?, ¿de dónde vienes?, ¿qué has hecho desde que saliste de mi aldea? ¡Por favor, dímelo todo! Conozco muy poco el mundo para poder dar consejos; tal vez tú pudieras dármelos a mí mejor, pero soy sincero y sabes que desde que murió aquel niño que era todo mi amor, todo mi cariño, sólo tú tienes mis simpatías, tú eres el legado que el pobre Enrique me dejó al morir.

La bondadosa franqueza del buen maestro, su afectuosa seriedad y la sinceridad que había en sus palabras, inspiraron confianza a la niña, que le contó toda su vida, toda su historia. No tenían parientes ni amigos, ella había huido con su abuelo para librarle de una casa de locos y de todas las desgracias que tanto temía, y ahora huía otra vez para librarle de sí mismo, buscando un asilo en algún lugar remoto y primitivo, donde no pudiera caer otra vez en aquella tentación tan temida.

El maestro la oía atónito.

—Esta niña —pensaba— ha luchado heroicamente contra todos los peligros, contra la pobreza y el sufrimiento, sostenida únicamente por la conciencia de que obra rectamente. Y, sin embargo, heroísmos así se encuentran en el mundo: ¿por qué me sorprendo al oír la historia de esta niña?

No nos importa lo que siguió pensando o pudo decir el maestro, pero sí saber que inmediatamente decidió que Nelly y su abuelo irían con él al pueblo adonde iba empleado, y que allí les buscaría alguna ocupación humilde para atender a su subsistencia.

—Lo conseguiremos —decía el maestro muy animado—, es un fin demasiado noble para no conseguirlo.

Arreglaron el viaje para la noche siguiente, a fin de poder tomar una diligencia que pasaba por allí llevando telones y vestuario de teatro. El conductor, por una pequeña remuneración, colocó a Nelly dentro, bastante cómodamente, entre los baúles y envoltorios, y dejó subir a los dos hombres y sentarse a su lado. Aquél fue un viaje delicioso. Un sueño largo y reposado por la noche y un despertar en el campo, oyendo los pájaros y aspirando los deliciosos perfumes que tanto ansiaba la pobre niña. Después, la entrada en otra ciudad, las calles populosas, el tráfico diario; todo sin molestias, descansados y sin sentir fatiga. Nunca hubiera podido creer la niña que un viaje en diligencia eran tan delicioso.

A veces bajaba del coche y andaba algunos kilómetros o bien, obligando al maestro o a su abuelo a entrar dentro y ocupar su puesto, se sentaba junto al conductor y contemplaba a su sabor el paisaje. Así prosiguieron el viaje hasta llegar a una gran ciudad, donde se detuvieron para pasar la noche. Después salieron al campo otra vez y pronto estuvieron cerca del punto de destino.

Antes de entrar en el pueblo, el maestro quiso que hicieran noche en una posada de las cercanías a fin de estar limpios y descansados antes de presentarse a las autoridades.

A la mañana siguiente fueron al pueblo, y el maestro condujo a Nelly y al anciano a una hostería para que le esperaran allí, mientras él iba a ver al alcalde y a buscar alojamiento.

La niña, sentada en la puerta, admiraba los alrededores del pueblo, las ruinas, el campo… y su alma, contenta y agradecida, se expandía en acción de gracias a Dios, que le concedía al fin un lugar de refugio y de descanso.

CAPÍTULO IX

CHASQUEADOS

La madre de Kit y el caballero misterioso, de quien hace tiempo no sabemos nada, salieron bien pronto de Londres conducidos en una magnífica silla de postas tirada por cuatro briosos caballos.

La pobre mujer, preocupada por sus hijos, iba como si fuera a un funeral, pero procuraba parecer tranquila e indiferente a todo.

Esto hubiera sido imposible para cualquier persona, a menos que sus nervios fueran de acero, porque el caballero era un torbellino, no pasaba dos minutos en la misma posición, estiraba las piernas, movía los brazos y se asomaba tan pronto a una ventanilla como a otra, cerrando después los cristales estrepitosamente. De cuando en cuando sacaba del bolsillo un objeto que encendía de repente, miraba al reloj y después tiraba la mecha encendida, sin preocuparse del efecto que podía producir. Hizo, en una palabra, tales extravagancias, que la pobre mujer, asustada, no podía pegar los ojos: iba con el alma en un hilo y pensando que se convertiría en tostón antes de volver a ver a sus hijos.

—¿Va usted cómoda? —decía alguna vez el caballero parándose de repente en uno de sus remolinos.

—Sí, señor, muchas gracias —le contestaba.

—¿De veras? ¿No tiene usted frío? ¿No le molesta nada?

—Sí, un poco el frío, solamente eso —decía la pobre mujer, por decir algo.

—¡Ya me lo figuraba yo! —decía el caballero bajando uno de los cristales delanteros—. Necesita usted algo que la entone. Pare usted en la posada más próxima —decía al conductor gritando—, y pida un vaso de aguardiente y agua bien caliente.

Era inútil que la señora Nubbles protestara que no necesitaba nada. El caballero era inexorable y, cuando agotaba todos los recursos que le obligaban a moverse, ocurría invariablemente que la madre de Kit necesitaba beber algo que la entonara.

Así, viajaron hasta medianoche, hora en que bajaron a cenar. El caballero pidió de todo lo más apetitoso que había en la casa, y como la madre de Kit no comía de todo a un tiempo ni toda la cantidad que le servía, se le puso en la cabeza que estaba enferma.

—Usted está enferma —le decía, sin hacer otra cosa que pasearse arriba y abajo por la habitación—. Va usted a desmayarse.

—Muchas gracias, señor, estoy perfectamente.

—No, señora, no, sé positivamente que no está usted bien. ¿Cuántos hijos tiene usted, señora?

—Kit y dos más pequeños.

—¿Niños todos?
—Sí, señor.
—Yo seré su padrino.
—¡Pero si ya están bautizados!
—Pues bautícelos usted otra vez, señora. Tiene que tomar un poco de vino generoso.
—No podré beber ni una gota, señor.
—Pues tiene usted que beberlo, porque lo necesita. Debí haber pensado antes en ello.
Y agitó apresuradamente el tirador de la campanilla, pidiendo el vino tan impetuosamente como si fuera para socorrer a uno que se ahogara; después hizo que la pobre mujer bebiera cierta cantidad y la obligó a seguir cenando. Pero sin darse cuenta de ello, se quedó dormida a los pocos minutos, sueño que le duró hasta bien entrado el día, cuando ya el coche rodaba por el pavimento de las calles de un pueblo.
—Este es el sitio —exclamó el caballero bajando todas las ventanillas del coche y gritando al conductor—: ¡Llévenos a la exposición de figuras de cera! Fustigando a los caballos, que salieron al trote largo, llegaron pronto a un edificio delante del cual había un grupo de gente y allí pararon.
—¿Qué es esto? —preguntó el caballero sacando la cabeza por la ventanilla—. ¿Ocurre algo aquí?
—¡Una boda, señor, una boda! —gritaron varias voces a un tiempo. El caballero misterioso, disgustado al verse blanco de las miradas de todo el grupo, descendió ayudado por uno de los postillones e hizo descender después a la madre de Kit, lo cual hizo que la gente volviera a gritar: «¡Otra boda!», y alborotaran con vivas y hurras.
—¡El mundo se ha vuelto loco! —dijo el caballero atravesando por entre la multitud con su supuesta esposa—. Espérese un poco aquí, mientras llamo. Al aldabonazo respondió un hombre muy emperejilado, que se asomó a una ventana y después abrió la puerta, preguntando qué deseaban.
—¿Quién se ha casado aquí hoy? —preguntó el caballero.
—¡Yo! —respondió aquel hombre.
—¡Usted! ¿Y con quién?
—¿Con qué derecho me hace usted esa pregunta? —exclamó el novio mirándole de pies a cabeza.
—¿Con qué derecho? —murmuró el caballero cogiendo del brazo a la madre de Kit, por temor de que se escapara—. Con uno que usted no puede comprender. ¿Dónde está la niña que tienen aquí? Se llama Nelly, ¿dónde está?
Al oír esta pregunta, alguien que estaba en una habitación próxima lanzó un grito, y una señora gruesa vestida de blanco salió a la puerta y se apoyó en el brazo del novio.

—¡Que dónde está! —gritó esta señora—. Eso es lo que yo pregunto: ¿Qué noticias me trae usted de ella? ¿Qué le ha ocurrido?

El caballero dio un salto y se quedó mirando a la señora, que hasta allí había sido Jarley, pero que aquella mañana había dado su mano a Jorge, el conductor. Al fin, saliendo de su estupor, dijo con furia:

—Pregunto a usted dónde está, ¿qué es lo que quiere usted decir?

—¡Oh, señor! —exclamó la novia—. Si viene usted a favorecerla, ¿por qué no ha venido una semana antes?

—¿Pero no… se habrá muerto? —exclamó el caballero palideciendo densamente.

—No, no es tan malo como eso.

—¡Alabado sea Dios! —murmuró el caballero—. Suplico a usted que me deje entrar.

Ambos esposos se retiraron para dejarle entrar y después cerraron la puerta.

—Aquí tienen ustedes una persona que ama más a esos dos seres que a su propia vida —dijo el caballero profundamente afectado— y, sin embargo, no me conocían, pero si alguno de los dos está aquí esta buena señora podrá verlos. Si ustedes dudan de mí y por eso me los niegan, juzguen de mis intenciones si reconocen a esta señora como a su mejor amiga.

—Siempre dije yo que aquella niña no era una niña vulgar —exclamó la señora —, pero siento en el alma no poder ayudar a usted, caballero. Hemos hecho de nuestra parte todo lo que hemos podido y todo ha sido inútil.

Después contaron todo lo que sabían de Nelly y de su abuelo, al cual consideraban trastornado, desde su primer encuentro hasta el momento en que habían desaparecido sin dejar rastro alguno, y todos los comentarios que habían hecho sobre esta desaparición, como igualmente las gestiones que hicieron, aunque inútilmente, para encontrarlos.

El caballero lo escuchó todo con el aire de un hombre abatido y desesperado por el dolor y el desengaño. Cuando hablaron del anciano, pareció afectarse profundamente, hasta el punto de derramar lágrimas.

Después el caballero manifestó que estaba perfectamente convencido de que le decían la verdad y les ofreció un presente por sus cuidados con la desvalida niña, presente que ellos se negaron a aceptar, y el caballero y la madre de Kit se instalaron de nuevo en el coche, que los condujo a una hostería.

Ya se había esparcido por el pueblo el rumor de que la niña que narraba las historias de las figuras era hija de gente rica, que había sido robada en la infancia y que su padre, aquel caballero que no podían decir si era príncipe, duque o barón, la buscaba con afán; todo el pueblo salió a ver, aunque sólo fuera de lejos, a aquel personaje que iba en coche de cuatro caballos.

¡Cuánto hubiera dado por saber, y cuántas penas se hubiera evitado si hubiera podido saberlo, que el abuelo y la niña estaban sentados en aquel instante a la entrada de otro pueblo, esperando con impaciencia la vuelta del maestro!

CAPITULO X

UN ENCUENTRO DESAGRADABLE

Al llegar a la hostería, el caballero bajó del coche y dando la mano a la madre de Kit, la ayudó a descender. Así atravesaron por entre la multitud de curiosos que, ávidos de emociones, los contemplaban a su sabor.

Pidieron habitaciones y un criado los condujo a una que se hallaba próxima.

—¿Le gustará esa habitación al caballero? —se oyó decir junto a una puertecilla que había al pie de la escalera, al mismo tiempo que asomaba por ella una cabeza—. Tenga usted la bondad dé entrar, haga usted ese favor, caballero.



—¡Dios mío! —exclamó la madre de Kit—, ¡en buen sitio nos hemos metido!

Y tenía razón la pobre mujer, porque la persona que así los invitaba era nada menos que Daniel Quilp. La puertecilla por la cual había asomado la cabeza era la puerta de la cueva y parecía un espíritu maligno saliendo de debajo de la tierra para emprender alguna obra infernal.

—¿Quiere usted hacerme el honor de pasar adelante? —dijo el enano introduciéndose en la habitación.

—Prefiero estar solo.

—¡Perfectamente! —murmuró Quilp desapareciendo por la cueva.

—¿Cómo puede ser esto? —exclamó la madre de Kit—. Anoche mismo estaba ese hombre en la iglesia donde estuve yo y allí le dejé.

—¿De veras? —preguntó el caballero, y dirigiéndose a un mozo añadió—: ¿Cuándo ha venido ese hombre?

—Esta mañana, señor, en el coche correo.

—¿Y cuándo se va?

—No lo sé, señor. Cuando la criada le preguntó hace poco si dormiría aquí, se burló de ella y después quiso besarla.

—Dígale usted que venga, me gustará hablar con él. Dígale que venga en seguida.

—Para serviros, señor —dijo el enano—. He encontrado al criado a la mitad del camino, porque venía ya, suponiendo que se dignaría usted recibirme. Espero que estará usted bien.

El enano aguardó la respuesta algún tiempo, pero como no la recibía, se volvió hacia la señora Nubbles.

—¡La madre de Cristóbal! —dijo—, la señora más digna y más amable, ¡y con un hijo tan bueno! ¿Cómo está toda la familia menuda?

—¡Señor Quilp! —exclamó el caballero.

El enano, aplicando el oído, escuchó atentamente.

—Ya nos hemos encontrado otra vez antes de ahora.

—Ciertamente —dijo Quilp en un movimiento de cabeza—, he tenido ese honor y ese placer. No es cosa para olvidarla pronto, no señor.

—Recordará usted que el día que llegué a Londres y hallé vacía la casa adonde me dirigía, un vecino me encaminó a usted y allá fui directamente sin pararme a descansar un momento.

—Medida seria y vigorosa, pero algo precipitada —dijo el enano imitando a Sansón Brass.

—Encontré que estaba usted en posesión de todo lo que pertenecía a otro hombre, y que ese hombre, que hasta allí todos habían tenido por rico, estaba en la miseria y había sido arrojado de su hogar.

—Teníamos autorización para ello, caballero, teníamos autorización. En cuanto a ser arrojado, no es eso precisamente: se fue por su propia voluntad, desapareció de noche, señor.

—No importa —dijo el caballero misterioso—, la cuestión es que se fue.

—Sí, se fue —dijo Quilp con su exasperante circunspección—. No hay duda de que se fue, la cuestión es adonde. Ésa es la incógnita.

—¿Qué he de pensar de usted, que habiendo rehusado darme ningún dato entonces escudándose con una porción de mentiras y evasivas, anda ahora

siguiéndome los pasos? —exclamó el caballero mirándole severamente.

—¡Yo seguir sus pasos! —exclamó Quilp.

—¿Que no? —repuso el caballero exasperado—. ¿No estaba usted anoche a una larga distancia de aquí?

—¿Y qué? ¿No estaban ustedes allí también? —dijo Quilp completamente tranquilo—. También yo podría decir que ustedes son los que siguen mis pasos.

—Dígame usted, en nombre del cielo —dijo el desgraciado caballero—, si sabe el objeto que me trae aquí y si puede iluminarme en algo. Dígame si tiene alguna razón especial para hacer este viaje.

—Usted cree que yo soy brujo —repuso Quilp encogiéndose de hombros—. Si lo fuera, procuraría hacer mi suerte y la haría.

—Veo que hemos hablado bastante —dijo el caballero recostándose sobre el sofá —. Tenga usted la bondad de retirarse.

—Con mucho gusto, señor —repuso Quilp—, con mucho gusto. Deseo a ustedes un feliz viaje… de vuelta. ¡Ejem!

El enano se retiró haciendo gestos horrorosos y cerró tras sí la puerta. Una vez en su cuarto, se sentó tranquilamente, cruzó una pierna sobre la otra y empezó a repasar en su mente las circunstancias que le habían llevado allí. Pasando por casa de Sansón Brass el día anterior, cuando el caballero misterioso estaba ausente, tuvo una conversación con Swiveller, quedando así enterado de los pasos de dicho señor y de su entrevista con Kit, e inmediatamente fue a ver a la madre, suponiendo que podría enterarle del asunto que traían los dos, pero como según sabemos ya, esta señora había ido a una iglesia, la vecina que enteró a Kit le informó primero a él y allí marchó, a fin de hablar con ella cuando saliera.

Listo como un lince, se enteró de todo apenas llegó Kit; siguiéndolos a cierta distancia, vio el carruaje y oyó la dirección que el caballero daba al conductor y, sabiendo que un coche correo salía a poco para el mismo sitio, saltó al cupé y tomó asiento en él.

—¡Conque a mí no se me hace caso y Kit es el confidente! —seguía murmurando, mientras se mordía las uñas despiadadamente—. ¿Si creerán que no tengo medios de encerrar a ese buen hipócrita tras los barrotes de una cárcel? Lo primero es encontrar a los fugitivos, después veremos. ¡Aborrezco a toda esa gente virtuosa, a todos, uno por uno!

El enano no quería absolutamente a nadie en el mundo y odiaba al anciano y a la niña en particular porque le habían engañado y eludido su vigilancia. Pocos momentos después cambió de alojamiento y procuró hacer averiguaciones para descubrir el lugar donde se ocultaban, pero todo fue inútil: no pudo obtener el menor rastro de ellos.

Dejaron la ciudad saliendo de noche y nadie los había visto, nadie los había encontrado, ningún conductor de carruajes, diligencias o carros había visto ni oído a tales viajeros. Comprendiendo la inutilidad de sus gestiones, dejó el encargo a dos o

tres personas de dudosa conducta de aquella localidad, prometiéndoles una buena recompensa si podían darle alguna noticia, y se volvió a Londres en la diligencia del día siguiente.

Cuando subió al cupé, el enano tuvo una satisfacción al ver que dentro iba la madre de Kit, circunstancia que sirvió para que la pobre mujer no tuviera tampoco un viaje tranquilo. Tan pronto se asomaba a una ventanilla haciendo visajes, como saltaba al suelo y abriendo la portezuela, mostraba su horrible semblante con una sardónica sonrisa.

Kit, que salió al encuentro de la diligencia para esperar a su madre, quedó sorprendido al ver al enano, que, asomándose por detrás del conductor, parecía un espíritu maligno, incógnito a la vista de todos excepto a la suya.

—¿Cómo estás, Cristóbal? —gruñó el enano desde el cupé—. Aquí todos bien, tu madre viene dentro.

—¿Cómo es que está ese hombre ahí, madre? —preguntó Kit.

—No lo sé, hijo, lo único que sé es que ha estado atacándome los nervios todo el día. Pero no le digas una palabra, hijo, porque es muy malo; ahora mismo está mirándonos y guiñando los ojos ferozmente.

A pesar de lo que su madre le decía, Kit se volvió a mirar a Quilp y le encontró contemplando tranquilamente las estrellas, pero no por eso dejó de dirigirle la palabra diciéndole:

—Espero que dejará usted a mi madre en paz, creo que debería usted avergonzarse de molestar a una pobre mujer, que tiene bastantes penas sin que usted la martirice, ¡monstruo!

—¡Monstruo! —murmuró Quilp para sí con una sonrisa—. Soy el enano más horrible que se podría enseñar por una perra gorda. ¡Soy un monstruo! ¡Bueno, bueno!

—Si vuelve usted a molestarla —continuó Kit—, me veré obligado a pegarle —y sin esperar la respuesta del enano, que por otra parte, no dijo nada, dio el brazo a su madre y echaron a andar todo lo aprisa que pudieron.

Quilp, con semblante tranquilo y silbando alegremente, emprendió el camino de su casa. Al llegar cerca, le pareció ver que las ventanas estaban más iluminadas que de costumbre, y acercándose sigilosamente, le pareció oír murmullo de voces, entre las cuales se oían algunas de hombre.

—¿Qué es eso? —murmuró el celoso enano—. ¿Reciben visitas mientras yo estoy ausente?

Buscó la llave de su casa que siempre llevaba en el bolsillo, pero no la tenía; así pues, no tuvo más remedio que llamar. Después de hacerlo dos veces muy suavemente, para no alarmar a la reunión, sintió que abrían. Era el muchacho del almacén del muelle, que apenas abrió, se encontró arrastrado a la calle por el enano, que le preguntaba:

—¿Quién está arriba? ¡Dímelo y no chilles, porque te ahogo!

El muchacho indicó la ventana con un gesto tan animado, que su amo asintió tentación de cumplir su amenaza, pero el muchacho, dando un salto, se escondió detrás de un poste y su amo tuvo que ir hasta allí.

—¿Quieres responderme? —le dijo—. ¿Qué pasa ahí arriba?

—¡Si no deja usted que uno hable…! ¡Ja, ja, ja! Creen que se ha muerto usted. ¡Ja, ja, ja!

—¡Muerto! —exclamó Quilp con una horrible sonrisa—. No. Pero ¿lo creen así realmente?

—Creen que se ha ahogado usted. Como la última vez que le vieron fue a la orilla del muelle y después no le habíamos oído ni visto más, creíamos que se habría usted ahogado.

La perspectiva de poder espiar vivo a aquellos que le creían muerto causó un verdadero placer al enano.

—No digas una palabra de esto —dijo a su dependiente yendo de puntillas hacia la puerta y entrando sin meter ruido—. ¡Conque ahogado!, ¿eh?

Y subiendo sigilosamente, penetró en su alcoba, desde la cual podía ver y oír perfectamente todo lo que pasaba en la sala.

Allí estaba el señor Brass sentado junto a una mesa, donde había papel, pluma y tinta, y una botella de ron, del que él guardaba para sí, del propio Jamaica. Cerca de él estaba la señora Jiniver, con un vaso de ponche delante, y un poco más lejos, la señora Quilp, su propia mujer, que aunque parecía muy triste también tenía su vaso de ponche y se mecía en una butaca lánguidamente. Completaban la reunión dos marineros, provistos cada uno de su vaso correspondiente.

—¡Si pudiera echar veneno en el vaso de esa vieja, moriría contento! —murmuró el enano.

—¡Ah! —dijo Brass rompiendo el silencio con un suspiro—. ¡Quién sabe si aun ahora mismo no estará observando por alguna rendija desde cualquier sitio, y observando con sus miradas escudriñadoras! Casi me parece ver sus ojos en el fondo de este vaso —añadió volviendo a beber—. Nunca le veremos otra vez, pero la vida es así: un momento aquí y el próximo allá, en la tumba silenciosa. ¡Y pensar que yo estoy bebiéndome su propio ron! —añadió empinando el vaso—. ¡Parece un sueño!

Acercó el vaso a la señora Jiniver, con idea, seguramente, de que se lo llenara otra vez, y volviéndose hacia los marineros añadió:

—¿Han sido también hoy inútiles las pesquisas?

—Completamente, señor —dijeron éstos.

—¡Qué lástima! —exclamó Brass—. ¡Sería un consuelo tan grande tener su cuerpo!

—Seguramente —añadió la señora Jiniver—. Si se encontrara, estaríamos completamente tranquilos.

—Respecto al anuncio dando sus señas personales —prosiguió Brass—, ¿qué decimos? Cabeza grande, cuerpo pequeño, piernas torcidas…

—¡Muy torcidas! —interrumpió la señora Jiniver.

—No hace falta, señora, está en un sitio donde eso es de poca importancia. Nos contentaremos con que sean torcidas únicamente.

—Creí que usted quería decir la verdad, sencillamente por eso lo decía —murmuró la señora Jiniver.

—¡Cuánto te quiero, buena madre! —murmuró Quilp para sí.

El procurador y la suegra continuaron discutiendo las señas personales del enano, hasta que llegó el turno a la nariz.

—¡Chata! —dijo la señora Jiniver.

—¡Aguileña! —gritó Quilp asomando la cabeza y enseñando la nariz—. ¿Llaman ustedes chato a esto? ¡Aguileña, y muy aguileña!

—¡Magnífico! —gritó Brass maquinalmente—. ¡Espléndido! ¡Qué hombre tan original! ¡Tiene un don especial para sorprender a la gente!

Quilp no prestó oído a estos cumplidos, ni al susto que el pobre procurador iba dominando, ni a los gritos de su mujer, ni a su suegra, ni al desmayo de aquélla, ni a la huida de ésta; fue a la mesa y cogiendo el vaso apuró su contenido. Después hizo lo mismo con las botellas, hasta que las agotó todas.

—¡Qué bueno! —exclamó el procurador recobrando su presencia de ánimo—. No hay otro hombre capaz de presentarse así. ¡Qué buen humor tiene siempre!

—¡Buenas noches! —murmuró el enano moviendo la cabeza significativamente.

—¡Buenas noches, señor! —añadió Brass yendo hacia la puerta—. Me agrada verle otra vez.

Apenas desapareció Brass, Quilp se acercó a los dos marineros, que le contemplaban con la boca abierta.

—¿Han estado ustedes buscándome hoy en el río?

—Y ayer, señor.

—¡Cuánto trabajo se han tomado ustedes por mí! ¡Muchas gracias, amigos! ¡Buenas noches!

Los dos hombres, sin atreverse a murmurar, salieron de la habitación y Quilp, cerrando la puerta, quedóse mirando a su mujer, que seguía desmayada, como si mera presa de un mal sueño.

CAPITULO XI

QUILP EN SU RETIRO

Cuando la señora Quilp salió de su desmayo, rompió en lágrimas y permaneció silenciosa escuchando los reproches de su amo y señor.

La alegría de haber producido un gran disgusto y la botella de Jamaica que el enano colocó a su lado, amenguaron paulatinamente su ira y le inspiraron el espíritu sarcástico tan frecuente en él.

—¿Conque creías que había muerto? —dijo Quilp—, ¿creías que eras viuda? ¡Ja, ja, ja!

—Lo siento mucho, Quilp —dijo la pobre mujer—, lo siento tanto…

—¿Quién lo duda? —interrumpió el enano—, ¿quién duda que lo sientas mucho?

—No quiero decir que siento que estés vivo y sano, Quilp, sino que me hicieran creer que no existías. Me alegro mucho de verte otra vez, créelo, Quilp.

Aunque parezca extraño, la pobre mujer era sincera y se alegraba de que su marido viviera aún, cosa que no hizo mella en el ánimo del enano, antes bien, le excitó hasta el punto de querer sacarle los ojos.

—¿Por qué has estado ausente tanto tiempo sin avisarme? —exclamó sollozando la desgraciada Isabel—. ¿Cómo puedes ser tan cruel, Quilp?

—¿Que cómo puedo ser tan cruel? Pues porque me da la gana. Seré cruel cuando quiera. Y me voy otra vez.

—¡Otra vez!

—¡Sí, sí, otra vez! Me voy ahora mismo a donde se me antoje, al muelle, al almacén, y haré vida de soltero, dejándote gozar las dulzuras de la viudez.

—Eso no lo dirás seriamente, Quilp —exclamó su esposa sollozando.

—¿Que no? Ahora mismo me voy al almacén, me establezco allí, ¡y cuidadito con que te presentes a horas inconvenientes, porque te trago! Pero me tendrás siempre cerca de ti, observándote como si fuera una culebra. ¡Tomás, Tomás!

—¡Aquí estoy, señor! —gritó el muchacho desde la calle.

—Pues sigue ahí hasta que te avise para que lleves mi maleta. A empaquetarla, señora mía. Despierta a tu madre para que te ayude, ¡despiértala! ¡Pronto! ¡Pronto!

La señora Jiniver, asustada por aquellos gritos, apareció en la puerta a medio vestir, y ambas, madre e hija, obedecieron sumisas y en silencio las órdenes del odioso enano, que prolongó todo cuanto pudo la tarea del equipaje, empaquetando y desempaquetando los mismos objetos diferentes veces. Por fin cerró la maleta y, sin decir una palabra a las pobres mujeres, la entregó a Tomás y emprendió el camino del muelle, adonde llegó entre tres y cuatro de la mañana.



—¡Perfectamente arreglado! —murmuró Quilp cuando llegó a su despacho y abrió la puerta con una llave que llevaba siempre en el bolsillo—. ¡Perfectamente! Llámame a las ocho, perro.

Y sin más explicaciones, cogió la maleta, cerró la puerta en las narices de Tomás y, saltando al escritorio, se quedó dormido profundamente.

A la mañana siguiente dio instrucciones a Tomás para que encendiera lumbre en el patio y preparara café para almorzar, y dándole dinero, le encargó que hiciera provisión de pan, manteca, azúcar, arenques y otros comestibles, con lo cual en pocos minutos quedó dispuesta una sustanciosa comida. El enano se regaló admirablemente, revelando gran satisfacción por aquel modo de vivir, semejante al de los gitanos, y que proyectaba hacer desde hacía algún tiempo tan pronto como tuviera ocasión para ello, a fin de no estar sujeto por los lazos del matrimonio, y tener en un estado de continua agitación y sobresalto a las dos pobres mujeres.

Procurando tener cierta comodidad en el escritorio, salió a comprar una hamaca, dio orden de que abrieran un agujero en el techo para que saliera el humo y, una vez cumplidos estos requisitos, colgó la hamaca y se tendió en ella con inefable delicia.

—Me parezco a Robinson Crusoe: tengo una casa en el campo, en lugar solitario donde puedo estar libre y sin espías de ninguna clase. No hay cerca de mí más que ratas y entre esa gente estaré como el pez en el agua. Buscaré un muchacho parecido a Cristóbal y le envenenaré. ¡Ja, ja, ja! Todo es negocio. Hay que atender al negocio, aun en medio de los placeres.

Poco después, encargando a Tomás que le esperara, entró en un bote y, cruzando el río, saltó a tierra y fue a un restaurante de Bebis Mark, donde sabía que encontraría a Swiveller, el cual precisamente entonces empezaba a comer.

—¡Dick! —exclamó el enano asomándose a la puerta—. ¡Mi discípulo, mi amigo, la niña de mis ojos!

—¡Hola!, ¿está usted ahí? ¿Cómo está usted?

—¿Cómo está Dick? —volvió a decir Quilp—. ¿Cómo está el espejo, la flor de los pasantes?

—Algo disgustado, amigo —contestó Swiveller—, deseando salirme del queso.

—¿Qué es ello? —preguntó el enano avanzando.

—¿No le trata bien Sally? De todas las muchachas hermosas, ninguna como… ¿Eh, Dick?

—Ciertamente que no, no hay ninguna como ella —exclamó Dick comiendo con gravedad—. Es un tormento en la vida privada.

—Usted no sabe lo que dice —murmuró Quilp acercando una silla a la mesa—. ¿Qué pasa?

—No me sientan bien las leyes —añadió Dick—, hay poco líquido y mucho encierro. He pensado escaparme.

—¿Y adonde iría usted, Ricardo? —le dijo el enano.

—No lo sé —murmuró Dick—. Me gustaría que escasearan los gatos.

Quilp miró sorprendido a Ricardo esperando una explicación, pero éste, cruzándose de brazos, se quedó mirando al fuego hasta que, saliendo de su mutismo, añadió:

—¿Quiere usted un pedazo de pastel? Le gustará seguramente, porque es obra suya.

—¿Qué quiere usted decir? —dijo Quilp.

Swiveller respondió sacando del bolsillo un paquetito grasiento, y desenvolviéndolo lentamente, sacó una rebanada de plum cake muy poco digerible al placer y adornada por fuera con una pasta de azúcar blanco de dos centímetros de espesor.

—¿Qué creerá usted que es esto? —preguntó Ricardo.

—Parece tarta de boda —murmuró Quilp.

—¿Y a quién creerá usted que pertenecía? —añadió Ricardo frotándose la nariz con la pasta con perfecta calma.

—No a…

—Sí —añadió Dick—, no hace falta decir su nombre, toda vez que ya se llama Cheggs, Sofía Cheggs. Espero que usted estará satisfecho y que Federico lo estará igualmente. Entre ustedes dos han hecho la cosa y espero que saldrá a su gusto. ¿Éste era el triunfo que yo iba a obtener?

Ocultando la alegría que le producía el disgusto de su amigo, Quilp pidió una botella de vino, medio por el cual obtuvo de Dick la relación completa de todos los

detalles del suceso.

—Y a propósito —añadió—, hace un rato habló usted con Federico. ¿Dónde está?

Swiveller explicó que había aceptado un empleo y que en aquel momento estaba ausente por asuntos profesionales.

—Es una lástima, porque he venido exclusivamente para preguntar a usted por él. Me ha ocurrido la idea de que tal vez le conozca el misterioso huésped de Brass.

—No, no le conoce —exclamó Ricardo moviendo la cabeza.

—Ya, ya sé que nunca lo ha visto; pero si le viera, si le presentáramos debidamente, tal vez le agradaría tanto como encontrar a Nelly y a su abuelo. Quizá haría así su fortuna y usted podría participar de ella.

—Pero el caso es que ya se han visto y han sido presentados.

—¡Sí! ¿Quién los presentó?

—Yo —murmuró Dick algo confuso—. Federico me lo indicó.

—¿Y qué ocurrió?

—Que mi misterioso amigo, en vez de deshacerse en lágrimas cuando supo quién era Federico y abrazarle cariñosamente, se puso muy enfadado y le dirigió una porción de insultos, diciendo que él tenía en parte la culpa de que Nelly y su abuelo estuvieran arruinados; en una palabra, casi puedo decir que nos echó de su cuarto.

—¡Qué raro! —dijo el enano pensativo.

—Eso dijimos nosotros, pero es verdad —continuó Ricardo. Con esto terminó el enano la conferencia y emprendió de nuevo el camino de su escritorio diciendo para sí:

—¡Conque ya se han visto! El tal Ricardo quiere jugar conmigo, pero soy más listo que él. No tiene que abandonar las leyes por ahora; le necesito ahí. Puede ser que me convenga alguna vez descubrir al caballero misterioso sus planes acerca de Nelly; pero, por ahora, tenemos que continuar siendo buenos amigos.

Quilp pasó la tarde y parte de la noche bebiendo y fumando, hasta que se tendió en la hamaca, donde se durmió satisfecho.

Cuando despertó por la mañana, la primera cosa que vieron sus ojos fue a su mujer sentada en el escritorio; al verla, lanzó un grito que asustó a la pobre señora.

—¿Qué buscas? —le preguntó—. ¡Me he muerto!



—Vuelve a casa, Daniel; eso no ocurrirá otra vez. Nuestro propio cuidado nos hizo creer todo lo malo.

—¿Vuestro cuidado os lo hizo creer? ¡Bueno! Iré a casa cuando se me antoje y me marcharé cuando tenga gana. Puedes irte.

La señora Quilp hizo un movimiento de ruego.

—¡Te he dicho que no! —gritó el enano—. ¡Y como te atrevas a venir aquí sin que te llame, tendré un perro que te ladre y te muerda; tendré cañones que se disparen cuando te acerques y te hagan pedazos! ¿Te vas?

—¡Vuelve, Daniel! —Se atrevió aún a decir otra vez la pobre mujer.

—No —rugió Quilp—, no iré hasta que quiera, por mi propia voluntad. Entonces volveré cuando me parezca, sin dar cuenta a nadie de mis idas y venidas. Allí está la puerta. ¿Te vas?

Quilp dijo esta última frase con tal energía, que la pobre mujer salió como una flecha. Su digno señor estiró el cuello para seguirla con la vista hasta que salió al muelle y, después, satisfecho de haber asegurado su soledad en aquel retiro, lanzó una carcajada y se dispuso a dormir otra vez.

Acompañado de lluvia, barro, humedad, humo, suciedad y ratas, durmió hasta mediodía; luego llamó al muchacho para que le ayudara a vestirse y le subiera el almuerzo; poco después se encaminó de nuevo a Bevis Mark.

La visita no era para Swiveller, sino para Sansón; pero ni uno ni otro estaban en casa, hecho que se hacía notorio a los clientes sujetando a la campanilla un papel escrito que atestiguaba que dentro de una hora estarían en casa. Tampoco estaba la interesante Sally; no obstante, Quilp llamó a la puerta, suponiendo que habría alguna criada en casa.

Pasado un largo rato se abrió la puerta y una débil vocecita murmuró a su lado:

—Tenga usted la bondad de dejar una tarjeta o un recado.

—Escribiré una esquela —dijo el enano entrando en la oficina—; cuida de que tu amo la reciba apenas llegue a casa.

Cuando Quilp doblaba la esquela notó que la criada le miraba asombrada moviendo los labios.

—¿Te tratan mal aquí? ¿Es tirana tu señora? —le preguntó Quilp con cierta ternura.

La niña movió la cabeza afirmativamente y con una timidez tan especial que sorprendió a Quilp.

—¿De dónde viniste? —añadió éste.

—No lo sé.

—¿Cómo te llamas?

—De ningún modo.

—¡Qué tontería! ¿Cómo te llama tu señora cuando te necesita?

—Diablillo —murmuró la niña.

Quilp, sin preguntar más, permaneció un rato en silencio tapándose la cara con las manos y riéndose con toda su alma. Después entregó la carta a la niña y se retiró apresuradamente.

La carta contenía una invitación para que el señor y la señorita Brass fueran a tomar un refrigerio en compañía de Quilp a un restaurante de verano situado a corta distancia del muelle. El tiempo no era muy a propósito para aquel establecimiento, cuyo techado era de apretado ramaje únicamente y, además, estaba muy cerca del Támesis, pero Quilp explicó a Brass que lo había escogido porque sabía cuan amante era de la naturaleza y aquello era un retiro encantador, casi primitivo.

—Es hermosísimo realmente, señor, muy delicioso y con una temperatura agradabilísima —exclamó Brass castañeteando los dientes de frío.

—Tal vez sea un poco húmedo —añadió el enano.

—No, señor, lo preciso solamente para refrescar la temperatura —dijo Brass.

—Y a Sally, ¿le gusta? —preguntó el complacido enano.

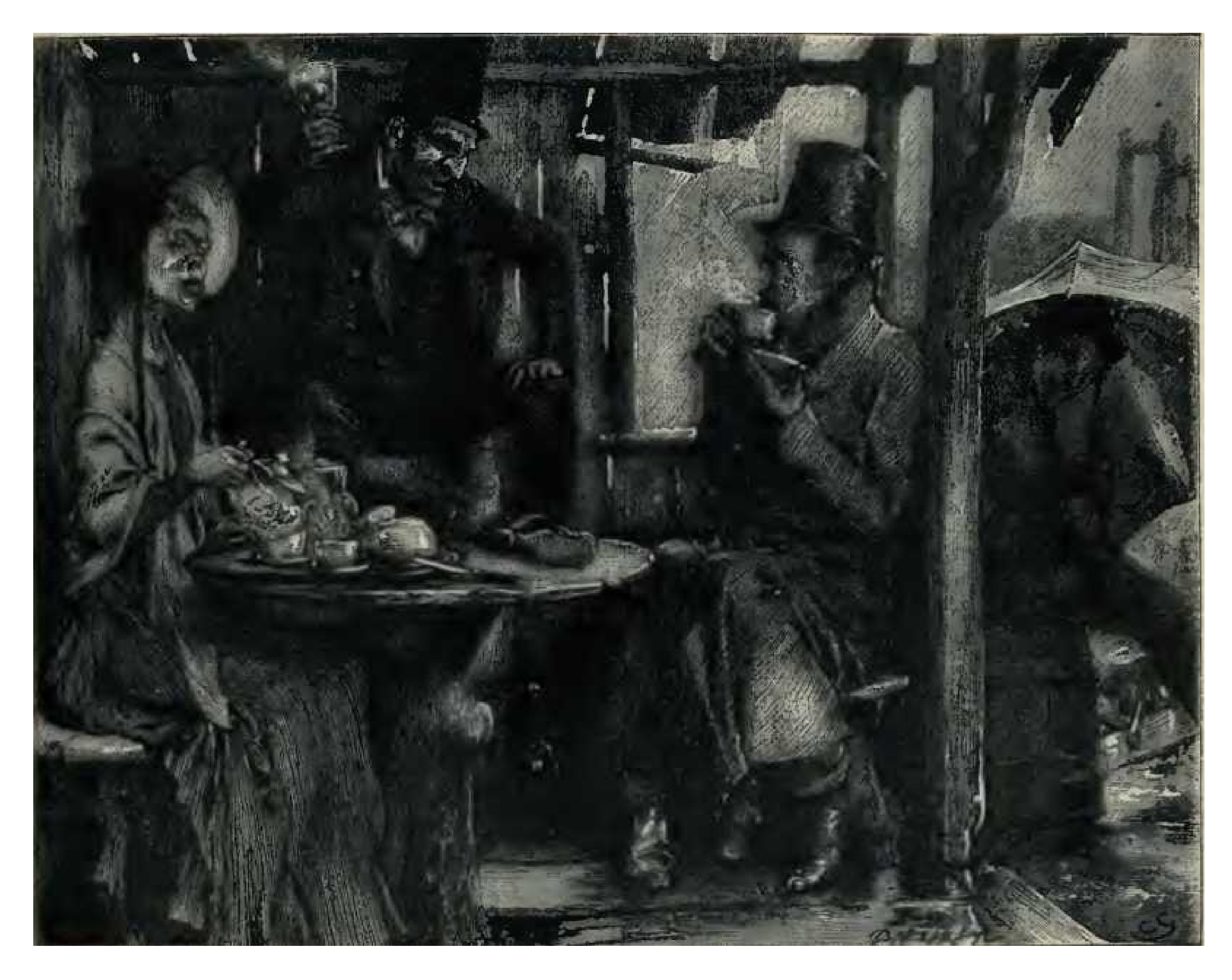
—Le gustará más después de tomar té —dijo la señorita—; así que venga pronto y no nos haga esperar.

—¡Dulce Sally! ¡Encantadora, simpática Sally! —exclamó Quilp alargando los brazos como si fuera a abrazarla.

—¡Es un hombre muy original! —murmuraba Brass—. ¡Es un perfecto trovador!

El pobre Sansón seguía la conversación de un modo distraído, como si no le importara nada, porque tenía un catarro fuerte y había cogido mucha humedad al ir allí: así pues, hubiera hecho gustoso hasta algún sacrificio pecuniario con tal de poder trasladarse a una habitación resguardada de la humedad y con un buen fuego, pero como Quilp se la tenía guardada desde la escena que presenció en su casa, le observaba con inefable delicia, sintiendo un placer más grande que el que hubiera podido proporcionarle el más suntuoso banquete.

Lo raro del caso es que la señorita Sally, que por su parte hubiera echado a correr de aquel lugar prefiriendo no participar del té, se sintió contenta también apenas notó el disgusto de su hermano. Aunque la lluvia, penetrando por entre el ramaje, caía sobre su cabeza, no exhaló una queja y presidió el convite con imperturbable serenidad.



Después de terminar aquel festín, Quilp recobró su acostumbrada expresión y acercándose a Sansón y tocándole en un brazo le dijo:

—Deseo hablar privadamente con ustedes antes de marcharnos. Sally, escuche un momento. No necesitamos documentos —añadió, viendo que Brass sacaba una cartera del bolsillo—. Hay un muchacho que se llama Kit…

La señorita hizo un signo afirmativo dando a entender que le conocía.

—¡Kit! —murmuró Brass—. He oído ese nombre, pero no recuerdo a quién pertenece.

—Es usted más bobo que una tortuga y más torpe que un rinoceronte.

—Yo le conozco y basta —exclamó Sally, interviniendo en la cuestión.

—Siempre Sally es más lista que usted, Sansón —añadió el enano—. No me gusta Kit, Sally.

—Ni a mí —añadió ésta.

—Ni a mí —dijo también Sansón.

—¡Perfectamente! —exclamó Quilp—. Ya tenemos adelantada la mitad del camino. Tengo con él una cuentecita que quiero saldar.

—Eso basta, señor —dijo el procurador.

—No, no basta —repuso Quilp—. ¿Quiere usted seguir oyéndome? Además de esa cuenta antigua, me amenaza constantemente y no me deja llegar a un fin que sería la riqueza para todos nosotros. Por todo eso y mucho más, le aborrezco mortalmente. Ustedes conocen al muchacho y pueden adivinar el resto. Busquen la manera de quitarle de mi camino y pónganla en práctica. ¿Lo harán?

—Se hará, señor —repuso Brass.

—Déme la mano, y usted Sally… en usted confío mucho más que en él.

No se habló ni una palabra más del asunto, objeto único de aquel convite, y todos se retiraron de aquel delicioso retiro, según Quilp: Sally, sosteniendo a su hermano, que caminaba con dificultad, y Quilp, solo, con apresurado paso, hacia su solitario escritorio, donde, tendiéndose en su hamaca, dormía tranquilamente pocos minutos después.

CAPITULO XII

NUEVOS AMIGOS

Largo rato llevaban esperando Nelly y su abuelo, cuando apareció el maestro, muy satisfecho, llevando en la mano un manojo de llaves mohosas.

—¿Ven ustedes aquellas dos casitas antiguas y ruinosas? —preguntó acercándose a ellos.

—Sí —respondió Nelly—, he estado mirándolas mucho tiempo; me gustan mucho.

—Pues aún te gustarán más cuando sepas algo que te diré después.

Y tomando a Nelly de la mano, el maestro, radiante de satisfacción, los condujo al lugar indicado. Después de probar varias llaves, encontraron una que abrió una de las puertas y penetraron en una habitación abovedada que en tiempos antiguos había sido preciosamente decorada, según lo atestiguaban los restos de ornamentación que aún quedaban. Todo tenía allí ese aire solemne propio de las cosas que han resistido a la acción del tiempo.

—Es una casa hermosísima —dijo la niña a media voz, subyugada por aquel encanto.

—Un lugar muy pacífico —añadió el maestro—; temí que no te gustara, Nelly.

—¡Oh, sí! —exclamó la niña—. Es un lugar hermoso para vivir y prepararse para la muerte.

Se apoderó de ella una emoción tan intensa que le fue imposible continuar y sólo débiles murmullos salieron de su boca.

—Un sitio hermosísimo para vivir y prepararse para la vida, procurando recobrar la salud física y moral —añadió el maestro—; porque esta casa va a ser tuya, Nelly.

—¡Mía! —exclamó la niña.

—Sí —repuso el maestro—, y espero que podrás vivir en ella muchos años. Yo estaré cerca, en la casa contigua; pero ésta es para ti y para tu abuelo.

El maestro les explicó que aquella casa estuvo habitada mucho tiempo por una persona casi centenaria que hacía poco había muerto. Como aquella persona tenía el encargo de abrir y cerrar la iglesia cercana, limpiarla y enseñarla a los forasteros cuando quisieran verla, y aún no había solicitado nadie su empleo, podría ser para ellos. El sueldo era escaso, pero lo suficiente para vivir en aquel pueblo tan retirado.

—Si reunimos nuestros fondos viviremos espléndidamente —añadió el maestro.

—¡Que Dios le dé a usted todo el bien que merece, señor! —murmuró Nelly.

—Que así sea, hija mía, y que nos proteja a todos en nuestra tranquila vida. Pero ahora tenemos que dar un vistazo a mi casa. ¡Vamos!

La casa contigua era muy semejante, pero más pequeña y peor alhajada, viéndose a simple vista que la otra era la que correspondía por derecho al maestro; pero que éste, en su cuidado y atención por ellos, les había cedido la mejor.

Como ambas casas tenían los enseres indispensables y una buena provisión de leña, pronto estuvieron arregladas con todo el cuidado y comodidad que permitió el tiempo empleado.

Encendieron las chimeneas y barrieron y limpiaron las habitaciones. Algunos vecinos, enterados de que había llegado el nuevo maestro, le enviaron algunos regalos de los más necesarios en casos semejantes. Cenaron en la que podemos llamar casa de la niña, y cuando concluyeron, sentados junto al fuego, discutieron sus planes futuros. Después elevaron sus preces al Altísimo llenos de gratitud y reverencia, y se separaron, para dormir cada uno en su casa.

Una vez acostado el anciano, cuando todo ruido hubo cesado, Nelly volvió junto a las amortiguadas ascuas y se entregó a la meditación. Gradualmente se había ido operando en ella un cambio: iba espiritualizándose, podríamos decir, sin que nadie notara que al mismo tiempo que se alteraba la salud de su cuerpo, se alteraba también su mente.

Se acostó y soñó con el pobre Enrique, con Eduarda y con su hermana; todos, como si salieran del sepulcro, la llamaban, desvaneciéndose después poco a poco en la penumbra.

Llegó el día siguiente y con él la vuelta a los quehaceres domésticos, la alegría y la tranquilidad de estar instalados ya en un asilo seguro. Trabajaron afanosamente toda la mañana, a fin de poder pasear por la tarde y hacer una visita al rector de la iglesia.

Éste era un verdadero pastor de aldea, anciano sencillo, poco acostumbrado a las cosas del mundo y procurando siempre el bien de las almas confiadas a su cuidado. Recibió perfectamente a sus visitantes y en seguida se interesó por Nelly, preguntándole su edad, su nombre, el sitio donde había nacido y todas las circunstancias de su vida.

Ya el maestro le había contado su historia, añadiendo que no tenían parientes ni amigos y que él la quería como si fuese su propia hija.

—Bueno, bueno —dijo el rector—, accedo al deseo de ustedes, aunque me parece muy joven esta niña.

—La adversidad y las penas la han hecho superior a sus años, señor.

—Dios la ayudará dándole descanso y el olvido de sus penas —dijo el anciano rector—, pero una iglesia antigua es un lugar triste para una niña, hija mía.

—No, señor, no, yo no lo considero así; prefiero el retiro y la soledad —repuso Nelly.

Después de algunas otras palabras cariñosas y de concederles el empleo de guardianes de la iglesia, como solicitaban, el rector los despidió deseándoles mucha suerte y asegurándoles su paternal amistad.

Hacía poco tiempo que estaban en casa hablando y comentando los acontecimientos que los habían llevado a tan feliz resultado, cuando llegó una visita.

Era otro caballero, anciano también, amigo del rector y que vivía con él hacía quince años. Era el espíritu más activo del pueblo, el que arreglaba todos los disgustos y rozamientos que pudieran tener los feligreses entre sí, el que disponía las fiestas, el que ayudaba a los pobres y hacía todas las limosnas, ya en nombre del rector, ya en el suyo propio. Era el mediador, el consolador, el amigo de todo el pueblo en general; no había un solo individuo que no atendiera sus consejos o que no le recibiera en su casa como la bendición de Dios. Nadie se preocupaba de su nombre: los que lo sabían, lo habían olvidado, y todos le conocían por el sobrenombre de «el Doctor», sobrenombre que le habían dado al principio los que sabían que había hecho una carrera universitaria. Como el nombre le gustó, lo aceptó sin discusiones, y para todo el mundo había sido y era siempre «el Doctor». Ahora podemos añadir que él fue quien había enviado las provisiones de carbón, leña y algunas otras cosas que nuestros amigos encontraron en su nueva morada.

El Doctor —pues seguiremos dándole también nosotros este nombre— levantó el picaporte, se detuvo un momento en la puerta y después entró resueltamente, como quien conoce bien el sitio.

—¿Usted es el señor Manon, el nuevo maestro? —preguntó dirigiéndose al bondadoso amigo de Nelly.

—Servidor de usted, caballero.

—Me alegro mucho de verle; tenemos de usted las mejores referencias. Ayer pensé salir a su encuentro por el camino, pero tuve que llevar un recadito de una pobre mujer enferma, a su hija, que está sirviendo a cierta distancia de aquí, y acabo de volver ahora. Ya sé que esta niña es la nueva guardiana de la iglesia. Me felicito de tener entre nosotros a un maestro que sabe cumplir sus deberes de humanidad hasta ese punto, buen amigo.

—Ha estado enferma hace muy poco tiempo, señor —dijo el maestro, notando que el recién venido miraba a Nelly algo sorprendido.

—Sí, sí, ya lo veo —dijo éste—; ha habido sufrimientos físicos y morales.

—Ésa es la verdad, señor —murmuró el maestro.

El Doctor miró al abuelo, después miró otra vez a la niña y le estrechó una mano, diciendo:

—Serás más feliz aquí, hija mía; al menos, haremos todo lo posible para que lo seas. ¡Qué bien arreglado está esto! Supongo que será obra de tus manos, pequeña.

—Sí, señor —repuso tímidamente la niña.

—Podremos hacer aquí algunas mejoras —continuó el Doctor—, no con lo que hay, sino añadiendo algo. Veamos, veamos lo que hay. —Y seguido de Nelly penetró en las demás habitaciones y después, en casa del maestro.

En ambas casas faltaban ciertos pequeños detalles y objetos, que el Doctor se encargó de enviar de un repuesto de desecho que, según dijo, tenía en casa para casos

análogos; repuesto que debía de ser muy amplio y variado, porque abrazaba los objetos más diversos que puedan imaginarse.

Los enseres llegaron sin pérdida de tiempo, porque el Doctor, pidiendo que le concedieran unos momentos, volvió cargado de rinconeras, alfombras, mantas y una porción de cosas por el estilo, y seguido de un muchacho que iba cargado igualmente. Puesto todo amontonado en el suelo, escogieron y fueron colocando cada cosa en el sitio que la requería, después de mirarla y admirarla, dirigido todo por el Doctor, que, según la actividad y el entusiasmo que desplegaba, parecía deleitarse en tal ocupación. Cuando terminó aquella tarea, encargó al muchacho que había ido con él que llevara a sus condiscípulos para presentarlos a su nuevo maestro.

—Son buenos muchachos, Marton; todo lo bueno que puede pedirse, aunque no quiero que sepan que pienso así, porque sería perjudicial —añadió el Doctor dirigiéndose al nuevo maestro cuando se marchó el muchacho.

Pronto estuvo éste de vuelta guiando una larga fila de muchachos grandes y chicos, que, presentados por el Doctor en la puerta fueron haciendo sucesivamente una serie de reverencias y cumplidos, tales como quitarse la gorra y reducirla al menor espacio posible dentro del puño, y hacer toda clase de saludos; cosa que satisfizo evidentemente al Doctor, toda vez que manifestó su aprobación con muchas sonrisas y movimientos de cabeza. En realidad, no ocultó su aprobación tan escrupulosamente como había querido dar a entender al maestro, puesto que hizo una porción de observaciones en voz baja, como murmurando, pero que fueron oídas perfectamente por todos.

—Señor maestro, el primer muchacho es Juan Orven —decía el Doctor—; un buen chico, franco y noblote, pero muy precipitado, muy juguetón, ligero de carácter, capaz de romperse la cabeza a cachetes, con lo cual siempre tiene a sus padres sobresaltados. Y aquí para entre nosotros, diré a usted que cuando le vea jugando, no podrá menos de admirarle, porque juega con toda el alma.

Juan Orven se retiró a un lado y tocó el turno de la presentación a otro muchacho.

—Mire usted ese otro muchacho, señor, ése es Ricardo Evans, un chico muy apto para el estudio y con un memorión prodigioso. Tiene mucho talento, además de muy buen oído y una voz preciosa; canta en el coro de la iglesia y es uno de los mejores chicos del pueblo. Pero, a pesar de todo, acabará mal y tengo la seguridad de que no morirá en su lecho, porque se duerme en los sermones; aunque, a decir verdad, señor Marton, debo manifestarle que yo a su edad hacía exactamente lo mismo, porque no podía evitarlo.

Edificado por tan terrible amenaza, se retiró el aventajado alumno y el Doctor designó a otro que era muy aficionado a la natación, añadiendo que su afición le hizo salvar a un perro que se ahogaba con el peso del collar y la cadena, en tanto que su amo, un pobre ciego, se retorcía las manos desesperadamente lamentando la pérdida de su guía y amigo.

—Apenas lo oí —añadió el Doctor— le envié dos libras, pero no se lo diga usted de ningún modo, porque él no tiene la menor idea de que fui yo.

Así continuó haciendo notar las virtudes y los defectos de cada uno de los alumnos; después los despidió, persuadido de que su seriedad les serviría de correctivo, dándoles un regalito a cada uno y encargándoles que se fueran derechos a casa, sin saltar las vallas ni irse por los campos; orden que, según dijo el maestro en el tono que había empleado hasta allí para los apartes, no hubiera podido obedecer él cuando era muchacho, aun cuando le hubiera ido en ello la vida.

Una vez recibidas tantas pruebas de la bondad del Doctor, el maestro se separó de él considerándose el ser más feliz del mundo. Las ventanas de las dos casitas se iluminaron también aquella noche con los brillantes resplandores de un vivo fuego, y el rector y su amigo, pasando por allí al volver de su paseo a la caída de la tarde, hablaron de la linda niña y miraron el cementerio dando un suspiro.

CAPÍTULO XIII

LA IGLESIA

Nelly se levantó temprano y, una vez cumplidos todos sus quehaceres domésticos, descolgó de un clavo un manojo de llaves que el Doctor le entregara el día anterior y se fue sola a visitar la iglesia.

El cielo estaba limpio y sereno; el aire, puro, perfumado con los aromas que se desprendían de las recién caídas hojas; un arroyuelo murmuraba con ritmo quejumbroso, y en las tumbas del cementerio que rodeaba la iglesia brillaban las gotas de rocío como lágrimas derramadas sobre los muertos por los espíritus buenos.

Algunos pequeñuelos jugaban al escondite entre las tumbas riendo y gritando. Sobre una recién cubierta habían dejado a un chiquitín de mantillas, que dormía como si estuviera en un lecho de flores. Nelly se acercó y preguntó quién estaba enterrado en aquella sepultura. Un niño le dijo que no se llamaba así, que era un jardín y que allí dormía su hermano, añadiendo que era el jardín más verde y frondoso de todos, y que acudían a él los pájaros, porque su hermano los quería mucho; después miró a Nelly un momento, sonriéndose, y se arrodilló para acariciar y besar el césped, corriendo luego otra vez alegremente.

Nelly, pasando junto a la iglesia, abrió la verja del cementerio y fue a internarse en el pueblo. Un sepulturero anciano a quien habían visitado el día anterior, tomaba el fresco apoyado en una muleta en la puerta de su casa y saludó a la niña al verla pasar.

—¿Está usted mejor? —preguntó ésta parándose.

—Sí, hija mía, afortunadamente estoy mucho mejor hoy.

—Pronto estará usted bien del todo.

—Así lo espero, con la ayuda de Dios y un poquito de paciencia. Pero entra, entra un poco y descansarás.

Y el viejo, con gran dificultad y cojeando, guió a la niña dentro de su casita.

—Sólo hay una habitación abajo. Hace mucho tiempo que no puedo subir escaleras, pero creo que el verano que viene podré.

Nelly se sorprendió oyendo hablar del futuro con tanta tranquilidad a un hombre tan achacoso y tan viejo. Después, recorriendo con una mirada toda la habitación, se fijó en una porción de herramientas que pendían de la pared; el viejo, notándolo, sonrió y le dijo:

—¿Crees que hago uso de todo eso para abrir las sepulturas?

—Eso estaba pensando, precisamente.

—Y pensabas bien, pero sirven además para otros trabajos. Soy jardinero, y cavo la tierra también para plantar seres que no se disgregan y desaparecen, sino que en ella viven y crecen. ¿Ves aquel azadón que está colgado en el centro?

—¿Aquél tan mellado y tan viejo? Sí.

—Ese es el azadón de sepulturero; como ves, está bien usado. Aunque el pueblo es sano, ha trabajado mucho, y si pudiera hablar, contaría todo lo que hemos hecho entre los dos. Yo tengo mala memoria y todo lo olvido.

—¿Y hay árboles y arbustos que crecen y viven, plantados también por usted? —dijo la niña.

—Ah, sí, árboles altos y copudos, pero que no son tan ajenos a la labor de un sepulcro como tú crees.

—¿No?

—No, en mi mente y en mis recuerdos —murmuró el viejo—. Supongamos que planto un árbol para un hombre que después muere; pues ese árbol siempre me recuerda a su dueño, y cuando veo su extensa sombra, recuerdo cómo era en vida de aquel hombre y pienso en mi otra obra, pudiendo decir perfectamente cuántos años hace que cavé su sepultura.

—¿Pero también a veces le recordará a alguna persona viva?

—Sí, pero por cada uno que vive, hay veinte muertos relacionados con él: mujer, marido, padres, hermanos, hijos, amigos…; veinte lo menos. No es extraño que el azadón del sepulturero se melle y se ponga viejo; pronto necesitará uno nuevo.

La niña le miró, creyendo que bromeaba, dada su edad y sus achaques; pero el viejo hablaba seriamente.

—¡Ah! —continuó éste tras un breve silencio—. La gente no acaba de aprender nunca; sólo los que removemos la tierra pensamos así. ¿Y has estado ya en la iglesia, hija mía?

—Allí voy ahora precisamente —dijo Nelly.

—Pues allí, debajo del campanario, hay un pozo muy oscuro y profundo, donde repercuten todos los sonidos, y del cual ha ido desapareciendo el agua poco a poco, hasta el punto de que, a pesar de su profundidad, no se puede ya sacar agua. Si se suelta el cubo, aunque se deslice toda la cuerda, sólo se oye un golpe en tierra seca y dura, con un sonido tan lejano y lúgubre, que se muere uno de angustia y da un salto, temeroso de caer dentro.

—Será un lugar terrible de noche —exclamó la niña, que escuchaba con gran interés las palabras del sepulturero y le parecía hallarse ya en el mismo borde del pozo.

—Es únicamente una tumba —dijo el anciano—, nada más. ¿Y a quién de nosotros puede extrañar que nuestra vida vaya disminuyendo paulatinamente y acabe por extinguirse? ¡A nadie!

—¿Es usted muy viejo? —exclamó la niña involuntariamente.

—El verano próximo cumpliré setenta y un años.

—¿Y todavía trabaja usted cuando está bueno?

—¿Que si trabajo? ¡Pues claro, hijita! Ya verás mi jardín. Mira por aquella ventana: ese huertecillo lo he plantado y arreglado con mis propias manos; dentro de

un año apenas si podrá verse el cielo, tan apretadas estarán sus ramas. En invierno trabajo también de noche. —Y abriendo un armario, sacó unas cajas de madera tallada de un modo tosco, pero con cierta originalidad.

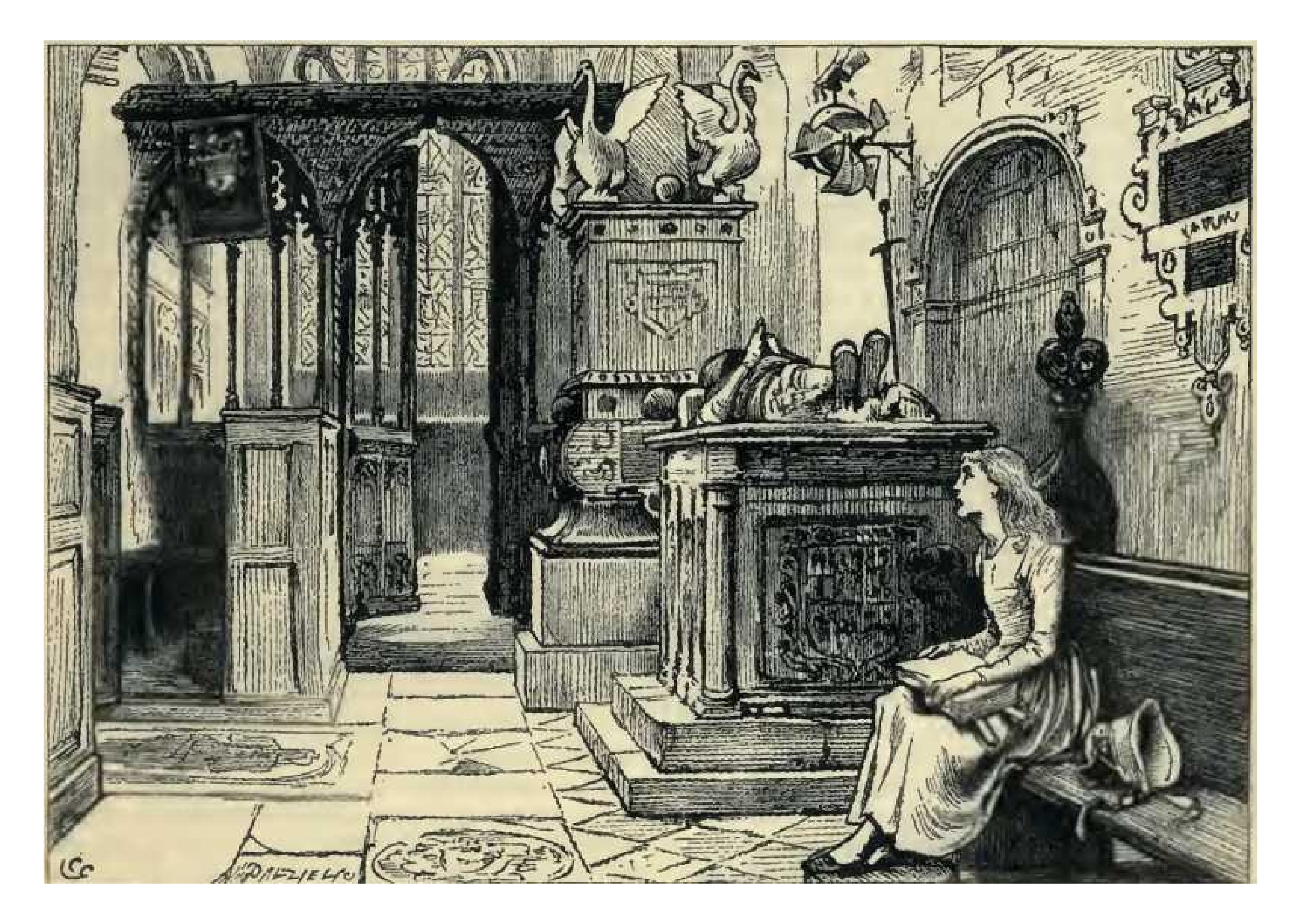
—Algunas personas aficionadas a la historia o a las antigüedades y a todo lo que pertenece a ellas, gustan de llevarse algún recuerdo de las iglesias o las ruinas que visitan. Yo hago esto con pedazos de roble que encuentro o con restos de ataúdes que han podido conservarse en alguna bóveda. Mira: ésta es de esa clase y tiene cantoneras de metal con inscripciones que serían muy difíciles de leer ahora, por lo borradas que están. En esta época tengo poco surtido, pero el verano próximo estará lleno el armario.

La niña admiró y alabó aquel trabajo, y poco después emprendió la vuelta meditando sobre todo lo que había oído y diciéndose que el sepulturero era el tipo de la loca humanidad, puesto que, a la edad que tenía, vivía planeando y pensando en el año venidero, achaque propio de la naturaleza humana.

Así llegó a la iglesia y, buscando una llave que tenía un rótulo escrito en pergamino, abrió y entró, sintiendo resonar sus pasos y el eco que produjo el ruido de la llave al cerrar, por todos los ámbitos del edificio.

Era una iglesia notable por su antigüedad y de gran mérito artístico. Parte de ella había sido una capilla particular, y de aquí que se encontraran allí diversas efigies de guerreros yacentes sobre lechos de piedra, revestidos de todas sus armas según las habían usado en vida. Aquellas esculturas antiguas y más o menos destrozadas, conservaban aún su forma y carácter primitivo, demostrando así que las obras del hombre subsisten generalmente mucho más que el hombre mismo.

La niña se sentó entre aquellas graníticas tumbas y meditó unos momentos sobre la inestabilidad de las cosas terrenas, sintiendo que sería agradable dormir el sueño eterno en aquel lugar tan tranquilo.



Después, saliendo de la capilla, se dirigió a una puertecilla que daba acceso a una escalera por donde se subía a la torre y, ascendiendo por ella, llegó arriba a tiempo de admirar la esplendidez de una radiante salida del sol y un magnífico panorama donde todo era hermoso, todo feliz; el cielo azul, el campo frondoso y verde, los ganados pastando, el humo de las chimeneas saliendo de entre los árboles, los niños jugando; el contraste era notorio: parecía la vida después de la muerte. Y, sin embargo, se estaba más cerca del cielo.

Cuando salió al pórtico de la iglesia y cerró la puerta, los niños se iban ya, y al pasar por la escuela sintió un ruido de voces que indicaban que su protector había empezado sus tareas profesionales de aquel día.

Dos veces más volvió a la capilla de la iglesia aquella tarde, ensimismándose en las mismas meditaciones de la mañana; se hizo de noche y allí siguió sin temor ninguno, como encadenada en aquel recinto, hasta que fueron a buscarla y la llevaron a casa. Parecía feliz; pero cuando el maestro al despedirse se inclinó para besarla, creyó sentir que una lágrima rodaba por sus mejillas.

CAPÍTULO XIV

EL JARDÍN DE NELLY

La antigua iglesia ofrecía al Doctor, a pesar de sus múltiples ocupaciones, una fuente continua de interés y distracción, pues estaba haciendo un estudio concienzudo de su historia y sus curiosidades. Muchos días de verano entre sus muros y muchas noches de invierno sentado junto al fuego de la rectoría, podía vérsele escribiendo, ya continuando, ya añadiendo un cuento o una leyenda a su magnífica historia de aquella iglesia. De labios de semejante maestro oyó la niña todas las tradiciones verídicas o imaginarias de los personajes enterrados en la capilla, que fue pareciéndole más sagrada, más llena de virtud y santidad. Era otro mundo, donde no había pecado ni pena; un lugar de reposo, tranquilo, donde no entraba el mal.

El Doctor, después de relatarle cuanto sabía, la llevó a la cripta y le dijo cómo la iluminaban en tiempo de los monjes con lámparas pendientes del techo e incensarios que se balanceaban esparciendo odoríficos perfumes; cómo se arrodillaron allí damas y caballeros vestidos con magníficas telas y alhajas, rezando con sus preciosos rosarios. Después volvieron a subir y le enseñaba las galerías y claustros donde las monjas habían aparecido un momento tras las celosías, escuchando las plegarias que se elevaban en la iglesia y uniendo a ellas las suyas.

La niña conservaba en su mente todo cuando el Doctor le decía y, a veces, cuando despertaba de noche, en medio de sus sueños se asomaba a la ventana y miraba a la iglesia vieja y oscura, esperando hallarla iluminada y oír sonidos de voces acompañados por la música del órgano.

Pronto estuvo curado el sepulturero y pudo salir al campo y hacer su vida ordinaria, y él también enseñó a la niña muchas cosas, aunque de un orden diverso. Aún no podía trabajar, pero un día que hubo que abrir una sepultura fue a inspeccionar el trabajo que hacía un hombre algo más viejo que él, pero más ágil y activo, llevando consigo a la niña.

—No había oído decir que hubiera muerto nadie —dijo Nelly.

—Vivía en otra aldea, hija mía —dijo el viejo cuando se acercaron—, a un cuarto de legua de aquí.

—¿Era joven?

—Sí —repuso el sepulturero—, tendría unos sesenta y cuatro años. ¿Verdad, David?

Éste, que estaba cavando afanosamente y que además era sordo, no oyó la pregunta, y el sepulturero, que no podía alcanzarle con la muleta, le arrojó un puñado de tierra a la espalda.

—¿Qué pasa? —gritó David incorporándose.

—¿Cuántos años tenía Betty Morgan?

—¿Betty Morgan? —repitió David.

—Sí —gritó el sepulturero, añadiendo en un tono medio irritado, medio compasivo—: te estás quedando muy sordo, David.

El viejo, soltando el azadón, se puso a cavilar sobre los años que podría tener Betty Morgan.

—Creo que eran setenta y nueve. Sí, porque recuerdo que tenía casi los mismos que nosotros. Tenía setenta y nueve.

—¿Estás seguro de no equivocarte, David? —preguntó el sepulturero muy emocionado.

—¿Qué? —murmuró el viejo—. No he oído.

—¡Está completamente sordo! —dijo el sepulturero; y gritó más fuerte aún—: ¡Que si estás seguro de que era esa su edad!

—Completamente —repuso David—. ¿Por qué no he de estarlo?

—Está muy sordo y creo que se va volviendo tonto —se dijo el sepulturero como si hablara consigo mismo.

La niña no podía comprender por qué hablaba así el sepulturero, toda vez que David parecía tan listo como él y era mucho más robusto, pero como aquél no dijo más sobre el asunto, pronto lo olvidó y habló de otra cosa.

—Me decía usted que plantaba árboles y flores. ¿Los planta usted aquí?

—¿Aquí, en el cementerio? No, hija mía.

—He visto algunas flores tan bonitas —dijo la niña—, que creí estarían cuidadas por usted, aunque en realidad no están muy lozanas.

—Crecen según la voluntad de Dios, Nelly, y él dispone que un cementerio no sea nunca un vergel.

—No le entiendo a usted.

—Las flores indican las tumbas de personas que tienen seres que los aman aún.

—¡Eso es! —exclamó la niña—, y me alegro mucho de que sea así.

—¡Ay! —añadió el viejo—. Míralas, mira como inclinan sus tallos marchitos y agostados. ¿Sabes por qué?

—No —repuso la niña.

—Porque el recuerdo de los que yacen ahí debajo pasa pronto. Al principio cuidan la tumba diariamente, a todas horas; después vienen con menos frecuencia, una vez a la semana o al mes; luego, en períodos irregulares, hasta que al fin no vienen nunca. Por eso las flores se amustian y las plantas florecen pobremente.

—Siento mucho oír eso —murmuró la niña.

—Eso dice la gente caritativa y buena cuando viene a visitar las tumbas, pero yo digo otra cosa.

—Quizá los que viven piensen que sus muertos están en el cielo y no en la tumba —añadió Nelly.

—Puede ser que sea eso —repuso el viejo.

La niña pensó que, fuera o no fuera así, aquél sería su jardín de allí en adelante; ella tendría cuidado de las flores: la tarea sería muy agradable para ella.

El sepulturero no se fijó en la humedad y brillantez de los ojos de Nelly, preocupado con algo que al parecer le inquietaba mucho y que puso en claro cuando David volvió a pasar junto a él poco después.

—He estado pensando, David, que Betty debía de ser mucho más vieja que tú y que yo; no tienes más que ver que parecíamos muchachos al lado suyo.

—Ciertamente —añadió David—, era más vieja: lo menos tenía cinco años más.

—¿Cinco? —repuso el sepulturero—. ¡Diez! Me acuerdo de la edad de su hija cuando murió, y ella tenía muchos años ya.

Después de dejar dilucidado tan importante asunto, el sepulturero se dispuso a marcharse de allí en compañía de David.

La niña se dirigió a otro lado del cementerio, y allí, sentada sobre una tumba, la encontró el maestro.

—¿Nelly aquí? —exclamó el buen hombre sorprendido cerrando el libro que leía —. Me gusta mucho verte tomando el sol y el aire; temí que estuvieras en la iglesia, como de costumbre.

—¿Temió usted? —observó la niña—. Pues qué, ¿no es un sitio santo?

—Sí —repuso el maestro—, pero tienes que alegrarte algunas veces. Sí, no me mires así, ni sonrías tan tristemente.

—Si usted pudiera ver mi corazón, no diría que sonrío con tristeza. No hay una criatura en la tierra que sea más feliz de lo que yo lo soy ahora. Solamente tengo una pena.

—¿Cuál, hija mía? —preguntó el maestro.

—Saber que los que mueren son olvidados muy pronto. Mire usted todas esas flores secas y mustias.

—Pero ¿tú crees que una tumba abandonada, que una planta seca o una flor mustia indican descuido y olvido? ¿Crees que no hay acciones, hechos, que recuerden mejor a los muertos queridos que todo esto que nos rodea? ¡Nelly, Nelly! Hay mucha gente en el mundo que ahora mismo está trabajando pero cuyo pensamiento está al lado de esas tumbas, por muy olvidadas que parezcan estar.

—No me diga usted más —repuso la niña instantáneamente—. Lo creo, lo siento así. ¿Cómo he podido olvidarlo conociéndole a usted?

—No hay nada bueno que desaparezca; todo el bien permanece; no se olvida del todo. Un muerto querido permanece siempre en la mente y en el corazón de los que le amaron en vida. No se suma un ángel más a las huestes celestiales sin que su memoria viva en los que le amaron eternamente.

—Sí —murmuró la niña—, tiene usted razón, y no puede figurarse el gran consuelo que me ha dado con sus palabras.

El maestro no respondió; tenía el corazón henchido de pena y no pudo hacer otra cosa que inclinar la cabeza en silencio.

Poco después llegó el abuelo de Nelly, y todos caminaron juntos, hasta que el maestro se separó de ellos por ser la hora de empezar sus clases.

—Éste es un buen hombre, Nelly —dijo el abuelo mirándole según se alejaba—. ¡Ése sí que no nos hará daño nunca! Al fin estamos a salvo aquí; nunca nos iremos, ¿verdad?

La niña movió la cabeza sonriendo.

—Necesitas descansar, nena. Estás muy pálida, no eres la que eras hace algunas semanas. Éste es un lugar tranquilo; aquí no hay malos sueños, ni frío, ni humedad, ni el hambre con todos sus horrores. Olvidemos todo lo pasado y aún podemos ser felices.

—¡Gracias, Dios mío —murmuró la niña para sí—, por este cambio!

—Tendré mucha paciencia —añadió el viejo—; seré muy humilde, muy obediente, si quieres que estemos aquí. ¡Pero no huyas de mí; déjame estar contigo, Nelly!

—¿Yo huir de ti, abuelo? ¿Cómo puedes decir eso? Mira: haremos aquí nuestro jardín; desde mañana trabajaremos juntos, y haremos aquí un vergel.

—¡Buena idea! —exclamó el abuelo—; pero no lo olvides, nena. Empezaremos mañana.

No podemos dar una idea de la alegría del viejo al día siguiente, cuando empezaron a limpiar el cementerio de ortigas y malas hierbas, cuidaron el césped y arreglaron las plantas y arbustos lo mejor que pudieron. Ambos trabajaban con afán, cuando la niña, levantando la cabeza, vio al Doctor que, sentado cerca de ellos, los observaba en silencio.

—¡Hermosa obra de caridad! —murmuró el Doctor devolviendo a Nelly el saludo que ella le hacía—. ¿Han hecho ustedes todo eso esta mañana?

—Es muy poco, señor —repuso la niña bajando los ojos—, comparado con lo que pensamos hacer.

—¡Buena obra, buena obra! —repetía el anciano.

—Pero ¿se cuidan ustedes solamente de las sepulturas de los niños y de los jóvenes?

—Ya haremos lo mismo con las demás cuando terminemos con éstas, señor —respondió Nelly volviendo la cabeza y hablando en voz baja.

Era un incidente sin importancia, que podría ser completamente accidental o resultado de la simpatía que Nelly sentía por la juventud, pero pareció afectar a su abuelo, que no se había fijado antes en ello, y mirando a las tumbas y después a Nelly, la llamó a su lado y le pidió que cesara en el trabajo y fuera a descansar. Algo que parecía haber olvidado hacía mucho tiempo acudió a su mente, y no desapareció como otras veces, sino que volvió con insistencia. Una vez, estando trabajando, la niña observó que su abuelo la miraba como si quisiera resolver alguna duda y le preguntó lo que deseaba, pero el anciano acariciándola le respondió que solamente quería que se fuera fortificando y que pronto pudiera ser una mujer perfecta.

Desde aquel día el viejo tuvo una admirable solicitud para con Nelly; solicitud que no se alteró un instante: nunca olvidó el cariño y la condición de la niña, comprendiendo al fin todo lo que ésta había sufrido por él y lo mucho que le debía. Nunca más se cuidó de sí mismo antes que de la tierna niña, ni dejó que una idea egoísta apartara su pensamiento del dulce objeto de sus cuidados.

La seguía a todas partes, hasta que, cansada ya y apoyada en su brazo, se sentaban en algún camino o volvían a casa y descansaban junto a la chimenea; poco a poco fue encargándose de aquellas tareas caseras que eran más pesadas o rudas; se levantaba de noche para oír cómo respiraba la niña mientras dormía, y a veces pasaba horas enteras junto al hecho observándola.

Algunas semanas más tarde hubo días en que Nelly, exhausta, sin fuerzas, aunque con poca fatiga, pasaba las veladas recostada en un sofá cerca del fuego; el maestro llevaba libros y leía en alta voz, y pocas noches pasaban sin que fuera también el Doctor y leyera cuando el maestro se cansaba. El viejo escuchaba sin cuidarse de lo que oía; con los ojos fijos en su nieta, si ella sonreía o se animaba al oír alguna historia, decía que era muy buena e inmediatamente simpatizaba con el libro. Cuando el Doctor contaba algún cuento que agradaba a la niña, el viejo procuraba retenerlo, y aun a veces salía con él a la calle para que volviera a contárselo, para aprenderlo, a fin de obtener una sonrisa de Nelly cuando se lo repitiera.

Afortunadamente, estas veladas no se repetían con frecuencia; la niña ansiaba el aire libre y prefería a todo pasear por su jardín. También iba mucha gente a visitar la iglesia, y como Nelly siempre añadía un encanto a tan interesante monumento histórico, todos los días acudían algunos visitantes. El viejo se iba detrás de ellos, tratando de oír todo lo que podrían decir de la niña, y como siempre la alababan, encomiando su belleza y su formalidad, estaba orgulloso de su nieta. Pero ¿qué era aquello que frecuentemente añadían, que le oprimía el corazón, le hacía sollozar y hasta llorar muchas veces oculto en algún rincón? Hasta los extraños, los que no tenían por ella más interés que el del momento, que se iban y lo olvidaban todo al día siguiente, la veían y la compadecían, y murmuraban, al retirarse. Toda la gente del pueblo quería a Nelly, y todos mostraban el mismo sentimiento de cariño y amargura cuando hablaban de ella, y de ternura y compasión al dirigirle la palabra, sentimiento que iba en aumento cada día; hasta los chicos de la escuela, ligeros y aturdidos como eran, la querían tiernamente, lamentándose si no la encontraban al paso al ir a la clase, aunque jamás le hablaban si ella no les dirigía la palabra. Algo había en la niña que les infundía respeto y la hacía superior a ellos.

Llegaba el domingo, y todos los que iban a la iglesia, bien al entrar, bien al salir, hablaban con Nelly y se interesaban por ella; algunos le llevaban un regalito, otros la hablaban cariñosamente.

Los niños eran sus favoritos, y entre ellos el predilecto era aquel a quien habló en el cementerio el primer día que fue. Muchas veces le sentaba a su lado en la iglesia o

le subía a la torre; el niño se complacía ayudándola, aunque sólo fuera con la intención, y pronto fueron buenos amigos.

Un día el niño llegó a ella corriendo, con los ojos llenos de lágrimas después de contemplarla un instante, y la abrazó apasionadamente.

—¿Qué pasa? —preguntó Nelly acariciándole.

—¡No quiero que vayas allí, Nelly! ¡No quiero, no! —gritó el niño abrazándola más fuerte.

La niña le miró sorprendida y, separando los rizos que le cubrían la frente, le besó, preguntándole qué era lo que quería decir.

—No puedes irte, Nelly, porque no podremos vernos ya. Los que se van, no vienen a jugar, ni hablan con nosotros. ¡Quédate aquí, así estás mejor!

—No te entiendo —dijo Nelly—, ¿qué quieres decir?

—Todos dicen que serás un ángel, que te irás al cielo antes que los pájaros canten otra vez. Pero tú no quieres irte, ¿verdad? No nos dejes, Nelly, aunque el cielo es tan bonito, ¡no quieras irte!

La niña inclinó la cabeza y ocultó el rostro entre las manos.

—No puedes sufrir esa idea siquiera, ¿verdad, Nelly? —exclamó el niño llorando —. No te irás, porque sabes lo tristes que nos quedaremos. Querida Nelly, dime que estarás siempre con nosotros. ¡Dímelo, rica, dímelo! Y la tierna criatura cayó de rodillas delante de Nelly llorando amargamente, en tanto que decía:

—¡Mírame Nelly, dime que no te irás y no lloraré más, porque sé que todos se equivocarán! ¿No me respondes, Nelly?

La niña continuaba inmóvil y silenciosa, sólo un sollozo rompía de cuando en cuando aquel silencio.

—No puedes irte, Nelly —continuaba el niño—, porque no serías feliz sabiendo que todos llorábamos por ti.

La pobre niña separó al fin las manos de su rostro y abrazó al niño. Ambos lloraron silenciosamente, hasta que ella prometió sonriendo que no se iría, que estaría allí y que sería su amiga mientras Dios lo permitiera. El niño batió palmas de alegría y le dio la gracias con toda la efusión de su infantil corazoncito, y cuando Nelly le suplicó que no dijera a nadie la escena que acababa de tener lugar entre ellos, lo prometió solemnemente.

Pero la confianza del niño en las seguridades de Nelly no era completa; muy a menudo iba a la puerta de su casa y la llamaba para tener la certidumbre de que estaba allí. Apenas salía Nelly, era su compañero todo el camino, sin acordarse para nada de los niños que le esperaban para jugar.

—Es un niño muy cariñoso —decía a Nelly pocos días después el sepulturero—; siente mucho y es muy serio, aunque también sabe alegrarse cuando llega el caso. Juraría que ambos habéis estado oyendo el sonido del pozo.

—No, por cierto —respondió la niña—; me da miedo acercarme a él y voy pocas veces por ese lado de la iglesia.

—Ven conmigo —dijo el viejo—, yo lo conozco bien desde niño.

Por una estrecha escalera descendieron a la cripta y se pararon entre los macizos arcos, en un sitio sombrío, donde se percibía un olor penetrante de almizcle.

—Aquí es —murmuró el viejo—. Dame la mano mientras lo destapas, no sea que te caigas dentro; yo no puedo agacharme para quitar la tapa, porque me lo impide el reúma.

—¡Qué sitio más triste y sombrío! —dijo la niña.

—Mira hacia abajo —dijo el sepulturero. La niña obedeció, diciendo luego:

—¡Parece una tumba!

—Yo creo que lo abrieron para hacer más triste este lugar y que los monjes fueron más religiosos. Pronto lo taparán, construyendo encima; dicen que lo harán para la primavera próxima.

—Los pájaros cantan en la primavera —pensó la niña aquella tarde cuando, asomada a la ventana, contemplaba la puesta del sol—. ¡Primavera: estación feliz, hermosa y bendita!

CAPÍTULO XV

ALEGRÍAS DE BRASS

Dos días después del convite que dio Quilp a los hermanos Brass en el Desierto, entró Ricardo Swiveller en el bufete y, quitándose el sombrero, sacó un trozo de crespón negro del bolsillo, lo colocó alrededor de la cinta de aquél y se lo puso otra vez, después de admirar el efecto de la banda de luto. Después, metiéndose las manos en los bolsillos, empezó a pasear por la oficina.

—Siempre me pasa lo mismo —decía—; desde que era niño, todas mis esperanzas se han desvanecido: basta que haya querido a una mujer para que se casara con otro. Pero así es la vida y hay que conformarse. ¡Sí, sí —añadió quitándose el sombrero y mirándolo otra vez—; llevaré luto, llevaré este emblema de la perfidia de una mujer, de una ingrata que me obliga a aborrecer a todo el sexo! ¡Ja, ja, ja!

No habían terminado aún los ecos de su hilaridad, cuando sonó la campanilla de la oficina y Swiveller, abriendo apresuradamente la puerta, se encontró con el simpático rostro del señor Chuckster, su amigo y consocio en el Glorioso Apolo.

—¡Bien tempranito ha venido usted a esta maldita casa! —dijo el recién llegado.

—¡Algo, algo! —repuso Dick.

—¿Algo? —añadió Chuckster con el aire burlón que tan bien sentaba a sus facciones—. ¡Ya lo creo! ¿No sabe usted, querido amigo, la hora que es? Pues únicamente las nueve y media de la mañana.

—¿No quiere usted entrar? —preguntóle Dick—. Estoy solo, Swiveller, solo. —Y haciendo una reverencia, hizo entrar a Chuckster; ambos pasearon dos o tres veces por la habitación saludándose cómicamente.

—¿Y cómo vamos, querido amigo? —dijo Chuckster sentándose y hablando en serio—. He tenido que venir por este sitio para asuntos privados y no he querido pasar sin verle aunque suponía que no le encontraría. ¡Es tan pronto!

Después Chuckster aludió al misterioso huésped, mostrándose ofendido por la amistad que había entablado con su compañero, el simpático e ilustrado pasante Abel Garland, y así pasaron un rato charlando y tomando rapé.

—Y no contento con estar en tan buena armonía con el joven escritor —continuó Chuckster tras una pausa—, ha hecho gran amistad con sus padres y hasta con el jovenzuelo que los sirve, el cual está constantemente yendo y viniendo de su casa a la oficina. Me disgusta tanto ese asunto, que si no fuera por el afecto que tengo a la casa y porque sé que el notario no podría pasarse sin mí, le dejaría plantado. No tendría otro remedio.

Ricardo, simpatizando con su amigo, atizó el fuego de la chimenea, pero no dijo ni una palabra.

—En cuanto al joven lacayuelo —prosiguió Chuckster—, proféticamente aseguro que acabará mal. Los de nuestra profesión conocemos algo el corazón humano, y el muchacho que volvió para acabar de ganarse un chelín, tiene necesariamente que manifestarse algún día tal cual es, en su verdadero aspecto. No tiene más remedio que ser un ladronzuelo vulgar.

Seguramente Chuckster hubiera continuado con el mismo tema hasta quién sabe cuándo, si no se hubiera oído en la puerta un golpecito que pareció anunciar la llegada de algún cliente. Después del obligado «adelante» de Swiveller, se abrió aquélla, dando paso nada menos que al mismo Kit, que había sido hasta allí tema principal de la conversación de Chuckster.

Éste, que al oír llamar a la puerta había tomado una actitud de suprema mansedumbre, se rehízo y miró envalentonado al que así se atrevía a interrumpir su conversación. Swiveller le miró con altivez y esperó sin hablar hasta que Kit, atónito por tal recibimiento, se atrevió a preguntar si el caballero estaba en casa.

Antes de que Ricardo pudiera responder, Chuckster protestó indignado contra aquella manera de preguntar tan poco respetuosa, porque estando allí dos caballeros, no podían saber a cuál de ambos se dirigía; por tanto, debía haber dicho su nombre, aunque él no dudaba de que la pregunta se refería al propio Chuckster y él no era hombre con quien se jugara.

—Me refiero al caballero que vive arriba —dijo Kit dirigiéndose a Swiveller—. ¿Está en casa?

—¿Para qué le necesitas? —preguntó Ricardo.

—Porque si está, tengo que entregarle una carta.

—¿De quién? —volvió a preguntar Ricardo.

—Del señor Garland.

—¡Ah! —repuso Dick con suma amabilidad—. Puedes dármela, y si esperas la respuesta, puedes aguardar en el pasillo.

—Muchas gracias —repuso Kit—, pero tengo que entregarla en propia mano.

La audacia de esta respuesta molestó tanto a Chuckster, considerando ofendida la dignidad de su amigo, que si no le hubiera detenido la consideración de estar en casa ajena, hubiera aniquilado inmediatamente a tan atrevido criado. Swiveller, aunque no tan excitado como su amigo por aquel asunto, no sabía qué hacer, cuando el caballero misterioso puso término a la escena gritando desde la escalera con estentórea voz:

—¿No ha entrado alguien preguntando por mí?

—¡Sí, señor, sí! —repuso Dick.

—¿Y dónde está? —rugió el caballero.

—Aquí —repuso Dick—. ¡Tú, chico! —exclamó dirigiéndose a Kit—, ¿estás sordo? ¿No oyes que te dicen que subas?

Kit, considerando inútil entrar en explicaciones, se apresuró a subir, dejando a los dos socios del Glorioso Apolo mirándose en silencio.

—¡No lo decía yo! —murmuró Chuckster—. ¿Qué piensa usted de todo eso?

Swiveller, que no era malo por naturaleza y no veía en la conducta de Kit ninguna villanía, apenas sabía qué responder a su amigo. La llegada de Sansón y su hermana puso término a su perplejidad, apresurando el término de la visita de Chuckster.

—Y bien, señor Swiveller —dijo Brass—, ¿cómo está usted hoy? Alegre y satisfecho, ¿eh?

—Bastante bien, señor —respondió Ricardo.

—Bueno, entonces estaremos hoy tan contentos como las alondras. Este mundo es hermoso y da gusto vivir en él. Es cierto que hay gente mala, pero si no la hubiera, ¿para que servirían los abogados buenos? ¿Ha habido hoy correo, Swiveller?

—No, señor —repuso éste.

—Bueno, no importa —observó Brass—. Si hoy hay poco que hacer, mañana habrá más. Un espíritu satisfecho siempre alegra la existencia, Swiveller. ¿Ha venido alguien?

—Únicamente mi amigo —dijo Ricardo— y alguien para ver al huésped de arriba, que aún está con él.

—¿Quién ha venido a visitar a ese misterioso caballero? Supongo que no será una dama —prosiguió Brass.

—Es un joven algo relacionado con la notaría del señor Witherden; le llaman Kit, según tengo entendido —dijo Ricardo.

—¡Kit! ¡Vaya un nombre raro! —dijo Brass—. Parece algo destinado a perderse en el vacío. ¡Ja, ja, ja! ¿Conque está Kit arriba? ¡Oh, oh!

Dick miró a la señorita Sally, sorprendido al ver que no trataba de acallar la excesiva alegría de su hermano; pero como vio que, lejos de eso, parecía estar conforme con ella, supuso que habrían engañado a alguien entre los dos y que acababan de recibir el pago.

—¿Sería usted tan amable, Swiveller, que quiera llegarse con esta carta a Peckham Rye? No hay respuesta, pero es una cosa especial y deseo que vaya en mano. Cargue usted a la oficina los gastos de coche y aproveche el tiempo que le sobre de la hora para dar un paseo. ¡Ja, ja!

Ricardo dobló la chaquetilla que usaba en la oficina, se puso la americana y el sombrero, cogió la carta y salió. Tan pronto como desapareció Dick, Sally se levantó y, saludando dulcemente a su hermano, se retiró también.

Apenas se quedó solo, Sansón abrió de par en par la puerta de la oficina, estableciéndose en el escritorio opuesto a ella, a fin de poder ver a cualquiera que pasara por la escalera, y empezó a escribir con gran interés, tarareando por lo bajo diversos retazos de música.

Largo rato estuvo el procurador de Bevis Mark sentado, escribiendo y cantando, deteniéndose para escuchar algunas veces y prosiguiendo después su tarea. Una de las

veces que la interrumpió para escuchar, oyó que se abría la habitación del huésped, que se cerraba después y que alguien bajaba la escalera; entonces dejó la escritura, se quedó con la pluma en la mano, subió el tono de sus melodías llevando el compás como si estuviera absorto en la música y sonriendo de un modo angelical.

Cuando Kit llegó ante la puerta, Brass cesó en su canto y, sin dejar de sonreír, le hizo señas de que se detuviera.

—¿Cómo está usted, Kit? —le dijo el procurador del modo más afectuoso.

Kit, algo avergonzado, respondió cortésmente y, poniendo una mano en la cerradura, se disponía a retirarse, cuando Brass le invitó a entrar amigablemente.

—No se vaya usted aún, Kit, deténgase un poco aquí, si no tiene inconveniente —dijo el procurador con algo de misterio en el tono de voz—. Cuando le veo a usted, me acuerdo de la casita más dulce y linda que he visto en mi vida, y de las veces que iba usted a la tienda cuando estábamos allí. ¡Ah, Kit, las personas que tenemos cierta profesión, tenemos que cumplir penosos deberes algunas veces y no somos dignos de envidia! No, ciertamente.

—Yo no los envidio, señor —dijo Kit—, y no soy el llamado a juzgar en ese asunto.

—El único consuelo que nos queda —prosiguió Sansón—, es que, aunque no podemos hacer cambiar el viento, podemos disminuir sus efectos. En esa precisa ocasión a que he aludido, sostuve una ruda batalla con el señor Quilp, un hombre duro, pidiéndole que fuera indulgente. Pude perder el cliente, pero me inspiró la virtud y gané el pleito.

—No es tan malo como creía —pensó el bueno de Kit cuando el procurador hizo una pausa, como si quisiera dominar una dolorosa emoción.

—Yo le admiro a usted, Kit —continuó Brass emocionado—. He visto bastante bien su conducta en aquellos días para respetarle, por humilde que sea la posición que ocupa en el mundo y la fortuna que le tocó en suerte. Nunca miro el traje, sino el corazón que late debajo. El traje es solamente la jaula que lo aprisiona, pero el corazón es el ave. ¡Y cuántas de ésas se ocupan sólo en picotear al prójimo a través de sus lujosos alambres!

Esta figura poética, dicha con la entonación y mansedumbre de un humilde ermitaño a quien sólo faltara el tosco sayal para completar el efecto, entusiasmó a Kit.

—¡Bueno, bueno! —prosiguió Sansón, sonriendo como sonríen los hombres de bien cuando lamentan su debilidad o la de su prójimo—. Eso es claro como el agua. Puede usted tomar eso si gusta. —Y Sansón señalaba dos medias coronas que había sobre el escritorio.

Kit miró las monedas, después a Sansón y titubeó sin tomarlas.

—Son para usted.

—¿De quién?

—No importa de quién —dijo el procurador—. Pueden ser mías, si así le parece bien. Tenemos amigos excéntricos que pueden oír, Kit, y no es conveniente preguntar o hablar demasiado, ¿comprende usted? Puede usted tomarlo, eso basta. Y aquí para entre los dos, supongo que no serán las últimas que reciba usted por el mismo conducto. Espero que no. ¡Adiós, Kit, adiós! Dándole las gracias y reprochándose el haber sospechado de quien en la primera conversación se había mostrado tan distinto de lo que él suponía, Kit cogió el dinero y emprendió la vuelta a su casa. El señor Brass permaneció junto al fuego, ejercitándose simultáneamente en los ejercicios vocales y en la angelical sonrisa que antes había ensayado con tanto éxito.

—¿Puedo entrar? —dijo Sally asomándose a la puerta.

—¡Sí, sí, entra! —contestó su hermano.

—¡Ejem! —tosió la señorita a modo de interrogación.

—¡Hecho! —murmuró Sansón—. Me atrevería a decir que es como si estuviera hecho ya.

CAPITULO XVI

SOSPECHAS

La suposición de Chuckster no dejaba de tener cierto fundamento. Una amistad sincera y leal unió al caballero misterioso con los señores Garland, estableciéndose pronto una intimidad entre ellos. Un ligero ataque, consecuencia probable de aquel terrible viaje y del desengaño subsiguiente, dio origen a frecuente correspondencia; de tal modo, que uno de los moradores de la granja Abel, en Finchley, iba casi diariamente a Bevis Mark.

Como la jaca no se dejaba guiar por otro que no fuera Kit, ocurría que, ya fuera Abel ya su padre el que iba a hacer la visita, Kit era siempre de la partida, y Kit el mensajero que llevaba la correspondencia cuando no había visita. Ocurrió, pues, que cuando el caballero se puso enfermo, Kit iba a Bevis Mark todas las mañanas con la misma regularidad que un cartero.

Sansón, que indudablemente tenía sus razones para esperarle, aprendió pronto a distinguir el ruido de las ruedas y los botes de la jaca tan pronto como doblaban la esquina, y apenas lo sentía dejaba la pluma con la mayor alegría y se frotaba las manos diciendo a Ricardo:

—¡Ahí está ya la jaquita! ¡Qué animal más inteligente! ¡Y qué dócil!

Dick respondía alguna frase de cajón y Brass se subía sobre un taburete para mirar a la calle desde cierta altura, a fin de ver quién iba en el coche.

—Ahí viene hoy el anciano señor Swiveller. ¡Qué hombre más agradable y simpático, y qué buen humor tiene siempre! Es un hombre que honra al género humano.

Después que el señor Garland descendía del coche y subía a visitar al huésped, Sansón saludaba a Kit desde la ventana; algunas veces salía hasta la calle y sostenía con él conversaciones como la que sigue:

—¡Qué hermoso animal! ¡Qué manso!

Kit acariciaba a la jaca pasándole la mano por el lomo y aseguraba a Sansón que encontraría pocos animales como ella.

—Es hermoso —respondió éste— y tiene un instinto sorprendente.

—¡Magnífico! —respondía Kit—. Comprende mejor que un cristiano todo lo que usted dice.

—¿De veras? —preguntaba Brass, que había oído la misma frase a la misma persona y en el mismo sitio una docena de veces, lo cual no impedía que se quedara atónito exclamando—: ¡es maravilloso!

—Poco pensé yo —se decía Kit, cautivado por el interés que el procurador mostraba por el animal— que seríamos tan amigos cuando le vi por primera vez.

—¡Ah, Cristóbal! —proseguía Brass—, la honradez es la mejor norma de vida. Hoy he perdido yo cuarenta y cinco libras por ser honrado, pero al fin redundará en ganancia, estoy seguro de ello. Por eso, en vez de entristecerme, estoy contento.

Kit se complacía tanto con semejante conversación, que muchas veces estaba hablando aun cuando aparecía de nuevo el señor Garland; Sansón le ayudaba a entrar en el coche con muestras de afecto y le saludaba cortésmente. Una vez que el coche desaparecía, Sansón y su hermana, que generalmente se asomaba también, cambiaban una extraña sonrisa, no muy placentera por cierto, y volvían a la sociedad de Ricardo Swiveller, que durante su ausencia había ensayado varios ejercicios de pantomima, en tanto que el escrito confiado a su pluma estaba lleno de raspaduras y tachones.

Cuando Kit iba solo, el procurador recordaba que tenía algún encargo para Swiveller en sitios algo lejanos siempre, de los cuales tenía necesariamente que volver al cabo de dos o tres horas cuando menos; tanto más, cuanto que el señor Swiveller no se distinguía por su prontitud en volver cuando salía a la calle. Sally se retiraba en seguida, y el procurador, invitando a Kit para que entrara en el bufete, le entretenía con una conversación moral o agradable para el muchacho, entregándole después alguna moneda. Ocurría esto con tanta frecuencia, que Kit, creyendo que provenía del caballero misterioso, que por otra parte había recompensado liberalmente a su madre por las molestias del viaje, no sabía alabar bastante su generosidad y compraba regalitos para su madre y hermanos, y hasta para Bárbara.

Mientras en la oficina ocurrían los sucesos que acabamos de relatar, Ricardo, que se quedaba solo con mucha frecuencia, empezó a notar que tenía poco que hacer y mucho tiempo de sobra, y a fin de evitar que sus facultades se enmohecieran, llevó una baraja a la oficina y se entretenía en jugar a los naipes con un ser imaginario, cruzando con él cantidades y apuestas enormes.

Como estas partidas eran muy silenciosas, a pesar de los grandes intereses que se aventuraban en ellas, Swiveller creyó oír algunas veces un ligero ronquido o respiración difícil cerca de la puerta, y después de mucha cavilación empezó a pensar que debía de proceder de la criadita, que estaba siempre constipada. Una noche que observó atentamente, pudo percibir un ojo que miraba por la cerradura, y no dudando ya de que su sospecha era cierta, fue sigilosamente hasta la puerta y la abrió rápidamente, sin dar tiempo a la niña para poder retirarse.

—No intentaba perjudicarle a usted, señor, créame —murmuró la niña—. ¡Estoy tan triste abajo! Le suplico que no se lo diga usted a nadie.

—¿Quieres decir que mirabas por la cerradura solamente para distraerte?

—Sí, señor, le aseguro a usted que era únicamente por eso.

—¿Y cuánto tiempo hace que te entretienes así?

—Hace mucho, señor, mucho antes de que empezara usted a jugar a las cartas.

—Bueno, pues entra. No se lo diré a nadie y te enseñaré a jugar.

—No me atrevo, señor, la señorita Sally me mataba si lo supiera.

—¿Tienes lumbre abajo?

—Muy poca, señor, unas ascuas solamente —murmuró la niña.

—Como la señorita Sally no puede matarme a mí aunque me encuentre allí, bajaré contigo —respondió Ricardo metiendo las cartas en su bolsillo.

—Pero ¡qué delgada eres! —prosiguió— ¿Por qué no tratas de ponerte más gruesa?

—No es culpa mía, señor.

—Podrías comer pan y carne —replicó Dick sentándose—. Y cerveza. ¿La has bebido alguna vez?

—Una vez bebí un sorbito.

—¡Vaya una rareza! ¡No haber probado nunca la cerveza! ¿Cuántos años tienes?

—No lo sé.

Ricardo abrió desmesuradamente los ojos y meditó unos momentos; después, encargando a la niña que tuviera cuidado de responder si alguien llamaba a la puerta, salió apresuradamente.

Pronto estuvo de vuelta, acompañado de un muchacho que llevaba en una mano un plato con pan y carne, y en la otra, un gran jarro lleno de algo que olía muy bien.

Ricardo lo tomó al llegar a la puerta, encargando a la niña que cerrara bien para evitar sorpresas, y bajó a la cocina seguido de ella.

—Vamos —dijo Ricardo poniéndole delante el plato—, cómete eso y después jugaremos.

La niña no necesitó una segunda invitación y pronto vació el plato.

—Ahora, bebe de eso —añadió Dick entregándole el jarro—, pero con moderación, porque no estás acostumbrada y podría hacerte daño.

—¡Qué bueno es! —exclamó la niña regocijada, después de beber.

Esta observación agradó sobremanera a Dick, que cogiendo a su vez el jarro, bebió un gran trago. Después se aplicó a instruir a la niña en el juego, cosa que pronto aprendió, porque era lista.

—Ahora —dijo Ricardo poniendo dos medios chelines en un plato y atizando la bujía que iluminaba la reducida estancia, después de barajar y cortar las cartas—, ésta es la apuesta. Si ganas, serán para ti; si gano yo, serán para mí. Para entendernos mejor y que parezca un juego de veras, te llamaré Marquesa, ¿oyes?

La criadita asintió con un movimiento de cabeza.

—Vamos, Marquesa, empieza a jugar.

La Marquesa, sosteniendo las cartas muy apretadas con ambas manos, pensó por cuál empezaría, y Dick, tomando el aire alegre y elegante que la sociedad de una marquesa requería, bebió otro traguito y esperó su turno.



Swiveller y la Marquesa jugaron varias partidas, hasta que la pérdida de tres medios chelines, la disminución del líquido y las campanadas del reloj indicando que eran las diez, hicieron comprender al caballero que el tiempo volaba y que sería conveniente marcharse antes de que Sansón y su hermana volvieran.

—Por tanto, Marquesa —añadió Ricardo gravemente—, solicito el permiso de vuestra señoría para guardarme las cartas y beberme el resto de esta cerveza a vuestra salud, suplicando me dispense por tener el sombrero puesto, porque este palacio es húmedo y el mármol de sus suelos y paredes muy frío, y retirarme después.

La criadita asintió de nuevo sin hablar una palabra.

—¿Dices que van muchas veces al teatro y que te dejan sola?

—Sí, señor; eso creo, al menos, porque la señorita Sally es muy aficionada.

Ya iba Ricardo a retirarse, cuando pensó que sería conveniente charlar un rato con la niña, cuya lengua se había puesto algo expedita con la cerveza, no desperdiciando aquella oportunidad que se le presentaba de enterarse de algunas cosas.

—A veces van a ver al señor Quilp —contestó la niña a otra pregunta de Dick—, porque el señor no sabe hacer nada solo: siempre pide consejo a la señorita.

—Supongo —prosiguió Dick— que hablan y se consultan en todos sus asuntos, y que se habrán ocupado mucho de mí, ¿eh, Marquesa? ¿Para bien? ¿En buen sentido?

Ésta volvió a sus movimientos afirmativos.

—¡Uf! —murmuró Ricardo—. ¿Será un abuso de confianza, Marquesa, pediros que me contéis lo que dicen de este humilde servidor que ahora tiene el honor de…?

—La señorita dice que es usted muy original y muy divertido.

—Eso no es decir una inconveniencia, Marquesa; la alegría y la gracia no son cualidades que degradan.

—Pero es que también dice que no se puede tener confianza en usted.

—Hay muchas personas que han hecho la misma observación, especialmente mercaderes y comerciantes. ¿Supongo que el señor Brass será de la misma opinión?

La niña afirmó que era aún más severo que su hermana en el asunto.

—Pero ¡por Dios, no diga usted nada, porque me pegarán después hasta matarme! —exclamó luego, pesarosa de haber hablado tanto.

—Marquesa —dijo Ricardo—, la palabra de un caballero es sagrada. Soy tu amigo y espero que pasaremos muchos ratos en este hermoso salón. Pero se me ocurre —añadió parándose en el camino hacia la puerta y volviéndose a la criadita que le seguía con la bujía encendida— que has debido de mirar y oír mucho por las cerraduras para saber todo eso.

—Únicamente quería saber dónde guardaban la llave de la despensa, eso era todo. Y si lo hubiera sabido, no habría cogido mucho, únicamente lo indispensable para mitigar el hambre.

—Entonces, ¿no sabes aún dónde la guardan? —dijo Dick—. Pero ¡claro es que no, porque, en ese caso, estarías más gruesa! Adiós, Marquesa, hasta la vista, y no olvides pasar la cadena.

Ricardo, comprendiendo que había bebido bastante, emprendió el camino derecho hacia su casa y al llegar, empezó a desnudarse, meditando entre tanto unas veces sobre la Marquesa y los misterios que la rodeaban; otras, sobre Sofía y hasta sobre la pobre Nelly, hasta que logró dormirse después de dar muchas vueltas en la cama pensando en Quilp, en Brass, en Sally y en el caballero misterioso.

A la mañana siguiente despertó fresco y animado, y después de recibir una esquelita de su patrona intimidándole para que buscara otro alojamiento, fue a Bevis Mark, donde la hermosa Sally estaba ya en su escritorio, radiante y esplendorosa como la virgínea luz de la luna.

Swiveller reveló su presencia con un saludo y se sentó en su sitio de costumbre.

—Dígame —exclamó de pronto la señorita Sally rompiendo el silencio—, ¿ha visto usted esta mañana un lapicero de plata?

—No he encontrado ninguno en la calle. En un escaparate vi uno muy grueso en unión de un cortaplumas y un mondadientes, pero como estaban entretenidos en conversación, seguí adelante.

—Seriamente —continuó Sally—, ¿lo ha visto usted aquí o no?

—¡Qué simpleza tan grande! ¿Cómo puedo haberlo visto, si acabo de llegar en este momento?

—Simpleza o no, lo único que sé es que no puedo encontrarlo; habrá desaparecido algún día que lo haya olvidado sobre la mesa.

—Espero que la Marquesa no habrá entrado aquí —pensó Ricardo.

—También había un cortaplumas igual —prosiguió Sally—; era regalo de mi padre y también ha desaparecido. Supongo que usted no echará nada de menos.

Ricardo, después de registrar sus bolsillos y convencerse de que todo estaba en su sitio, respondió que no le faltaba nada.

—Es una cosa muy desagradable, Dick; pero, en confianza y sin que Sammy se entere, porque no acabaría de hablar nunca de ello, le diré que también ha desaparecido dinero de la oficina. Yo he notado la falta de tres medias coronas en diversas ocasiones.

—¿Es cierto eso? —preguntó Dick—. Tenga usted cuidado con lo que dice, porque es un asunto muy serio. ¿Está usted segura? ¿No habrá alguna equivocación?

—No, no hay ninguna equivocación, así es —repuso Sally con énfasis.

—No puede haber sido nadie más que la Marquesa —pensó Ricardo soltando la pluma—. ¡Buena le espera!

Cuanto más pensaba, más seguro le parecía que aquella infeliz criatura, medio muerta de hambre, se había visto obligada por la necesidad a hurtar lo que encontró a su alcance. Y lo sintió tanto, le molestaba de tal modo la idea de que aquella acción tan grave enturbiara la pureza de su amistad, que deseó saber que la Marquesa era inocente con más ardor que recibir cincuenta libras de regalo.

En tanto que absorto meditaba en el asunto, Sally movía la cabeza con aire de misterio y duda, cuando se oyó la voz de Sansón entonando una escala en el corredor y en un instante apareció en la puerta tranquilo y sonriente.

—Buenos días, Ricardo. Dispuesto ya a trabajar, ¿eh?, después de un sueño refrigerante y reparador. Henos aquí levantándonos con el sol para emprender las tareas ordinarias. ¡Qué reflexión más consoladora!

Mientras hablaba así, ostentaba en la mano un billete de veinticinco libras y lo examinaba al trasluz.

Ricardo le oía sin entusiasmarse por aquel aluvión de palabras huecas, cosa que llamó la atención de Brass, el cual, volviendo la cabeza, se fijó en su abatido semblante.

—¿Qué le pasa a usted? Es preciso estar contento para trabajar bien, es preciso estar…

La casta Sara lanzó un profundo suspiro.

—¡Dios mío! —exclamó Sansón—, ¿también tú? ¿Qué pasa, señor Swiveller? ¿Qué pasa aquí?

Dick miró a Sally y vio que le hacía señas para que pusiera a su hermano al corriente de lo que pasaba, y como su posición tampoco era muy agradable hasta que se aclarara el asunto, lo hizo así, ayudado de Sally, que corroboró cuanto él decía.

Una viva contrariedad nubló el semblante de Sansón, que, en vez de romper en gritos, como Sally esperaba, fue de puntillas a la puerta, la abrió, miró fuera, después la cerró silenciosamente, volvió de puntillas otra vez y dijo hablando muy bajito:

—Es una cosa penosa y molesta para todos; una cosa extraordinaria, Ricardo. Pero el caso es que yo también he notado la falta de algunas cantidades pequeñas que dejé en el cajón de la mesa últimamente. No he hecho mención de ello, esperando que la casualidad me permitiera descubrir al delincuente, pero no ha sido así. Éste es un asunto penoso, señores.

Al hablar así, Sansón dejó el billete que tenía en la mano entre unos papeles que había sobre la mesa, distraídamente, y se metió las manos en los bolsillos. Ricardo lo observó y le suplicó que lo guardara.

—No, amigo mío, no —replicó Brass emocionado—; no lo recojo, lo dejo ahí. Recogerlo sería manifestar que dudo de usted, cuando, por el contrario, tengo ilimitada confianza. Lo dejaremos ahí, si usted no tiene inconveniente.

Ricardo agradeció mucho la confianza, merecida por cierto, que el procurador le dispensaba en aquellas penosas circunstancias y se sumió en profunda meditación, lo mismo que los hermanos Brass, temiendo oír a cada momento imputar el robo a la Marquesa e incapaz de destruir la convicción que tenía de que ella era la culpable.

Después de unos momentos de reflexión, Sally dio un puñetazo en la mesa exclamando:

—¡Ya sé quién ha sido!

—¿Quién? —preguntó Brass— ¡Dilo pronto!

—¡Qué! ¿No ha habido una persona yendo y viniendo continuamente aquí durante estas últimas semanas? ¿No ha estado esa persona sola algunas veces, gracias a ti? ¡Pues dime ahora que ése no es el ladrón!

—¿Quién es esa persona? —exclamó Brass iracundo.

—Ese que llaman Kit.

—¿El criado del señor Garland?

—Ese mismo.

—¡Nunca! —exclamó Brass—. No puede ser; no lo creeré aunque me lo juren. ¡Nunca!

—Pues te aseguro que ése es el ladrón —volvió a decir su hermana tomando tranquilamente un polvo de rapé.

—Pues yo te aseguro que no es ése. ¿Cómo te atreves a hacer tal imputación? ¿No sabes que es el muchacho más honrado que existe y que su conducta es intachable? ¡Adelante, adelante!

Estas últimas palabras se dirigían a una persona que llamaba a la puerta de la oficina y que resultó ser el mismo Kit en persona.

—¿Hacen el favor de decirme si está arriba el caballero?

—Sí, Kit —repuso Brass, rojo aún de indignación—, allí está. Me alegro mucho de verle a usted y le suplico que tenga la bondad de entrar cuando baje.

—¡Ese muchacho un ladrón! —murmuró Brass apenas se retiró Kit—; es imposible, con ese semblante franco y abierto. Le confiaría todo el oro del mundo sin cuidado alguno. Señor Swiveller, le suplico tenga la bondad de ir a casa de Brass y Compañía, en Broad Streed, y preguntar si ha recibido un aviso para acudir a una reunión en casa de Painter.

—¡Kit un ladrón! —siguió murmurando—. Sería menester ser ciego y sordo para creer eso. —Y mirando a Sally con ira, echó la cabeza sobre su escritorio como si quisiera aplastar el mundo con su peso.

CAPITULO XVII

LA ACUSACIÓN

Cuando Kit bajó de la habitación del caballero misterioso un cuarto de hora después, Sansón Brass estaba solo en su oficina; pero no estaba sentado en el escritorio, ni cantaba como de costumbre. Estaba delante de la chimenea, de espaldas al fuego y con un aspecto tan extraño, que Kit supuso que se había puesto malo de repente.

—¿Le ocurre a usted algo, señor? —le preguntó.

—¿Algo? —exclamó Brass—. ¿Qué si me ocurre algo? ¿Por qué me hace usted esa pregunta?

—Está usted tan pálido que no parece el mismo.

—¡Pse! ¡Mera imaginación! —exclamó Brass agachándose para remover las ascuas—. Nunca he estado mejor en mi vida, Kit, ni tan contento. ¡Ja, ja! ¿Cómo está nuestro amigo, el vecino de arriba?

—Mucho mejor —repuso Kit.

—Me alegro mucho de oírlo —dijo Brass—; es decir, doy gracias a Dios, porque es un excelente caballero, digno, liberal y generoso. ¡Da tan poco trabajo! ¡Es un huésped admirable! ¿Y el señor Garland? Supongo que está bien, Kit. ¿Y la jaca, mi amiga? Mi amiga particular, como usted sabe.

Kit hizo una relación satisfactoria de la familia de la granja Abel, y Sansón, diciéndole que se acercara, le cogió por la solapa de la chaqueta diciéndole:

—Estoy pensando, Kit, que yo podría hacer algo por su madre. Porque usted tiene madre, ¿verdad? Usted me lo dijo, si no recuerdo mal.

—Sí, señor, la tengo y se lo dije a usted.

—Creo que es viuda y muy trabajadora.

—No creo que exista una mujer más laboriosa ni una madre mejor.

—Eso es una cosa que toca al corazón; una pobre mujer luchando y trabajando para sacar adelante a sus hijitos es un delicioso cuadro de la bondad humana. Deje usted el sombrero, Kit.

—Muchas gracias, señor, tengo que marcharme inmediatamente.

—Déjelo usted mientras habla un momento —dijo Brass recogiéndolo y revolviendo los papeles sobre la mesa, a fin de encontrar un sitio donde dejarlo—. Estaba acordándome de que tenemos casas para alquilar y necesitamos que cuiden de ellas gentes que muchas veces son personas en las cuales no se puede confiar. No hay nada que nos impida entregar esas plazas a quien queramos, teniendo, además, el placer de hacer una acción buena al mismo tiempo.

Brass, según hablaba, removía los papeles como buscando algo y cambiaba de sitio el sombrero.

—No sé cómo dar a usted las gracias, señor —repuso Kit lleno de alegría.

—Entonces —dijo Brass súbitamente volviéndose hacia Kit y acercándose a él con una sonrisa tan repulsiva que el muchacho, a pesar de su gratitud, retrocedió unos pasos sorprendido—, entonces es cosa hecha.

Kit le miró asombrado.

—Hecho, está hecho ya —añadió Sansón restregándose las manos—. Ya lo verá usted, Kit, ya lo verá. ¡Pero cómo tarda Swiveller! ¡Es el único para hacer un recado! ¿Querría usted hacerme el favor de quedarse un momento aquí, por si viene alguien mientras voy arriba? Es cuestión de un minuto y tardaré solamente el tiempo indispensable.

El señor Brass salió de la oficina, volviendo unos momentos después, al tiempo que también llegaba Dick, y cuando Kit salía presuroso, a fin de recobrar el tiempo perdido, la señorita apareció en el umbral de la puerta al mismo tiempo.

—Ahí va tu protegido, Samy.

—Sí, mi protegido, si quieres designarle así. Un muchacho honrado si los hay, Ricardo, ¡un hombre digno!

—¡Ejem! —tosió la señora.

—Y te diré —añadió Sansón iracundo— que estoy tan seguro de su honradez, que pondría las manos en el fuego. ¿No va a acabarse esto nunca? ¿Voy a estar fastidiado por tus ridículas sospechas? No tienes en nada el verdadero mérito. Si sigues así, puede ser que sospeche de tu honradez antes que de la suya.

Sally, sacando su tabaquera, miró atónita a su hermano.

—¡Me vuelve loco, señor! ¡Esta mujer me vuelve loco! Marearme y aburrirme constituye parte de su naturaleza, creo que lo tiene en la masa de la sangre. Pero no importa, he hecho lo que pensaba y he demostrado mi confianza en el muchacho dejándole solo en la oficina. ¡Ja, ja! ¡Víbora!

La hermosa virgen volvió a sacar su tabaquera, tomó un polvito y, guardándose otra vez la caja en el bolsillo, miró a su hermano completamente tranquila.

—Tiene mi confianza completa —murmuraba—, y continuará teniéndola siempre. Es… ¡Cómo! ¿Dónde está el…?

—¿Qué ha perdido usted? —exclamó Dick.

—¡Dios mío! —exclamó Brass revolviendo todos sus bolsillos uno tras otro y buscando sobre la mesa, debajo y por todas partes—. ¡El billete de veinticinco libras! ¿Dónde puede estar? Yo lo dejé aquí, aquí mismo.

—¿Qué? —rugió la señora Sally levantándose y dejando caer al suelo una porción de papeles—. ¿Perdido? ¡Veremos quién tiene razón ahora! Pero ¿qué importan veinticinco libras? Eso no es nada. Es honrado, ¿saben ustedes? Muy honrado, y no es posible sospechar de él. ¡No le acusen, no!

—Pero ¿no lo encuentra? —preguntó Ricardo pálido y tembloroso.

—No, señor, no lo encuentro —repitió Brass—. ¡Mal asunto es éste! ¿Qué haremos?

—No correr a coger al ladrón —dijo Sally tomando otro polvito—, ¡de ninguna manera! Darle tiempo para que lo esconda. ¡Sería una crueldad reconocer que es culpable!

Swiveller y Brass se miraron confundidos y después, como movidos por un resorte, cogieron maquinalmente los sombreros y se echaron a la calle, corriendo sin cuidarse de los obstáculos que hallaban a su paso como si les fuera en ello la vida.

Kit, que también había ido corriendo, aunque no tanto, les llevaba una gran delantera; pero al fin fue alcanzado en un momento en que se había detenido para tomar aliento.

—¡Deténgase usted! —gritó Sansón poniéndole una mano en el hombro, en tanto que Dick, sujetándole por el otro, decía:

—¡No tan ligero, caballero! ¿Tiene usted mucha prisa?

—Sí señor, la tengo —dijo Kit mirando sorprendido a ambos caballeros.

—No sé qué pensar. No puedo creerlo, pero se ha perdido en mi oficina un objeto de valor. ¿Supongo que usted no sabe lo que es? —dijo Brass.

—¿Qué dice usted, señor Brass? —exclamó Kit temblando de pies a cabeza—. No supondrá usted…

—¡No, no! —repuso Brass prontamente—, ¡no supongo nada! No diga usted que yo he dicho que usted ha sido. Espero que no tendrá inconveniente en volver conmigo a la oficina.

—Ciertamente que no —murmuró Kit—. ¿Por qué había de tenerlo?

—¡Claro está! —repuso Brass—. ¿Por qué? Si usted supiera la lucha que he sostenido esta mañana por defender su inocencia, me compadecería.

—Estoy seguro de que sentirá usted haber sospechado de mí —dijo Kit—. ¡Vamos, vamos pronto!

—Seguramente; cuanto más aprisa, mejor. Ricardo, tenga usted la bondad de cogerle del brazo izquierdo, yo le cogeré del derecho; porque aunque tres personas juntas andan mal, en las presentes circunstancias no hay otro remedio.

Kit cambió de color al verse sujeto así y quiso rebelarse, pero comprendiendo que sería peor, se sometió y llorando de vergüenza se dejó conducir. Durante el camino, Ricardo, a quien aquella situación molestaba mucho, murmuró en su oído que si confesaba su culpa, prometiendo que no volvería otra vez a hacerlo, no le castigarían; pero Kit rechazó indignado la proposición, y así llegó hasta la presencia de la encantadora Sara, que inmediatamente tuvo la precaución de cerrar la puerta.

—Como éste es un asunto muy delicado, Cristóbal, espero que no tendrá usted ningún inconveniente en que le registremos.

—¡Que me registren! —exclamó Kit levantando orgullosamente los brazos—, pero tengo la seguridad de que lo sentirá usted todos los días de su vida.

—Es un asunto penoso —dijo Brass revolviendo los bolsillos de Kit, de donde sacó una heterogénea colección de objetos—. Supongo que no hará falta registrar los forros, estoy satisfecho. ¡Ah! Ricardo, registre usted el sombrero.

—Aquí hay un pañuelo —repuso Dick.

—Eso no es malo ni perjudicial; creo que es saludable, según dicen, llevar un pañuelo en el sombrero.

Una exclamación que lanzaron a un tiempo Dick, Sally y el mismo Kit cortó la palabra al procurador. Volvió la cabeza y vio a Dick parado con el billete en la mano.

—¿Estaba en el sombrero? —gritó Brass.

—¡Debajo del pañuelo, escondido en el forro! —murmuró Dick, anonadado por el descubrimiento.

El procurador miró a Dick, miró a Sally, miró al techo y a todas partes, excepto a Kit, que se había quedado completamente inmóvil y estupefacto.

—¿Qué es esto? —murmuró enlazando las manos—. ¿Es que el mundo se sale de su eje o que hay una revolución sideral en los espacios? ¡Precisamente la persona de quien menos lo hubiera creído, a quien yo iba a beneficiar todo lo posible, a quien aprecio tanto, que aun ahora mismo dejaríale marchar con gran satisfacción! Pero soy un abogado y tengo que hacer cumplir las leyes de mi país. Sally, hermana mía, perdóname. Ricardo, tenga usted la bondad de llamar en seguida a un guardia.

Pronto volvió Dick, seguido del funcionario público, que oyó toda la acusación de Kit con completa indiferencia profesional y se encargó de su custodia.

—Será mejor que vayamos al juzgado inmediatamente —indicó el guardia—, pero es preciso que usted venga conmigo —dirigiéndose a Brass—, y la… —aquí miró a Sally, no atreviéndose a calificarla, porque no podía saber si era un grifo o algún otro monstruo fabuloso.

—La señora, ¿eh? —añadió Sansón.

—Sí, sí, la señora —murmuró el guardia—. Y también el joven que encontró el billete.

—Ricardo, amigo mío —dijo Brass con dolorido acento—, es una triste necesidad, pero la ley lo exige.

—Pueden ustedes hacer uso de un coche, si lo tienen por conveniente —añadió el guardia.

—Oiga usted una palabra antes, señor —exclamó Kit levantando los ojos como si implorara misericordia—. Soy tan inocente como cualquiera de los presentes. ¡No soy un ladrón! Señor Brass, creo que usted me conoce mejor y no debe creer que soy culpable.

—Sí —repuso Brass—, juro que hasta hace unos minutos tenía confianza completa en este joven y que le hubiera confiado cuanto tenía. Sara, hija mía, oigo el coche ya; ponte el sombrero y vámonos. Va a ser un paseo bien triste, por cierto; parecerá un funeral.

—Señor Brass —murmuró Kit, hágame usted un favor: le suplico que me lleven antes a la notaría del señor Widierden, pues allí está mi amo. ¡Por amor de Dios, lléveme allí primero!

—Bien, no sé si podremos hacerlo —exclamó Brass, que tal vez tuviera sus razones para desear hallarse lo más lejos posible de la vista del notario—. ¿Tendremos tiempo, guardia?

Éste repuso que si iban en seguida, tendrían tiempo; pero que si se detenían, sería necesario ir directamente al juzgado.

Al fin se decidieron a entrar en el coche que Ricardo había ido a buscar y entraron todos, llevando aún sujeto a Kit, que, asomado a la ventanilla, parecía esperar la aparición de algún fenómeno que pudiera explicarle si lo que le pasaba era realidad o sueño.

Mas, ¡ah!, todo era real; la misma sucesión de calles y plazas, los mismos grupos de gente cruzando el pavimento en diversas direcciones, el mismo movimiento de carros y coches, los mismos objetos en los escaparates; una regularidad, en fin, en el ruido y la prisa, impropia de su sueño. La historia era verdad: le acusaban de robo y habían encontrado el billete en su poder, aunque él era inocente de hecho e intención, y le llevaban detenido y prisionero.

Absorto en estos pensamientos, imaginando el disgusto de su madre y de sus hermanos, desanimado y sin fijarse en nada ya según se iban acercando a casa del notario, vio de repente, como aparecido por un conjuro mágico, el horrible semblante de Quilp asomado a la ventana de una taberna. Al verle, mandó Brass detener el coche, y el enano, quitándose el sombrero, saludó con una ridícula y grotesca cortesía.

—¡Tanto bueno por aquí! ¿Dónde van ustedes todos: la interesante Sally, Dick el agradable y Kit, el honrado Kit?

—¡Ah, señor! —murmuró Brass—. ¡Ya no creeré más en la honradez!

—¿Por qué no, plaga de letrados, por qué no? —preguntó Quilp.

—Se ha perdido un billete en la oficina y lo encontramos en su sombrero. Se quedó solo unos momentos. La cadena de sucesos está completa; no hay un solo eslabón suelto.

—¡Cómo! —exclamó el enano sacando medio cuerpo fuera de la ventana—. ¿Kit ladrón? ¡Ja, ja, ja! ¡Es el ladrón más feo que puede verse y hasta se podría pagar algo por verle! ¿Eh, Kit? Han tenido ocasión de cogerle antes de que tuviera oportunidad de pegarme. ¿Eh, Kit, eh? —el enano rompió a reír a carcajadas y después prosiguió:

—¿Conque hemos venido a parar en eso, Kit? ¡Ja, ja, ja! ¡Qué desencanto para Jacobito y para tu cariñosa madre! Adiós, Kit, adiós. Mis recuerdos a los Garland, la amable señora y el buen caballero. Mis bendiciones sean contigo, Kit, con ellos y con todo el género humano.

Apenas desapareció el coche, Quilp se tumbó en el suelo en un éxtasis de alegría.

Al llegar a casa del señor Wirherden, Brass se bajó del pescante y, abriendo la puerta del coche, con melancólica expresión dijo a su hermana que sería conveniente que entraran ellos solos primero, a fin de preparar a aquella buena gente para el doloroso espectáculo que los esperaba, y así entraron en la oficina del notario ambos hermanos del brazo y seguidos de Ricardo.

El notario, en pie junto a la chimenea, departía con Abel y su padre, y Chuckster, sentado en un escritorio, escribía, sin olvidarse de oír y recoger todo lo que pudiera de aquella conversación.

Brass observó todo esto a través de la puerta de cristales, antes de entrar, y al abrirla notó que el notario le reconocía. Dirigióse a él y, quitándose el sombrero, le dijo:

—Señor, me llamó Brass; soy procurador de Bevis Mark y he tenido ya el honor y el placer de estar en relación con usted en algunos asuntos de testamentaría. ¿Cómo está usted, caballero?

—Mi pasante le atenderá a usted, señor Brass, sea cualquiera el asunto que le traiga —dijo el notario, continuando su conversación con los dos caballeros.

—Muchas gracias, señor —repuso Brass—. Tengo el gusto de presentarle a mi hermana, una colega de tanto valor en una oficina como cualquiera de nosotros. Señor Swiveller, tenga usted la bondad de acercarse. No, señor Witherden —continuó Brass, interponiéndose entre éste y la puerta de su gabinete particular, hacia donde se dirigía aquél—, tengo que hablar dos palabras con usted y le suplico tenga la bondad de oírme.

—Señor Brass —exclamó el notario con tono decidido—, estoy ocupado con estos señores. Si usted se dirige al señor Chuckster, le atenderá lo mismo que si fuera yo.

—Caballeros —dijo Brass dirigiéndose a los Garland, padre e hijo—, apelo a ustedes. Soy un letrado y sostengo mi título mediante el pago anual de doce libras esterlinas. No soy actor, escritor, músico o artista que viene a pleitear por derechos que las leyes de su país no reconocen. Soy un caballero y apelo a ustedes, ¿es esto legal? Realmente, caballeros…

—Tenga usted la bondad de explicarse brevemente, señor Brass —dijo el notario.

—Sí, voy a hacerlo, señor Witherden. Pronto sabrá usted lo que tengo que decirle. Creo que uno de estos caballeros se llama Garland…

—Los dos —respondió el notario.

—¡Tanto mejor, tanto mejor! —repuso Brass—. Celebro la ocasión que me permite conocer a ambos señores, aunque es muy penosa para mí. ¿Uno de ustedes tiene un criado llamado Kit?

—Los dos —repuso el notario.

—¿Dos Kit? —dijo Brass sonriendo—. ¡Es curioso!

—Un Kit solamente, señor —repuso el notario enfadado—, que está al servicio de ambos señores. ¿Qué le ocurre?

—Únicamente que ese joven, en quien yo tenía una confianza ilimitada y a quien consideraba por su honradez igual a mí, ha cometido un robo en mi oficina esta mañana y ha sido cogido casi en el hecho.

—Debe de haber alguna falsedad en eso —exclamó el notario.

—¡Es imposible! —dijo Abel.

—¡No creo una sola palabra de esa historia! —añadió el anciano Garland. Brass miró de un lado a otro y repuso:

—Señor Witherden, sus palabras son una injuria, y si yo fuera un hombre ruin, procedería contra usted. Respeto las calurosas expresiones de estos dos señores y siento ser el mensajero de tan desagradables noticias. Seguramente no me hubiera colocado yo mismo en esta situación tan violenta, si el mismo joven no me hubiera suplicado que le trajéramos aquí antes de nada. Señor Chuckster, tenga usted la amabilidad de decir al guardia que espera fuera que pueden entrar.

Al oír estas palabras, los tres caballeros se miraron atónitos; Chuckster descendió de su sitial con la excitación de un profeta que anuncia de antemano lo que ha de ocurrir y abrió la puerta para que entrara el desgraciado preso.

Cuando Kit entró, e inspirado por la ruda elocuencia de la verdad puso al cielo por testigo de su inocencia y su ignorancia acerca de cómo se encontraba el billete en su poder, la escena fue terrible. Todos hablaban sin entenderse, antes de exponer las circunstancias; todos callaron como muertos después de expuestas, y los tres amigos cambiaron miradas de duda y de sorpresa.

—¿No habrá ocurrido que el billete penetrara en el sombrero casualmente, removiendo papeles sobre la mesa o por otro accidente cualquiera? —preguntó el notario.

Se demostró que esto era completamente imposible, y Ricardo, aunque a disgusto, probó que la disposición en que se encontró el billete hacía imposible la suposición de un accidente casual y que fue ocultado a propósito.

—Es un asunto muy lamentable. Cuando llegue el caso, recomendaré al tribunal que sea benévolo con él, en atención a su honradez anterior. Es verdad que antes he notado la falta de ciertas sumas, pero nada hace suponer que él las tomara.

—Supongo —dijo el guardia— que alguno de estos señores sabrá si el acusado tenía más abundancia de dinero estos últimos días que en épocas anteriores.

—Sí —repuso el señor Garland—, tenía dinero, pero siempre me dijo que se lo daba el señor Brass en persona.

—Eso es la verdad —exclamó Kit—, y nadie se atreverá a negarlo.

—¿Yo? —dijo Brass mirando a todos con expresión de sorpresa.

—Sí, señor —prosiguió Kit—, las medias coronas que usted me daba, dejándome entender que procedían de su huésped.

—¡Dios mío! —exclamó Brass—. ¡Esto es peor de lo que yo creía!

—Pues qué, ¿no le daba usted dinero como mediador de alguien? —preguntó el anciano Garland con gran ansiedad.

—¡Yo darle dinero! —repuso Sansón—. ¡Eso es mucho descaro ya! ¡Guardia, será mejor que nos retiremos!

—¡Cómo! —gritó Kit—. ¿Quiere usted negar que me lo daba? ¡Por Dios, que alguien le pregunte si es verdad o no!

—¿Se lo daba usted, Brass? —dijo el notario.

—No es esa la mejor manera de mitigar su pena. Si usted tiene algún interés por él, debe aconsejarle que busque otro recurso. ¡Que si yo se lo daba! No por cierto, nunca se lo di.

—Señores —exclamó Kit, comprendiendo repentinamente lo que pasaba—, señor Garland, señorito Abel, señor Witherden, a todos ustedes juro que me lo daba. Yo no sé lo que he hecho para ofenderle, pero lo cierto es que han tramado una conjuración para perderme; no duden ustedes de que es una trama, y resulte de ello lo que quiera, juraré siempre, hasta exhalar mi último aliento, que ese señor puso por su propia mano el billete dentro de mi sombrero. Miren ustedes cómo se inmuta. Si aquí hay algún culpable, no soy yo, sino él.

—Ya lo oyen ustedes, señores —dijo Brass sonriendo—, ya lo oyen ustedes. Ya ven lo feo que se pone el asunto. ¿Es un caso de traición o meramente un hecho vulgar? Tal vez, si no lo hubiera dicho delante de ustedes, habrían creído que es verdad lo que dice.

Con tan pacífica observación refutó el procurador el borrón que Kit parecía haber arrojado sobre él, pero la virtuosa Sara, movida por un sentimiento más fuerte, o siendo quizá más celosa del honor de su familia, se arrojó sobre Kit hecha una furia, sin que nadie se diera cuenta, excepto el guardia que, comprendiendo su intención, retiró a Kit tan oportunamente que toda la ira de la señorita Brass fue a caer sobre Chuckster, antes que nadie lo advirtiera.

El guardia, comprendiendo que el prisionero peligraba y que sería más digno de la justicia conducirle ante el juez, se lo llevó al coche sin más preámbulos, añadiendo que no consentiría que fuera dentro la señorita, la cual no tuvo más remedio que cambiar de sitio con su hermano y subir al pescante. Una vez terminadas todas las discusiones, el coche emprendió el camino del juzgado a toda prisa, seguido por otro carruaje donde iban el notario y sus dos amigos. En la oficina quedó solo Chuckster, profundamente indignado porque no podía añadir su testimonio a la acusación de Kit.

En el juzgado encontraron al caballero misterioso, que los esperaba impaciente; pero cincuenta caballeros misteriosos no hubieran sido bastantes para salvar al pobre Kit, que media hora después fue encarcelado, si bien un oficial le aseguró amistosamente que no debía abatirse, porque pronto se vería la causa y, probablemente, sería enviado con toda comodidad a otro sitio antes de quince días.

CAPITULO XVIII

KIT EN LA CÁRCEL

Digan lo que quieran los moralistas y los filósofos, sería cuestionable asegurar si un verdadero culpable sentiría la mitad de la vergüenza y el dolor que sintió Kit aquella noche, a pesar de ser inocente, pensando que sus amigos podrían creerle culpable, que los señores Garland le considerarían como un monstruo de ingratitud, que Bárbara pensaría en él como un ser vil y miserable, que la jaca se creería olvidada y que hasta su propia madre cedería tal vez ante las apariencias que le condenaban y le creería ladrón como los otros. Pasó una noche horrible, sin poder dormir, paseando por la estrecha celda, presa de la desesperación más profunda, y cuando empezaba a tranquilizarse, acudió a su mente otra idea no menos angustiosa. La niña, la estrella esplendorosa de su triste vida, aquella que siempre se le aparecía como una hermosa visión que había hecho de la parte más miserable de su vida la más feliz y mejor, que había sido siempre tan buena, tan amable, tan considerada, ¿qué pensaría si se enteraba de todo? Al ocurrírsele esta idea, le pareció que las paredes de la celda se separaban y daban paso a otra estancia, lejos de allí, donde estaban el viejo, la niña, la chimenea, la mesa con la cena y todos los detalles que había en la trastienda donde habitaron. Todo estaba igual que en otro tiempo y Nelly misma se reía como solía hacerlo charlando alegremente. Al llegar aquí, el desgraciado Kit no pudo resistir más y se arrojó sobre el pobre y mísero lecho llorando amargamente.

Fue una noche inmensamente larga, pero al fin llegó la mañana y, desvanecida toda ilusión, se encontró en una celda fría, oscura y triste, ni más ni menos que otra celda cualquiera.

Lo único que servía de lenitivo a su pena era la soledad en que se hallaba. Podía acostarse, levantarse y hacer lo que quisiera, sin que nadie le mirara; tenía libertad para pasear por un patio pequeño a ciertas horas, y el carcelero le dijo que todos los días había una hora destinada a recibir visitas y que si alguien preguntaba por él irían a llamarle. Después de darle esta noticia y una escudilla con el almuerzo, el hombre cerró la celda y fue a otra, y después, a otra y otras, para repetir la misma operación.

El carcelero le dio a entender que estaba detenido en un sitio separado de lo que se consideraba como la verdadera cárcel, en gracia de su conducta hasta allí y porque era la primera vez que visitaba el establecimiento. Kit, agradeciéndolo mucho, se sentó y se puso a leer atentamente un catecismo, aunque lo sabía de memoria desde niño, hasta que le sacó de su abstracción el ruido de la llave, que entraba otra vez en la cerradura.

—¡Vamos —dijo el guardián—, véngase conmigo!

—¿Adónde, señor? —preguntó Kit.

—Visitas —respondió brevemente el guardián, y llevándole por una porción de intrincados y laberínticos pasillos y fuertes y seguras puertas, le dejó junto a una reja y se marchó. Cuatro a cinco pies más lejos había otra reja igual, y otra y otra más, colocadas a la misma distancia, y varios guardianes sentados en el corredor leían algún periódico. Detrás de las rejas estaban los visitantes. Kit vio entre ellos a su madre con el niño pequeño en brazos, a la madre de Bárbara y al pobre Jacobito, que miraba los barrotes de la reja con la misma fijeza que si esperara la salida de alguna ave voladora. Pero cuando vio que quien salía era su hermano, y que al querer abrazarle tropezaba con los barrotes de la reja, rompió a llorar de un modo tan lastimero que partía el corazón; su madre y la madre de Bárbara, que habían estado conteniéndose, no pudieron resistir y lloraron también, y el mismo Kit, completamente emocionado, hizo lo mismo, sin que ninguno de los cuatro pudiera articular una sola palabra.

El guardián, después de leer tranquilamente el periódico, notó que alguien lloraba y, mirando sorprendido, dijo a las madres:

—Señoras, les aconsejaría que no llorasen, porque es perder el tiempo, y que no dejen que ese niño meta tanto ruido, porque es contrario a las reglas de la casa.

—Soy su madre, señor —exclamó la señora Nubbles saludando humildemente—, y éste es su hermanito. ¡Ay, Dios mío!

—Bueno —dijo el carcelero—, no podemos evitarlo; pero es conveniente no hacer ruido, porque hay más personas en el rastrillo.

Y siguió leyendo, sin preocuparse de culpables o inocentes. Consideraba el mal como una enfermedad, lo mismo que la erisipela o las calenturas: unos lo tenían, otros no. Eso era todo.

—¡Ay, hijo mío! —exclamó la señora Nubbles abrazando a Kit después de entregar al pequeñín a la madre de Bárbara—, ¡que te vea yo aquí!

—¿Supongo que no creerás que yo he hecho eso de que me acusan? —preguntó Kit con voz ahogada.

—¿Creerlo yo; yo, que sé que jamás has dicho una mentira, ni cometido una mala acción desde que naciste? ¡No, no lo creeré nunca, Kit!

—Entonces —exclamó Kit agarrándose a los barrotes con una fuerza tal que los hizo oscilar—, soy feliz y puedo soportarlo. Venga lo que viniere, siempre habrá en mi copa una gota de alegría; saber que mi madre no duda de mí.

Después todos volvieron a llorar, aunque procurando hacer el menor ruido posible, pensando que Kit estaba encerrado y no podía salir ni tomar el aire, quién sabía por cuánto tiempo. Después la madre se dirigió al guardián diciéndole:

—Le he traído una cosita de comer, ¿puedo dárselo?

—Sí, sí, señora, puede comerlo; pero démelo usted cuando se vaya, y yo tendré cuidado de entregárselo.

—Dispense usted, señor, soy su madre y tendría una gran alegría viendo cómo se lo comía aquí. Supongo que usted también tendrá madre y no le extrañará mi deseo.

El guardián la miró como sorprendido por aquella petición, pero dejando el periódico sobre la silla, fue adonde estaba la madre de Kit, inspeccionó la cesta, se la dio al preso diciéndole que podía comer y se volvió otra vez a su sitio.

Kit, aunque con poco apetito, comió por dar gusto a su madre y entre tanto preguntó por todos sus amigos, sabiendo así que Abel mismo era el que había dado la noticia a su madre, con toda la delicadeza posible, pero sin dar a entender por ningún concepto que creía o no en su culpabilidad. Después Kit, armándose de valor, iba a preguntar a la madre de Bárbara si ésta le creía culpable, cuando el guardián anunció que era hora de terminar la visita e inmediatamente condujeron a Kit a su celda otra vez. Cuando cruzaban el patio llevando en el brazo la cesta que su madre le dejó, un empleado le gritó para que se detuvieran y se acercó a ellos con una botella de cerveza en la mano.

—¿Es éste Cristóbal Nubbles, el que ingresó anoche acusado de robo? —preguntó aquel hombre.

Su camarada respondió que aquél era el sujeto en cuestión, y entonces el de la botella se la entregó a Cristóbal, diciéndole:

—Aquí tienes esta cerveza. ¿De qué te asombras? No tienes que pagar nada por ella, ni convidar siquiera.

—Dispense usted —murmuró Kit—, ¿quién la envía?

—Un amigo tuyo —dijo el empleado—. Dice que la recibirás diariamente, y así será, por cierto, si él la paga.

—¡Un amigo! —murmuró Kit.

—¡Parece que estás en babia! —añadió el hombre—. Lee esta carta y te enterarás de todo.

Kit la tomó y, una vez encerrado en su celda, leyó lo que sigue:

«Beba de esa copa y verá que es un remedio para los males de la humanidad. Entrego a usted el néctar que brotó para Elena; su copa fue ficticia; la de usted es real y de la marca Barlay y Compañía. Si alguna vez no se la entregan, quéjese usted al director. Suyo Affmo. R S.»

—¡R. S.! —se dijo Kit después de reflexionar—. Debe de ser, sin duda, el señor Ricardo Swiveller. Es muy bueno acordándose de mí y se lo agradezco con toda el alma.

CAPITULO XIX

UNA VISITA PARA QUILP

Una débil luz, titilando a través de los cristales de las ventanas del escritorio de Quilp, en el muelle, como una lucecilla roja entre la niebla, indicó a Brass que su estimado cliente estaba en casa y que, probablemente, esperaba con su acostumbrada paciencia y dulzura de genio el cumplimiento de la promesa que llevaba al procurador hacia sus hermosos dominios.

—¡Vaya un sitio bueno para pasear de noche y a oscuras! —murmuró Sansón, tropezando por vigésima vez con un canto y cojeando por el dolor—. Creo que los chiquillos remueven diariamente las piedras, con el propósito de que cualquier cristiano se rompa el alma, a no ser que lo haga el simpático Quilp en persona, cosa que no tendría nada de extraño. No me gusta venir por aquí sin Sally: ella sirve para protegerme mejor que doce hombres juntos.

Mientras hablaba así, Brass llegó junto al despacho y, poniéndose de puntillas, procuró observar lo que pasaba dentro, murmurando al mismo tiempo:

—¿Qué diablos estará haciendo? Supongo que bebiendo, poniéndose más fiero y furioso cada vez. Siempre tengo miedo de venir solo cuando la cuenta es algo larga; tengo la seguridad de que no le importaría nada ahogarme y tirarme al río después, cuando la corriente fuera impetuosa. Lo haría igual que si aplastara una rata, y hasta puede ser que se le ocurra como una broma. ¡Calle! ¿Pues no está cantando? ¡Vaya una imprudencia, cantar un trozo de sumario! —exclamó después de oír que Quilp entonaba varias veces el mismo trozo y acababa siempre soltando una carcajada—. ¡Muy imprudente! ¡Ojalá que quedara mudo, sordo y ciego! ¡Ojalá se muriera! —volvió a exclamar, oyendo que el canto empezaba de nuevo.



Después de manifestar esos deseos encaminados al bienestar de su amigo, procuró dar a su semblante su habitual expresión, y esperando que el canto terminara otra vez, se acercó a la puerta y llamó.

—¡Adelante! —gritó el enano.

—¿Cómo está usted esta noche, señor? —murmuró Brass asomándose por una rendija y sin atreverse a entrar.

—¡Entre usted —gritó Quilp— y no se pare ahí estirando el cuello y enseñando los dientes! ¡Entre usted, testigo falso, conspirador y embustero, entre usted!

—Está del mejor humor posible —exclamó Brass cerrando la puerta—, está en vena cómica. Pero ¿no será eso algo perjudicial, señor?

—¿El qué? —preguntó Quilp—, dígame el qué, Judas.

—¡Me llama Judas! —gritó Brass—. ¡Vaya una broma! Está de magnífico humor hoy. ¡Judas! ¡Qué bueno es eso! ¡Ja, ja, ja!

Y Sansón, mientras hablaba así, se frotaba las manos mirando sorprendido un gran mascarón de proa que ocupaba toda la pared junto a la chimenea, semejante a un ídolo horrible expuesto a la adoración del enano: el traje y los adornos daban idea de que era la efigie de algún famoso almirante; pero sin aquellos aditamentos hubiera podido creerse que era solamente la de alguna sirena distinguida o algún monstruo marino. Llegaba desde el suelo hasta el techo, a pesar de haberle cortado la mitad, y parecía reducir todos los demás objetos de la habitación a las dimensiones de pigmeos.

—¿Lo conoce usted? —dijo el enano, observando las miradas de Sansón—. ¿Encuentra usted la semejanza?

—No, señor: por más que lo miro no veo nada. Algo en la sonrisa parece querer recordarme… Pero no, no veo claro.

Sansón no podía pensar a qué o a quién podría parecerse aquel figurón, si sería a algún amigo o a algún enemigo; pero pronto salió de dudas, porque Quilp, cogiendo un gancho largo que le servía para escarbar la chimenea, le hizo una marca en la nariz diciendo:

—Es Kit, su imagen, su retrato; él mismo, en una palabra. ¡Es el modelo exacto de ese perro! —añadió, dándole golpes a diestro y siniestro.



—Es la pura verdad. ¡Buena idea! —exclamó Brass—. Es su propio retrato.

—Siéntese usted —dijo el enano—. Lo compré ayer. He estado pinchándole, clavándole tenedores en los ojos y grabando mi nombre por todas partes con un cortaplumas; después pienso quemarlo.

—¡Ja, ja! ¡Es una buena diversión! —dijo Brass.

—Venga usted acá, Brass. ¿Qué era lo que me decía usted antes que era perjudicial?

—Nada, señor, nada. Creí que la canción que usted entonaba tal vez sería…

—Sí —repuso Quilp—, ¿que sería qué?

—Algo perjudicial, porque en los asuntos de la ley lo mejor es no hacer alusión alguna a combinaciones de amigos.

—¿Qué quiere usted decir? —repuso el enano.

—Que hay que ser muy cautos, muy prudentes. No sé si interpretará usted bien el sentido de mis palabras…

—¡Interpretar bien el sentido de sus palabras! ¿Qué es lo que quiere usted decir al hablar de combinaciones? ¿He combinado yo algo con usted? ¿Sé yo siquiera lo que usted trama o dispone?

—No, señor, no; de ninguna manera —murmuró Brass.

—Si me mira usted así, haciendo tantos gestos —dijo el enano mirando por la habitación como si buscara el hierro ganchudo—, voy a hacer cambiar esa expresión de mono que tiene usted en el rostro.

—No se salga usted de la cuestión, señor, se lo suplico —exclamó Brass alarmado—. Tiene usted razón, yo no debí mencionar ese asunto, señor; es mucho mejor callar. Cambiaremos de conversación, si usted gusta. Según me dijo Sally, deseaba usted saber algo sobre nuestro huésped. Aún no ha vuelto.

—¿No? —exclamó Quilp encendiendo ron en un platillo y observándolo, a fin de evitar que se desbordara al hervir—. ¿Por qué no?

—Porque —repuso Brass— el… ¡Dios mío, señor Quilp!

—¿Qué pasa? —dijo éste deteniéndose en el momento de llevarse el platillo a los labios.

—Que ha olvidado usted el agua —dijo Brass—. Dispénseme, señor; pero eso está ardiendo.

Quilp, sin responder palabra a tanta atención, se llevó el platillo a los labios y bebió deliberadamente toda la cantidad contenida en él, sin vacilar un momento; después de beber aquel tónico hirviente amenazó con el puño al almirante y ordenó a Brass que continuara.

—Pero antes —dijo con su acostumbrado gesto— tome usted una gotita, es muy agradable bien caliente.

—Si puedo obtener un poco de agua con facilidad, aceptaré gustoso, señor —repuso Sansón.

—Aquí no hay agua —dijo el enano—. ¡Agua, para los abogados! ¡Plomo fundido y guijarros machacados son ustedes capaces de tragar! Eso es lo que hay que darles, ¿eh, Brass?

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué ocurrencia! ¡Es usted delicioso! —murmuró Sansón.

—Beba usted esto —dijo el enano, que había vuelto a calentar ron—. Bébalo todo y no deje una gota, aunque le abrase la garganta.

El desgraciado Sansón procuró beber poco a poco aquel líquido casi hirviendo. Las lágrimas rodaron por sus mejillas, un color rojizo se extendió por sus pupilas y le

acometió un violento acceso de tos, a pesar de lo cual se le oía murmurar con la constancia de un mártir:

—¡Está muy bueno! ¡Delicioso!

Mientras soportaba tan indecible agonía, el enano volvió a renovar su interrumpida conversación, añadiendo:

—Y bien, ¿qué era lo que me decía usted de su huésped? —Que aún está en casa de los Garland; únicamente ha venido a casa un día desde que empezó la causa, y dijo al señor Swiveller que desde que había ocurrido aquello le era insoportable vivir allí y que le parecía ser en cierto modo el causante de la desgracia. Era un huésped excelente, señor, y espero que no le perderemos.

—¡Bah! —exclamó el enano—. Usted sólo se ocupa de sí mismo. ¿Por qué no ahorra y economiza?

—¿Cómo, señor? Creo que Sara economiza ya más de lo que puede. ¿En qué voy a economizar yo?

—Busque usted bien; échese sus cuentas. ¿No tiene usted un escribiente?

—Que usted me recomendó y del cual estoy muy satisfecho.

—Puede usted despedirle; ahí tiene usted un modo de ahorrarse algo.

—¿Despedir al señor Swiveller? —murmuró Sansón.

—Pues qué; ¿tiene usted algún otro escribiente para que así se sorprenda? —repuso el enano—. Claro está que a ése me refiero.

—¡Palabra de honor que no esperaba eso!

—¿Cómo iba usted a esperarlo, cuando no se me había ocurrido a mí? ¿No le he dicho a usted muchas veces que se lo recomendaba a fin de poder vigilarle y saber dónde estaba, y que yo tenía un plan, una idea en la cabeza, cuya esencia era que la niña aquella y su abuelo, que parecen ocultos en el centro de la tierra, fueran en realidad más pobres que las ratas, en tanto que Ricardo y su amigo los creían ricos?

—Lo sabía, lo sabía —repuso Brass.

—¿Y olvida usted —continuó Quilp— que no son pobres, que ahora, con ese hombre que los busca, son ricos?

—Comprendo, señor, comprendo.

—Pues, entonces, ¿para qué diablos quiero yo que tenga usted allí a ese muchacho, que a mí no me sirve para nada, ni a usted tampoco?

—He oído decir a Sara muchas veces que no servía para nada, que no podía tenerse confianza en él y que todo lo hacía mal, pero le he conservado por deferencia a usted.

—Hay que ser prácticos, Brass, muy prácticos. Le aborrezco y le he aborrecido siempre por varias razones, y como no necesito servirme de él más, puede ahogarse, ahorcarse o irse al diablo.

—¿Y cuándo desea usted que emprenda ese viaje, señor?

—Tan pronto como termine la vista de la causa.

—Se hará, señor, se hará por encima de todo. ¿Tiene usted algún otro deseo, hay alguna otra cosa en que pueda servirle? —dijo Brass.

—Nada más —repuso el enano cogiendo otra vez el platillo—. Vamos a beber a la salud de Sara.

—Si pudiéramos hacerlo con algo que no estuviera tan caliente, sería mucho mejor. Creo que agradecería más el honor con algo más fresco.

Quilp hizo oídos de mercader a esta advertencia, y Brass, que ya no estaba muy seguro, rodó por el suelo apenas tomó la segunda dosis. Poco después se levantó como si despertara de un sueño y, viendo al enano tendido en su hamaca y fumando tranquilamente, se despidió diciendo que era hora de irse.

—¿No quiere usted pasar aquí la noche? —dijo Quilp—. Me alegraría de tener un compañero tan agradable.

—No puedo, señor —dijo Brass, que se ahogaba en aquella densa atmósfera—. Si fuera usted tan amable que me prestara una luz para ver por dónde voy a cruzar el patio…

—Seguramente —dijo Quilp saltando de su hamaca y cogiendo una linterna, que era la única luz que alumbraba aquella estancia—. Tenga usted cuidado por donde pisa, querido amigo, porque hay muchos clavos de punta. Por allí hay un perro que anoche mordió a un hombre y anteanoche, a una mujer; el jueves pasado mató a un niño, pero fue jugando. No se acerque usted a él.

—¿A qué lado está? —dijo Brass lleno de espanto.

—A la derecha, pero algunas veces se esconde a la izquierda esperando su presa. No puede asegurarse nunca dónde anda. Cuídese usted, que no le perdonaré nunca si le ocurre algo. ¡Se apagó la luz, pero no importa; usted sabe bien el camino, que es todo seguido!

Quilp había escondido la linterna, ocultando la parte iluminada entre sus ropas, y se quedó parado, sin poder contener su alegría al oír los golpes que el procurador se daba con alguna piedra y hasta las caídas que sufría de cuando en cuando.

Al fin logró salir del recinto, y el enano, entrando en su cuarto, saltó una vez más sobre la hamaca para firmar y dormir tranquilamente.

CAPITULO XX

LA CAUSA Y EL VEREDICTO

El oficial que había asegurado a Kit en la cárcel que no tardaría mucho en verse la causa, no se equivocó mucho en su afirmación. Ocho días después empezaron las sesiones, y a los dos días de empezadas citaron a Cristóbal Nubbles para que confesara ante el Gran Tribunal si era o no era culpable de haber robado en la oficina del procurador Sansón Brass un billete del Banco de Inglaterra por el valor de veinticinco libras, contraviniendo así los estatutos de la ley y turbando la paz, la dignidad y la corona del soberano señor y rey.

Cristóbal, en voz baja y temblorosa, declaró que no era culpable.

Dos miembros del tribunal se manifestaron en contra y otro en favor del procesado, y se dio entrada a los testigos.

El primero que entró fue Brass, animado y tranquilo, saludando al fiscal como si le hubiera visto antes y quisiera darle a entender que le preguntara bien; cosa que el fiscal hizo, recogiendo todos los datos que dio el procurador.

Sara se presentó después, confirmando más enérgicamente aún cuanto dijo ante su hermano.

Swiveller, pues él era el que seguía, iba, según alguien dijo al fiscal, dispuesto a favorecer al procesado; así es que aquél procuró estrecharle todo lo posible.

—Señor Swiveller —le dijo cuando Dick terminó su relato procurando ceñirse a la verdad y en favor de Kit—. ¿Dónde comió usted ayer? ¿Cerca de aquí?

—Sí, señor, muy cerca.

—¿Solo o convidó usted a alguien?

—Sí, señor, sí; convidé a alguien.

—Escuche usted bien y fíjese, señor Swiveller. Usted vino ayer aquí esperando que empezara el juicio, comió usted cerca y convidó usted a alguien. ¿Era por casualidad un hermano del procesado? Diga usted sí o no.

—Sí, era, pero…

—¡Vaya testigo que es usted!

El fiscal, no sabiendo cómo continuar, se sentó y Ricardo se retiró. Juez, jurados y público le veían moverse de un lado para otro acompañado de un muchacho envuelto en un chai, que no era otro que Jacobito, y aunque no podían sospechar la verdad, había algo que les hacía dudar.

Entró luego el señor Garland, que relató cómo tomó a Kit a su servicio sin más informes que los de su madre y sabiendo que había sido despedido sin saber por qué por su anterior amo.

—Pues no revela usted mucha discreción, a pesar de sus años, tomando gente a su servicio sin informes, señor Garland.

El jurado pensó lo mismo y declaró culpable a Kit, que, aunque protestó de su inocencia, fue llevado al calabozo sin cuidarse de sus palabras.

La madre de Kit, acompañada de la de Bárbara, que no sabía hacer otra cosa que llorar, esperaba en el rastrillo para despedirse de su hijo, y el guardián que permitió a Kit que comiera allí, le dijo que aunque creía que le condenaran a trabajos forzados por muchos años, aún podría demostrar su inocencia. Le extrañó que hubiera cometido aquel robo, pero la madre aseguraba que no lo cometió, y el buen hombre, encogiéndose de hombros, murmuró que para el caso ya era igual que lo hubiera cometido o no.

Llegó Kit y se despidió de su madre pidiéndole que se cuidara mucho.

—Dios nos deparará un buen amigo, madre mía —añadió—, y no ha de tardar mucho. Yo espero volver pronto, porque más o menos pronto se probará mi inocencia. Cuenta siempre a los niños cómo ha sido todo, porque si creen otra cosa me apesadumbraré mucho, aunque esté a muchas leguas de distancia. ¡Oh!, ¿no hay una buena alma que socorra a esta pobre mujer? —exclamó Kit, sintiendo que su madre se desmayaba.

Llegó Swiveller abriéndose paso entre la gente, la cogió en brazos, saludó a Kit, dijo a la madre de Bárbara que la siguiera y, entrando en un coche que estaba a la puerta, la llevó a su casa y esperó allí hasta que recobró el conocimiento. Después, no teniendo dinero para pagar el cochero, volvió a Bevis Mark en coche y dijo al auriga que esperara a la puerta mientras entraba a cambiarse.

—¡Hola, Ricardo! —le dijo Brass cariñosamente—. ¡Buenas noches! Monstruosa como parecía la acusación de Kit cuando la hizo, no le pareció entonces lo mismo a Dick y sospechó que su afable principal era capaz de una villanía. Tal vez estuviera influido por las escenas que acababa de presenciar; pero, fuera lo que quisiera, la sospecha era grande y se atrevió a exponer a Sansón en pocas palabras el objeto que le llevaba allí.

—¿Dinero? —dijo Brass sacando el portamonedas—. Ciertamente, señor Swiveller, ciertamente. Todos tenemos que vivir. ¿Tiene usted cambio de un billete de cinco libras?

—No —repuso Ricardo.

—No importa —prosiguió el procurador—, aquí tengo precisamente la suma justa. Me alegro mucho de poder servirle, señor Swiveller…

Ricardo, que estaba ya casi en la puerta, se volvió.

—No necesita usted molestarse en volver por aquí —añadió Brass.

—¿Cómo?

—Sí, señor, un hombre del talento de usted no debe oscurecerse aquí en esta vida rutinaria y triste; el ejército, el teatro, cualquier cosa sentaría mejor a sus facultades, y haría de usted un genio. Espero, sin embargo, que vendrá de cuando en cuando a

visitarnos. Sara se alegrará mucho, porque siente que nos abandone, pero le satisface el cumplimiento de su deber para con el prójimo. Supongo que encontrará usted la cuenta exacta. Hay un cristal roto, pero no estipulamos nada para esos casos, así es que lo dejaremos. Cuando nos separamos de los amigos, debemos separarnos generosamente; ese es uno de los placeres de la amistad.

Ricardo no contestó nada a aquella sarta de palabras. Recogió la chaquetilla que se ponía para trabajar y la hizo una pelota, mirando a Brass como si tuviera intención de tirársela; pero poniéndosela debajo del brazo, salió en silencio de la oficina. Después de cerrar la puerta, volvió a abrirla, miró dentro de la habitación unos minutos con la misma gravedad y, saludando con un movimiento de cabeza, desapareció.

Pagó al cochero y volvió la espalda a Bevis Mark, con grandes proyectos para socorrer a la madre de Kit y favorecer a éste.

Pero la vida de los caballeros como Ricardo es muy precaria y, además, aquella misma noche fue atacado de una enfermedad grave, que le hizo pasar muchos días con una intensa fiebre.

CAPITULO XXI

RICARDO ENFERMO

El desgraciado Ricardo yacía en el lecho consumiéndose en una intensa fiebre. No podía descansar en ninguna postura, ya que sentía una sed que le abrasaba y no podía mitigarse con nada; una ansiedad mortal embargaba su mente y, presa de horribles pesadillas, aunque no estuviera completamente dormido, veía fantasmas por todas partes, sintiendo todos los terrores de una conciencia negra. Al fin, tratando de luchar y levantarse, le pareció sentirse cogido por varios espíritus malos y cayó otra vez en su sueño profundo, pero sin volver a soñar ya.

Despertó de aquel sueño con una sensación de bienestar más agradable aún que el mismo sueño y fue recordando y dándose cuenta poco a poco de los sufrimientos experimentados hasta allí, pero se sentía feliz e indiferente sin preocuparse de lo que sería de él y volvió a caer en un ligero sopor, del cual le sacó una tosecilla. Sorprendido al ver que no estaba solo en la habitación supuso que habría dejado la puerta abierta cuando se acostó y que alguien habría entrado, pero como su imaginación estaba muy débil, empezó a divagar y le pareció que la colcha que cubría su cama era un campo verde salpicado de flores y otras locuras por el estilo. Otra vez volvió a oírse la tos y el campo volvió a ser colcha, y Ricardo, separando las cortinas del lecho, miró para ver quién tosía.

Era su misma habitación, alumbrada por una bujía, pero con una porción de frascos, vasos y demás enseres que suelen verse en el cuarto de un enfermo, todo muy limpio y arreglado, pero todo diferente de lo que era cuando se acostó. La atmósfera estaba impregnada de olores penetrantes y agradables; el suelo, limpio; la… Pero ¿qué era aquello? ¿La Marquesa allí?

Sí, allí estaba, jugando a la baraja junto a una mesa y tosiendo, aunque tratando de contenerse para no molestarle.

Swiveller la contempló un instante y, no pudiendo sostener más tiempo la cortina, la dejó caer y permaneció en su posición anterior, reclinado sobre la almohada.

—¡Estoy soñando! ¡No puede ser otra cosa! —se dijo Ricardo—. Cuando me acosté, mis manos estaban gruesas y ahora se puede ver la luz a través de ellas. Si no sueño, es que por arte mágica me han llevado a la Arabia y aún estoy allí, pero no dudo de que estoy soñando.

La criadita volvió a toser.

—Lo más notable es esa tos —pensó Ricardo—. Nunca he oído toser tan de veras en sueños y aún no sé si he soñado eso alguna vez. ¡Otra vez la tos, otra! ¡Pues vaya un sueño raro!

Swiveller se pellizcó un brazo para ver si estaba despierto o dormido.

—¡Esto es más raro aún! Cuando me acosté estaba gordo y ahora estoy en los huesos —murmuró para sí.

Volvió a levantar la cortinilla del lecho y se convenció de que no dormía ni soñaba, pero en ese caso, no podía ser otra cosa sino que estaba bajo el influjo de algún encanto.

—Estoy en Damasco o en El Cairo; la Marquesa es un genio que habrá hecho alguna apuesta sobre quién es el hombre más apuesto del mundo y me habrá traído aquí para que me vean y decidan.

Esta suposición no le satisfizo, sin embargo, y siguió contemplando a la Marquesa, que poco después hizo una mala jugada, y entonces Ricardo gritó en alta voz:

—¡Que vas a perder ese juego!



La Marquesa se levantó y palmoteo.

—¡Sigue el encanto! —pensó Ricardo—. En Arabia siempre dan palmadas en lugar de tocar campanillas o timbres. Ahora vendrá un centenar de esclavos negros.

Pero no entró ni uno solo y resultó que la Marquesa había palmoteado únicamente de alegría, porque después se rió a carcajadas, luego lloró y, por último, dijo, no en árabe, sino en inglés, que se alegraba tanto, que no sabía qué hacer de pura alegría.

—Marquesa —dijo Ricardo con débil voz—, haz el favor de acercarte y ten la bondad de decirme dónde están mi voz y mis carnes.

La Marquesa movió la cabeza y volvió a llorar.

—Todo lo que me rodea empieza a hacerme sospechar que he estado enfermo —dijo Ricardo, empezando al fin a comprender la verdad.

—Y lo ha estado usted —repuso la criadita limpiándose los ojos—; ha dicho muchísimas tonterías.

—¿He estado muy enfermo? —preguntó Dick.

—Casi muerto —murmuró la niña—. Nunca creí que se pondría usted bueno. ¡Gracias a Dios que ha sido así!

Ricardo se quedó silencioso largo rato; después volvió a hablar, preguntando cuánto tiempo había estado enfermo.

—Mañana hará tres semanas —repuso la niña.

Ricardo, sorprendido, volvió a callar, para meditar sobre lo que le había dicho la niña; ésta arregló las ropas del lecho y, al tocarle las manos y la frente y ver que estaban frescas, lloró de alegría y después preparó té y una tostada.

Ricardo la contemplaba atónito y agradecido, atribuyendo su estancia allí a la bondad de Sara Brass, a la cual no sabía cómo agradecer aquella merced. La niña preparó la merienda en una bandeja, le arregló las almohadas para que pudiera incorporarse y después que Ricardo hubo comido con relativo apetito, recogió todas las cosas, arregló otra vez el lecho, puso en orden la habitación y, sentándose junto a la mesa, se dispuso a merendar ella también.

—Marquesa —exclamó Ricardo—, ¿cómo está la señorita Sally?

La niña manifestó en su semblante tal expresión de sorpresa y miedo, que Dick no pudo menos de decirle:

—Pues qué, ¿hace mucho que no la ves?

—¡Verla! —exclamó la niña espantada—. ¡Si me he escapado!

Ricardo tuvo que acostarse otra vez y permaneció así cinco minutos; después, incorporándose de nuevo, preguntó:

—¿Y dónde vives, Marquesa?

—¿Dónde? Aquí.

—¡Oh! —exclamó Ricardo, sin poder añadir una palabra más y cayendo sobre el lecho como herido por una bala. Inmóvil y privado del uso de la palabra, permaneció así hasta que la niña concluyó su merienda, guardó todo el servicio en su sitio y preparó la chimenea; después, haciéndole señas para que se sentara a su lado, y medio recostado entre almohadas, emprendió la siguiente conversación:

—¿De modo que te has escapado?

—Sí —respondió la Marquesa—, y han puesto anuncios en los periódicos buscándome.

—¿Y cómo viniste aquí?

—Porque cuando usted se marchó, no quedaba ya nadie que fuera cariñoso conmigo, porque el huésped no volvía. Yo no sabía dónde encontrar a usted o al señor misterioso, pero una mañana, cuando estaba…

—Mirando por el ojo de la llave —interrumpió Ricardo, notando que titubeaba.

—Bueno, sí… Oí que alguien decía que vivía aquí, que usted se alojaba en su casa y que estaba usted muy enfermo, sin tener a nadie que le cuidara. El señor y la señorita respondieron que ellos no tenían nada que ver en el asunto y la señora se marchó dando un portazo. Aquella misma noche me marché; vine aquí diciendo que usted era mi hermano, me creyeron y aquí estoy desde entonces.

—¡Esta pobre Marquesa ha estado sufriendo tanto por mí…! —murmuró Dick.

—No —respondió ella—, no me preocupo de mí, me puedo sentar cuando quiero y dormir en una butaca. Estoy muy contenta de ver que ya está usted mejor, señor Swiveller.

—Gracias a ti, Marquesa; sin tus cuidados, creo que hubiera muerto.

—El médico dijo que tenía usted que estar muy quieto y que no se hiciera ruido bajo ningún concepto. Creo, pues, que ya ha hablado usted bastante. Descanse un poquito y cierre los ojos, tal vez se quedará dormido. Después se encontrará mucho mejor.

Ricardo, obedeciendo a su pequeña enfermera, procuró dormir, y cuando despertó una hora después, sus primeras palabras fueron para preguntar lo que había sido de Kit.

—Ha sido condenado a trabajos forzados por muchos años, señor.

—¿Y ha sido deportado? ¿Qué ha sido de su madre?

La niña respondió que sí a la primera pregunta y que no sabía nada, a la segunda; pero si supiera que había usted de estarse quieto y tranquilo y sin tener fiebre otra vez —añadió—, le diría… Pero no, no se lo digo ahora.

—Sí, dímelo —repuso Dick—, eso me distraerá.

—¡No, no! —exclamó aterrorizada la criadita—. Cuando se ponga usted mejor se lo diré.

Ricardo, alarmado ya, le pidió que se lo dijera todo, por malo que fuera.

—No, no es malo, no tiene relación alguna con usted.

—¿Es algo que has oído escuchando detrás de las puertas? —preguntó Ricardo tan emocionado que apenas si podía hablar.

—Sí —respondió la niña.

—¿En Bevis Mark? ¿Conversaciones entre Brass y Sara?

—Sí —respondió la niña otra vez.

Ricardo, sacando un brazo, la sujetó por la muñeca, ordenándole imperiosamente que se lo dijera todo en seguida, porque si no ella sería responsable de las consecuencias, toda vez que no podía soportar aquel estado de excitación y curiosidad. La niña, comprendiendo que sería perjudicial callarse, prometió hablar y contarlo todo si había de estarse quieto y no agitarse.

—Si no me oye usted con tranquilidad, callaré y no diré una palabra más —dijo la niña—. Y ahora, empiezo la relación: Antes de escaparme, dormía en la cocina y la señorita guardaba en su bolsillo la llave de la puerta. Todas las noches bajaba a

apagar la chimenea y recoger la llave, y me dejaba encerrada hasta que por la mañana muy temprano bajaba a llamarme. Yo tenía mucho miedo, porque temía que si ocurría un incendio no se acordaran de mí, y siempre que veía alguna llave la probaba, a ver si venía bien, hasta que al fin encontré una. Como apenas me daban de comer, subía por la noche, después que se dormían los señores, para ver si encontraba pedazos de pan, cascaras de naranja o alguna otra cosa que a veces quedaba en la oficina.

—Apresura el fin del cuento —dijo Ricardo, impaciente ya.

—Dos noches antes del día en que pasó todo aquel barullo en la oficina, cuando prendieron al joven, subí y vi que el señor y la señorita estaban sentados junto a la chimenea. Como no quiero ocultarle a usted la verdad, diré que me puse a escuchar y ver si podía divisar la llave de la despensa. El señor Brass decía a la señorita: «Es un asunto comprometido, que puede darnos mucho que hacer; no me gusta nada». «Ya le conoces —añadía la señorita—, y eres simple no queriendo hacer lo que dispone. No tienes valor ninguno; veo que yo debía haber sido el hombre y tú la mujer. ¿No es Quilp nuestro mejor cliente? ¿No tenemos siempre algún asunto entre manos con él?». «Sí —respondió el señor— ésa es la verdad». «Pues, entonces —respondió la señorita Sally—, ¿por qué no darle gusto en lo que quiere que hagamos con Kit?» «Verdaderamente», murmuró el señor por lo bajo. Luego hablaron y rieron mucho, diciendo que si el asunto se hacía diestramente, no se comprometían en nada. Después el señor Brass sacó del bolsillo un billete y lo enseñó a la señorita diciendo que eran las veinticinco libras de Quilp y que, como Kit iría al día siguiente, procuraría arreglar el asunto escondiendo el billete en su sombrero y dejándole un rato solo. «Enviaré al señor Swiveller a algún recado —dijo el señor Brass— procurando que vuelva cuando Kit esté aquí para que pueda servir de testigo. Si no logramos así lo que Quilp quiere, es que el Demonio no lo consiente». La señorita Sally, después de reírse un rato, se levantó, y yo, asustada, temiendo que me encontraran allí, eché a correr y me encerré en la cocina.

La criadita había ido excitándose al hablar y no recomendó ya tranquilidad a Ricardo cuando éste, completamente exaltado, le preguntó si había contado aquella relación a alguien.

—¡Cómo había de contarlo, cuando yo misma me asustaba al pensar en ello! —exclamó la niña—. Cuando oí que decían que le habían encontrado culpable de lo que no había hecho y que todo marchaba bien, ni usted ni el huésped estaban allí ya, pero no sé si me hubiera atrevido a decírselo aunque hubieran estado allí. Desde que vine aquí ha estado usted sin conciencia de sus actos; ¿de qué hubiera servido haberlo dicho?

—Marquesa, si haces el favor de ver qué tal noche hace y decírmelo, me levantaré —dijo Ricardo dando un salto en el lecho.

—No hay que pensar en eso de ninguna manera —repuso la niña.

—Es preciso —añadió Ricardo—. ¿Dónde está mi ropa?

—Me alegro mucho de que no tenga usted ninguna —dijo la Marquesa—, porque así no puede levantarse.

—¿Cómo? ¿Qué quiere usted decir, señora mía?

—Me he visto obligada a venderla, prenda por prenda, para traer lo que ordenaba el médico. Pero no se enfade usted por eso, porque, de todos modos, está demasiado débil para levantarse y no podría tenerse de pie.

—Temo que tienes razón en lo que dices —murmuró Ricardo dolorosamente—. ¿Qué haré, Dios mío? ¿Qué debo hacer en estas circunstancias?

Después de reflexionar, se le ocurrió que lo más prudente sería hablar inmediatamente con el señor Garland. Era posible que Abel estuviera aún en la oficina, y en menos tiempo del que empleó en pensarlo, escribió las señas en un papel, hizo una descripción verbal de padre e hijo a fin de que la niña pudiera reconocerlos, le recomendó que se guardara de Chuckster y la envió para que trajera tan pronto como fuera posible a Abel o a su padre, a fin de hablar personalmente con uno de ellos.

—Supongo —dijo Dick cuando se marchaba— que no ha quedado nada, ni siquiera un chaleco.

—No, nada.

—Es algo fastidioso —dijo Swiveller—, pero hiciste bien, querida Marquesa. ¡Sin ti, hubiera muerto!

CAPÍTULO XXII

LA REVELACIÓN

La criadita comprendió que era muy peligroso para ella entrar en una barriada donde la señorita Sally podría verla y reclamarla inmediatamente, y tuvo buen cuidado de meterse por la primera calle extraviada que halló al paso, sin saber adónde iba a parar, pero segura de poner entre ella y Bevis Mark la mayor distancia posible.

Después de mil vueltas y revueltas sin poder casi andar, porque llevaba un calzado que se le salía de los pies, y teniendo que pararse en el barro para recogerlo, exponiéndose así a las burletas de los transeúntes, llegó a la oficina del notario y se dio por satisfecha de todo lo pasado viendo que llegaba aún a tiempo, puesto que los cristales de las ventanas estaban iluminados todavía. Subió los escalones y se asomó por una rendija de la puerta vidriera.

Chuckster, parado junto al escritorio, se arreglaba los puños, la corbata y demás detalles indicadores de que se acercaba la hora de marcharse, frente a un espejito triangular. Delante de la chimenea estaban en pie dos caballeros, uno de los cuales era el notario, según las señas que Ricardo le había dado, y el otro, Abel, que también se preparaba para salir, porque estaba abrochándose el gabán.

La niña decidió esperar a éste en la calle; así tendría la seguridad de que el señor Chuckster no oiría nada, y le diría mejor la comisión que la llevaba allí; bajó, pues, la escalerilla y se sentó en el escalón del portal opuesto.

No había hecho más que sentarse cuando vio llegar un cochecillo tirado por una jaca juguetona y guiado por un hombre que saltó en tierra al llegar junto a la puerta del notario. La jaquita empezó a hacer las gracias que el lector ya sabe, y el hombre, a llamarla con diversos apodos, más o menos adecuados al caso.

—¿Qué es eso? —preguntó Abel, que saltaba embozándose en su tapabocas.

—Que es bastante para hacer perder la paciencia a un santo. Es el animal más indómito que he conocido.

—¡Vamos, vamos! Verá usted cómo se amansa en seguida, hay que conocerlo —repuso Abel subiendo al coche y cogiendo las riendas—. Es el primer día que sale desde que no tenemos al último cochero, porque nadie podía hacer carrera de ella. ¿Está todo arreglado y las luces en su sitio? Perfectamente, muchas gracias, y no deje de venir mañana a la misma hora, por la mañana, para llevar el coche a casa.

Y la jaca, dando algunos saltos, pero cediendo a la presión de las riendas en manos de Abel, emprendió la marcha al trote.

Chuckster estuvo parado en la puerta todo este tiempo, y la niña no se atrevió a acercarse; así que se vio obligada a correr detrás del coche, gritando a Abel que se detuviera; pero como no podía correr y gritar, Abel no la oía y el coche seguía cada

vez más ligero, la niña de un salto se agarró a la trasera y, haciendo un gran esfuerzo, saltó al asiento que solía ocupar Abel cuando iba con sus padres, perdiendo para siempre un zapato en el salto.



Abel, que iba preocupado con el cuidado de la inquieta jaca, siguió adelante sin volver la cabeza para nada, bien ajeno por cierto a la extraña figura que tenía detrás, hasta que ésta, una vez recobrado el aliento que había perdido en la carrera, le dijo al oído esta palabra:

—Caballero…

Abel volvió repentinamente la cabeza y, deteniendo la jaca, exclamó algo sobresaltado:

—¡Dios mío!, ¿qué es esto?

—No se asuste usted, señor. ¡He corrido tanto para alcanzarle…!

—¿Y qué quieres de mí? —preguntó Abel—. ¿Cómo has podido subirte ahí?

—Dando un salto por detrás —respondió la Marquesa—; tenga usted la bondad de seguir adelante y no pararse, pero yendo hacia el centro, a la City, ¿quiere usted? Le suplico que se dé prisa, porque es de mucha importancia. Hay una persona que quiere verle a usted para hablarle de Kit y me ha enviado para que le diga que aún puede salvársele y probar su inocencia.

—¿Qué me dices, niña? ¿Es eso verdad?

—Bajo mi palabra de honor, caballero. Pero vamos más aprisa; he tardado tanto en llegar, que creerá que me he perdido.

Abel, aunque involuntariamente, fustigó a la jaca, y ésta, impelida tal vez por una secreta simpatía, tal vez por un mero capricho, salió al galope sin pararse ni hacer ninguna de sus gracias hasta que llegó a la puerta de la casa donde habitaba Swiveller; allí, aunque parezca raro, consintió en pararse apenas Abel la refrenó.

—Es en aquella habitación —dijo la Marquesa señalando a una ventana donde brillaba una luz mortecina—, venga usted.

Abel, que era una de las criaturas más tímidas que existen en el mundo, vaciló, porque había oído decir que había gentes que llevaban personas engañadas a ciertos sitios para robarlas y matarlas; las circunstancias presentes eran muy semejantes y la mensajera no era muy tranquilizadora, porque el aspecto de la niña era bastante extraño. Su cariño por Kit venció toda otra preocupación y, confiando el coche al cuidado de un pobre hombre que rondaba por allí para ganarse una limosna, consintió que la Marquesa le tomara de la mano y le condujera por la estrecha y oscura escalera.

Su sorpresa fue en aumento al ver que entraban en una habitación mal alumbrada, donde un hombre, al parecer enfermo, dormía tranquilamente en su lecho.

—¡Qué gusto da verle dormir tan sosegado! —murmuró la niña al oído de Abel —. Hace dos o tres días, no hubiera usted podido reconocerle.

Abel no respondió, y, si hemos de decir la verdad, se mantuvo a respetuosa distancia del lecho y muy cerca de la puerta. La niña, que pareció comprender su temor, despabiló la bujía y, llevándola en la mano, se acercó al lecho. El enfermo se despertó y entonces Abel pudo reconocer las facciones de Ricardo Swiveller.

—¿Qué es eso? —exclamó Abel acercándose inmediatamente—, ¿ha estado usted enfermo?

—Muy enfermo —respondió Dick—, a la muerte casi. Si no hubiera sido por esa niña, tal vez habrían ustedes visto mi nombre en la lista de las defunciones hace algunos días. Siéntese usted, caballero.

Abel se quedó al parecer atónito oyendo encomiar así a su guía y acercó una silla a la cabecera de la cama.

—¿Le ha dicho a usted para qué le llamó? —preguntó Ricardo a Abel señalando a la criadita.

—Sí, señor, y estoy atónito; en realidad, no sé qué creer —dijo Abel.

—Más lo estará usted dentro de unos minutos —repuso Dick—. Marquesa, siéntate a los pies de la cama, ¿quieres?, y di a este caballero todo lo que me contaste a mí. Sé concisa y clara.

La niña repitió la historia exactamente igual que la había contado a Ricardo, sin añadir ni omitir nada. Éste, con los ojos fijos en Abel todo el tiempo que duró la narración, tomó la palabra apenas terminó la niña.

—Ya se lo ha oído usted todo y espero que no lo olvidará. Yo estoy demasiado enfermo y débil para hacer ninguna indicación, pero usted y sus amigos comprenderán perfectamente lo que deben hacer. Después del tiempo transcurrido, cada minuto es un siglo. Si alguna vez ha ido usted aprisa a su casa, vaya más aprisa aún hoy, no se detenga a hablar conmigo, márchese. Aquí encontrarán siempre a esta niña, y en cuanto a mí, pueden tener la seguridad de encontrarme en casa durante un par de semanas al menos, porque hay varias razones para ello. Marquesa, acompaña a este caballero.

Abel no necesitó más persuasión, se marchó en un instante, y la Marquesa al volver de abrir la puerta, dijo que la jaca había emprendido la marcha a galope tendido.

—Eso la honra —murmuró Dick—, desde ahora la considero como buena amiga. Y ahora, cena y tráete un jarro de cerveza, pues debes de estar muy cansada. Verte comer y beber me hará tanto bien como si comiera y bebiera yo mismo.

Esta afirmación fue lo único que pudo obligar a la niña a hacer lo que le pedía, y después de cenar con buen apetito y poner en orden la habitación, se envolvió en una colcha vieja y se echó sobre la alfombra delante de la chimenea, en tanto que Ricardo, dormido ya, murmuraba rimas en sus sueños.

CAPITULO XXIII

CONFERENCIAS

Ricardo Swiveller al despertar por la mañana al día siguiente, oyó hablar en voz baja en su habitación. Mirando por las cortinillas, vio al señor Garland, a Abel, al notario y al caballero misterioso rodeando a la Marquesa y hablando con ella seria y afanosamente, aunque en voz baja, temerosos, sin duda, de despertarla. No perdió tiempo en hacerles comprender que la precaución era innecesaria, y los cuatro caballeros se aproximaron inmediatamente a su lecho. El anciano Garland fue el primero que, estrechándole afectuosamente la mano, le preguntó cómo estaba.

Dick iba a responder que se sentía mucho mejor, aunque tan débil como era natural, cuando la pequeña enfermera, separando a los visitantes y arreglándole las almohadas, le presentó el almuerzo, insistiendo en que lo tomase antes de cansarse en hablar u oír que le hablaran. Ricardo, que tenía bastante apetito y que había estado soñando toda la noche con piernas de carnero, jarros de cerveza y otras golosinas semejantes, sintió una tentación tan grande al ver aquellas pobres tostadas y aquel té ligerito, que consintió en comer y beber, con una condición solamente.

—Y esa condición es —añadió Dick estrechando a su vez la mano del señor Garland— que me responda usted leal y sinceramente a la pregunta que voy a hacerle antes de probar un bocado. ¿Es demasiado tarde ya?

—¿Para terminar la obra que tan noblemente emprendió usted anoche? —preguntó el anciano—. No, palabra de caballero que aún es tiempo.

Ricardo, tranquilo ya en este punto, almorzó con buen apetito, aunque no con más prisa que la mostrada por su leal enfermera en servirle el almuerzo y verle comer. Los ojos de la Marquesita brillaban de alegría a cada bocado que Dick daba a las tostadas, y en honor de la verdad debemos decir que comió todo lo que era prudente, en su estado débil todavía. No terminaron aquí los cuidados de la niña, que salió un instante, volvió con una jofaina y lavó la cara y las manos de Ricardo; después le peinó y le arregló la ropa, dejándole tan acicalado como lo hubiera hecho el más experto ayuda de cámara, y todo en un momento, como si hubiera sido un niño, y ella, su niñera. Cuando terminó el tocado, la Marquesa se sentó en un rincón para tomar su almuerzo, que ya estaba bastante frío, por cierto, y Dick se dirigió a los caballeros diciendo:

—Suplico a ustedes que me dispensen, señores. Cuando se ha estado tan enfermo como he estado yo, se fatiga uno pronto; pero ya estoy en disposición de hablar. Hay pocas sillas, pero pueden ustedes sentarse encima de mi lecho.

—¿Qué podríamos hacer por usted? —dijo el señor Garland bondadosamente.

—Si pudiera usted hacer que esa Marquesa que está sentada almorzando fuera una marquesa de veras —repuso Dick—, le suplicaría que lo hiciera en seguida; pero como eso no es posible, y la cuestión ahora no es saber lo que usted haría por mí, sino lo que hará usted por alguien que tiene más derecho a sus beneficios, le suplico, señor, que me diga lo que piensa hacer.

—Precisa y principalmente hemos venido a eso ahora —dijo el caballero misterioso—, porque pronto recibirá usted otra visita. Suponíamos que estaría intranquilo mientras no supiera por nosotros mismos lo que intentábamos hacer, y antes de proseguir en el asunto hemos venido aquí.

—Muchas gracias, señores —repuso Dick—. Cualquiera que esté en el estado en que me encuentro yo, tiene que sentir ansiedad; pero no quiero interrumpirle y le suplico que continúe, caballero.

—Como no dudamos un momento de la revelación que tan providencialmente nos ha sido hecha por esa niña, tenemos la seguridad de que usando de ella como es prudente, obtendremos el perdón y la inmediata libertad del pobre muchacho; pero dudamos si será suficiente para hacernos llegar hasta Quilp, el principal actor de tan malvada villanía. Comprenderá usted que sería monstruoso dejar que pudiera escaparse, si por cualquier conducto llegara a saber algo. Si alguien se escapa, es preciso que no sea él, de ninguna manera.

—Sí —repuso Dick—, que no sea él, si alguno ha de escapar; pero es mejor que no escape nadie. La ley es igual para todos.

El caballero misterioso explicó después el plan que tenían para obtener una confesión completa de la interesante Sara.

—Cuando sepa que todo lo sabemos, y que está comprometida ya, creemos que no vacilará en condenar a los otros por salvarse ella, y si lo conseguimos, me tiene completamente sin cuidado que ella sea la que escape sin castigo.

Ricardo no recibió este proyecto tan bien como esperaban los caballeros, diciendo que Sara era tan difícil de manejar, o más aún, que el mismo Quilp; que era una especie de metal incapaz de doblarse; en suma, que no era un adversario digno de ellos y que serían vencidos. Pero fue inútil que les instara a emprender otro camino: llegaron todos al colmo de la impaciencia y a ese estado en que los hombres no se dejan persuadir ni atienden a razones. Hablaban y vociferaban todos a un tiempo. Así es que, después de decir a Swiveller que no habían abandonado a la madre y hermanos de Kit, que hasta el mismo Kit continuaba recibiendo su protección, que hasta allí habían estado tratando de aminorar su pena; después de decirle que estuviera tranquilo, porque harían todo lo posible; después de decirle todo eso, añadiendo muchas y cordiales seguridades de afecto que es inútil manifestar ahora, el señor Garland, el notario y el caballero misterioso se retiraron en momento muy oportuno, por cierto, porque si no es casi seguro que Ricardo hubiera recaído otra vez con una fiebre cuyos resultados hubieran sido quizá fatales.

Abel se quedó haciendo compañía a Swiveller, que, completamente exhausto, se durmió ligeramente; aunque, a decir verdad, debemos hacer constar que el reloj y la puerta reclamaron más su atención que el desdichado enfermo.

Un ruido en la calle, como un peso enorme que cayera de los hombros de un mozo de cuerda, y que sacudió la casa haciendo tintinear todos los fiascos y vasos que había en la habitación, despertó a Ricardo. Abel, apenas oyó el ruido, dio un salto sobre su silla, corrió a la puerta, la abrió y franqueó el paso a un hombre robusto que llevaba un gran cesto y lo descargó en medio de la habitación. Una vez abierto, empezaron a salir de sus profundidades paquetes de té y café, frascos de vino, naranjas, uvas, gallinas dispuestas ya para asarlas, gelatinas y una porción de cosas suculentas y propias para restaurar las fuerzas y abrir el apetito a un enfermo. La niña, que jamás había visto aquel derroche de cosas buenas y que creía que sólo podían sacarse de zapatos de Navidad, se quedó inmóvil, con la boca y los ojos desmesuradamente abiertos y sin poder articular palabra. Ni el mozo, ni Abel, ni su madre, que se presentó allí como si hubiera salido también de la cesta, parecieron sorprenderse lo más mínimo, sino que, andando en puntillas, colocaron todos los paquetes en orden, y la buena señora, llenando la habitación con su presencia, pero sin perder tiempo, sencillamente puso la jalea en tazas, las gallinas en una cacerola en la lumbre de la chimenea, peló naranjas y preparó refrescos, obligando a la niña a beber vino y a comer pedazos de carne fiambre, hasta que se dispusiera otra comida más sustanciosa. Todo esto fue tan inesperado y asombroso, que Swiveller, después de tomar gelatina y dos naranjas y ver al hombre con el cesto vacío dejando todo aquello para que él lo aprovechara, volvió a dormirse, creyendo que empezaba la fiebre otra vez y que volvía a estar en la Arabia de las Mil y una noches.



Entretanto, los tres caballeros habían ido a un restaurante; y pidiendo recado de escribir, almuerzo y una habitación reservada, almorzaron mientras escribían una carta a la señorita Sally Brass suplicándole en términos misteriosos y breves que favoreciera a un amigo desconocido que deseaba tener una entrevista con ella, acudiendo al restaurante lo más pronto posible.

El mensajero a quien enviaron cumplió tan bien su comisión, que diez minutos después apareció la señorita Sally en persona.

—Tenga usted la bondad de sentarse, señora —dijo el caballero misterioso, que fue quien la recibió, habiéndose retirado los otros dos.

La señorita no pareció sorprenderse al ver que su misterioso huésped era quien solicitaba la entrevista, y cuando empezaron a hablar, dijo que suponía que sería para tratar de la habitación, en cuyo caso era mejor que se entendiese con su hermano.

—Eso es muy sencillo —añadió la bella Sara—, paga usted el resto del alquiler hasta expirar los dos años y asunto concluido.

—Doy a usted las gracias por su advertencia, pero no es ese el objeto de mi conversación con usted.

—¿No? —repuso Sally—. En ese caso, sírvase usted darme datos, porque supongo que será algún asunto profesional.

—Tiene relación con la ley, seguramente.

—Pues bien, es lo mismo tratar con mi hermano que conmigo. Yo puedo aconsejar a usted y tomar sus instrucciones.

—Hay otras personas interesadas en el asunto, no soy yo solo, y será mejor conferenciar juntos. Aquí está la señorita Brass, caballeros —dijo levantándose y llamando a sus amigos.

El señor Garland y el notario se acercaron a Sara y se sentaron a ambos lados, dejándola en el centro; ella tomó tranquilamente un polvito de rapé y el notario tomó la palabra, diciendo:

—Señorita Brass, en la profesión nos entendemos perfectamente unos a otros y es mejor decir lo que nos ocurra en pocas palabras. ¿Usted buscaba a una criada que se le había escapado?

—Sí, pero ¿a qué viene eso? —preguntó Sara.

—La hemos encontrado ya, señorita.

—¿Quién?

—Nosotros, los tres. Anoche mismo; de otro modo, se lo hubiéramos comunicado a usted antes.

—Y ahora que lo sé —exclamó la señorita cruzando los brazos como si fuera a resistir una lucha—, ¿qué más tienen ustedes que decirme? Algo tienen proyectado respecto de ella; la cuestión es que sea verdad y que lo demuestren. Ustedes la han encontrado, según dicen. Pues bien, yo puedo decirles que han encontrado a la criatura más embustera y mala que hay en el mundo. ¿Está aquí? —añadió mirando por todas partes.

—No, no está aquí ahora, pero está segura —repuso el notario.

—¡Ya! —dijo Sara tomando otro polvo de rapé tan iracunda como si aplastara la nariz de su criadita.

—Aseguro a ustedes que de aquí en adelante, estará mejor segura.

—Así lo espero —repuso el notario—. ¿No se le ocurrió a usted nunca hasta que se escapó, que la cocina podía tener dos llaves? Sally miró sorprendida al notario y tomó otro polvito.

—Sí —continuó éste—, dos llaves, una de las cuales servía para que recorriera la casa de noche, cuando usted la suponía encerrada, y oyera conversaciones confidenciales; entre otras, una especial que ha de referirse hoy a la justicia, donde tendrá usted oportunidad de oírla repetida: la conferencia que usted y su hermano tuvieron la noche anterior a la detención del inocente joven que fue acusado de robo, por una infame maquinación, que no hay términos suficientemente enérgicos para calificar.

Sally tomó otro polvo. Aunque su semblante no revelaba lo que pasaba en su interior, era evidente que había sido sorprendida y que esperaba que le dijeran de su criada cosas muy diferentes.

—Vamos, señorita, veo que sabe usted dominarse perfectamente; pero comprende (no lo dudo) que, por una causa que jamás pudo concebir, se ha descubierto la trama, y dos de los culpables tienen que ser entregados a la justicia. Ya sabe usted las penalidades y trabajos que ha de sufrir, y no es preciso que se lo diga yo; pero tengo

que hacerle una proposición. Usted tiene el honor de ser hermana de uno de los mayores bribones que están aún sin colgar. Si me atreviera a hablar así a una señora, añadiría que usted es digna compañera suya por todos conceptos; pero hay un tercero relacionado con ambos, un infame llamado Quilp, que es el alma de esta diabólica estratagema, y que es peor aún que ustedes dos. Suplico a usted que, por consideración a ese hombre, nos revele la historia completa del complot. Debo añadir que, si lo hace, se colocará usted en una posición satisfactoria, sin perjudicar a su hermano, mientras que al presente están los dos gravemente comprometidos, porque contra ustedes tenemos ya suficiente testimonio. Y como es tarde, y el tiempo es oro, le suplico que nos favorezca con su decisión tan pronto como sea posible, señorita.

Mirando a cada uno de los tres por turno y con una sonrisa en los labios, la señorita tomó rapé dos o tres veces, después se guardó cuidadosamente la tabaquera y dijo:

—¿Tengo que decidirme ahora mismo?

—Sí —repuso el señor Witfierden.

La encantadora criatura abría los labios para responder, cuando se abrió la puerta y la cabeza de Sansón apareció en la habitación diciendo:

—Dispensen ustedes, señores, y esperen un poco. Sara, cállate y déjame hablar, si quieres —añadió dirigiéndose a su hermana.

—¡Eres un idiota! —murmuró ésta.

—Gracias, hija mía, pero sé lo que traigo entre manos y me tomaré la libertad de explicarme de conformidad con ello. Caballeros, respecto a la conversación que sostenían ustedes, ocurrió que vi a mi hermana cuando venía aquí, y temiendo le ocurriera algún accidente, entré también y he oído todo lo que ustedes han dicho.

—Si no estás loco —interrumpió Sara—, cállate y no prosigas.

—Sally, hija mía —respondió Brass cortésmente—, te doy las gracias; pero continúo suplicando a estos señores que me dispensen.

El notario callaba y Sansón continuó.

—Si quieren ustedes hacer el favor de mirar esto —y levantó una pantalla verde que le cubría un ojo horriblemente desfigurado—, se preguntarán cómo me lo he hecho; si después examinan mi rostro, se preguntarán cuál puede ser la causa de estos arañazos, y si luego observan mi sombrero, verán en qué estado se halla. Caballeros, a todas esas preguntas responderé con una palabra: ¡Quilp!

Los tres caballeros se miraron sin proferir palabra.

—Y digo —continuó Brass, volviéndose hacia su hermana, como si hablara para enterarla a ella— que ha sido Quilp; Quilp, que me hace ir a su infernal morada y se complace en mirar mientras yo tropiezo, caigo, me araño y me descalabro; Quilp, que en todo el curso de nuestras relaciones me ha tratado siempre como si yo fuera un perro; Quilp, a quien siempre odié con toda el alma, pero nunca tanto como ahora. Se burla de mí, después que él fue quien propuso el asunto, y tengo la seguridad de que

será el primero en acusarme. ¿Adónde me conducirá esto, señores? ¿Pueden ustedes decírmelo?

Nadie habló. Brass se quedó callado como esperando la solución de un jeroglífico y después añadió:

—Para concluir con esto, diré que es imposible ocultar la verdad; se descubre siempre y es mejor que yo me vuelva contra ese hombre, que dejar que él se vuelva contra mí. Por tanto, si alguien ha de denunciarle, es mejor que sea yo. Sara, hija mía, comparativamente hablando, tú estás libre y yo aprovecho las circunstancias en beneficio propio.

Y Brass reveló toda la historia, cargando toda la culpa sobre su cliente y presentándose a sí mismo como un mártir.

—Ahora, caballeros, yo no hago nunca las cosas a medias; pueden llevarme a donde quieran, y si prefieren que lo haga por escrito, lo haré inmediatamente. Tengo la seguridad de que serán benévolos conmigo porque son hombres de honor y tienen corazón. He cedido a los deseos de Quilp por necesidad, porque contra ello no hay ley, siendo, por el contrario, la necesidad nuestra ley. Acusen a Quilp, castíguenle; me ha hecho sufrir tanto y tan continuamente, que todo me parecerá poco.

Y Brass sonrió como sólo saben hacerlo los parásitos y los cobardes.

—¿Y éste es mi hermano? —exclamó la señora Sally levantando la cabeza y mirándole de pies a cabeza con amargura—. ¿Éste es el hermano por quien tanto he sufrido y trabajado?

—Sara, hija mía, molestas a nuestros amigos y, además, no sabes lo que dices y te condenas a ti misma.

—¡Sí, cobardón! —dijo la bella doncella—. Ya te entiendo. Temiste que hablara y te ganara por la mano. ¿No sabes que no hubiera cedido por nada en el mundo, aunque me amenazaran con veinte años de encierro?

—¡Je, je! —murmuró Sansón, que en su profundo abatimiento parecía haber cambiado de sexo con su hermana—. Quizá creas eso, pero tengo la seguridad de que hubieras obrado de otro modo. Acuérdate de la máxima de nuestro padre: «¡Sospecha de todo el mundo!»

Los tres caballeros hablaron aparte unos minutos y después el notario señaló a Brass la pluma y el tintero que estaban sobre la mesa, diciéndole que si quería hacer una declaración escrita, podía aprovechar aquella ocasión para terminar el asunto.

—Caballeros —dijo Brass quitándose los guantes—, haré todo lo que pueda en favor de la justicia, pero desearía tomar antes alguna cosa. Inmediatamente avisaron al mozo y le sirvieron un refresco. Después se puso a escribir.

Sara, entre tanto, paseaba por la habitación con los brazos cruzados unas veces y con las manos enlazadas en la espalda otras, hasta que, cansada ya, se sentó, quedándose dormida cerca de la puerta.

Después se ha supuesto con algún fundamento que aquel sueño fue una farsa, porque apenas oscureció se marchó sin que la observaran; pero no puede asegurarse

si fue intencionadamente o en estado de sonambulismo, lo único en que todos estuvieron conformes es en que se marchó para no volver.

Hemos hecho mención de la oscuridad y debemos añadir que llegó la tarde en que Brass terminara la denuncia escrita y que, una vez terminada, este digno funcionario y los tres amigos tomaron un carruaje y se hicieron conducir a la oficina particular de un juez, que, saludando afectuosamente a Sansón y alojándole en lugar seguro a fin de tenerle a su disposición, despidió a los otros, asegurándoles que al día siguiente se daría una orden de arresto para prender a Quilp y que Kit estaría libre dentro de pocos días.

Parecía que la estrella de Quilp iba a dejar de lucir ya.

Concluido ya el asunto, los tres caballeros se dirigieron a la casa de Swiveller, al cual encontraron tan mejorado, que pudo sentarse media hora en la cama y conversar con ellos. La señora Garland se había marchado hacía algún tiempo, pero Abel continuaba allí. Después de decirle todo lo que había ocurrido, los dos Garland, padre e hijo, se despidieron del enfermo, quedando en su compañía la niña y el notario.

—Ya que se encuentra usted tan bien —dijo el señor Witherden sentándose junto al lecho—, voy a contarle algo que he sabido en asuntos de mi profesión.

—Tendré mucho gusto en oírlo, si no es algo desagradable, señor Witherden.

—Si creyese que lo era, lo dejaría para otra ocasión —repuso el notario—. Diré a usted en primer lugar que mis amigos, esos que han estado casi todo el día conmigo, no saben nada y que su bondad para con usted ha sido completamente espontánea, sin que los indujera a ella interés alguno. Creo que es conveniente que un hombre descuidado y ligero de cascos lo sepa.

Dick le dio las gracias, añadiendo que lo reconocía así.

—He estado haciendo pesquisas para encontrarle a usted, sin poder ocurrírseme que las circunstancias nos pondrían en relación. ¿Es usted sobrino de Rebeca Swiveller, soltera, muerta en Cheselbourne, en el condado de Dorset?

—¿Muerta? —exclamó Ricardo.

—Muerta. Si usted hubiera sido otra clase de sobrino, habría entrado en posesión (así lo dice el testamento) de 25 000 libras; pero siendo como es, sólo tendrá usted una renta anual de ciento cincuenta libras. Creo, sin embargo, que, de todos modos, debo felicitarle.

—Señor —murmuró Ricardo riendo y llorando a un tiempo—, felicíteme usted, sí. Aún podré educar a la Marquesa, con la ayuda de Dios, y vestirá seda y gastará lo que quiera, ¡tan seguro como que he de levantarme de este lecho otra vez!

CAPÍTULO XXIV

¡AHOGADO!

Ignorante de todo lo que acabamos de narrar en el capítulo anterior, y bien ajeno de la mina que iba a estallar bajo sus pies, Quilp permaneció encerrado en su fortaleza, sin sospechar nada y satisfecho por completo del feliz resultado de sus maquinaciones. Ocupado en la revisión de algunas cuentas, tarea tan en armonía con el silencio y la soledad de su retiro, estuvo dos días sin salir a la calle y, al llegar al tercero, se encontraba tan a gusto que concibió la idea de permanecer encerrado también.

Era el día de la confesión de Brass y, por tanto, aquel en que debía terminar la libertad de Quilp. No pudiendo sospechar la nube que iba a descargar sobre él, estaba contento y satisfecho. Cuando comprendía que se iba engolfando demasiado en los negocios, variaba la monótona rutina de su ocupación aullando, cacareando o haciendo alguna otra operación semejante.

Era un día oscuro y húmedo, frío y triste; la niebla llenaba todos los ámbitos de la localidad con una densa nube y no podían verse los objetos a dos varas de distancia. Los fuegos encendidos a la orilla del río eran insuficientes para iluminar la ruta y, de cuando en cuando, se oía a algún infeliz barquero que gritaba sin saber dónde estaba. Era un día propio para estarse en casa al amor de la lumbre, oyendo narrar historias de viajes o cosas semejantes.

También el enano quiso darse el gusto de tener un fuego encendido para él solo y mandó al muchacho del almacén que llenara la estufa de carbón y se fuera a su casa si quería, porque no le necesitaría en todo el día.

Encendió luces, echó más combustible aún en la estufa, almorzó un bistec que asó él mismo, preparó un gran jarro de ponche caliente, encendió su pipa y se sentó para pasar la tarde fumando y bebiendo.

Un golpecito dado en la puerta del despacho llamó su atención; después de sentirlo dos o tres veces, se asomó a la ventana y preguntó quién era el que llamaba.

—Soy yo —dijo una voz de mujer.

—¿Sólo usted? ¿Y a qué viene usted aquí? ¿Cómo se atreve a aproximarse al castillo del ogro?

—No te enfades conmigo, vengo a traerte algo importante.

—¿Es agradable? —preguntó el enano—. ¿Se ha muerto tu madre?

—No sé lo que es, ni siquiera si es bueno o malo —repuso su mujer.

—Entonces está viva —dijo Quilp— y no se relaciona con ella. ¡Vete a casa otra vez, pájaro de mal agüero!

—Te traigo una carta —repuso la humilde mujer.

—Échala por la ventana y vete —dijo Quilp interrumpiéndola—, porque si no salgo y te araño.

—No, Quilp, haz el favor de oírme —exclamó llorando la pobre mujer—. ¡Haz el favor, por Dios!

—Habla pronto —aulló el enano, con un gesto horrible—, pero sé breve y ligera. ¿Hablas ya?

—Un muchacho, que no sabía quién se la había entregado, llevó a casa esa carta hace un rato diciendo que era preciso entregártela hoy porque era muy importante. ¡Si quisieras dejarme entrar! ¡No sabes lo mojada que estoy y cuántas veces me he extraviado con la niebla! Deja que me seque un poco junto al fuego, cinco minutos siquiera, y después me iré en seguida. ¡Quilp, palabra de honor!

El amable esposo vaciló un momento, pero suponiendo que la carta requeriría una respuesta y que su esposa podría llevarla, la dejó entrar. La pobre mujer, arrodillándose delante del fuego para calentarse las manos, le entregó una esquela.

—Me alegro mucho de que estés mojada y tengas frío. Me alegro mucho de que te hayas perdido y de que tengas los ojos encendidos de llorar.

—¡Qué cruel eres, Quilp! —murmuró la desgraciada mujer.

—Debí haber conocido la letra: es de Sally —dijo abriendo la carta.

Después leyó lo que sigue, escrito con una letra clara y bien hecha:

«Samy ha sido interrogado y se ha visto obligado a hacer ciertas confidencias. Se ha descubierto todo y será conveniente que huya usted, porque recibirá alguna visita. Todo está secreto aún, porque quieren sorprenderle. No pierda usted tiempo. Yo he sabido ganarlo y no me encontrarán. Si yo estuviera en su lugar, procuraría que no me encontraran tampoco. —S. B.»

Sería necesario un lenguaje nuevo para expresar los cambios que se operaron en el rostro de Quilp, que leyó y releyó la carta media docena de veces. Estuvo mucho tiempo sin articular una palabra siquiera y, después, cuando la señora Quilp estaba paralizada de terror creyendo que se había vuelto loco, exclamó:

—¡Si le cogiera aquí! ¡Ay de él si pudiera tenerle entre mis garras!

—¿Qué es eso, Daniel? ¿Qué te pasa?

—¡Le ahogaba! —continuó Quilp, sin hacer caso de su mujer—. ¡Qué alegría tan grande echarle al río y burlarme de él cuando saliera a la superficie una y otra vez!

—¡Quilp! —gritó más asustada aún la pobre mujer—, ¿qué es lo que te han hecho?

—¡Es un infame, un cobarde! —murmuró Quilp restregándose las manos muy despacio—. ¡Y yo que creía que la mejor garantía de su silencio era su cobardía y servilismo! ¡Oh, Brass; Brass, mi querido, mi bueno, mi fiel amigo, afectuoso, cortés y encantador! ¡Si pudiera cogerte entre mis uñas…!

Después salió e hizo entrar al criado a quien había despedido unos momentos antes y le dijo:

—Llévate a esa mujer fuera de aquí; llévala a su casa y no vengas mañana, porque esto estará cerrado. ¿Te enteras?

Tomás hizo un movimiento de cabeza indicando que sí y una seña a la señora Quilp para que saliera.

—Pero ¿qué ocurre, Daniel? ¿Dónde te vas? ¡Dímelo!

—Te digo —exclamó el enano cogiéndola por un brazo— que te marches inmediatamente, porque si no diré y haré lo que es mejor que no diga ni haga.

—¡Pero estás en peligro, Quilp! ¡Por favor, dímelo! —gritó la pobre mujer.

—¡Sí! ¡No! ¿Qué te importa? ¡Vete, vete y no chilles más!

—Dime solamente si es algo relacionado con la pobre Nelly. ¡No puedes figurarte qué noches tan horribles paso!

Fue una suerte para la pobre mujer que el dependiente se la llevara apresuradamente, porque el enano, furioso, cogió un madero y se lo tiró con fuerza; pero rebotó contra la puerta, que se cerraba detrás de los fugitivos en aquel momento.

Una vez solo, el enano tomó grandes precauciones; cerró todas las puertas y apiló tablones tras ellas, dejando descubierta solamente una falsa, por donde pensaba huir, que daba salida a un callejón ignorado y difícil de encontrar en una noche de tan densa niebla; apagó la estufa y se quedó sólo con una bujía encendida.

Después empezó a recoger unos cuantos utensilios que creía necesarios y se los puso en los bolsillos murmurando amenazas de muerte contra su procurador. Bebía ponche a grandes y repetidos tragos, como si fuera agua que no extinguiera la sed de sus ardorosas fauces, y continuaba su soliloquio, emprendiéndola con Sally, a la cual tampoco eximía de castigo en su mente por no haber envenenado, quemado o hecho morir de algún modo secreto al maldito Sansón.

Bebía otro trago y proseguía el tema, echando la culpa de todo lo ocurrido a la pobre Nelly y al viejo chocho, dos malditas criaturas que no podía sufrir, ni aun lejos de él, y a Kit, el honrado y simpático Kit, a quien aún amenazaba de muerte en aquellos momentos críticos.

Sonó un golpe en la puerta del muelle, que poco antes cerró dando un golpe fuerte y violento; después hubo una pausa; luego, más golpes repetidos y sin interrupción.

—¿Tan pronto y con tanta prisa? —murmuró el enano—. ¡Temo que os llevaréis un chasco! Afortunadamente estoy listo ya, gracias a Sally.

Apagó la bujía, cerró tras sí la puerta falsa y salió al aire libre. La noche era tan oscura y la niebla tan densa, que ni aun él mismo pudo hacerse cargo del sitio donde estaba. Anduvo unos pasos y, creyendo que no iba donde quería, cambió de dirección sin saber por dónde ir.

—Si llaman a la puerta otra vez, me orientaré por el sonido —murmuró. Pero no se sintió el más mínimo ruido; sólo de cuando en cuando se oía ladrar algún perro a lejana distancia y en diversas direcciones.

—Si tropezara con alguna pared o valla —proseguía, alargando los brazos para hallar algún obstáculo—, sabría por dónde ir.

Pero sólo encontraba el vacío y seguía andando completamente desorientado. De pronto tropezó y cayó y, en un instante, se halló luchando con las aguas del río. Entonces oyó llamar otra vez a la puerta y una voz que gritaba llamándole. Conoció la voz: era una voz amiga, de alguien que, extraviado en la niebla, quería guarecerse allí; pero no podía responder, se ahogaba. Estaban allí, muy cerca, pero no podían socorrerle porque él mismo había cerrado e interceptado la puerta del muelle. Respondió con un rugido, pero no servía de nada: una ola se lo llevó envuelto en sus espumas por la rápida corriente.



Luchó. Una vez más se levantó haciendo desesperados esfuerzos, pero volvió a caer insensible y las aguas sólo condujeron un cuerpo muerto.

CAPITULO XXV

KIT LIBRE

Caras alegres, voces animadas, palabras de cariño, corazones amantes y lágrimas de felicidad en un hogar tranquilo esperaban a Kit; a Kit, que quería morir de júbilo antes de entrar en él. Sabe que se ha probado su inocencia y que estará pronto libre. Llega al fin la hora de la libertad y el pobre muchacho cae insensible, para recobrar el conocimiento en brazos de su madre, que le esperaba en la granja Abel.

Allí encuentra a todos los seres que ama, todos los que se interesan por él, Abel y sus padres, Bárbara y su madre, todos vestidos como en día de fiesta.

Cuando terminaron los primeros transportes de alegría y cenaron todos pacíficamente y sin prisa, porque habían de dormir también en la granja, el señor Garland llamó a Kit y le preguntó si quería viajar al día siguiente.

—¿Viajar, señor? —exclamó Kit.

—Sí, conmigo y con un amigo que está en aquella habitación.

Kit movió la cabeza murmurando dos o tres veces el nombre de Nelly, como si desesperara por encontrarla.

—Hemos descubierto el sitio donde están y ése es el objeto de nuestro viaje —dijo el señor Garland—. Es feliz y está contenta, aunque enferma; pero esperamos que se curará. Siéntate y oirás la historia.

Kit obedeció a su amo y éste le contó que tenía un hermano viviendo en un pueblo, lejos de Londres, en el campo, en compañía del rector de una iglesia muy notable por su antigüedad, que era su amigo desde la niñez.

Este hermano, bueno y cariñoso, a quien todo el pueblo conocía como «el Doctor», era querido de todos por su caritativa bondad. Nunca hablaba de ello en sus cartas ni hacía mención de los habitantes del susodicho pueblo, pero últimamente había encontrado dos personas, un anciano y una niña, los cuales despertaron tanto su interés, que no pudo menos que hablar de ellos en una carta relatando la historia de su peregrinación, relación que pocos oirían sin derramar lágrimas.

Apenas el señor Garland había recibido aquella carta, concibió la idea de que debían de ser los errantes fugitivos tan ardientemente buscados por el caballero misterioso y a quienes la Providencia había conducido cerca de su hermano. Le escribió, pidiéndole los datos necesarios para desvanecer las dudas que pudieran ocurrir, y aquella misma mañana había recibido la contestación, que convirtió las dudas en certidumbre. Tal era la causa del viaje que debían emprender al día siguiente.

—Entretanto —prosiguió el anciano levantándose—, necesitas descansar, porque un día como el de hoy es capaz de rendir al hombre más fuerte. Buenas noches, hijo

mío, y que el cielo conceda a nuestro viaje un feliz resultado.

A pesar del cansancio, Kit despertó antes de ser de día y empezó inmediatamente los preparativos para la marcha. Los acontecimientos del día anterior, y especialmente la relación de su amo, ahuyentaron el sueño de sus ojos y durmió mal.

No hacía aún un cuarto de hora que se había levantado, cuando sintió movimiento en la casa, y todos, levantándose también, coadyuvaron a los preparativos de marcha; el caballero misterioso lo dirigía todo y era el más activo de cuantos trabajaban. Al romper el día estuvo todo dispuesto a pesar de que el coche no debía llegar hasta las nueve.

Kit sintió haberse levantado tan pronto, porque no sabía cómo ocupar el tiempo de espera. Bárbara estaba allí y, en realidad, era la menos alegre en toda la casa.

—¡Hace tanto tiempo que estabas lejos de aquí, Cristóbal, y ahora vas a marcharte otra vez! —decía la doncella, por decir algo, al parecer, pero con toda la pena de que era capaz, su corazoncito.

—Sí, pero es para traer a la señorita Nelly; piensa en eso. Me alegro tanto de que al fin puedas conocerla, Bárbara-Bárbara no se alegraba tanto como Kit, aunque no dijo nada, y Kit sorprendido le preguntó:

—Pero ¿qué es eso, Bárbara? ¿Qué tienes?

—¡Nada! —murmuró ésta haciendo un gesto que contradecía su afirmación. Kit comprendió a Bárbara y besándola le preguntó:

—Bárbara, ¿estás enfadada conmigo?

—¡Oh, no! ¿Por qué he de estar enfadada? ¿Qué te importa por mí?

Pero a Kit sí le importaba y se lo demostró bien pronto, pero Bárbara, diciendo que la llamaban, trató de marcharse.

—Un momento, Bárbara, separémonos amigos. Tú has sido la que me has dado ánimo en todas mis penas; sin ti, hubiera sido más desgraciado aún, pero yo quiero que te alegres de ver a la señorita Nelly, porque me gustará saber que te complaces en todo lo que me complazco yo. Moriría gustoso por prestar un servicio a la señorita y tengo la seguridad de que a ti te pasaría lo mismo si la conocieras, Bárbara.

—Siempre la he considerado como si fuera un ángel —continuó Kit—, y cuando la encuentre creo que la veré rodeada de un nimbo de luz. Deseo verla feliz y rodeada de todos los que la quieren, aunque tal vez entonces no se acuerde de mí, pero no importa, estaré contento con verla feliz.

La pobre Bárbara no era de acero. Al oír a Kit expresarse con tanto afecto y respeto, se deshizo en lágrimas, y no sabemos adónde hubieran llegado en su conversación a no haberse sentido las ruedas de un coche, ruido que inmediatamente puso en movimiento otra vez a toda la casa, que hacía poco se había tranquilizado un tanto.

Chuckster llegaba al mismo tiempo con ciertos papeles y dinero para el caballero misterioso, en cuyas manos lo depositó todo, y participando de un ligero almuerzo, hecho a toda prisa, presenció la entrada en el carruaje y la marcha de éste.

Fue un día terrible. Las hojas caían a millares de los árboles impulsados por el viento, que silbaba y las movía en remolinos, depositándolas en montecillos a larga distancia; pero Kit no se preocupaba del viento y cuando llegó la noche, clara y luminosa, pero helada, fue cuando sintió frío y deseó que llegara pronto el término del viaje.

Los dos caballeros, llenos de ansiedad, departían sobre el objeto de aquel viaje, manifestando sus temores y esperanzas y otras veces guardaban silencio.

En una de las pausas de la conversación, el caballero misterioso, que había ido pensativo largo rato, rompió bruscamente el silencio preguntando a su amigo:

—¿Le agradan las historias?

—Como a la mayoría de la gente —repuso el señor Garland, sonriendo—. Si encuentro interés en ellas, me gustan; si no, no; pero siempre procuro atender a ellas. ¿Por qué me lo pregunta usted?

—Se me ocurre una corta narración y voy a entretener el tiempo con ella: es muy breve.

Y, sin esperar respuesta de su amigo, empezó así:

—Había dos hermanos que se amaban tiernamente. La diferencia de edad, unos doce años, hacía este cariño más fuerte. Ambos pusieron su afecto en un mismo objeto y vinieron a ser rivales sin saberlo.

»El más joven, débil y enfermizo, fue el primero que supo que su hermano amaba a la misma mujer que él; pero aquel hermano le había cuidado y sostenido siempre con perjuicio propio, siendo para él como una madre cariñosa. Queriendo pagar con su sacrificio la deuda de gratitud contraída con su hermano y darle la felicidad a costa de la suya, calló. Su secreto no fue conocido de nadie y salió de su país esperando morir en tierra extraña.

»El mayor se casó, pero pronto se quedó viudo, con una hija que era el vivo retrato de su madre. Puede usted comprender el afecto de aquel padre por su hija, en la cual veía la hermosura reproducida de la muerta amada.

»La niña creció y casó con un hombre que no supo apreciarla: fue muy desgraciada. Aquel hombre destruyó la felicidad y el bienestar de la casa, hasta que la pobre mujer murió tres meses después de enviudar, dejando a su padre el cuidado de dos huérfanos: un hijo de diez o doce años y una niña tan semejante a ella como lo era ella respecto de su madre.

»El hermano mayor, abuelo de estos dos niños, era un hombre viejo ya y gastado, más por la desgracia y las pesadumbres que por el peso de los años. Con los restos de su fortuna estableció un comercio; al principio, de cuadros; después, de antigüedades, objetos a que fue aficionado desde niño y que entonces fueron su modo de vivir en tan precaria existencia.

»El niño fue creciendo, semejante a su padre en cualidades y aspecto; la niña, tan parecida a su madre que, cuando el anciano la sostenía sobre sus rodillas, creía soñar

teniendo otra vez a su propia hija. El nieto abandonó el hogar de su abuelo y buscó compañías más a propósito para su carácter que el infeliz anciano y la tierna niña.

»Todo el cariño que aquel hombre había sentido por su mujer y su hija lo concentró en aquella nieta, que vino a ser su único afecto. Es imposible referir los sufrimientos del anciano, sus necesidades y privaciones; temió a la muerte, porque le obligaría a dejar a aquella niña sola y pobre, y esa idea le persiguió noche y día como un espectro.

»El hermano menor viajaba en tanto por países lejanos, maldecido por los que creyeron que su marcha obedeció a otros móviles. Las comunicaciones eran difíciles e inciertas, pero al fin pudo saber, aunque en diversos períodos y con largos intervalos, todo lo que acabo de referir a usted.

»Entonces se acordó de su infancia y de su juventud, de los días felices pasados en unión de aquel hermano querido; realizó sus bienes, arregló sus asuntos todo lo más pronto posible y con bastante dinero para poder vivir cómodamente, con el corazón y la mano abiertos y con una emoción profunda, llegó una noche a la puerta de su hermano.

El narrador, cuya voz se debilitaba por momentos, se detuvo al llegar aquí.

—Sé el resto —murmuró el señor Garland estrechándole una mano.

—Sí —repuso su amigo—, usted sabe el triste resultado de todas mis pesquisas. Siempre hemos llegado tarde. ¡Dios quiera que ahora no lo sea otra vez!

—Ahora no puede ocurrir eso —repuso el señor Garland—, esta vez los hallaremos seguramente.

—Lo he creído y esperado así —dijo el caballero misterioso—: aun ahora quiero confiar; pero no sé… Un presentimiento triste me agobia, amigo mío, y esta opresión no desaparece, aunque trato de ahuyentarla con razones y esperanzas.

—No me sorprende —añadió el anciano—, es una consecuencia muy natural de las circunstancias por que ha atravesado usted y, sobre todo, de este largo y penoso viaje y de este tiempo tan infernal. ¡Escuche usted cómo silba el viento!

CAPÍTULO XXVI

EL TÉRMINO DEL VIAJE

Al amanecer del día siguiente aún continuaba el viaje y, seguramente, llegaría la noche sin que hubieran arribado al punto de destino, a pesar de haberse detenido muy pocas veces, sólo las necesarias para comer y mudar caballos; pero el tiempo continuaba malo, las carreteras eran pesadas y abundaban en ellas las cuestas.

Kit, entumecido de frío, procuraba entrar en calor pensando en el feliz término de aquel viaje. La impaciencia de los viajeros fue creciendo según avanzaba el día, que no por eso se hizo más corto, y oscureció cuando aún faltaban muchas leguas que correr.

Calmó el viento y empezó a nevar, cayendo copos tan grandes y en tal cantidad que pronto se cubrió la tierra. Dejó de oírse el sonido de las ruedas y las pisadas de los caballos. Todo estaba silencioso: parecía como si, terminado el movimiento de la vida, envolviera a la Tierra un sudario de muerte.

Dos leguas faltaban aún para llegar y el tiempo que tardaron en recorrer aquella distancia pareció un siglo a nuestros viajeros.

—Éste es el pueblo, caballeros —dijo el conductor bajando del pescante en la puerta de una posada—. ¡Vaya un tiempecito! ¡Las doce únicamente y parece que el pueblo se ha recogido ya!

Llamaron a la puerta fuerte y repetidamente, pero nadie dio señales de vida: todo continuaba tan oscuro y silencioso como antes. Parecía que se habían muerto todos los inquilinos o que era aquella una casa deshabitada.

—Vámonos —exclamó el señor Garland—, el conductor despertará a esa gente, si puede. Yo no descansaré hasta que sepa que no llegamos demasiado tarde. ¡Vamos, vamos andando, por amor de Dios!

Y así lo hicieron, dejando que el postillón llamara y pidiera las habitaciones que hubiera disponibles en la casa. Kit fue con los señores, llevando en la mano un bulto que al salir de casa había colgado en el coche, la jaula con el pájaro, exactamente igual que Nelly lo había dejado.

Anduvieron a la ventura, sin saber por dónde llegarían al sitio que buscaban, hasta que Kit, viendo luz en una ventana, llamó a la casa para preguntar el camino que debían seguir.

—¡Vaya una noche para hacerme levantar a estas horas! —contestó una voz—. ¿Qué quieren ustedes?

—Siento mucho haberle molestado. Si hubiera sabido que era usted viejo y que estaba enfermo, no lo hubiera hecho.

—¿Cómo sabe usted que soy viejo? —exclamó el otro—. Quizá no lo sea tanto como usted supone, y en cuanto a estar enfermo, hay muchos jóvenes que no están tan fuertes como yo. Por lo demás, dispense usted si he hablado con rudeza al principio, no veo bien de noche y no pude ver que era usted forastero.

—Siento mucho haber obligado a usted a que se levantara, pero aquellos caballeros que están parados junto a la puerta del cementerio son forasteros también; vienen de un largo viaje y desean llegar a la rectoría. ¿Puede usted encaminarnos?

—¡Vaya si puedo! No en balde soy desde hace cincuenta años el sepulturero del pueblo. Sigan por la derecha, aquella es la calle. ¿Supongo que no traerán ustedes malas noticias a nuestro anciano rector?

Kit respondió negativamente y, dando las gracias al buen hombre, echó a correr, se reunió con los caballeros y, siguiendo la dirección que el sepulturero le había indicado, llegaron a los muros de la rectoría. Volviéndose para darse cuenta del camino que habían traído, divisaron una luz que brillaba solitaria a cierta distancia, pareciendo salir de un edificio ruinoso, como si fuera una estrella inmóvil y esplendente en medio de la oscuridad.

—¿Qué luz es aquélla? —preguntó el señor Garland.

—Evidentemente, sale de la casa donde viven ellos.

—No pueden estar despiertos a estas horas.

Kit pidió licencia para averiguar quién vivía allí y, llevando la jaula en la mano, partió ligeramente hacia donde brillaba la luz, llegando pronto cerca de la ventana.

Se aproximó sigilosamente y escuchó: no se sentía el menor ruido, ni siquiera la respiración de una persona dormida.

Era muy raro que hubiera una luz encendida a aquella hora sin que nadie estuviera cerca. No podía mirar dentro de la habitación, porque una cortina tapaba la parte inferior de la ventana, pero no se veían sombras tampoco. Dio la vuelta al muro y encontró una puerta. Llamó y no obtuvo respuesta, pero allí se sentía un ruido especial, sin que pudiera determinar a qué obedecía; parecían gemidos sordos, como de alguien que sufriera, pero eran demasiado regulares y constantes; era distinto de todo lo que había oído hasta allí: algo así como un quejido doloroso.

Kit sintió más frío que el que había tenido en todo el viaje en medio del hielo y de la nieve. Llamó otra vez, pero ni hubo respuesta ni se interrumpió el ruido. Apoyó una rodilla en la puerta y una mano en la cerradura y la puerta se abrió cediendo a aquella presión.

No había ninguna lámpara ni bujía en la habitación, pero el ligero resplandor del fuego que ardía en la chimenea le dejó ver una figura encorvada sentada de espaldas a la puerta. Ni el ruido de la puerta al abrirse y volver a cerrarse con un portazo, ni los pasos de Kit, hicieron que aquella figura volviera la cabeza o se moviera. Quieta y silenciosa permaneció, como si no hubiera sentido nada. Era un hombre con el pelo tan blanco como las cenizas de la leña que se extinguía en la chimenea.

Kit habló algo, sin que pudiera saberse lo que dijo.

Ya iba a marcharse; tenía la mano en la cerradura, cuando algo en aquella figura encorvada llamó su atención, un trozo de leña produjo una viva llama y Kit, volviendo donde antes estaba, avanzó unos pasos y se fijó en su semblante. Sí, aunque muy cambiado, le reconoció.

—¡Amo! —gritó poniéndose de rodillas y cogiéndole una mano—. ¡Querido amo! ¡Soy yo, dígame usted algo!



El viejo se volvió lentamente y murmuró con voz ronca y apagada:

—¡Otro espíritu! ¿Cuántos van a venir esta noche?

—No soy un espíritu, amo querido, soy Kit. Y la señorita Nelly, ¿dónde está?

—¡Todos preguntan eso! —repuso el viejo como si divagara—. ¡Todos preguntan por ella! ¡Un espíritu!

—¿Dónde está? ¡Dígamelo usted, por favor, querido amo!

—Está durmiendo allí, más allá.

—¡Gracias a Dios!

—¡Ay! ¡Gracias a Dios! —continuó el viejo—. He orado y pedido mucho mientras ella dormía. ¡Ah! ¿Ha llamado?

—No he oído ninguna voz.

—¡Sí, sí, la oíste; la oyes ahora! ¿Y quieres decirme que no oyes su voz?

Kit se levantó y escuchó de nuevo.

—¿No oírla? —murmuró—. ¿Habrá alguien que la conozca mejor que yo?

Haciendo señas a Kit para que se callara, el viejo penetró en otra habitación y, después de una corta ausencia, volvió murmurando:

—Tenías razón, no llamaba, a menos que fuera en sueños, porque aún duerme. Temí que esta luz, demasiado viva, la despertara y la he traído aquí.

Parecía hablar solo, como si no se dirigiera a nadie; después volvió a escuchar un largo rato y al fin, sin preocuparse de Kit, abrió un baúl, sacó algunas ropas de Nelly y empezó a alisarlas con la mano y colocarlas otra vez cuidadosamente, en tanto que murmuraba:

—¿Por qué estás tan quieta, Nelly? Tus amiguitas vienen a buscarte y preguntan por ti, y lloran y sollozan porque no les respondes.

—Este es su traje favorito —seguía el viejo abrazando y besando aquel traje—; lo echará de menos cuando despierte. Lo han escondido aquí, pero yo se lo llevaré: mi niñina no tiene que llorar por nada. Mira estos zapatitos. Son suyos, están tan usados… pero los guarda en recuerdo de nuestro viaje. Casi no tienen suelas y sus pobres piececitos se herían en las piedras, pero no se quejó nunca y andaba detrás de mí para que yo no la viera cojear. —Y besándolos, volvió a guardarlos como si fueran una sagrada reliquia.

Kit no podía oír más: tenía los ojos llenos de lágrimas.

La puerta se abrió de nuevo y el señor Garland, su amigo y dos personas más entraron en la habitación. Eran el Doctor y el maestro. Aquél traía una lámpara en la mano y, según Kit supo después, había ido a su casa a ponerle aceite un momento antes de que él llegara.

El viejo, volviendo a su sitio, siguió con los quejidos anteriores, sin preocuparse de las personas que habían entrado en su casa. Parecía que nada ni nadie excitaba su interés. El hermano menor se retiró a un lado; el Doctor acercó una silla, se sentó junto al anciano, y, después de un largo silencio, se atrevió a hablar:

—¡Otra noche sin acostarse! ¿Por qué no trata usted de descansar, como me prometió?

—¡El sueño huye de mí! —repuso el viejo—. ¡Se ha ido todo con ella!

—Pero si ella sabe que usted no duerme se afligirá mucho y usted no querrá darle un disgusto.

—No, ¡pero hace tanto que duerme! ¿Cuándo despertará? —preguntó el viejo.

—Pronto; feliz y contenta, no sentirá penas ya.

El viejo se levantó, fue otra vez a la habitación de la niña y allí empezó a divagar de nuevo.

Todos los presentes, con el rostro bañado en lágrimas, se miraron unos a otros.

Después salió diciendo que aún dormía, pero que había movido una mano, muy poco, pero la había movido, y que pronto despertaría.

—No hablemos más de su sueño —dijo el maestro sentando al anciano en una silla y sentándose a su lado—, hablemos de ella como era en casa, antes de emprender la peregrinación, antes de huir a la ventura.

—Siempre estaba contenta —exclamó el anciano mirando seria y reposadamente a su interlocutor—, tranquila y formal, pero feliz siempre: era de carácter muy alegre.

—He oído decir a usted —continuó el maestro— que en eso y en otras muchas cosas se parecía a su madre. ¿Se acuerda usted de ella?

El viejo sostuvo su mirada serena, pero no respondió.

—O de otra anterior aún, de su esposa de usted —murmuró el Doctor—. Han pasado muchos años, pero jamás puede uno olvidar a la madre de sus hijos. Lleve usted sus pensamientos a aquellos lejanos días, cuando era usted joven; cuando, niño aún, amaba usted a otra flor semejante. Recuerde que tenía un hermano, olvidado y alejado hace mucho tiempo, pero que ahora viene a consolarle a usted y a ser el báculo de su vejez.

—A ser lo que tú fuiste una vez para mí —exclamó el menor cayendo de rodillas ante el anciano—; a pagarte con mi constante cuidado, solicitud y amor tu antiguo afecto por mí; a ser tu mano derecha, tu amparo en la vejez y la soledad. Di solamente una palabra que indique que me reconoces. ¡Nunca, nunca, ni aun cuando éramos niños, nos quisimos tanto como te quiero ahora, hermano mío!

El viejo miró a todos, uno tras otro, y movió los labios, pero no habló una sola palabra.

El hermano menor continuó hablando, en tanto que el viejo, poco a poco y sin ser visto, se acercó a la alcoba de la niña y exclamó con labios temblorosos:

—¡Conspiran juntos para que aparte mi corazón y mi afecto de ella! ¡No, no lo conseguirán mientras me quede un soplo de vida! ¡No tengo parientes ni amigos, ni los tuve, ni los tendré! ¡Sólo la tengo a ella, a mi niña, y nadie puede separarnos!

Y despidiéndose de todos con la mano, penetró en la alcoba de la niña. Todos entraron detrás de él sin hacer ruido de pasos, pero sollozando y llorando amargamente.

El silencio de aquella habitación estaba explicado: la niña estaba muerta.

Tenía el rostro resplandeciente, la fatiga y el cuidado habían huido de allí y un reposo celestial parecía embargarla.

CAPÍTULO XXVII

SU TUMBA

A la mañana siguiente, algo más tranquilos ya de la pena y dolor que embargaran aquellos amantes corazones, pudieron oír el relato de sus últimos momentos.

Hacía dos días que había muerto. Todos sabían que el fin se acercaba y murió al clarear el alba. Antes de morir despertó de un sueño largo y reposado, pidió a todos que la besaran y después, mirando al anciano de un modo que jamás podrían olvidar cuantos lo vieron, extendió sus brazos y le estrechó entre ellos. Así murió, abrazada a su abuelo.

Contaron sus conversaciones acerca de aquellas dos hermanas que fueron una ráfaga luminosa en su triste existencia, sobre los niños que eran sus mejores amigos y hasta sobre Kit; el pobre Kit, a quien tanto quería y a quien ya no vería más. Aun entonces le recordaba alegre y riendo, como si desaparecieran sus dolores con aquel recuerdo.

Poco después vino el niño aquel a quien tanto quería Nelly. Traía flores y quiso ver a la niña; no gritaría porque ya sabía lo que era un muerto y no tenía miedo alguno.

Le permitieron entrar y cumplió su palabra, dando una lección a todos.

El viejo, que hasta entonces no había hablado con nadie más que de la niña, y con ella, creyendo que le oía, rompió en lágrimas cuando vio al pequeño y todos los circundantes, comprendiendo que la presencia del niño sería beneficiosa al anciano, salieron de la habitación dejándolos juntos.

El niño, con su inocente charla, le persuadió para que descansara, para que comiera, y el anciano hizo todo lo que el pequeño le decía.

Cuando llegó el día en que tenían forzosamente que sepultarla, el niño se lo llevó consigo para que no presenciara la triste ceremonia.

Era domingo y todo el pueblo estaba de luto.

—¡Vecina! —murmuró el anciano al llegar a la casa donde el niño vivía—. ¿Cómo es que todas las mujeres visten hoy de negro y todos los hombres llevan crespones?

—No lo sé —respondió la buena mujer.

—¿Cómo? ¡Si usted misma lo lleva también! Vámonos, hijo mío, hay que saber por qué es eso.

—¡No, no! —gritó el niño—. Acuérdese de lo que me ha prometido usted. Vamos al campo donde Nelly y yo íbamos tantas veces y no podemos volver atrás.

—¿Dónde está ella? —preguntó el abuelo.

—¿No lo sabe usted? —respondió el niño—. Pues qué, ¿no acabamos de dejarla ahora dormida?

—¡Verdad, verdad! ¡Era ella la que hemos dejado allí! Aunque nada dice, está tan linda como siempre.

Se apretó la frente con la mano, miró alrededor como si despertara de un sueño e impelido por una idea súbita cruzó la calle y entró en casa del sepulturero. Este y su ayudante estaban sentados cerca del fuego, pero al ver al que entraba, se levantaron y le saludaron con el respeto que su desgracia les inspiraba.

El niño les hizo una señal de inteligencia: fue cuestión de un instante, pero aquello y la mirada del anciano fueron bastante para que comprendieran que tenían que ser prudentes.

—¿Entierran ustedes a alguien hoy? —preguntó el anciano.

—No. ¿A quién habíamos de enterrar? —repuso el sepulturero.

—Eso digo yo… ¡A quién!

—Estamos de vacaciones, señor, no tenemos nada que hacer hoy en el cementerio y nos dedicaremos a cuidar nuestro jardín.

—Bueno, entonces iré a donde quieras, pequeño —dijo el anciano dirigiéndose al niño—. No me engañan ustedes, ¿verdad? ¡He sufrido mucho desde la última vez que nos vimos! ¡Ustedes no lo pueden comprender!

—Vaya usted tranquilo con el niño —murmuró el sepulturero—, y que el Señor los acompañe y los bendiga.

—Vamos, hijo mío. —Y, dichas estas palabras, se dejó conducir pacíficamente en la dirección en que el niño quiso llevarle.

Las campanas seguían doblando noche y día como si fueran voces plañideras que lamentaran la pérdida de un ser tan bueno, tan joven, tan hermoso y cuyos días en la tierra habían sido tan cortos, tan azarosos y tan desprovistos de dulzura y alegrías.

Llegada que fue la hora del entierro, la población entera se unió al fúnebre cortejo: grandes y chicos rindieron el último tributo de cariño a aquella infeliz criatura que tan bondadosa y tierna había sido para con todos. Algunos de sus más asiduos compañeros condujeron a hombros el ataúd para depositar aquel cuerpo angelical en el seno de la madre tierra.

Se encaminaron al templo para rezar algunas preces y al llegar a él, detuviéronse y el cadáver fue colocado en al atrio de la iglesia.

Allí donde solía sentarse para descansar tantas veces, allí recibió las bendiciones y se dijeron responsos; el cortejo siguió adelante hasta llegar a un terreno donde Nelly paseaba con frecuencia antes de morir.

Allí, en una sepultura rodeada de flores plantadas por su propia mano, depositaron su cuerpo; se oyeron muchos sollozos en medio de aquel solemne silencio, se dijeron misas y todos se retiraron; unos llorando, otros comentando los hechos de aquella niña, que en poco tiempo se ganó el cariño, el respeto y la consideración de todos los vecinos del pueblo.

El viejo volvió a su morada muy tarde; el niño, al volver del paseo, le hizo entrar en su casa con un pretexto y le obligó a descansar y dormir en una butaca, junto a la chimenea. Cuando despertó, la luna brillaba ya, iluminando el espacio.

El hermano menor, que inquieto le esperaba en la puerta, le vio apenas se acercó con su pequeño guía y, avanzando hacia él, le tomó de la mano y, obligándole dulcemente a apoyarse en su brazo, le condujo al interior.

Apenas entró, fue derecho a la alcoba de Nelly y, no encontrando lo que había dejado allí, recorrió toda la casa y la del maestro llamándola a voces por su nombre.

Su hermano le siguió y le condujo de nuevo a su casa, queriendo persuadirle con palabras cariñosas para que se sentara y oyera lo que querían decirle los allí reunidos.

Con palabras de afecto y cariño, con todos los recursos que el amor fraternal y la compasión pueden sugerir, fueron preparándole para comunicarle la triste verdad; pero apenas ésta salió de los labios de uno de ellos, el pobre anciano cayó al suelo como herido por un rayo.

Durante horas enteras perdieron la esperanza de que pudiera vivir, pero el dolor da resistencia y resistió.

Decir los días que pasó el anciano después de saber la pérdida de su nieta, sería repetir lo que saben perfectamente cuantos han pasado por semejante prueba. Todo lo poco que quedaba en él de conocimiento o memoria lo concentró en la niña, sin que jamás llegara a comprender que tenía un hermano. Parecía estar siempre buscando algo perdido y ni ruegos, ni súplicas, ni palabras de afecto tenían valor para él.

Hicieron esfuerzos para llevárselo de aquel lugar, pero todo fue inútil: mientras estaba en aquella casa buscando a Nelly por todas partes, estaba tranquilo; apenas le sacaban de ella, se enfurecía y cuantas eminencias entendidas en la materia le visitaron, dieron a entender que era un caso desesperado.

Tampoco el niño tenía ya influencia sobre él: algunas veces le acariciaba y paseaba con él, pero otras ni siquiera se daba cuenta de su presencia.

Un día se hallaron con que había madrugado y, cogiendo su bastón en una mano y en la otra el sombrerito de Nelly y la cestita que solía llevar ella, se había marchado.

Cuando empezaban a preguntar por todas partes para encontrarle, llegó asustado el niño de la escuela diciendo que le había visto sentado en la sepultura de Nelly.

Allá fueron sin molestarle, pero sin perderle de vista, y cuando se hizo de noche vieron que se levantaba, volvió a su casa y se acostaba murmurando:

—¡Mañana la veré!

Y así continuó por muchos días sentado allí desde la mañana hasta la noche y esperando verla siempre al día siguiente.

La última vez que fue al cementerio era un día espléndido de primavera; al llegar la hora de costumbre y ver que no volvía, fueron a buscarle y le hallaron muerto sobre la sepultura.

Y allí le enterraron, al lado de aquella niña a quien tanto amó, y en el cementerio de aquella iglesia que casi llegó a ser su casa, donde tantas veces elevaron sus

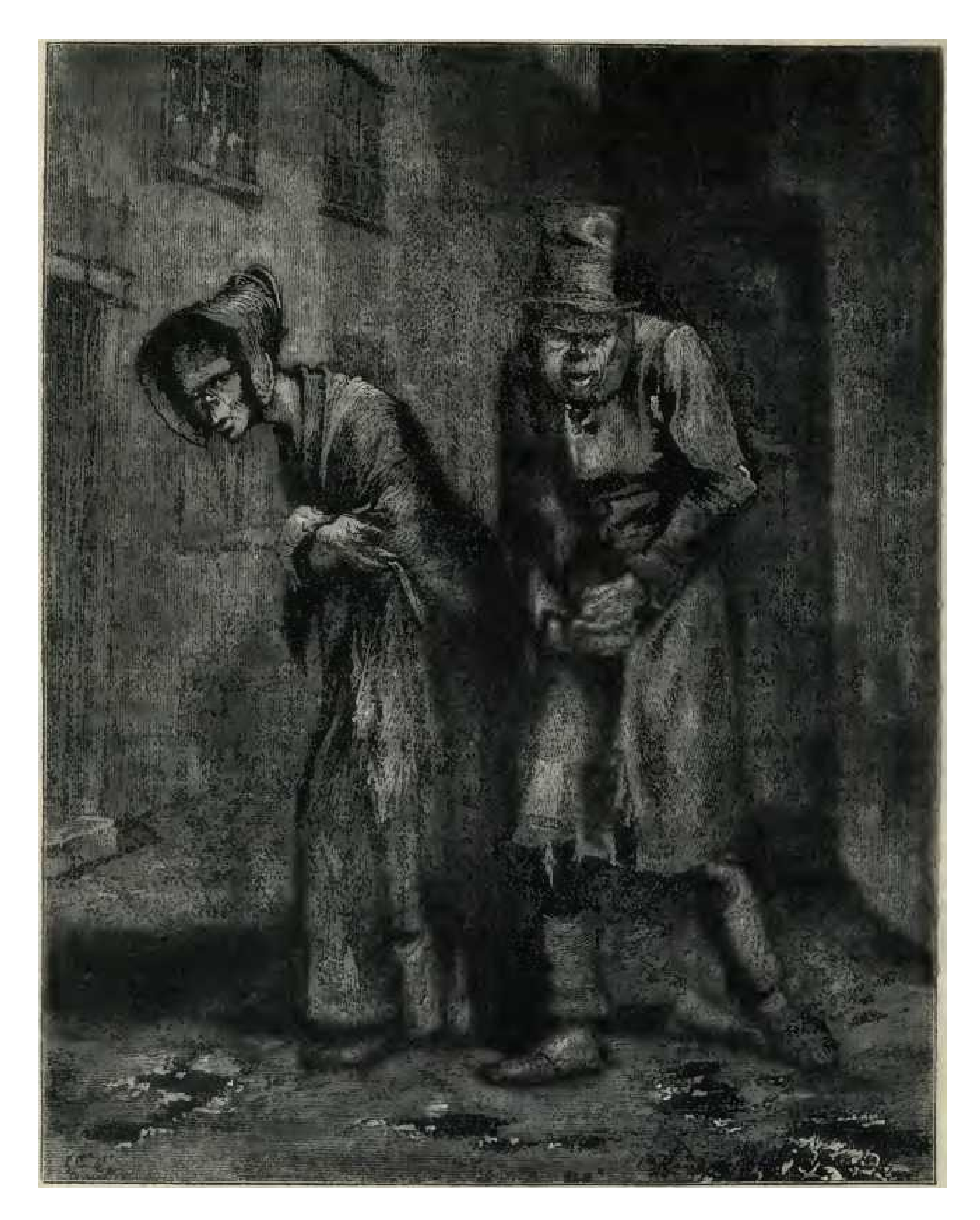
plegarias al Sumo Hacedor, duermen juntos el sueño eterno la niña y el anciano.

EPÍLOGO

Sólo resta saber la suerte de algunos de los personajes que prestaron su concurso a esta narración.

Sansón Brass fue instalado por un cierto número de años en un palacio donde otros muchos caballeros se alojaban también con cargo al Estado, llevando siempre en los tobillos un amuleto de hierro, a fin de que no se le entumecieran las piernas por el poco ejercicio que hacía.

De la señorita Sally nada pudo saberse en concreto; unos la vieron vestida de hombre y haciendo oficio de marinero; otros, pidiendo limosna, y había quien aseguraba que la había visto buscando las sobras del rancho en los cuarteles.



El cuerpo de Quilp se encontró en el río, horriblemente mutilado. Fue conducido ante la justicia y enterrado a sus expensas.

La señora Quilp no pudo perdonarse nunca su última conversación con Nelly; la muerte de su marido la dejó rica y volvió a casarse con un hombre que supo hacerla feliz.

La familia Garland siguió sus costumbres como de ordinario, sin más novedades que la sociedad de Abel con el señor Widierden y su boda con una joven rica, buena y

hermosa. El Doctor, al morir su amigo, se fue a vivir en compañía de su hermano y fue un tío cariñoso y un compañero de juegos para los chiquitines de Abel.

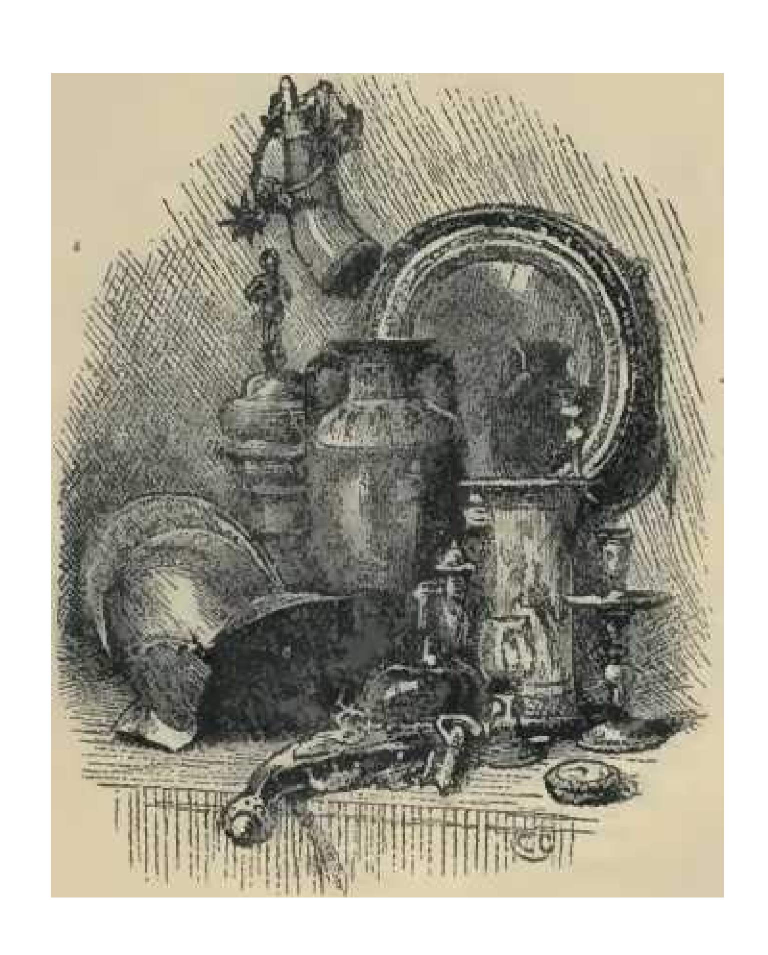
Ricardo Swiveller tardó en reponerse de su enfermedad y, al recibir la primera remesa de su renta, compró un magnífico equipo a la Marquesa, a la cual cambió el nombre llamándola con el eufónico de Eufrosina Sfinae. Fue a un colegio costeado por Ricardo y cuando cumplió diecinueve años, no sabiendo qué hacer con ella, le entregó su mano, su corazón y su fortuna, convirtiéndola en la señora de Swiveller.

El caballero misterioso, o sea, el hermano menor del abuelo de Nelly, conservó siempre una pena profunda en su corazón; pero no por eso abandonó el mundo, ni dejó de vivir lo más felizmente posible haciendo todo el bien que podía, especialmente a cuantos habían sido amables y buenos con Nelly y su abuelo, sin excluir a uno solo, ni siquiera al hombre que alimentaba el horno de la fundición.

Kit y su madre fueron ampliamente recompensados de los disgustos que habían sufrido; aquél, con un buen empleo, y ésta, con la satisfacción de tener un hijo tan noble y tan amante, que llegó a ser un hombre útil y provechoso a su familia y a su país. Se casó, como es de suponer, con Bárbara. Excusamos explicar la alegría de las dos madres y las lágrimas que derramaron con tan fausto suceso. Tuvieron muchos hijos y todos aprendieron y repitieron después a los suyos la historia de la señorita Nelly y los trabajos y amarguras que él pasó en aquellos días tan tristes.

Algunas veces los lleva a la calle donde vivieron. La tienda no está allí ya, una calle ancha y nueva se ha abierto en aquel sitio; pero hace unas rayas en el suelo y allí, dentro de aquel cuadro, les dice que estuvo la casa.

Estos son los cambios que trajeron unos cuantos años. ¡Así pasa todo, como un cuento que se narra! ¡Pasa y ya no es!





CHARLES DICKENS (1812-1870) nació en Landport (Portsmouth) en 1812. Perteneciente a una familia de la pequeña burguesía, pasa su infancia en la periferia de Londres. Inicia su carrera de escritor publicando «por entregas» una serie de *Esbozos,* y con *Los papeles póstumos del club Pickwick* obtiene fama y dinero. Maestro en el arte de captar el mundo de la delincuencia, de la picaresca y del terror, su novela *Oliver Twist* le sitúa en la cima de los autores de su tiempo. *David Copperfield* le convierte en el novelista más leído y conocido del gran público, y *Almacén de antigüedades* levanta oleadas de sentimentalismo y compasión ante las desventuras de una pobre huérfana. *La pequeña Dorrit* e *Historia de dos ciudades,* acabaron por consolidar su renombre.

Dickens murió en Gad's Hill (Rochester) en 1870, cuando trataba de introducirse en un nuevo tema novelístico: el relato de misterio. Su figura es la encarnación del período victoriano, de la burguesía y de la revolución industrial.